

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO II

BUENOS AIRES, 17 DE AGOSTO DE 1930

NÚMERO 59

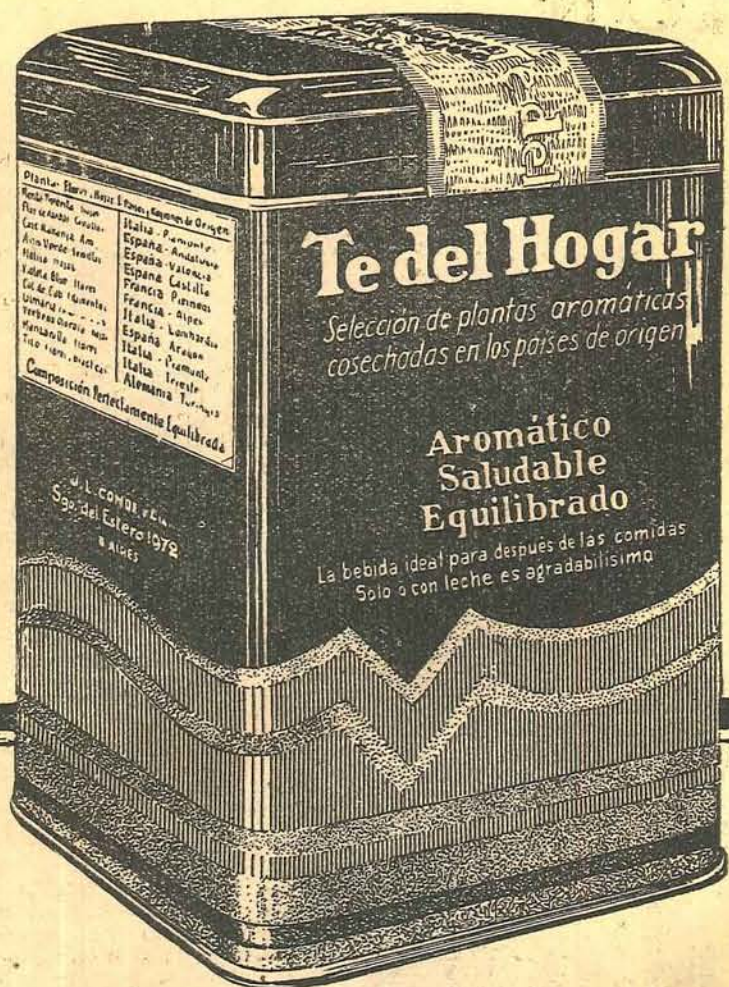


TARDES DE PALERMO

ESPECIAL PARA LA NACION

Por Juan PELAEZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grandes entonadoras del estómago.

En la casa donde entra el Te del Hogar desaparecen el té y el café comunes, con gran satisfacción de todos y con ventaja para todos. Se prepara como el té común. Una cucharadita para cada taza.

Muchas Personas Nos Preguntan

¿Qué es el Te del Hogar?

El Te del Hogar es la bebida racional e higiénica que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, deben tomar a diario, después de cada comida en lugar del café, tan perjudicial.

En cada taza de Te del Hogar se funden y armonizan las virtudes del azahar de Andalucía,

de la menta del Piamonte, de la naranja de Valencia, del tilo y de la melisa francesa y del anís de Castilla.

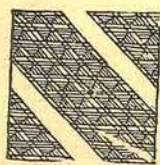
El Te del Hogar es una feliz combinación de plantas y flores aromáticas tradicionalmente consagradas para asegurar digestiones felices y, como natural consecuencia, nervios tranquilos.

Dep. Gral. para la Rep. Argentina: Sgo. del Estero 1972 — Bs. Aires

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES Y DESPENSAS

Te del Hogar

La bebida ideal para después de las comidas



O estaba esa mañana por casualidad en el sanatorio, y la mujer había sido internada en él cuatro días antes, en pos de la catástrofe.

—Vale la pena — me dijo el médico a quien había ido a visitar — que oiga usted el relato del accidente. Verá usted un caso de obsesión y alucinación auditiva como pocas veces se presentan igual.

La pobre mujer ha sufrido un fuerte shock con la muerte de su hija. Durante los tres primeros días ha permanecido sin cerrar los ojos ni mover una pestaña, con una expresión de ansiedad indescriptible. Hoy mismo no puede oír el menor ruido sin estremecerse violentamente, y creo que hasta la brusca caída de un plato sería capaz de enloquecerla del todo. No perderán ustedes el tiempo oyéndola. Y digo ustedes, porque estos dos señores que suben en este momento la escalera son delegados o cosa así de una sociedad espiritista. Sea lo que fuere, recuerde usted lo que le he dicho hace un instante respecto de la enferma: estado de obsesión, idea fija y alucinación auditiva. Ya están aquí esos señores. Vamos andando.

No es tarea difícil provocar en una pobre mujer, que al impulso de unas palabras de cariño resuelve por fin en mudo llanto la tremenda opresión que la angustia, las confidencias que van a desahogar su corazón. Cubriéndose el rostro con las manos:

—¿Qué puedo decirles — murmuró — que no haya ya contado a mi médico!...

—Toda la historia es lo que deseamos oír, señora — solicitó aquél —. Entera, y con todos los detalles.

—¡Ah! Los detalles... — murmuró aún la enferma, retirando las manos del rostro. Y con la voz y la mirada perdidas articuló, mientras cabeceaba lentamente:

—Sí, los detalles... Uno por uno los recuerdo... Y aunque debiera vivir mil años...

Bruscamente llevóse de nuevo las manos a los ojos y las mantuvo allí, oprimidas con fuerza, como si tras ese velo tratara de concentrar y echar de una vez por todas, el alucinante tumulto de sus recuerdos.

Un instante después las manos caían, y con semblante extenuado, pero calmo, comenzó:

—Haré lo que usted desea, doctor. Hace un mes...

Dulcemente el médico observó:

—Desde el principio, señora...

—Bien, doctor... Lo haré así... Usted ha sido muy bueno conmigo... Y si hace sólo quince días... ¡Sí, sí! Ya voy, doctor... Es lo que quería decir. Mi... Nuestra hijita tenía cuatro años y un mes justo cuando su padre se enfermó para no levantarse más. Nosotros no habíamos sido nunca muy felices. Mi marido era de constitución delicada y muy apocado para la lucha por la vida. No sé qué hubiera sido de nosotros de no hallarnos en posición desahogada. Siempre parecía extrañar algo, aun cuando nos sonreía. Y yo creo que no había conocido la felicidad hasta el momento de sentirse padre.

¡Pero qué amor el suyo, doctor, por su hija! ¡Qué devoción religiosa contemplando a nuestra nena! ¡Y qué consuelo para mí al pensar que por fin hallaba él algo que lo ligara fuertemente a la vida!

Sin duda a mí me había amado cuanto podía él hacerlo; pero su eterna tristeza de alma sólo había podido disiparse entre las manecitas de su hija.

Se postró por fin, como digo, para no levantarse más. Mi propio dolor de esposa debió desvanecerse ante el dolor inenarrable que expresaban los ojos de aquel padre que debía separarse para siempre de su hija.

¡Para siempre, doctor! Su última mirada, fija en mí, delataba tan intensamente lo que pasaba por su corazón, que con mis labios le cerré los ojos, diciéndole:

—Duerme en paz! Yo velaré por tu hija como tú mismo.

Quedamos solas entonces, mi criatura y yo, ella vendiendo salud por las mejillas yo, reponiéndome a su lado de mi largo quebranto.

¡Criatura mía! Parecía haber sumado a las suyas las fuerzas de su pobre padre: de tal modo la alegría de su semblante iluminaba nuestra existencia. No era vana la promesa hecha a mi marido al morir. Como él, yo concentraba ahora en nuestra hija la inmensidad de mi afecto y de mi soledad.

¡Oh! Velaba por ella, puédeseme creer, como si la continuidad de mi vida y la del mundo entero no tuvieran otro destino ni fin que la felicidad de mi hija. ¡Qué sueños de dicha no he hecho para ella, con mi criatura dormi-

madre que se desvela por la dicha de su hijita, percibir una voz que le advierte que cuanto haga por conseguirlo será inútil! Esa lúgubre voz daba por fin razón a mis sueños trancos y mi tristeza mortal. Dentro de mí misma, para que fuera más irrecusable, la voz hallaba eco y me advertía que mi hija no tendría necesidad...

¡Porque moriría!

¡Oh, Dios! ¡Morir, nuestra hijita, cuando su padre y su madre daban toda su vida por ella! ¡Oh, no, no! ¡Yo me rebelé, doctor! ¡Qué me importaba



da en mis brazos, y sin decidirme a acostarla! ¡Cuán leve me parecía el sacrificio de mi cansancio, si con él podía infundir en su cuerpecito lo que me restaba de vida!

Sí, extremo cansancio... Le he explicado a usted, doctor, cómo me sentía entonces. Me reponía por fuera, me hallaba menos delgada y con mejor semblante; pero en el fondo de mis esperanzas algo iba muriendo, extenuándose día tras día. Perdía, a poco de comenzar a tejerlos, el hilo de mis ensueños de dicha, y quedaba inerte, con la cabeza caída y mortalmente cansada, como si delante de mis ilusiones se tendiera una infinita y helada vaciedad. A veces, no sé de dónde, me parecía percibir, apenas inteligible por la distancia, una voz que pronunciaba el nombre de mi hija. ¡Me sentía tan, tan fatigada!

No podía soñar más con el porvenir, sin que la tristeza de la nada, de la horrible esterilidad de mis fuerzas me helara el corazón. ¿Por qué? No existía, no, ninguna razón para sufrir así. Allí estaba mi adorada nena, cada día más sana y alegre. Nada nos faltaba ni podía faltarnos, dada nuestra posición. ¡No, nada! Y estrujando a nuestra hija en mis brazos, sabía bien que el porvenir era todo nuestro. Yo se lo había jurado a mi marido.

El porvenir... Mas apenas comenzaba a forjar un sueño de felicidad para mi hija, el ensueño se helaba — ¡oh, con qué horrible frío! —, como si el amor de su padre y el mío no fueran bastante para alimentarlo. Y caía abatida en profundo desaliento.

Un mes entero duró este estado de angustia. Una noche, cuando comenzaba a pensar por millonésima vez en los entrañables cuidados de que rodearía siempre a mi nena, en ese momento oí nítidamente estas palabras:

—No tendrá necesidad.

¡Oh! ¡Es muy duro para una pobre

que una voz me anunciara su muerte, que mi carne pareciera creerlo en su favor, si yo me atrevía a defender a mi adorada hija contra todo y contra todos?

Desde ese instante mi existencia no fué sino una pesadilla de terror, sin más motivos de existir que la defensa desesperada de la vida de mi nena. ¡Yo te vigilaré! — me gritaba a mí misma. Y en el preciso instante, desde la tenebrosa profundidad de mi destino la voz acentuaba su advertencia, diciéndome:

—“Es inútil cuanto hagas”.

Luego... Luego mi hijita debía morir. ¡Dios mío! — clamaba yo rompiéndome en sollozos sobre el cuello de mi nena —. ¿Es posible que la voz que alcanza hasta el corazón de una madre para anunciarle la muerte de su hija, le niegue las fuerzas para evitarla?

—“Es inútil cuanto hagas”...

¡Oh, no se ha inventado tormento mayor que el que yo sufría! ¡Morir! Pero, ¿de qué? ¿De enfermedad? ¿De un accidente?

¿De accidente!

Tuve la seguridad de ello antes de oír las palabras.

—“Morirá por accidente”.

¡Oh! Abrevio, doctor... Salíamos antes todas las tardes. Dejamos de salir. Me cercioré diez veces seguidas de la solidez de los muebles. Golpeé horas enteras las paredes. Hice sacar de casa todo lo que no ofrecía completa seguridad. En las piezas desmanteladas iba y venía de un lado para otro, con el corazón ahogado de presagios. Revisaba una y cien veces lo que había examinado ya.

Me sentía totalmente vacía de todo: Dentro de mí no había más que espanto y terror, a los que obedecían como autómatas mis impulsos. Tenía a mi nena constantemente a mi lado, bajo la triple salvaguarda de mi corazón, mis ojos y mis manos.

Minuto por minuto, sin embargo, se

acercaba inexorable el instante de...

¡De qué, Dios mío! — clamaba yo en mi angustia—. ¿De qué accidente debo precaverla, salvarla a pesar de todo?

Mientras ahogaba así a mi nena entre mis brazos, tuve súbitamente la revelación de que moriría por el fuego. Y un instante después, de la casa entera, de mi aliento, de mis mismas ropas, surgía la terrible seguridad de que la vida de mi hija estaba contada: no por meses o días, sino por breves horas...

¡Y no podía creerlo, sin embargo! ¡Criatura mía! ¡Hija de mi vida! ¿No puede tu madre defenderte, apartar lo que te aguada?

¡Sí, podía! Como una loca corrí a la cocina, apagué el fuego y eché baldes de agua sobre las cenizas. Ordené que no se encendiera por nada fuego. Requisé todas las cajas de fósforos que había en la casa y las arrojé en el cuarto de baño. Como loca todavía, corrí de una pieza a la otra revisando febrilmente todos los cajones de todos los muebles de la casa. Cerré todas las puertas y ventanas, corrí otra vez a la cocina para ver si no se me había desobedecido, y nos refugiamos con mi hija en el escritorio de mi marido, que por ventura nunca había fumado.

Fuego... ¡Oh, no! ¡Allí estábamos seguras!

Pero en vez de serenarme, mi angustia se tornaba lancinante a cada nuevo segundo. ¿Y si no había revisado bien? ¿Si la cocinera había reservado una caja de fósforos? ¿Y si llegaba un proveedor a la cocina y encendía el cigarro?...

¡Ah! ¡Allí estaba el peligro! ¡Erase! Y arrojando con un grito a mi nena de las faldas, me precipité a las piezas de servicio... Y la cocinera apenas tuvo tiempo de responder con su alarido al mío: una detonación de arma de fuego había hecho retemblar la casa.

La pobre madre calló. Por un largo instante, tal vez el preciso para que se apagara de su alma el último fragor del estampido, permaneció con las manos en los ojos. Por fin:

—Sí... Lo demás ya lo sabe usted, doctor... Yo también lo supe antes de ver a mi hija en el suelo, muerta... Sí... Durante mi breve ausencia había abierto los cajones del escritorio, y tomado para jugar un revólver que yacía en el fondo de uno de ellos... El arma se le había caído de las manos...

—¡Doctor! — exclamó bruscamente con voz entera, descubriendo su semblante desesperado —. Yo perdí a mi hija, usted lo sabe, como me lo habían predicho... Con una frialdad y una crueldad de que sólo Dios es testigo, se me advirtió que mi nena no tendría necesidad de mi cariño... Se me dijo que era inútil cuanto hiciera para evitar su muerte... Y se me aseguró por fin que moriría de accidente de fuego.

¿De fuego, señor! ¿Por qué no se me dijo claramente que debía morir por una bala o un tiro de revólver, que yo habría podido evitar? ¿Por qué se jugó al equivoco con el corazón de una madre y la vida de una inocente criatura? ¿Por qué se me dejó enloquecer tras los fósforos, sin advertirme que lo que hacía era tan ridículo como inútil? ¿Cómo consintió Dios que se hiciera con mi dolor un simple juego de palabras, para arrancarme así más horriblemente a mi hija? ¿Por qué...

Y su voz se ahogó, como cortada por la violencia con que sus manos habían subido a crisparse sobre el rostro.

Un largo, muy largo silencio sobrevino entonces. Uno de los visitantes lo rompió por fin:

—Usted nos ha dicho, señora, haber oído la voz que le iba augurando su terrible desgracia.

Un hondo estremecimiento recorrió a la enferma; pero ésta no respondió.

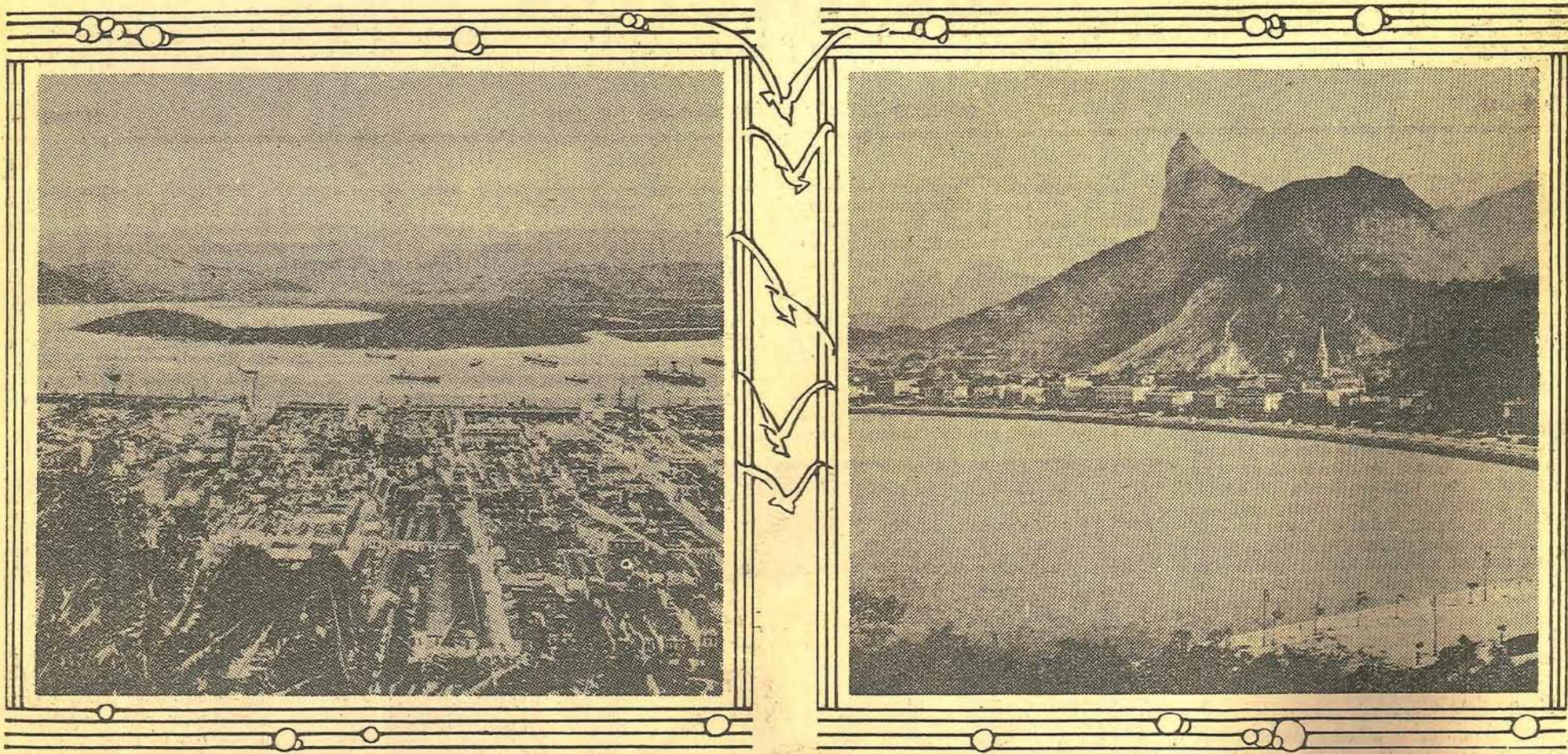
—Usted ha manifestado también — prosiguió el visitante — haber percibido en varias ocasiones una voz sumamente lejana. ¿Eran una misma voz la que le advertía en vano del peligro y la que llamaba a su hija?

La enferma asintió con la cabeza.

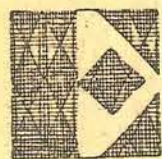
—¿Reconoció usted esa voz?

Y esta vez, volcándose por fin en un interminable sollozo sobre la almohada, la pobre madre respondió desde el fondo de su horror:

—Sí. Era la de su padre.



SANTOS



N mis viajes anteriores no había tocado yo en esta ciudad. He aquí una buena oportunidad para conocerla. Justamente el tiempo se ha apaciguado un poco, aunque me temo que la calma sea sólo momentánea. No hace frío y el sol se muestra a ratos. Los tres días de zangoloteo que acabamos de pasar nos han traído nostalgia de tierra firme. Vamos a dar un paseo en automóvil por la ciudad, puesto que son las diez de la mañana, y el vapor no ha de seguir camino hasta las cuatro o cinco de la tarde. Un "chauffeur" del país—el primero que se nos ofrece al salir del puerto—nos recoge en su automóvil. Convenimos precio: veinte mil reis por hora, unos nueve pesos de nuestra moneda argentina.

Partimos. El barrio del puerto, nuevo como el puerto mismo, no cuenta sino catorce años de existencia, y es obra de una compañía inglesa, a lo que me dicen. Depósitos de aduana, terrenos baldíos o edificadas a medias, y luego la ciudad que recuerda a Río de Janeiro (el Río de Janeiro de catorce años atrás) y a Lisboa. El parecido con la primera resalta, no sólo en las características urbanas—calles estrechas y casas poco elevadas en su mayoría—, sino también en el paisaje. Mismo aspecto montañoso, mismos horizontes limitados en la lejanía por cerros que a veces se vienen hasta el corazón de la ciudad, mismo mar azul, insinuándose por entre los montes en él sumergidos y derramándose luego en lagos, en golfos, en tranquilas playas semicirculares. Las gentes que vemos al pasar nos parecen un tanto desmoriadas. Asegúranos el "chauffeur" que Santos es una ciudad rica. Posiblemente, pero se halla lejos de parecer fastuosa. El vestido de sus habitantes, el tipo de su edificación, la apariencia de sus comercios, el aspecto de sus residencias particulares, denuncian yo no sé qué de aldeano. De aldeano que, por intervalos, ostentase flamantes trajes extranjeros.

Lo que en Santos interesa no es la ciudad misma—por lo menos lo que le interesa al apresurado visitante de una hora. Es el paisaje. El automóvil sale del centro de la ciudad y se lanza por la playa desalojada momentáneamente por el mar y convertida en camino real. Magnífico camino, por cierto. Amplio y resistente, los vehículos se deslizan por él como por un pavimento artificial, a lo largo de kilómetros y kilómetros. De un lado el mar, cuyas espumas llegan hasta nosotros desmayadas; del otro el municipio: hoteles, casas de pensión, chalets y residencias particulares, cuyos habitantes, con sólo atravesar la arena sobre la cual vamos rodando, pueden ir a bañarse en el Océano.

El gran espectáculo de Santos está en su naturaleza. Soberbios contrastes presenta a la mirada aquel mar erizado de cerros, rocas y peñascos. A trechos, las olas libres de obstáculos vienen desde alta mar a morir rumorean-

Santos. Vista parcial de la bahía

DIARIO SIN FECHAS HACIA EUROPA

POR

JEAN PAUL

tes en la orilla. A trechos, el agua encajonada entre los cerros forma quietos estanques.

Un puente colgante que une dos montañas separadas por un brazo de mar se distingue a lo lejos. Vamos hacia él. Salimos de la playa y nos lanzamos a escalar un cerro, siguiendo el camino tallado en su flanco, que nos conducirá al pasaje suspendido. ¡Maravillosa perspectiva! Contrastes de visión: agua, piedra y cielo. Se dirían los vestigios de un remoto espasmo plutónico que hubiera dejado sembrada la costa de escombros gigantescos...

—¿Seguimos?—nos pregunta el "chauffeur".

Miramos la hora. Es tarde ya, y damos orden de regresar.

Entrada la noche, salimos ayer de Santos. El Cap Polonio tardó en tomar carga más del tiempo fijado en el horario que se nos diera a conocer por anticipado. Carga inmensa, en verdad. Apenas llegado al puerto, abrió sus bodegas y se puso a tragar cajones y bolsas que tres o cuatro grúas de tierra, y otras tantas de a bordo, levantaban del muelle e introducían suavemente en las entrañas del monstruo por sus cuatro fauces: dos a popa y dos a proa. Además de las grúas, verdaderos hormigueros de hombres embarcaban bolsas y más bolsas, yendo y viniendo interminablemente por las planchadas. ¿Qué puede contener tanto cajón y tanto fardo? Alguien nos dice que naranjas los primeros y café los segundos. Si ello es así, convengamos en que el Cap Polonio lleva café y fruta para muchos miles de hombres. Hacia este puerto de Santos converge la producción de toda la zona brasileña circundante, San Pablo inclusive, y por él sale al exterior lo más grueso de la exportación regional. Así se explicaría la prosperidad de la ciudad, que tan orgullosamente proclamaba ayer nuestro "chauffeur".

Pasamos la tarde entretenidos en mirar desde cubierta la multitud aglomerada en los muelles: viajeros que venían a incorporarse al pasaje del Cap Polonio, acompañantes de los mismos, espectadores de ambos sexos extasiados ante el movimiento del barco. Confirmanse las observaciones de nuestro veloz paseo de ayer por la ciudad con respecto al traje y al aspecto físico de los habitantes. Crecido porcentaje de negros, así entre los que trabajan como entre los que miran. A nosotros no nos fué dado ver sino una fugaz aparición de lo que podríamos llamar la fachada de Santos. ¿Cómo será el interior?

Las seis de la tarde. El vapor suelta amarras y se pone en movi-

Río de Janeiro. Avenida de Beira-mar

miento a la zaga de un remolcador. Ha cerrado la noche; las luces de la ciudad se encienden. Mientras el Cap Polonio se desliza por la bahía, buscando la salida al mar a través de negras masas de sombra que se nos antojan montañas, contra las cuales vamos a estrellarnos de un momento a otro, contemplamos a lo lejos la villa iluminada y parpadeante. Las hileras de luces siguen por momentos la línea de la costa; más allá un intenso resplandor rosado se refleja en las nubes. Aparecen de pronto avisos multicolores en lo alto de los edificios; de pronto todo el perímetro urbano se presenta a nuestros ojos dibujado en la sombra con puntos luminosos; de pronto en la cumbre de un cerro surge, dominando la perspectiva, algo así como un fantástico castillo de fuegos de artificio...

(Debe ser alguna construcción erigida en la cresta de una montaña y por la noche utilizada para enhiestar "reclames"). La bahía, dentro de la cual avanzamos, circunda en gran parte a la ciudad: de ahí que nos parezca estar girando en torno de un caleidoscopio igneo; de ahí esa colosal pirotecnia nocturna, siempre cambiante, a la cual asistimos desde la cubierta del Cap Polonio como desde un palco en marcha...

RIO DE JANEIRO

Hemos entrado en la famosa bahía de la capital brasileña, a una hora harto temprana, cuando todavía no habíamos abandonado el camarote. No nos ha sido dado gozar, pues, del paisaje tan universalmente alabado: de los promontorios que emergen del mar y las montañas que cercan la ciudad en anfiteatro; todo ello alternando con golfos y caletas plácidas, encerradas entre peñas titánicas. Cuando subimos a cubierta, a eso de las ocho de la mañana, nuestro barco está ya amarrado al muelle y tendida la planchada de comunicación con tierra. El día se presenta nublado, pero no hace frío. Vamos a pasear por Río de Janeiro.

No ha de ser largo el paseo. Como el de Santos, durará una hora u hora y media a lo sumo, pues no debiendo tomar aquí carga el Cap Polonio, reanudará su marcha a las diez.

Apenas adelantamos por la planchada, cuando ya los corredores de automóviles, en acecho abajo, nos ofrecen a gritos su vehículo. ¿Serán los "chauffeurs" de Río tan fieles a su palabra como aquel de Santos, que me extorsionó diez mil reis sobre el precio convenido? Lo veremos. Por mi parte, no me forjo muchas ilusiones al respecto. La lucrativa industria de explotar al pasajero apresurado debe florecer aquí como en los otros países llamados de

turismo. Sólo que en Europa se suele guardar mejor las formas: allá el extranjero es exprimido con más disimulo, y sobre todo con más cortesía... He aquí dos cosas desconocidas por el "chauffeur" de Santos, quien, a la desvergüenza en el despojo, agregó todavía algo así como una enconada malquerencia—que no se tomó la molestia de ocultar—contra los viajeros alevosamente desplumados.

De común acuerdo fijamos con un corredor de automóviles precio para visitar tales puntos marcados en un itinerario impreso, conforme a la tarifa que él mismo me presenta. Hago que el "chauffeur" (sin duda socio del corredor, de quien recibe no sé qué instrucciones en ininteligible portugués), descubra el vehículo para poder ver mejor. ¡En marcha! A la caza de nuevos clientes, sin duda, quedase en el sitio el corredor.

Catorce años han pasado desde la última vez que visité Río de Janeiro. Me dicen que de entonces acá la ciudad se ha transformado bajo el impulso enérgico, audaz y clarividente de autoridades edilicias absorbidas por el empeño de convertir la suya en gran capital moderna. Apenas entramos en la Avenida Central compruebo que no eran exagerados esos informes. Admite esta arteria comparación con nuestra Avenida de Mayo (menos tal vez en la intensidad del tráfico, la elegancia del vestir de los transeúntes y el lujo de los comercios). Ha desaparecido la chillona policromía que en aquel entonces embadurnaba muchos frontispicios. Toda la vía ofrece un aspecto monumental, equiparable al de ciertos bulevares europeos. El "chauffeur" se encarga de ir señalándonos, por propia iniciativa, los principales edificios del trayecto. Y esta entrada por la gran puerta de honor resulta, si acaso un poco teatral, en extremo favorable a la capital como primera impresión del viajero. Sin embargo, no es esa primera impresión obstáculo para impedirnos observar, a la pasada, las calles perpendiculares a la Avenida: son angostas como pasajes y recuerdan ciertas callejas medievales de algunas ciudades italianas, muy características sin duda, pero carentes de higiene, de aire, de luz, del dispensable desahogo exigido por el tráfico de la vida contemporánea. Esta Avenida Central de Río de Janeiro, ¿no vendrá a ser algo así como una fastuosa sala de recibo, discordante con desaliñadas y vetustas habitaciones interiores? Para saberlo con exactitud fuera necesario recorrer la urbe despacio. No pudiendo hacerlo ahora, nosotros debemos limitarnos a una simple notación de las visiones que desfilan ante el raudo automóvil.

Por lo pronto, he aquí la otra avenida de que Río de Janeiro se enorgullece con razón: la de Beira Mar. ¡Soberbia! Los brasileños han sabido aprovechar a maravilla el espectáculo del mar y la montaña como elementos decorativos de su capital. Corre esta avenida bordeando el Atlántico, que aquí, como en tantos otros puntos de la costa, toca tierra deshecho en lagos por los accidentes orográficos de la región. De dos ramales se compone la aveni-

HISTORIA DE LA CIVILIZACION IBERICA

(Para LA NACION)

DIJO muy bien Amiel: "L'action c'est de la pensée épaisse" — pensamiento condensado. Mucho antes del famoso moralista suizo, ya había inventado el pueblo portugués un concepto no menos profundo que el enunciado por aquel y más bello en su forma: "Palabra fuera de la boca, es piedra fuera de la mano".

La piedra que arroja la mano puede matar sin querer. Pero no sólo hay las piedras que matan; hay también las que construyen, levantando las casas nuevas y reforzando o ampliando las antiguas.

"Al principio era el Verbo", dijo el Evangelista, fijando para la eternidad el poder creador de la palabra. Pero no siempre aquellos que hablan o escriben prevén los últimos efectos de sus propias palabras. Y puede acontecer que aquello que se dice con intención sincera de reformar y construir, destruya y no deje nada en lugar de las ruinas. Los que hablan, al ver, entonces, el resultado de sus escritos o discursos, desearían retroceder. Pero cuando la piedra parte, sigue su destino. "Palabra fuera de la boca es piedra fuera de la mano"...

Freischütz — el cazador poseído del demonio, tenía en su poder, por dádiva de éste, siete balas mágicas que irían, a través de las mayores distancias, a herir y matar a quien el tirador quisiese. Pero una de esas siete balas sólo obedecería al diablo, y el mismo Freischütz no sabía cuál era y cuáles serían sus efectos, fatales para lo que le era más querido y precioso. Así también existe, en todo lo que se dice o escribe, una parte divina, que crea y renueva, y otra diabólica, para cuyas destrucciones no hay remedio. Y el mundo, que en su evolución permanente es regido muchas veces por las ideas — fuerzas (palabras de virtud talismánica), no es sino una absurda mezcla de creaciones y ruinas, para cuya resultante misteriosa todos trabajamos sin saber qué hacemos.

De la misma palabra de Jesús resultaron efectos que los más eficaces apóstoles no previeron. Ya ha pasado casi milenio y medio desde el año en que se acostumbra datar la caída del Imperio Romano, y aun hay muchos que no le perdonan al cristianismo la pérdida de la civilización clásica, aunque sea muy cierto que a la Iglesia se debe, principalmente el que se salvaran muchos de sus restos. Y en los doce años que han transcurrido desde que terminó la última gran guerra, nosotros, los más viejos, hemos asistido a la desaparición de otro mundo antiguo en el que

nacimos y nos criamos, y con el cual el de hoy se parece poco.

Pero los que quisieron la guerra europea, y adentraron para ella a las juventudes, no previeron tampoco, ni podían prever, la trayectoria caprichosa de la piedra que lanzaron con la mano. El Imperio austro-húngaro hubiera sido la más pacífica de las naciones y no le habría mandado a Serbia su ultimátum incendiario, si hubiese sabido que de ahí iba a resultar su total ruina y su muerte. Como la bala del legendario cazador furtivo, ese ultimátum ultimó, al cabo, a quienes lo expidieron.

Una fatalidad parecida caracterizó la obra literaria, histórica, filosófica o crítica de los grandes escritores portugueses de la escuela naturalista del siglo XIX. Eça de Queiroz, Junqueiro, Oliveira Martins, Ramalho Ortigao, Antero de Quental. Fecundos y comunicativos, todos demolieron más de lo que querían; y todos o casi todos, se arrepintieron, antes de morir, de las ruinas que su palabra causara.

Notables entre todos ellos es, en este sentido, el caso de Oliveira Martins, el autor de la "Historia de Portugal", del "Portugal contemporáneo" y de la "Historia de la civilización ibérica". En los dos primeros de estos libros, Martins desacreditó ante la juventud de su tiempo y de mi generación a la dinastía nacional de Braganza, contribuyendo así a formar la atmósfera colectiva que llevó al regicidio y a la república. Sin embargo, poco antes de morir, fué ministro de D. Carlos I, convencido de que la redención nacional estaba en el robustecimiento del poder real — de ese mismo poder real de los Braganza, que sus libros habían minado y demolido en sus fundamentos tradicionales. Felizmente para él, Oliveira Martins murió fatigado por el trabajo, a los cuarenta y nueve años de edad, y bastante temprano para no ver muerto al rey cuyo cuerpo fué atravesado por balas que eran, realmente, las palabras de sus libros transformadas en acción y en plomo — pensamiento coagulado, condensado y perforante...

En compensación, la "Historia de la civilización ibérica", a la que hoy queremos referirnos especialmente, es un libro más constructivo. Esta obra es aún clásica en la Península y no puede faltar en ninguna biblioteca del Nuevo Mundo que de la Península provino. La prueba de esto es su reciente traducción al inglés bajo los auspicios de la cátedra de Estudios

Hispanicos de la Universidad de Oxford.

Editada por la "Oxford University Press" con el título de "A history of Iberian civilization", su traducción fué confiada al eminente crítico y lusólogo Sr. Aubrey F. G. Bell. Lo acompaña una lúcida introducción del traductor y un rápido pero significativo prefacio de Salvador de Madariaga, en el que se lee lo siguiente:

La "Historia de la civilización ibérica", de Oliveira Martins, no es la última palabra sobre el asunto. La última palabra, en historia, no se dice nunca, porque la historia tiene que ser reescrita periódicamente según el temperamento de cada nueva generación, para emplear la elocuente expresión del señor Aubrey Bell. Pero ese li-



bro es la primera palabra sobre el asunto. Por primera vez un ibérico encaró a Iberia como Iberia y enseñó al mundo lo que el mundo recibió y puede esperar recibir aún de los pueblos de la península ibérica... Con el don profético que el traductor advierte en él, Oliveira Martins vió la verdad que el mundo actual comienza a comprender, en gran parte por el ejemplo del Imperio Británico: que la unidad espiritual puede superponerse a la variedad política, dándole fuerza sin privarla de libertad".

En otro punto de su prefacio destaca Madariaga el hecho de ser Oliveira Martins un historiador intuitivo con el don de la visión, habiendo vivido en una época que creía a pie juntillas en la ciencia. El quería hacer historia científica, y la hacía con su temperamento. Pe-

AGOSTINHO DE CAMPOS

LISBOA, julio de 1930

ro ¿qué es, al fin, la "historia científica", sino la historia vista por el temperamento científico, o, más bien, por "un" temperamento científico.

Cierto es que en los tiempos que corren se cree muy poco en el alcance o en la ciencia de la historia "científica"; cierto es también, como dice Madariaga, que, cuando Oliveira Martins yerra o se engaña, el defecto está en sus métodos científicos, y no en su intención.

A este respecto será tal vez curioso comparar las conclusiones de un intuitivo de nuestros días con las de Oliveira Martins. Cuando éste publicaba la primera edición de su "Historia de la civilización ibérica" en Lisboa, nació a orillas del Báltico un niño germano-eslavomongol que después creció mucho, tanto física como intelectualmente, y que se llama Hermann Keyserling.

Confrontemos, pues, las conclusiones a que llegaron, a medio siglo de distancia y por caminos opuestos, el intelectualista Oliveira Martins, aun creyente en la razón o en la ciencia objetiva, y el intuicionista e irracionalista conde de Keyserling, profeta ambulante, vidente y mago, que en el capítulo "España" de su libro "Spektrum Europas" trató el asunto ibérico con imágenes, con rasgos de caricatura, con comparaciones paradójicas, con exageraciones a veces perturbadoras — para llegar, al fin, casi a la misma profecía favorable sobre el futuro de España y la Península.

Conclusión de Oliveira Martins, hace cincuenta y un años: "Cuando, a través de todas las crisis, en medio de los ambientes más sistemáticamente adversos, observamos que el heroísmo peninsular ha sabido vencerlo todo con su indomable energía, somos llevados a creer que el papel del apostolado de las futuras ideas está reservado a aquellos que fueron los apóstoles de la antigua idea católica. La independencia de los caracteres individuales y la nobleza del carácter colectivo le dieron y le han de dar a España, cuando vuelvan sus áureos tiempos, ese aspecto monumental y soberano que la distingue en el mundo".

Conclusión reciente de Keyserling:

"Todas las excelencias del español tienen su raíz en el carácter. No es lo intelectual, pero es lo ético, el regulador de su vida. ¿Y no es mejor que así sea? ¿Será por ventura la intelectualidad lo que principalmente actúa en nosotros? ¿No serán más bien el instinto y la sangre, donde aun pueden

finicar los más seguros conductores? La substancia hispánica puede, sin duda, encarnarse en el mundo moderno, y así lo hará sin duda. Cuando se considera que pocos pueblos han sufrido tantos cambios de raza como el de la península ibérica, uno se ve llevado a preguntarse si, en último análisis, la substancia no permanece eternamente igual. España tiene importancia sobre todo para dar a Europa, tan amiga de cambiar, el ejemplo de lo substancial. Y es así también, como substancia realizada, que España tiene en Europa un futuro nuevo. España está ya, indudablemente, ascendiendo. Y es muy significativo que su nueva ascensión haya comenzado de cuando se cerraba para otros la era de la fe en el progreso..."

Todo esto es, sin embargo, dominio del futuro. Pero el presente ya ha confirmado algunas de las previsiones del historiador portugués. Después de él mucho se ha escrito sobre España, dentro y fuera de ella. Los rasgos generales y las conclusiones de Martins siguen más o menos en pie.

En el final de su libro decía él que "creía firme y hasta piamente en la reorganización de las naciones de Europa", y el futuro, hoy presente, le está dando entera razón, con tantos y tan persistentes ensayos de internacionalismo y tantas aspiraciones de unión europea.

Dijo más, el historiador: "No puede haber pensamiento sin órganos; no puede haber sociedades moralmente vivas, sin que previamente vivan de un modo físicamente próspero. Tócanos a nosotros (a nosotros, los peninsulares) aumentar nuestro peculio científico y mejorar nuestra utilería industrial. Necesitamos ser tan ricos y tan sabios como los mejores de Europa, no por que ése sea el fin de nuestras ambiciones, sino porque, si no conseguimos eso primero, jamás podremos verlas realizadas".

La España de los últimos años viene siguiendo a la letra el consejo de Oliveira Martins, aumentando considerablemente su poder industrial efectivo y lanzando las bases, con grandes trabajos de ingeniería, de un desarrollo aun mayor de la riqueza nacional.

En cuanto al aumento del peculio científico, la "necesidad de ser tan sabios como los mejores de Europa", también es notorio el esfuerzo enorme que han hecho las nuevas generaciones de España para integrarla culturalmente a Europa y hacer progresar en todos sentidos la información y la creación científica y técnica.

Si es cierto que nadie es profeta en su tierra, de Oliveira Martins podrá decir, por lo menos, que fué profeta de su península.

vida interior del barco. En Río de Janeiro se han embarcado muchos pasajeros, lo cual intensificará sin duda el movimiento a bordo. Me entretendré en contemplarlo.

Dormía yo anoche, cuando creí percibir un sollozo contenido. Me puse en pie de un salto y corrí al camarote vecino ocupado por los niños: uno de éstos, sentado en su cama, lloraba silenciosamente. A mis preguntas afligidas contestó diciéndome que tenía sed y estaba triste. La verdad era que se hallaba un poco enfermo. Nos vamos aproximando al Ecuador y la temperatura se vuelve sofocante: debía tratarse de una perturbación gástrica que mantenía al pobre chico inquieto y desvelado. Luego la sensación de la noche en pleno mar, el encierro entre maderas que oscilan y crujen, el golpe de las olas deshaciéndose contra el flanco del navío... Unas cuantas caricias y una tisana calmaron al niño. Pero la escena íntima infiltró en mi espíritu tenaz desasosiego. Miré por la ventana: obscuridad, misterio amenazante, un infinito arriba y otro abajo. La inmensa masa de agua partida por la quilla se encabritaba hacia proa en chirriantes remolinos, y ondulaba en la sombra hacia el costado. Una vasta pulsación estremecía al monstruo flotante; de su entraña, un percutir isócrono de bielas atareadas emergía...

Volví a acostarme.

Y me quedé hasta la madrugada con los ojos abiertos, escuchando el resonar trepidante de las máquinas adentro y la irritada quejumbre de las olas afuera.

da de Beira Mar: ascendente el uno, descendente el otro. Corren ambos paralelamente, separados por "pelousses" y macizos de árboles. Y este es, justamente, uno de los encantos de la vía. Se trata de árboles coposos, de ramaje verdinegro, que se adaptan al paisaje. El "chauffeur" dijome el nombre, mas no lo he retenido: algún ejemplar propio de esta vegetación subtropical seguramente. De un lado la avenida da al mar, cuya superficie horadan las montañas; del otro a una línea de fastuosas residencias. ¿A qué ensayar aquí una nueva descripción de aquel impresionante estrépito de formas y colores? Mis apuntes no son ni pueden ser más que un brevísimo inventario de impresiones fugaces. No hagamos, pues, derivar estos garabatos hacia la página literaria.

El automóvil sale de la avenida Beira Mar — sospecho que sin haberla recorrido en toda su extensión — y se aventura por una calle estrecha, enroscada a la montaña de Santa Teresa. Nos lanzamos a escalarla. Vegetaciones de exuberancia inaudita reventan por todas partes: en los parques y jardines que rodean las casas asentadas sobre las mesetas; en las laderas de los cerros, en los valles poblados ora de "villas", ora de cabañas, en cada repliegue de las rocas y en cada vericuetos capaz de sostener una capa de humus. Por delgada que esa capa sea — y no lo es siempre, pues observo que en algunos sitios excede de un metro de espesor —, ella basta para nutrir arbustos, enredaderas, árboles, y en ocasiones palmeras enormes que lanzan hacia arriba su tronco esbelto y nervudo. Se respira un aire cargado de hu-

medad y relentes vegetales. Frente a nosotros las nubes envuelven una montaña vecina, trepada todavía más alto que ellas, y uno de cuyos picos la punza y las desgarras, cual si quisiera desafiarse al mismo cielo con su cresta. Se diría que la vegetación pugna por invadirlo y ahogarlo todo. Y contrasta este vigor de la vida arborecente con el aspecto pálido y enfermizo de los humanos que encontramos en la ruta. Casi todos ellos tienen caras de terciopulos. La savia que robustece y multiplica las plantas parece restarle vitalidad al aire que respiran los hombres; y al ver dentro de tan opulento marco de vida vegetal tantos semblantes lívidos y consumidos, preguntase el viajero si la avasalladora pululación florestal de la comarca no se desarrollará un poco a expensas de la salud de la raza autóctona... ¿Herejía biológica? Tal vez. En todo caso la teoría del medio, cara a Taine, no se cumple aquí en lo fisiológico. Las exorbitancias de la naturaleza no se reflejan en la fortaleza física de los indígenas.

Como todo lo excesivo, este paisaje hiperbólico acaba por fatigar. Regresamos al barco. Bajamos de la montaña siguiendo otro camino más corto y más salvaje, que serpentea por entre umbrosos follajes, admirando a la pasada los bananeros, las lianas, las flores multicolores y desmesuradas que pueblan esta especie de "jungle" urbana. Vemos algún mono saltar entre los árboles.

Al volver al puerto nos es dado apreciar, muy a la ligera, otros aspectos de la ciudad. Notamos que las casas — por lo menos las del barrio que ahora atravesamos, bien distintas, por

cierto, de las callejas centrales que antes entrevimos — están edificadas cada cual aisladamente de las vecinas, casi siempre con jardín al frente. Ello obedece sin duda al propósito de defenderse contra los rigores del clima estival, evitando los bloques de edificación maciza que en las grandes capitales absorben, conservan y luego por la noche irradian el calor. Debe ser ésta una barriada, no del antiguo, sino del moderno Río.

Henos ya de retorno en la magnífica bahía. El Cap Polonio saldrá dentro de poco. ¿A bordo? Cuando voy a pagarle al "chauffeur", surge de entre la multitud el corredor, su probable consocio:

—Es tanto, señor — me dice, substituyéndose al conductor (una cantidad fabulosa de reis).

—¿Pero no habíamos convenido tanto por hora, conforme a su propia tarifa?

—Sí, señor — me contesta lleno de sonriente cortesía —; pero fué una equivocación.

Me ejecuto en silencio y pago el suplemento de miles de reis que se me exige. ¿Qué remedio? El vapor va a salir...

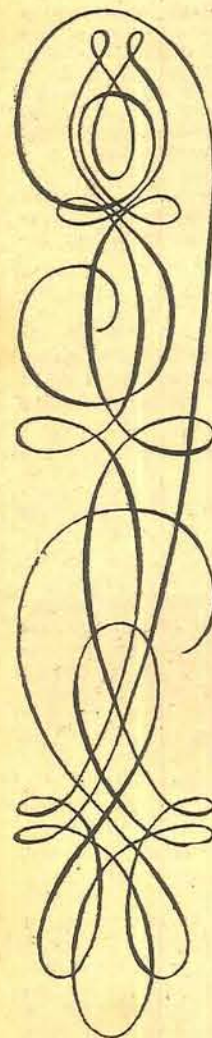
Por lo menos aquí se explota a los turistas con mejores maneras, bien que con cinismo idéntico al de Santos...

Ya estamos otra vez en pleno mar. Hemos emprendido la gran etapa, la que nos llevará a tierra europea. El primer puerto en que habremos de tocar será Lisboa. Durante los ocho o diez días que navegaremos sin ver costas concentraré mi observación en la

FRANCISCO M. PIÑERO



El malogrado poeta argentino Francisco M. Piñero, desaparecido hace algunos años en plena juventud, y cuya individualidad literaria examina Eduardo González Lanuza en el presente estudio.



EDUARDO GONZALEZ LANUZA

ERA alto, desmadrado y lento. Sus miradas, tras los vidrios de los anteojos, tenían tristezas de acuario. Los gestos vagos, como dibujados en la neblina, su hablar con leve acento provinciano, se hamacaba en una amable suavidad.

Sus risas no eran torrenciosas ni bruscas, sino amplias, con gran longitud de onda, bien cimentadas en una alegría serena.

Todo en él era así.

Sólo su espíritu era entero, robusto, honrado, con una honradez de acero que aun sigo buscando en otros.

Atento, observador, hu-

mano como ninguno. Es de él esta frase admirable, casi religiosa:

"Cuando me arrimo a un alma, tengo cuidado de su abismo".

Esto era en él algo más que una doctrina, o que una simple acertada literaria: era una actitud incansable, una conducta jamás abolida.

Hace ya siete años se fué de entre nosotros. ¿Y cómo pudo ser de otra manera si su bondad rebasaba los límites de nuestra miseria?

El mundo se empequeñeció con su ida. Perdió su espectador más atento y más comprensivo, uno de sus constructores más eficaces.

Quien haya leído su "Estética de los Diferentes" podrá juzgar de su acendrada bondad, de su persistente creencia en el hombre. Hay en ese estudio — que me consta no fué escrito con esas intenciones — una tentativa de identificación de la ética con la estética. Entiéndase que al decir esto, no quiero expresar que pretendiera subordinar la verdad a la belleza o viceversa. Nada más lejos de su espíritu que este empequeñecedor afán de reducir las cosas a la unidad. Me refiero a la aplicación de un sentido de justicia, casi diría de misericordia, a la apreciación del sentimiento de lo bello.

Es una reivindicación de los gustos estéticos de los humildes. De los "humildes" estéticamente hablando. Desde su punto de vista, se justifican la cursilería, la truculencia, lo flojo, siempre que sean sentidas con sinceridad. Claro que esto implica una demolición del concepto enterizo y absoluto de la belleza, y una intromisión de la relatividad en los dominios del arte.

No es éste desde luego un criterio apropiado para académicos, por cuanto según él, desaparece toda posibilidad de retórica y de fórmulas consagratorias de la belleza. Reserva el último dictamen estético a la sinceridad — al heroísmo de la sinceridad — según sus propias palabras. No se dirá esto es bello, por guardar tales o cuales proporciones, por estar encuadrado dentro de tales cánones. Se expresará simplemente: esto es bello porque me emociona de veras. Nada me importa lo que opinen los otros que no ven su belleza, que no se emocionan con ello. Esto es bello para mí, porque no hay otra medida de la belleza que la propia emoción.

¿Cabe mayor consecuencia con su propósito fundamental de respetar las almas ajenas? ¿Ni hay actitud más abierta, más fraternal de com-

prensión que acepta como valederas todas las opiniones, como acertados todos los conceptos, pidiendo como única condición una sinceridad perfecta?

¡Sinceridad! Todo lo que de trágico, lo que de desgarrador y angustioso encierra esta palabra, él lo sintió tan a lo hondo que acaso ella sea la ciega causa oculta de que se valió la fatalidad para escamoteárnoslo. Ella lo llevó a todos los tremendos problemas a que alcanzaron sus veintidós años, con la misma decisión valiente, sin actitudes teatrales ni gestos aparatosos, antes bien, ocultando púdicamente su fervor en aquella su apariencia blanda y algo abúlica.

Pero cuando una idea se había posesionado de su ser, cuando después de prolijas auscultaciones se convencía de que palpitaba con el mismo ritmo de su vida, se entregaba a ella sin reservas mentales, por entero, poniendo a su servicio su bondad, que era inmensa.

Porque su bondad no era esa algodonosa blandura ni esa actitud simple y contemplativa de los inhibidos para el mal. No. En él, era el resultado de la consecuencia para consigo mismo, de su actitud alerta y comprensiva para juzgar las acciones de los hombres. Creo que hubiera sido capaz de exclamar el "Sancta simplicitas!", de Huss, en la hoguera.

La bondad era en él activa como un arma, mejor aún, como una herramienta. Todo su arte está lleno de ella. Sus poemas son buenos, "buenos" en el recto sentido de la palabra.

No era un poeta espontáneo — espontaneidad es superficie — y él buscaba la hondura del pensamiento.

Le pude seguir en la maduración de sus mejores poemas, obras maestras no igualadas aun por ninguno de los poetas de su generación. Los alquilaraba en un silencio comprensivo, al borde de nuestras conversaciones mientras acaso reía un chiste, porque su silencio sabía sin perturbarse, solearse de risas. De pronto anotaba un motivo, una simple frase en el primer papel que tuviera a mano, entre las páginas de libro. Luego esa idea se le convertía en obsesión, le desafiaba, pero él aceptaba la lucha franca — nada de falaces sencillismos — la retorcia, la torturaba — torturándose — la constreñía hasta que ella soltara todo su jugo, su substancia viva.

Trabajaba largamente la forma, desechando hasta la menor sospecha de ripio.

Así son sus poemas de desnudos, de íntegros, de irremplazables. Poemas perfectos. Buenos de verdad.

He aquí entero — sus poemas son para mí intangibles — esta "Apasionata", cada uno de cuyos versos fué largamente acariciado como un hijo, y cruelmente flagelado, porque los sentía en carne propia:

APASIONATA

I.—Soledad

Esta noche
mi alma es una barca por el tiempo.
Se ha venido a bailar
en mi mesa, el recuerdo.
¡Estoy solo en la cumbre de la noche!
(La noche es un puñal que abre las almas).
De la mano, las horas
van rezando en silencio.
Las cosas ritman una marcha fúnebre.

II.—Sobresalto

Ejércitos de gritos
colman mi soledad y la hacen trágica.
Toda mi vida antigua
ciclón amordazado,
se me prende en las carnes.
¿Qué voy a hacer con tanto sueño roto?
Todos somos cadáveres de auroras.
¡Destino! Palacio de las dudas.
(Arbolado con miedos tu camino,
¿cómo harán para andar por él las almas?)
¡Destino! Carcelero del tiempo! Puerta negra,
antes de haber entrado, no se sabe;
cuando ya se ha pasado no se vuelve.
De sólo imaginarlo
se han helado mis versos.

III.—Liberación

¡Amada: enarbola tus risas!
La noche está enjaulada,
y el sol, gran corazón, canta en los versos.
Con los versos hacemos
horcas para la muerte.
horcas para la muerte.

Confianza de la vida:
prendamos fuego con tus alegrías
a esta negra ciudad de las tristezas.
¡Oh, Amada,
si alcanzaran los brazos
para abrazar los mundos!

¿Qué mayor elogio puede hacerse de tan alto poeta que releer sus versos? Todo lo que de ellos dijéramos resultaría pálido al lado de ellos mismos. Pero él quería — ingenuamente — que la crítica fuera — "la crítica que hay que comenzar a hacer" — una recreadora del ambiente en el que había sucedido el poema. Debo apuntar honestamente que hay aquí una contradicción con lo sustentado en su "Estética de los Diferentes". Según lo expuesto en ella, la crítica es sencillamente imposible, o debe reducirse a un simple cambio de impresiones personales.

Además, estimo que un poema logrado — los suyos son un ejemplo — no necesita recreación de ambiente. Este, o se manifiesta en él, o es imposible resucitarlo. Porque un poema debe ser por definición un axioma estético. Las demostraciones deben ser, no sólo innecesarias, sino imposibles. ¿Qué palabras podrán en el caso presente, expresar mejor que las del propio Piñero, esa tristeza relampagueada de esperanzas, esa alegría, pájaro inédito, que aletea impaciente de ser y que al final se determina a volar estremecida de júbilo y sin motivo?

Una observación. Piñero era un poeta tan profundamente poeta, que en todo percibía lo fundamentalmente poético. Este poema "Apasionata", me consta que lo concibió y lo llevó a cabo bajo la influencia directa de la famosa sonata para piano Op. 57, de Beethoven. Pues bien, ni por un momento se percibe la intención — que desde luego no tuvo — de traducir a la literatura ideas musicales, traducción absurda e imposible.

El vió en la "Appassionata", eso que se acaba de leer, poesía, una poesía que Beethoven no pudo sospechar como tal, de la misma manera que no puede percibir el paisaje la emoción que nos suscita.

Otra demostración de su delicado espíritu poética es la siguiente:

Abogado Piñero al estudio de la inquietante cuestión social, sintió su ser entero sacudido como por una revelación apocalíptica, y se entregó de lleno a la prédica de su verdad y de su convicción con fervor de apostolado. Y, sin embargo, nadie podrá señalar en su poesía esas solapadas segundas intenciones que con tanta frecuencia se deslizan en las manifestaciones artísticas de los predicadores de ideas sociales, cualesquiera que éstas sean. Su arte y sus convicciones, hermanados por idéntica sinceridad, se miraban y se comprendían sin tratar de estorbarse con intromisiones inútiles.

Y es que nadie como él tuvo el concepto de la medida y la comprensión de lo debido. Y en nadie tampoco he podido hallar un mayor sentimiento de la Naturaleza — sentimiento y sentido — fruto de su amor hacia ella siempre alerta.

He aquí una última muestra de ello, en este paisaje levemente evaporado por la melancolía y uno de los últimos escritos — un mes antes de su muerte — por el poeta.

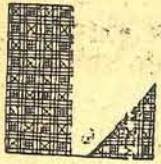
CANTA EL ARBOL

Mano de terciopelo de la hora
que va borrando el campo atardecido.
Cae sangrando el sol:
tal un enorme flamenco herido.
Claros como el perdón,
los ojos de la tarde campesina
donde se baña el fatigar del día.
La tierra es un silencio pensativo
que oye bajar la sombra de los astros.
Y del alma del árbol
donde la última luz quedó enredada,
como un canto del árbol
el hondo anochecer se desparrama.

Atardecer ya eterno, con mayor suavidad y hondura de los que el tiempo hubiera producido hasta entonces.

¿Qué gran, qué gran amigo perdimos con él los hombres! Con él que había sintetizado en estas palabras generosas nuestra misión en el mundo y en el arte:

"Vivir, crear y triunfar, y ayudar a vivir, a crear y a triunfar".



USTRA, lustra, caballeros!... ¡Hay asiento!... Antolín Quevedo se miró los botines y entró maquinalmente al salón. Instalado en el rústico trono de pino, mientras el muchacho manipulaba cremas, cepillos y gamuzas, prosiguió sus meditaciones, indiferente al "Amor Pagano" que chillaba en el fonógrafo.

Tenía ya 32 años y advertía la necesidad de ensayar alguna nueva profesión u oficio. Seguramente que en el régimen imperante de la división del trabajo existiría algún ramo conformed a sus aptitudes. La ardua cuestión era descubrirlo. Y en eso estaba.

Fuera necio negar, por evidente, que hasta ese momento había fracasado en todas sus empresas. Empleado de Banco, cesó involuntariamente, porque es muy cómodo dormir hasta las once de la mañana, sobre todo en invierno; un discurso fogoso le granjeó un sueldo de vigilante, de cobrar sin trabajar, y antes de dos meses un tumbó político le suprimió la pitanza; prescribió tratamientos curativos para todo género de dolencias y, lanzado gallardamente al campo fascinador de la cirugía, vió asomar la cara del juez de instrucción; escribió para las revistas enjundiosos relatos de dos mil palabras, hasta que un "pesca-tore de perlas" dijo que esos relatos se parecían, como el ojo izquierdo al derecho, a los

nos de saldar su cuenta atrasada. Pero, ¿en qué otra ocupación poner una vez más a prueba sus cualidades de hombre útil a la sociedad?

A esa sazón, un sujeto de valijín y ceñido el ruedo de los pantalones con agarraderas metálicas, inquirió desde el umbral:

—Pero, ¿no vive enfrente el señor Cuadrado, comandante de bomberos?

El dueño del salón, cambiando "Amor Pagano" con una romanza de Schippa, informó:

—Sí, esa es la casa. Se fué hace un año, a las sierras de Córdoba, por dos meses, a disfrutar su jubilación, y todavía no ha vuelto. Señal que aquello le gusta.

—Pues el comandante bien podía haber dejado quien atendiera sus facturas—protestó el cobrador.

El comerciante encogió la espalda:

—¡Hombre! Asunto de él... Y es de balde que sacuda el llamador. No hay nadie adentro.

El lustrador batió luego la tarima con el canto del cepillo:

—¡Listo, caballero!

Una vez en la acera, Antolín contempló la vivienda del comandante Cuadrado. Era el edificio de una sola planta, con dos ventanas de herrajes anti-gueros y una maciza puerta de

taba repugnancia en unos casos y temor en otros. No se juzgaba capaz de gritar a un transeúnte, en una calle soleada: "¡Arriba las manos!", porque a lo mejor el transeúnte desobedecía, esgrimiendo un Browning, y las armas de fuego—no sabía por qué—le infundían positivo pavor. Su conciencia tampoco le permitiría desvalijar con la manida historia de la herencia o del billete de lotería al infeliz charcarero que trae consigo a la ciudad el producto de su cosecha. Eso era demasiado ruin. El sistema podría practicarse, libre de remordimientos, con algún vendedor de terrenos por mensualidades, verbigracia; pero la paradoja del cazador ca-

de plata sellada, huían precipitadamente por una ventana, cuando se acercaba ya el marido, bien ajeno éste a la desagradable sorpresa que le tenía preparada el director de la Paramount.

A Antolín interesaron vivamente esas escenas. Y como el cinematógrafo era de los "continuados", esperó que la película cumpliera su rotación completa para estudiar nuevamente, y con mayor detenimiento, el estilo de los profesionales y el manejo de los útiles de labor.

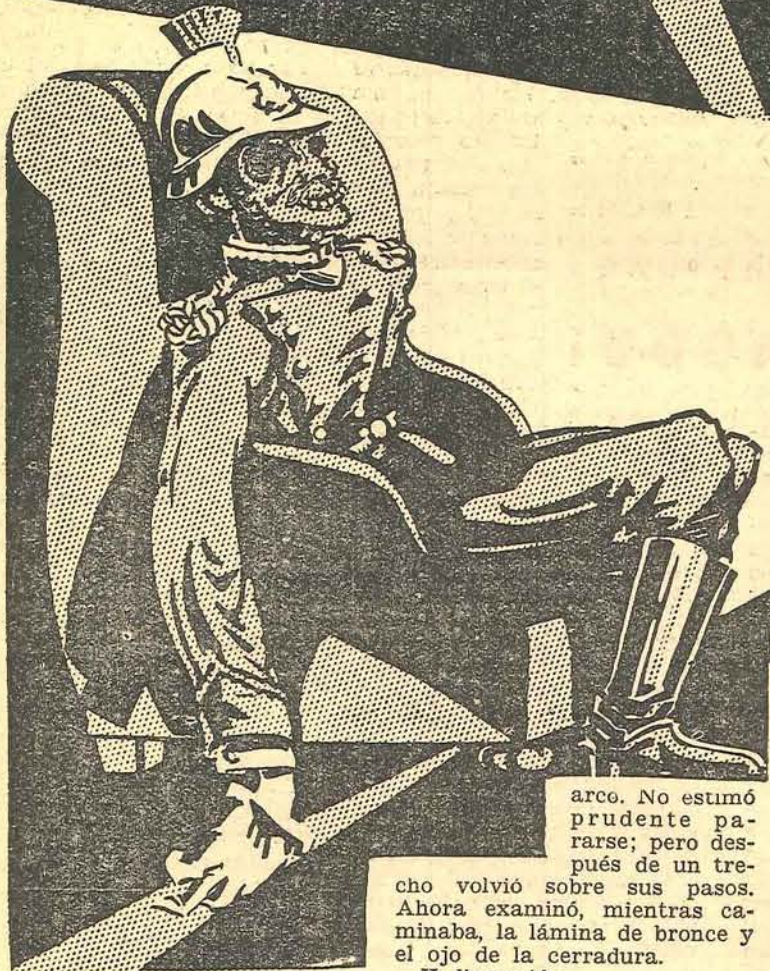
Volvió a la calle y se hundió en la muchedumbre de peatones. Compró varias herramientas, que guardó en una bolsa de hule, y, ya encendidos los faroles públicos, marchó a su casa y buscó en el baúl su gorra de viaje y su linterna eléctrica.

Se adivinaba el proyecto que germinaba en la mente de Antolín: violar el domicilio del co-

observó, con aguda perspicacia, que el "murciélago" era, muy probablemente, forastero en el barrio y, por razones de oficio, uno de los noctámbulos que duermen de pie.

La puerta cedió con inesperada docilidad y con un alarmante chillido de sus goznes oxidados. Antolín permaneció un momento inmóvil en el zaguán. Se cubrió la cara, hasta el borde de los ojos, con una venda negra, según convenía al desempeño de su cometido. Y, no percibiendo rumores sospechosos, encendió la linterna para indagar la masa blanda y crujiente que pisaba. Era un colchón de impresos y sobres, la correspondencia que de un año a esa fecha se había diri-

LA CARA DE LON CHANEY



cuentos de Averchenko; y, aparte de otros contrastes, "croupier" del Centro Gaditano, fué expulsado de modo grosero por la manía de pagar las posturas perdidas de algún amigo.

En suma, una obstinada mala suerte se oponía a sus éxitos. ¡Si por lo menos hubiera cursado alguna carrera universitaria! Pero en su infancia el homeópata de la familia le vedó el estudio. Esta circunstancia y la de estar dotado de una cabeza que, por lo gorda, obligaba a encargarle los sombreros de medida, le crearon en aquellos tiempos un sobrenombre: el Sesudo. El Sesudo Antolín fué muy popular en su barrio. Su ficha dactiloscópica estaba ahora rotulada así: "Quevedo Antolín (a) el Sesudo".

Urgía decidirse por alguna actividad lucrativa. Ya no le quedaban en el bolsillo más de treinta pesos y debía desalojar su pieza de pensionista, a me-

arco. No estimó prudente pararse; pero después de un trecho volvió sobre sus pasos. Ahora examinó, mientras caminaba, la lámina de bronce y el ojo de la cerradura.

Y discurrió:

—No me explico cómo no se generalizan más las "Yale", pequeñas, delgadas, seguras, que caben en el monedero. Somos todavía una ciudad atrasada. Hay gentes, como el comandante Cuadrado, que cargan con una llave del tamaño de un cortafierro. Son llaves contemporáneas de la poética y maloliente lámpara de querosene, y muy a propósito para desgarrar los forros de los bolsillos y, ainda mais, el cheviot de los pantalones.

Antolín repitió la pasada dos veces más y se alejó calle arriba, poseído siempre por la misma preocupación. ¡Encontrar trabajo! La preocupación no dejaba de ser, desde luego, muy digna y, sin disputa, muy explotada por los novelistas de temas sociales.

En el orbe de la delincuencia, tan variado, proceloso y rico en emociones, podría darse—pensó—con alguna especialidad arreglada a su temperamento. Pero la delincuencia le desper-

P O R MATEO BOOZ

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

zado únicamente se da en las fábulas.

La inagotable campanilla de un cinematógrafo lo apartó de sus meditaciones. Entró al local con ánimo de desembarazarse por media hora de sus tenaces pensamientos. Compartía la opinión de que es el cinematógrafo un tóxico moderno, saludable en dosis moderadas.

Se pasaba "El Fantasma de la Opera", con Lon Chaney. La carátula espectral y rota del protagonista, lo espeluznó. Pero su interés fué atrapado por un "film" secundario, hermoso alarde de versación en materia de robo con fractura. Aparecían dos actores con gorras de paño, las caras ocultas y en la mano la bolsa del instrumental correspondiente. Ambos, al amparo de la noche, forzaban con ganzúas, palanquetas y punzones, una puerta de calle, entraban con sus linternas sordas y, luego de amordazar a la moradora, de desmayar de un fierazo a su amante y de incautarse del cofre de las joyas y de la vajilla

mandante Cuadrado, escoger los objetos transportables y reducibles a dinero y regresar calmamente por el mímico camino. No lo afligía ningún escrúpulo. Cuidárase de privar al valeroso milite, veraneante en las sierras de Córdoba, sólo de las cosas que, aunque comercialmente cotizables, se consideran superfluas y suntuarias y en nada pueden contribuir a la felicidad de su poseedor. Además, la aventura no ofrecía riesgos. Visitar una casa deshabitada es un acto que no suscita inquietudes, a menos de creer en fantasmas, aparecidos, "viudas" y otras quimeras de igual linaje. El mayor riesgo estribaba en la entrada. Pero ya había aprendido esa tarde el fácil modo de doblegar la resistencia de una puerta.

Pasada la medianoche, precisamente la hora elegida por los proceros delincuentes que le servían de espejo, salió con la bolsa de hule bajo el saco y sombreado el rostro con la visera de la gorra. La casa del comandante estaba situada en una calle tranquila. No se columbraba ningún vigilante, y de tiempo en tiempo cruzaba velozmente un tranvía de la línea 11. Sólo había un zaguán iluminado, y en el umbral un caballero de levita: era un velorio. Esa circunstancia no la conceptuó Antolín de buen augurio. Pero rechazó en seguida la aprensión: su pecho no otorgaba asilo a tontas supersticiones.

De cualquier suerte, el tipo de la funeraria constituía un testigo molesto. Pero Antolín

gido al comandante. Buena señal: eso disipaba una remota duda: que el bravo jefe de bomberos zapadores hubiera retornado de Córdoba esa tarde, mientras su futuro espoliador se ilustraba en el cinematógrafo.

Transpuso la cancel. Lo paralizó un apagado rumor de conversaciones. Verifico seguidamente que el murmullo procedía del velorio de la vecindad. De más lejos llegaba la música de un bandoneón.

Tocó suavemente unas puertas. Por fin, una giro sin violencia. El redondeo luminoso de la linterna corrió por las paredes y los muebles, como se estilaba en el cinematógrafo, y Antolín comprendió que estaba en el comedor de la casa.

Evidentemente, la finca no contenía más alma viviente que la suya. Podía obrar con parsimonia. Ningún peligro lo acechaba. Mas esa confianza no debía tampoco inducirlo a cometer imprudencias. Evitaría los ruidos y no utilizaría otra luz que la de su reflector.

Curioseó. Había allí algunos objetos que no parecían de estimable mérito y de los cuales no valía la pena despojarlo al

(Continúa en la pág. 33)

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama haciendo puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Teniendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apariencia de recién comprados.

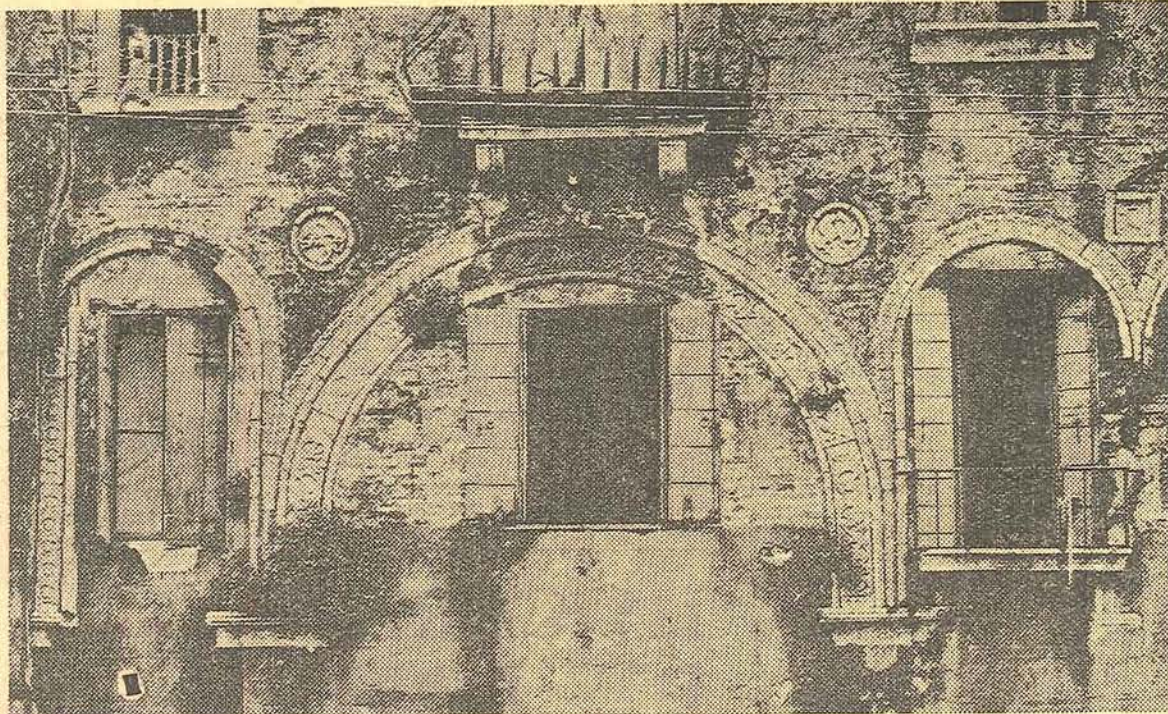
POR fin se ha tomado una definitiva decisión acerca del problema de las comunicaciones de Venecia, ya sea con la tierra firme como con los distintos puntos del interior de la ciudad. El actual puente del ferrocarril será ensanchado de unos veinte metros, formándose así un nuevo puente sobre el que pasarán un auto-pista, una carretera para los tranvías y las bicicletas y una acera para los peatones. Esto en cuanto se refiere a las comunicaciones de Venecia con la tierra firme; y para facilitar las comunicaciones en el interior de la ciudad, se abrirá un nuevo canal que irá desde la estación hasta Ca' Foscari y se llamará el Canal Pequeño. Estos dos proyectos fueron presentados el 12 de marzo último al Consejo de Ministros, el cual los aprobó. Poco después, el mismo Consejo decidió dedicar a estas obras públicas de la ciudad de Venecia, una parte de los ingresos provenientes de los impuestos de sucesión de nuevo puestos en vigor para las familias sin hijos o con un solo hijo. De este modo, hasta la cuestión económica ha sido en parte resuelta.

Una vez dicho cuanto antecede y si se tratase de cualquier otra ciudad, no quedaría nada por decir, pero tratándose de Venecia, de la cual todo amante de la belleza y de la poesía se siente un poco ciudadano de ella, es natural que el solo anuncio de reformas e innovaciones venga acompañado del más vivo interés.

El problema no es nuevo. Ha sido un tema de discusiones desde hace treinta o cuarenta años. ¿Debe unirse Venecia con la tierra firme por medio de un puente de cuatro kilómetros? ¿Debe permitirse a los automóviles el que lleguen hasta la ciudad? ¿Cómo pueden mejorarse las comunicaciones en el interior de la población? Hasta hace poco la población se dividía en dos bandos: los unos en favor del puente y los otros en contra.

Hará casi veinte años que la "Gaceta de Venecia" abrió un plebiscito cuyo resultado, entonces, fué una prueba de que los contrarios al puente eran mayoría. Los artistas, los estudiosos y en general los más cultos de Venecia — Pompeo Molmenti y Antonio Fradeletto, para citar algunos —, se contaban entre los contrarios. El senador Ceresa — otro notable veneciano — solía decir que el puente lo deseaban tan solo las madrugadoras vendedoras de leche que acudían a Venecia desde los pueblos cercanos. Pero ahora, no cabe duda que los tiempos han cambiado. Y más que nada existe un hecho nuevo, que es el puerto industrial de Marghera. Este, que forma parte de Venecia, aunque se encuentra sobre la orilla de la laguna, ha surgido hace pocos años, tomando rápido incremento, construyéndose amplios almacenes, fábricas y despachos, que mantienen una población obrera siempre en aumento y producen un movimiento y un tráfico, que de no arrastrarlo Venecia hacia ella acabaría por dirigirse hacia Padua. Desde Marghera hasta Padua se tarda una hora en automóvil, mientras que para ir desde Marghera hasta Venecia, entre esperar el tren o el barco se pierde mucho más tiempo. Dos o tres mil obreros se trasladan ahora todas las mañanas de Venecia a Marghera y es fácil imaginar la gran ventaja que para ellos representará poder utilizar la bicicleta o el tranvía.

Pero aun hay más. Las comunicaciones por tierra con Udine, con Trieste, con Chioggia y con Ravenna se han mejorado mucho, pero Venecia no podría aprovechar estas mejo-



ras si continuase viviendo aislada y separada del resto de la laguna.

Al problema del puerto va unido el de las comunicaciones en el interior de la ciudad. Si Venecia ha de obtener alguna ventaja del desarrollo industrial y comercial que promete tener el puerto de Marghera, es imprescindible para sus habitantes el poder moverse con aquella rapidez que es necesaria a los hombres de negocios. Intensificar el tráfico entre Venecia y la tierra firme significa agravar el problema de las comunicaciones internas de la ciudad, ya deficientes y lentas para las actuales necesidades de la población. Es cosa ya sabida que en Venecia el que tiene prisa ha de ir andando. Para ir desde la estación hasta los jardines públicos el vaporcito emplea tres cuartos de hora, o sea lo mismo que emplea el tren para ir de Venecia a Padua. En fin, que los

venecianos piden que algo se haga para que se solucione el problema. Pero los infinitos y celosos amantes de la belleza de la ciudad se oponen, mientras que los doscientos mil habitantes de la ciudad defienden la reforma. Y entre los futuristas que, como se sabe, querían poco menos que destruir la Venecia tradicional y los exaltados del pasado que no querían se tocara ni a una sola piedra de la ciudad, se ha impuesto poco a poco la tesis de los hombres prácticos que han presentado los dos proyectos que fueron recientemente aprobados por el Gobierno y están próximos ya a llevarse a cabo.

El puente empezará al lado de Marghera a continuación de la auto-pista Padua-Venecia, y se unirá al viejo puente del ferrocarril construido por Austria en el 1846, el cual resultará de este modo con veinte metros más de ancho. El nuevo puente será dividido en tres zonas: una, de ocho metros de ancho para los automóviles, otra de siete metros y medio para el tranvía y las bicicletas y una tercera de cuatro metros

Detalle del arco central del frontispicio del viejo "palazzo" de Ca' Foscari (siglos XI-XII), que John Ruskin describió minuciosamente considerándolo como una reliquia del arte bizantino, y que se ha resuelto demoler para llevar a cabo la construcción del Canal Pequeño

y medio para los peatones. A un cierto punto, ya cerca de Venecia, el nuevo puente se separará del viejo, y después de elevarse hasta casi siete metros, se separarán las tres zonas yendo a terminar: la de los automóviles cerca de la estación marítima, en donde serán construidos grandes "garages"; la de los tranvías cerca de los nuevos edificios de la estación ferroviaria, y la de los

Canal Pequeño cortará completamente, disminuyendo así el recorrido en un kilómetro y medio. El nuevo canal tendrá unos veinte metros de ancho y se obtendrá mediante el ensanchamiento de otros canales menores. En total y para realizar este proyecto será necesario destruir cuarenta y tres casas, de las cuales veintitrés serán reconstruidas o reformadas. Algunos puentecitos serán rehechos a mayor altura con el fin de que puedan dejar paso a pequeños vaporcitos.

La población en su mayoría aparece satisfecha de estas innovaciones, más que nada por las ventajas económicas que de ellas esperan. No faltan, sin embargo, algunas protestas entre los estudiosos. Algunos de los cuales, por ejemplo, piensan que las comunicaciones en el interior de la ciudad hubieran podido mejorarse sin necesidad de abrir el Canal Pe-

queño, empleando sencillamente medios de transporte más eficaces. Los vaporcitos del Canal Grande se han construido hace 42 años y desde entonces hasta ahora el tipo sigue siendo el mismo, sin modificación alguna. Y hay que notar que algunos de los primeros están todavía en servicio. Son lentos y embarazosos. Sucede algo así como si en una ciudad de tierra firme en vez de haberse adoptado el tranvía eléctrico se hubiese seguido con los ómnibus de caballos. Si estos grandes y pesados vaporcitos se hubiesen substituido por pequeñas y rápidas canoas automóviles, hubiese sido fácil efectuar un servicio rápido y eficaz en unos cuantos canales además del Canal Grande y del de la Giudecca. Pero ya de esta solución es inútil hablar dado que el proyecto del puente y el del Canal Pequeño han sido definitivamente aceptados. Las preguntas, cuyas respuestas pueden ser en cambio muy interesantes son las siguientes: ¿las proyectadas innovaciones cambiarán notablemente el aspec-

to típico de la población? ¿Serán sacrificadas en la construcción del nuevo canal casas de algún valor histórico o artístico? Es difícil responder con entera imparcialidad a estas preguntas, o mejor dicho, la respuesta, no pudiendo tener por base hechos precisos, será casi siempre dictada por los prejuicios y por el temperamento de quien habla. Algunos protestan como si se tratase de una profanación, otros se encogen de hombros con desprecio asegurando que absolutamente nada de lo que sea precioso será sacrificado. Y es muy probable que tan sólo el que observe, dentro de unos años, desde el Canal Grande las nuevas construcciones que han de surgir sobre la actual estación podrá decir si están en armonía con el aspecto tradicional y único de la ciudad de la laguna. En cuanto al Canal Pequeño, es fácil ahora mismo recorrer en góndola los canales que han de ser ensanchados y observar por un lado y por otro las casas que han de desaparecer. Pero también aquí unos dirán — y no les falta algo de razón — que se trata tan solo de casas populares, feas y malsanas, que un día u otro tendrían igualmente que desaparecer por razón de higiene. Otros, en cambio, harán observar que también aquellas pobres casas descascarilladas y verdosas y aquellos pequeños canales tan sucios tienen un encanto tal como se encuentran allí y por el sitio en que están.

Seguramente que el que protestaría, si viviera todavía, sería Ruskin, porque entre las casas que han de ser destruidas para dejar paso al Canal Pequeño hay una que él amaba como al "último resto de uno de los antiguos y más interesantes palacios de Venecia". Esta casi pasa inadvertida para el vulgar turista; de tal modo fué alterada por los elementos sobrepuestos y por la acción de los siglos. El mismo Ruskin, durante aquel invierno de 1849 en que habitó en Venecia, no la descubrió en seguida. Empezó a dibujarla desde la góndola, atraído más que nada por su aspecto pintoresco; pero después, examinando con atención todos los detalles, descubrió en los arcos y en las bóvedas las señales del estilo bizantino, de lo que dedujo que la casa debía remontarse al siglo XII y representaba con otras tres o cuatro uno de los más puros y típicos restos en toda Italia del estilo bizantino aplicado a las viviendas. De este parecer es también Cattaneo en su estudio sobre la "Arquitectura en Italia desde el siglo VI hasta el X, aproximadamente"; y recientemente también el conocido arqueólogo profesor José Fiocco escribía sobre ella en la "Revista de Venecia", recomendando fuese conservada dicha casa.

Pero se conservarán, en cambio, tan sólo los fragmentos, que serán llevados a un museo. Esto dice el ingeniero Fantucci en la memoria que acompaña a su proyecto. Y añade además que las nuevas construcciones, aunque se inspiren en las particularidades características de Venecia, han de ser expresión de arte viva "sin viejos romanticismos ni repeticiones, sino como lo hacían los hombres de la gran república al construir en todas las épocas sus respectivas casas con el estilo y el espíritu de su tiempo, entendiendo que no ofendían ni al paisaje ni al arte, cuando añadían un ala de lujoso Renacimiento al austero Palacio Ducal, ni cuando entre el Renacimiento, el Gótico y el Bizantino erigían pomposos monumentos barrocos o destruían la gran ala bizantina de la "piazzetta" de San Marco para construir la "Procuratie Nuove".

VENECIA Y LA TIERRA FIRME LAS PROXIMAS INNOVACIONES POR OLINDO MALAGODI

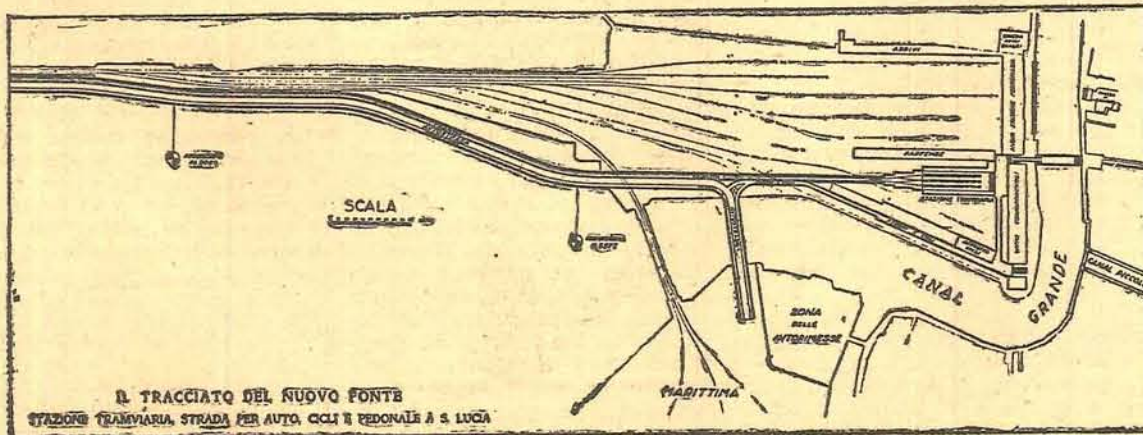
(Para LA NACION)

ROMA, julio de 1930

peatones, sobre la actual estación. Por medio de escaleras se accederá a la estación de tranvías y a la zona de peatones.

Para mejorar las comunicaciones en el interior y después de haber abandonado, al menos por ahora, aquel monstruoso proyecto inicial que habría costado 250 millones y hubiese estropeado media Venecia, para hacer pasar por debajo de la población un ferrocarril metropolitano que hubiese unido la estación con el Lido, se ha decidido en cambio la apertura de un nuevo canal que se llamará el Canal Pequeño. Este empezará en Santa Lucía, casi enfrente de la actual estación del ferrocarril y terminará en Ca' Foscari sobre el Canal Grande y precisamente entre el puente de Rialto y el de la Academia. Como es fácil recordar, el Canal Grande hace desde Santa Lucía hasta Ca' Foscari una gran curva que el

Plano del trazado del nuevo puente: la estación de tranvías, y la gran avenida para automóviles, tranvías, peatones y ciclistas



LA MUSICA EN PARIS

TOSCANINI EN PARIS — DOS CONCIERTOS TRIUNFALES — LA OPERA RUSA — UN ESPECTACULO SORPRENDENTE — UNA OBRA DE IMPORTANCIA FILOLOGICA — "RAYON DE SOIERIES"

POR
EMILE
VUILLERMOZ

(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1930

mentar escrúpulos en presencia de una maestría tan absoluta como la de este director. Quien no ha oído a Toscanini puede saber lo que es una gran emoción musical, pero ignorará siempre lo que es una interpretación musical impecable.

Fürtwangler y la Orquesta Filarmónica de Berlín han dado en la Opera dos conciertos triunfales. Ya el año pasado quedamos maravillados ante la calidad de esos músicos y de sus interpretaciones. Nuestra admiración ha aumentado este año. El cuarteto de esta orquesta es verdaderamente único en el mundo. Después de oír a la admirable falange de Toscanini esta afirmación resulta doblemente elogiosa. La "Kleine Nachtmusik" de Mozart fué detallada con una delicadeza que es imposible describir. Todas las cuerdas parecían ser estremecidas por un solo arco. Y la versión de "Muerte y Transfiguración" fué de una grandeza incomparable.

Se esperaba con viva curiosidad la interpretación de los "Nocturnos", de Debussy. Se temía una de esas formidables y ridículas confusiones como la que nos valió un "Iberia" holandesa, que ha quedado como legendaria. Pero no pasó nada de esto. Fürtwangler comprendió todo y adivinó todo. Podría aconsejarse más calma soñadora en "Les Nuages" y menos vigor en el cortejo feérico de "Fêtes", que a pesar de todo — no lo olvidemos — sigue siendo una visión nocturna bañada en misterio y en brumas irisadas. Además, los instrumentos de madera son un poco duros. La entrada del cuerno inglés es demasiado sonora, la flauta y el clarinete adquieren excesivo relieve y cierto trioleto de las "Fêtes" presenta un valor rítmico demasiado neto y preciso. Eso

es todo lo que un examen minucioso puede encontrar en esta interpretación que, por lo demás, resulta de una admirable clarividencia. La calidad mágica del cuarteto da a la obra entera un color maravilloso y especificado "debussysta". Nunca habían alcanzado ese grado de perfección los efectos del violín, ni realizado esa vaporización del sonido que es uno de los elementos que contribuyen a la embriaguez en este arte embriagador. Debemos agradecer a ese gran artista que haya estudiado, comprendido y realizado tan bien una obra maestra de nuestro arte.

Demos la bienvenida a la Opera Rusa de París que comienza su magnífica temporada en el Teatro de los Campos Eliseos. Su "Príncipe Igor" fué aclamado. El ardor y la convicción casi religiosa de esos artistas, la vida ardiente de los coros, el esplendor de las voces, el gusto deslumbrador de las decoraciones, todo ello, en suma, contribuye a hacer de estas representaciones modelo unas veladas de encanto. En este momento no hay en París un templo de la música donde se ruegue con más fe, esperanza y amor. Es algo infinitamente emocionante.

Tras el "Príncipe Igor", he aquí a "Houslan et Ludmila", obra cara a todo ciudadano ruso, pero que ejerce sobre nosotros una acción musical escasamente fascinadora. Los rusos no comprenderán nunca por qué causa Glinka y Tchaikowski no nos maravillan tanto como a ellos. Empero, nosotros tenemos excelentes razones para preferir otros músicos rusos. Pero dejemos esto. La partitura de "Huslan y Ludmila" es evidentemente demasiado larga y poco original, aunque ciertos detalles de escritura ofrecen — si se piensa en la época en que fueron escritos — un valor demasiado profético. Nosotros pedimos — arbitrariamente, por lo demás — a toda obra rusa, que tenga más relieve rítmico y más color.

La Opera Cómica acaba de darnos un espectáculo sorprendente. Un espectáculo alegre, admirablemente interpretado, repleto de buena música; un espectáculo que tiene el mérito excepcional de estar a tono con su tiempo, de emanar juventud, fantasía, y que, súbitamente, nos libera de las tra-

diciones de academismo en el dominio del lirismo subvencionado. La dirección de la sala Favart merece muy calurosos plácemes por ese espectáculo perfecto.

Consiste primeramente en la incorporación al repertorio de la triunfal "Angelique", de Jacques Ibert. He aquí al fin instalada en su verdadero cuadro a esta obra tan agradable, con una distribución de primer orden y con la postura escénica espaciosa de que había carecido hasta la fecha.

No se ha olvidado el sabor de la partitura de Jacques Ibert, que sin dejar de ser nunca musical, alcanza efectos de una bufonada eficaz. Además, no proscribiremos una especie de humor lírico en la traducción discretamente parodista de las atmósferas italiana, británica y etíope que le facilitan los compradores sucesivos de la demoñaca Angelique. El temperamento delicadamente y discretamente mágico del autor de "Escale" y del "Roi d'Yvetot" halla en esta obra una nueva ocasión de reírse felizmente. Si esta obra no se sostiene en el repertorio de la Opera Cómica será cosa de desesperar del público que frecuenta la sala y de "mettre la clé sous la porte".

La obra es cantada con una facilidad y una soltura que ponen a veces en peligro la calidad vocal de la ejecución un poco chillona. Sería necesario calmar esta efervescencia que proviene de la interpretación, realizada con un entusiasmo aturridor, por Roger Bourdin, Tubiana, Pujol, Bernardi, Malvino, Genio, Mme. Gondy, etc. Toda la representación fué dirigida con firmeza y vivacidad por Albert Wolf, quien dió a su orquesta un equilibrio dentro de lo humorístico no respetado por los cantantes.

"Le fou de la dame" se substitula, ignoramos por qué, "canción de gesta". Los señores de la Tourrasse, Limozin y aun el músico señor Delannoy han querido quizá dar demasiada importancia filológica a su obra que consta de un acto excesivamente alargado.

En realidad, nos encontramos ante un error fundamental de concepción. Era necesario escoger entre la ausencia de tema y la anécdota. Los autores no han sabido hacerlo. Se nos aguijonea imprudentemente hacia un libreto que, en realidad, no existe. La obra hubiera sido mucho más significativa si ese juego de imaginación hubiese quedado dentro del dominio del sueño y de lo arbitrario. Aparte del instante en que se insinúan peripecias que no llegan a desenlazarse, en lo demás se compromete el equilibrio de la obra.

Cuando la música de Marcel Delannoy no pretende restituírnos una atmósfera medieval demasiado austera, presenta aspectos encantadores. Se vuelve a encontrar en ella la frescura y la juventud de inspiración que nos habían encantado en "Le poirier de misère". Y el conjunto final, en forma de "blues", que es una página encantadora, nos muestra todo lo que puede esperarse de la impregnación delicada de las nuevas generaciones que han crecido en la atmósfera del "jazz" y que han sabido extraer de ella elegancia de escritura y riqueza armónica, virtudes que son para nuestro arte verdaderas fuentes de Juvencia.

En cuanto a "Rayon des soieries" trátase realmente de una especie de obra maestra. Los fragmentos que nos fueron ofrecidos en concierto no nos permitían adivinar el valor de



FÜRTWANGLER

esta partitura tan perfectamente adaptada a su motivo.

En un gran bazar de novedades, un vendedor de la sección de sederías experimenta la doble desgracia de ser desafiado por la guantería a quien ama y de verse despreciado por su jefe de sección. Pero habiéndose hecho notar ante la inflamable reina de las Islas Aloha, que visita el bazar, ese empleado adquiere súbitamente conciencia de su valer, se revela dotado de genio comercial y deslumbra, simultáneamente, a la ingrata compañera y a la imprudente dirección que se entregan, tanto una como otra, a su arbitrio.

Una partitura sumamente vivaz aprovecha ese argumento con una fuerza cómica irresistible. Es imposible relacionarla con ningún género conocido. Y éste no es un pequeño cumplido. Se encuentra en ella una espontaneidad y una fuerza desbordante que son verdaderamente raras en la música joven del día. Por otra parte, la compañía de la Opera Cómica reveló en la interpretación de esa bufonada una soltura realmente extraordinaria. Se irá a ver a Roger Bourdin en el papel de Gastón Paquet lo mismo que se va a aplaudir a Victor Boucher por la sola satisfacción de contemplar una interpretación perfecta. En cuanto a Balbon, hace del personaje Loyal una caricatura alucinante. Y no se crea que se trata de ese tipo cómico que encarnan los barítonos en el "Barbero de Sevilla", con gestos estereotipados, entonaciones falsas y voz gutural, afectando una desenvoltura que abruma al espectador. Aquí, por el contrario, nos encontramos ante comediantes auténticos que saben componer un papel y encarnarlo perfectamente. Esos actores por otra parte fueron muy bien secundados por la señora Vera Peeters, graciosa y complaciente empleada, y por la señora Calvet, soberana embriagada e incandescente. Esos tres espectáculos han obtenido un éxito considerable.

A los que sufren del estómago

Vamos a darles para alivio de sus males una valiosa receta, de resultado seguro. Basta tomar después de cada comida 1/2 cucharadita de Bicarbonato cáptico disuelto en un poco de agua para hacer cesar al instante toda molestia o dolor y obtener la digestión normal.

El bicarbonato cáptico es un producto científico, recomendado por los señores médicos y que obra eliminando el exceso de acidez, al par que estimula las secreciones naturales indispensables a la digestión.

Todos los que sufren de molestias gástricas pidan el folleto ilustrado gratis a los señores Laich y Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.



TOSCANINI

TOSCANINI ha atravesado París en este mes como un meteoro, como un astro resplandeciente, como un cometa mágico. He aquí verdaderamente, no sólo al director de orquesta, sino de todos los directores de orquesta. Quisiéramos ver que se le confiaba una especie de curso internacional, una Escuela de la batuta que deberían frecuentar obligatoriamente todos aquellos que tienen la pretensión de escalar un estrado y de imponer su voluntad a los músicos.

No se crea que este virtuosismo desbordante es exterior únicamente. Este equilibrista tiene un alma, según lo demuestra uno de sus ademanes familiares, que consiste en colocar el dedo medio de su mano izquierda sobre su corazón, para poner en vibración el de sus músicos. Pero es innegable que este exceso de perfección técnica es a veces menos emocionante que ciertas ejecuciones ricas en pasión y en ternura. Algunos directores de orquesta confieren a "Tristan" un patetismo más profundamente humano. Mas nosotros somos tan ingratos, que aun pretendemos poner "peros" a la interpretación de Toscanini, aunque sea indecoroso experi-

EL GAUCHO HURO

Te engendró un verso de José Hernández en vientre de guitarra.

Tenías el acento musical del viento de las pampas y lo golpeaste contra los cerros de Humahuaca para que se oyese más fuerte tu canto paria.

Humeante de sol y de horizonte olvidaste el camino de tu casa y sin otra fortuna que tu caballo perfilado en distancias te adheriste a la tierra te embebiste de agua y te hiciste un terrón que el viento echó a rodar por la quebrada.

Quisieron hacerte ciudadano de esquinas en la encrucijada de la ciudad hembra y le huiste a la trampa para quedarte salvaje en tu campo macho.

¡Gaucha! te golpean los mozos entre un sorbo de chicha y un obligo de caña. ¡Gaucha! te dicen las chinitas y te sabe a beso la palabra.

Un día que el peligro te cruzó por delante un chijetazo maula te vi arista de viento sobre tu malacara abofeteando al mundo con el vuelo de tus bombachas y tu pañuelo blanco.

Entonces tuve un grito de orgullo por mi raza.

MIGUEL ALFREDO D'ELIA



JACQUES IBERT

AL MARGEN DE UN CENTENARIO RECIENTE



en particular de la Argentina, haya sido tan poco recordado, con motivo de su primer centenario.

Jacob Eliseo Reclus, en su vida fué la figura más veneranda de las letras universales, deja tras sí un ejemplo inolvidable de probidad intelectual y de sentido altruista de difícil reproducción en los actuales días.

Sus hábitos eran casi ascéticos; sus modales, de los más gentiles, y bulha de su físico en un ardoroso amor de la especie humana. Fué, no cabe de ello duda, esta intensísima simpatía humana la que lo identificó con el ambiente anarquista. Su liberalidad con sus camaradas prácticamente le mantuvo siempre en la pobreza. Malgrado lo errado que pueda haber estado en la elección de su credo político, Reclus jamás se reveló sino como impulsado por las motivaciones más puras, más elevadas y las más desinteresadas.

Desde la adolescencia fui su discípulo, y cuento entre mis dichas intelectuales más íntimas el haber estado en relaciones epistolares con un hombre de letras que, aun más que sabio, fué un gran corazón.

No son para olvidar jamás las palabras con que pone término a su monumental Geografía Universal: "He procurado describir claramente los países de que me he ocupado cual si en verdad los tuviera ante mis ojos, y he estudiado a sus habitantes, como si hubiese estado viviendo entre ellos. En todo sitio me he hallado como en mi propia casa, en mi propio país, y entre hombres que son mis hermanos. Creo no haber sido inspirado por otro sentir que el de la simpatía y el del respeto para todos los moradores de la gran patria. ¿Vale la pena el odiarse los unos a los otros sobre este globo que gira tan velozmente por el espacio, mero grano de arena, en el seno de lo infinito?"

Su libro "El Arroyo" es, en mi sentir, el que resume mejor la modalidad artística, moral e ideológica del sabio galo. Recordémosle en este su primer centenario analizando ese libro, cuya lectura es un sedativo para el alma, pues lo arcaico de la naturaleza como del arte se esconden en lo sencillo.

Leyendo esta obra se vuelve a amar a la naturaleza, nuestra mejor amiga, junto con los libros hermosos.

Es menester amarla siempre, como nos enseña este maestro, a cada paso, y si alguna vez el mundo nos hostia, vayamos hacia ella: contemplémosla en el mar, en el bosque y en la luz solar.

"El Arroyo" es la historia de uno de los accidentes más encantadores de la naturaleza.

Parece inconcebible el aunar la moral con la geografía, los ejemplos de la historia con la más honda poesía; sin embargo, lo ha realizado Reclus y con una perfección del todo ática.

Nos describe el arroyo desde la fuente donde nace hasta el mar donde se pierde. En un lenguaje preciso y artístico, nos refiere que la historia de un arroyo, hasta del más pequeño, que nace y se pierde en el musgo, es una narración del infinito. Con idéntica elocuencia pinta el agua del desierto, el torrente de la montaña, la gruta, la cima, el barranco, los manantiales del valle, las corrientes y las cascadas, las sinuosidades y los remolinos, la inundación, las riberas y los islotes, el baño, la pesca, el rie-

go, el molino y la fábrica, la navegación y la almadía, el agua de la ciudad, el río y el ciclo de las aguas.

Todo está descrito allí con amor, ciencia y poesía; de cuando en vez, el gran hombre ilustra la narración con alguna experiencia de su accidentada vida. Los recuerdos de una niñez curiosa y arrojada, y en la cual se vislumbra el futuro heroísmo, surgen risueños, prestando a las sugerentes lecciones de geografía y cuanto se le asocia, esa singular belleza de

ELISEO RECLUS

15 DE MARZO 1830-1930

Por ALBERTO NIN FRIAS

soñar a nosotros y, a su vista, nos prometemos ser sinceros y buenos hasta ser su igual, y su virtud nos fortalece contra el mundo odioso del vicio y la calumnia.

Esto recuerda un pensamiento del sabio amante de la na-

han elevado los hombres superiores son, de entre ellas, las más bellas y serenas.

Mirar emocionado el firmamento estrellado, el mar inmenso, el río risueño y agreste, breve dirigirse a la naturaleza en cualquiera de sus manifestaciones, es dirigir una oración a lo infinito. El culto de la belleza empezó por la adoración de las cosas naturales.

En otra parte del libro, insistiendo sobre la importancia del agua, del arroyo en el desenvolvimiento humano, declara: "Costumbres, religiones, es-

tórica anunciada con sencillez. ¡Cómo deleita leer párrafos semejantes!

Reclus, cual un genio de las leyendas árabes al pasearnos por las riberas del arroyo, hace aparecer de repente un gran panorama histórico; las sublimes tradiciones sobre la humanidad le interesan más que las referentes a los hombres, tomados individualmente.

El capítulo titulado "El paseo" es, ciertamente, una deliciosa excursión. Escuchemos al divino geógrafo: tan sugerente es su descripción, que junto con su alma nos transportamos a las comarcas por él evocadas:

"Para saborear todo cuanto ofrece de delicioso un paseo por la orilla del arroyo, es preciso que el derecho de la pereza haya sido vencido con el trabajo, y que el espíritu cansado tenga necesidad de adquirir nuevo aliento contemplando la Naturaleza. El trabajo es indispensable para quien desee gozar del reposo".

Más adelante prorrumpe en este himno triunfal al aire libre, al espectáculo de la Naturaleza:

"La belleza del cielo, del agua que corre y la verdura de las plantas nos extasia. En este renacer del extasio, nos sentimos como transportados hacia la juventud del mundo y al nacimiento de la humanidad. A pesar de los siglos pasados, nos sentimos jóvenes como los primeros mortales, despertando a la vida en el seno de la madre bienhechora; hasta somos más jóvenes que ellos, puesto que tenemos plena conciencia de nuestra vida. La tierra es hoy tan bella como el día que nutría a los centauros, y nosotros, más que esos monstruos, llevamos en nuestro pecho un corazón de hombre".

¡Oh juventud del mundo, oh juventud del alma, oh perenne juventud del corazón: cuán feliz se es con esos tesoros!

Recuerda a menudo el sabio a Grecia y a la ciencia, que promete mejorar la suerte de las sociedades. Al referirse a la primera de ellas lo hace con conmovido acento:

"La altiva ciudad griega, y con ella la admirable civilización de los helenos, que continuara resplandeciente a través de la historia, se explica, en gran parte, por la forma de la Hélade, donde numerosos lagos, separados unos de otros por colinas y elevadas montañas, tienen cada uno su pequeña familia de arroyuelos y de valles".

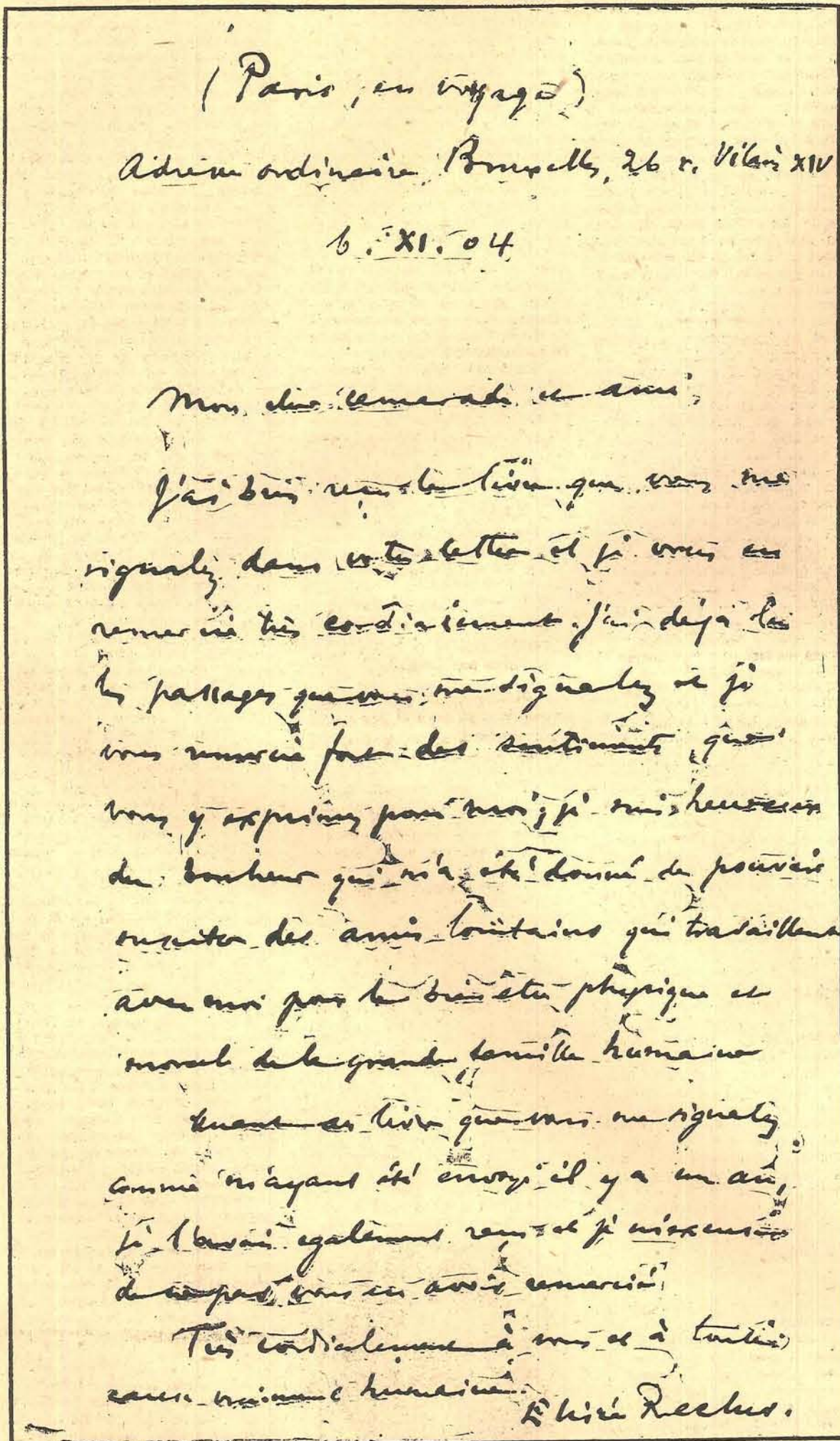
De la ciencia juzga bien decir:

"Por todo lo nuevo amor que hacia el mundo sentimos quiero con pasión la previsión que da la ciencia... En la ciudad futura lo que ella aconseje harán los hombres... Bien utilizada una catarata como la del Niágara, animará las máquinas suficientes para realizar todo el trabajo de una nación".

La leyenda de Prometeo se cumple: el hombre roba todos los arcanos a la esencia de las cosas, pero el ser humano, "en su amor a la justicia, a la humanidad, que cambia incesantemente, ha empezado ya su evolución hacia un nuevo orden de cosas. Estudiando con calma la marcha de la historia, vemos el ideal de cada siglo convertirse en la realidad del siglo siguiente, vemos el ensueño del utopista adquirir forma precisa para hacerse necesidad social en la voluntad de todos".

Asimismo abundan las nobles sentencias morales en el curso de la obra, y así, de esta suerte, escribe que "la Naturaleza revela su fuerza por sus agentes más débiles". En lo moral ocurre lo propio: los seres que han marcado rumbo a la sociedad salieron de la masa del pueblo, de padres pobres y sin títulos.

El capítulo con que finaliza el libro, leído con la emoción (Continúa en la pág. 43)



las memorias y de los diarios íntimos de los seres que admiramos.

Los niños, los jóvenes son los que más aman a la naturaleza y al sentimiento de libertad que inspira; por eso, a ellos está dedicado este libro. Al hablar de la fuente, recuerda Reclus con su alma de poeta, al cuadro encantador de Ingres: "Félicité; no sueña en nada, pero su dulce mirada nos hace

Facsimil de una carta de Eliseo Reclus dirigida al autor de este artículo

turalza que fué Taine; "Oh mère silencieuse et endormie, que vous êtes calme et que vous êtes belle, et quelle sève immortelle de félicité et de force circule encore, a travers votre être, avec votre paisible sang!"

Estas dos estancias del gran himno a la naturaleza que le

tado social, dependen, sobre todo, de la abundancia de aguas corrientes... Las naciones de Europa han llegado a ser las más morales, las más inteligentes y las más felices, no porque lleven en sí preeminencia alguna, sino porque gozan de un mayor número de ríos y fuentes y sus cuencas fluviales están más felizmente distribuidas.

He ahí una gran verdad his-



IRENE NEMIROWSKI

POR primera vez en Francia, una mujer acaba de ser recibida en el concurso de entrada a la carrera diplomática. Pero como

en virtud de una inconsecuencia muy europea las mujeres no gozan en Francia más que de una parte de los derechos concedidos al hombre y al ciudadano, la primera "diplomática" no podrá firmar actas en las que deba constar su estado civil y quedará reducida a permanecer en París, en las oficinas del Quai d'Orsay, para cumplir una labor de funcionaria, sin la esperanza de llegar a ser nunca embajadora.

Esta historia que, a primera vista, no tiene ninguna relación con la literatura, si la tiene, y muy estrecha, en realidad. Esta joven francesa, al presentarse al concurso diplomático, ha invadido deliberadamente un dominio en el cual, por toda clase de razones, no era deseada la presencia de las mujeres. En unión del ejército y la clerecía, la diplomacia parecía seguir reservada únicamente a los hombres. ¿Qué ha resultado de ello? El hecho de que la mujer se haya encontrado rápidamente relegada a una posición inferior.

Estudiando lo que llama "Promotion de la femme", Lucien Romier, historiador, economista y sociólogo, estima que la mujer, al abandonar el hogar familiar para trabajar fuera de él, y llegar a ser tan instruida como el hombre, no renuncia ni debe renunciar a lo propiamente femenino. El feminismo no debe consistir en un deseo de imitar al otro sexo, sino, simplemente, en una adaptación del gusto por la sociabilidad, y en el deseo de adaptación de las mujeres a las nuevas condiciones de existencia.

De esta suerte, las mujeres deben especializarse y no entregarse sin discernimiento a todas las profesiones. Lucien Romier afirma que el trabajo femenino debe descubrir su "identidad". Y agrega: "El género femenino, en el inmenso dominio de las creaciones y de las correspondencias exteriores a la familia, debe hacerse indispensable y revelarse a sí mismo, por un esfuerzo de diferencia, su identidad social. A medida que la mujer adquiere conocimiento de su identidad con relación a la identidad masculina, ampliará sus conquistas, sus aportaciones y su benéfico influjo".

Pues bien; en la literatura sucede que las mujeres en lugar de precisar paulatinamente su "identidad", pierden cada vez más el sentimiento de ella. Esto se debe al feminismo, a la comunidad instructiva y de educación instaurada en Francia después de la guerra.

Hay un hecho cierto, y es que desde la época en que el sexo femenino estaba replegado en sí mismo, la literatura femenina ha dado obras perfectamente caracterizadas, di-

ferenciadas, que ningún hombre hubiera podido escribir. Buenos ejemplos de ello son tanto "La Princesse de Clèves", de Madame de Lafayette, en el siglo XVII, como los poemas de Marceline Desbordes Valmore y las novelas de George Sand en la centuria pasada.

Entre los más grandes escritores franceses del período inmediatamente anterior a la guerra (y aunque su obra continúe desarrollándose con vigor y continuidad) hay que citar a la condesa de Noailles y a Colette. Entre 1905 y 1914, y tras las dos figuras capitales nombradas, hemos asistido en Francia a una verdadera explosión de literatura femenina caracterizada por un ardor sensual, un frenesí y un "sensacionalismo" muy particular. Para defender a los hombres de esta tentación, Charles Maurras escribió páginas severas contra lo que él denominaba el "romanticismo femenino".

Y en las demás escritoras, menos resueltas, ya se tratase de Lucie Delarue-Mardrus, de Marcelle Tinayre o de Camille Marbo, lo que predominaba era la feminidad. Había una manera femenina de escribir.

La guerra y el desarrollo femenino que la siguió ha cambiado todo esto. El gran hecho nuevo en la literatura femenina, a partir de 1918, es que las mujeres escriben como los hombres. No son ya uno, sino diez, veinte libros de mujeres los que se atribuirían sin la menor vacilación a hombres si el nombre del autor no figurase en la portada.

Tomemos un caso típico en la producción reciente: uno de los mayores éxitos libreros de la temporada ha recaído en un libro intitulado "David Golder". Está escrito por una mujer, Irène Nemirowski, y es la historia de un gran financiero, de su ruina, de su reconquista de la fortuna. Se desarrolla con un vigor, una brutalidad, un realismo y hasta un cinismo completamente inesperados en una novelista.

También se ven (pero esta tendencia a la imitación excesiva y sin límite ya tiene algo de femenino) mujeres de letras que exageran los procedimientos de escritura de ciertos autores masculinos, particularmente "machos", si así puede decirse. Así vemos cómo Maryse Choisy "hace" un Deltail exasperado y cómo Titayna, en sus libros de viaje, nos da un Paul Morand todavía más condensado y elíptico.

Antes de la guerra, si tomáramos diez libros de mujeres, cuatro de ellos imitaban o recordaban a Colette, cuatro hacían pensar en Madame de Noailles. Hoy, solamente un libro entre esos diez hace pensar en la autora de "Chéri" o en la de "Coeur innommable".

Cierto es que el eclipse de la feminidad está lejos de ser total, pero la tendencia a confundirse con el otro sexo es innegable.

¿En qué se manifiesta esta tendencia, fuera del estilo? Ante todo, en un esfuerzo de producir libros objetivos. La literatura femenina es, como nadie ignora, casi siempre autobiográfica. Aunque no lo sea directamente, refleja sin transposición, o apenas, las sensaciones o las intuiciones más subjetivas de la autora.

Pues bien; desde hace una docena de años, parece haber disminuido la parte autobiográfica de dichas obras, o, al menos, está mucho más velada. Las novelistas nos refieren casos observados por ellas, más bien que casos vividos por las mismas. Un gran número de novelas femeninas recientes estudian la situación particu-

PERIODISMO Y LITERATURA

POR BENJAMIN CREMIEUX

(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1930

lar de las mujeres en el mundo de hoy. Así es, por ejemplo, cómo Suzanne Normand en "Cinq femmes sur une galère" ha estudiado la vida de cinco mujeres solas, obligadas a ganarse la vida, o como Simone Ratel en "Trois femmes parmi les autres", nos presentaba tres mujeres del día, vacilantes entre el deseo de conservar intacta su libertad personal, su libertad completa, y entre el deseo de ser amadas, de casarse.

Al lado de Irène Nemirowski, la más representativa y una de las mejor dotadas de estas nuevas novelistas objetivas, hay que incluir, sin duda, a Lucienne Favre (muy superior a Dominique Dunois o a Jean Balde, laureadas, respectivamente, por el Premio Femina y el Premio de la Academia para la novela, con gran sorpresa del público en autos y de la crítica independiente).

Lucienne Favre, después de

A un par de zapatos de víbora

Más de un año, día a día, diles al andar empleo y pudo más su porfía que mi rudo taconeó.

Y, bello cuero jaspeado que hubo de morir entero, guarda intacto el botinero al noble par jubilado.

Meditando en esta hazaña pensé: fué suyo el destino de arrastrarse, así es que vino a mí a continuar su maña.

Y si a una envenenadora transportaba en tiempo atrás ganó en oficio, que ahora lleva a quienes lo son más...

Alfonsina Storni

haber descripto en su primera obra "Bab-el Oued" las costumbres del barrio español de Argel, ha utilizado en su segunda novela la técnica del cinematógrafo con una curiosa maestría. "Un homme derrière le mur" es el relato de un crimen y, sobre todo, la historia del asesino principal refugiado en un parque silvestre para huir de la policía. Ese parque rodea a una propiedad habitada. En una serie de cortos cuadros, Lucienne Favre hace vivir con admirable simultaneidad a to-

dos los habitantes de la casa, los cuales, a su vez, acaban por ser influidos por la presencia del asesino en su vecindad.

En "La Noce", libro de un realismo vigoroso, la señora Favre ha utilizado un procedimiento diferente pero bastante cercano al anterior. Su última obra, "Orientale 1930", es de una técnica mucho más sencilla; trátase del relato de su vida hecho en primera persona, por una sirvienta árabe, y transcrita fielmente por su patrona.

Aunque se ponga fácilmente en escena ella misma, la princesa Marthe Bibesco no deja de ser una escritora objetiva. Esta novelista es de origen rumano y prima de la condesa de Noailles. Su primer libro, anterior a la guerra, narraba un viaje a Persia. Su segundo libro, "Isvor ou le pays des saules", versaba sobre el país y los habitantes rumanos. El tercero, "Le perroquet vert", era una novela en la que intervenía lo fantástico. El cuarto, que hasta la fecha sigue siendo la obra maestra de la princesa Bibesco, llámase "Catherine Paris". Es la historia de una joven aristócrata rumana educada en París, mal casada con un Conde polaco y que, durante la guerra, se enamora de un aviador francés. Pero el interés de la novela no está en la anécdota. Está en la pintura de las costumbres de la aristocracia, a la vez cosmopolita y nacionalista, de entreguerra. Hay en ese libro una especie de prueba por nueve respecto a la exactitud de la visión que tuvo Marcel Proust de la aristocracia, y que es asombrosa.

Los demás libros de la princesa Bibesco, uno sobre la moda de París y las casas de modas de la capital, "Noblesse de robe"; el otro sobre el Egipto y el tercero, finalmente, en el que reúne retratos de hombres—Anatole France, el primer ministro inglés Asquith, el rey Fernando de Rumania—son igualmente objetivos.

Sin embargo, el estilo de todas estas obras sigue siendo femenino. Por su forma, ya que no por el fondo—que denota un conocimiento profundo de la política y de los recovecos de la historia—la princesa Bibesco perpetúa la literatura femenina en lo que ésta tiene de más femenino.

Una nueva novelista—Marie-Anne Comnène, cuyo primer libro "Rose Colonne" se anuncia como un gran éxito, parece querer romper todavía más con el influjo masculino que pesa sobre los libros de las mujeres desde 1918, y pretende, sin deber nada a Colette ni a la Noailles, restituir a la literatura femenina su "identidad" perdida.

Se ha dicho a su respecto que, desde George Sand, ninguna novelista francesa había escrito novela tan amplia y tan



SUZANNE NORMAND

rica como "Rose Colonne". A decir verdad, más que a George Sand, su libro hace recordar a las novelas inglesas; pero si la aglomeración de episodios, la diversidad de personajes y el carácter dramático de las peripecias evoca a George Eliot o a Thomas Hardy, la atmósfera soleada que baña al libro, cuya primera parte se desenvuelve en la isla de Córcega, es esencialmente mediterránea.

Se trata de una "novela de destinos"; es la historia de una mujer joven, ardiente y pura, cuya vitalidad es tan fuerte que aleja la dureza de los hombres, a pesar del amor que les inspira. El único que se atreve a llegar hasta ella es un hombre pervertido que abusa de su inocencia, pero sin lograr corromperla. Hay en este libro páginas de una fuerza lírica y un patetismo extraño sobre el amor maternal y sobre la muerte de un niño. El único hombre que resultaría digno del amor de Rose Colonne es un cura, alejado de ella por sus votos, y que parte como misionero dejándola su fortuna. Después de una última y terrible desilusión amorosa, Rose muere a los veinticinco años.

Lo que particulariza esta "novela de destinos" es que, contrariamente a los personajes de Flaubert o de Thomas Hardy, la heroína de "Rose Colonne" lucha contra su destino, y que los demás personajes también son presa propicias de la pasión y del tormento.

Hacia mucho tiempo que no aparecían en la novela francesa héroes de una vida moral tan intensa y completa y, por otra parte, tan apasionados. Dado el plano humano en que se ha situado la autora, sus personajes recuerdan un poco a los de Georges Bernanos.

Esta novela, de un vigor y una salud excepcionales en lo dramático, es fuertemente femenina; su vigor participa de la violencia de sensaciones de la novelista y de su sensualidad, en su significación más amplia; sensualidad que le hace gustar y expresar los menores detalles de la vida con una facilidad directa, sin literatura. La literatura femenina francesa acaba de enriquecerse mediante la incorporación de Marie-Anne Comnène, con una personalidad excepcionalmente dotada y con un temperamento auténtico de novelista.



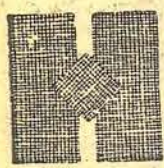
MARTHE BIBESCO

SUFRÓ TANTO DE REUMATISMO QUE NO PUEDO ESTAR LEVANTADO MÁS DE DOS HORAS DIARIAS. CADA PASO ME HACE VER LAS ESTRELLAS.

PONGASE LINIMENTO DE SLOAN EN LAS PARTES DOLORIDAS. LE ALIVIARA ENSEGUIDA Y SE SENTIRÁ MUCHO MEJOR. LOS FARMACÉUTICOS SABEMOS QUE EL LINIMENTO DE SLOAN ALIVIA LOS DOLORS REUMÁTICOS.

REUMATISMO ? Linimento de Sloan. MATA DOLORS

CRISTOBAL COLON EN BERLIN



He dejado París y su áspira política. Basándose en un poema de Claudel, Darius Milhaud, uno de nuestros jóvenes compositores, ha compuesto un drama lírico. Se estrena en Berlín. He hecho el viaje para oírlo y voy a tomarme la libertad de hablaros de él. Esta es una libertad, no lo ignoro, puesto que para vosotros mi tema es el político. Pero quizá os dignéis tener alguna piedad de este servidor. Al abrir La Nación, cada uno de vosotros encuentra satisfacción a sus gustos y puede respirar. Pero ¿acaso nosotros, los que penamos por satisfacer esos gustos, no tenemos también derecho a un respiro? De vez en cuando es preciso dejarnos que abramos la ventana para permitir que pase la corriente de aire, y después de eso trabajaremos mejor.

Entre nosotros ya se ha hablado mucho de ese drama lírico. Su tema: Cristóbal Colón, el drama de su descubrimiento y de su vida. Todos los medios de expresión, tanto los más antiguos como los más modernos —se nos decía— serán empleados en él. La palabra se mezclará al canto, los coros intervendrán en la acción, traduciendo, mediante sus cánticos, el concierto de los pueblos, sus deseos, sus esperanzas, sus exaltaciones; en fin, el cinematógrafo proyectará, en el fondo de la escena, los espectáculos del universo, de los mismos cielos, la inmensa movilidad de las nubes y de las olas, y hasta los recuerdos seculares que se mezclan confusamente en cada instante y en cada acto.

En todo ello había cosas suficientes para excitar nuestra curiosidad. Pero ¿qué gran tentativa! Para triunfar en ella es natural que intervengan dos pueblos, que alemanes y franceses reuman un instante las fuerzas que, con demasiada frecuencia, usan en la guerra...

★ ★ ★

¿Estoy seguro de que asistiendo a este estreno huyo de la política? En tiempos como los nuestros es difícil, casi imposible, aislarse, aunque sólo sea por unos minutos, es difícil seguir un gusto referente al arte o al pensamiento. La política es una fatalidad tan urgente que apenas puede uno distraerse de ella. Le había olvidado y, sin embargo, a propósito del estreno en Berlín de una obra francesa, me la han hecho recordar reiteradamente.

Me encontré con el director de uno de nuestros grandes diarios y, sin importarme que fuese nacionalista, le dije: "Voy a Berlín para ver el drama de Claudel y Milhaud; ¿quiere usted que le escriba desde allí cómo han transcurrido las cosas?" En seguida advertí su rostro asombrado: "El tema es denegado. Claudel es embajador de Francia. ¿Está en su papel haciendo que le representen en Berlín?" En efecto, Claudel es embajador al mismo tiempo que poeta, pero confieso que no había llegado a pensar en la cuestión que me planteaban.

Había cometido, por tanto, una torpeza. Las torpezas tienen su encanto y resolví perseverar en ésta. Dirigiéndome al director de otro diario, le repetí mi propuesta y vi su aire enojado al decirme: "Pasado mañana un zepelín pasará sobre París. Mal momento para que un embajador sea interpretado en Berlín y para escribir desde Berlín..."

¡Un zepelín encima de París! No sabía nada de ello, ignoraba esa visita que dos días después, efectivamente, nosotros los parisienses tuvimos exactamente al filo del medio

día, sin haber manifestado completamente el deseo de recibirla, y que me pareció—debo decirlo—recordar con demasiada prontitud otras visitas menos inocentes y ser efectuada con una insistencia exenta de buen gusto. Pero, claro, ni el gusto ni la medida

han sido nunca el fuerte de nuestros vecinos; y, además, entre un zepelín y un drama lírico de Claudel hay una distancia que no consigo llenar.

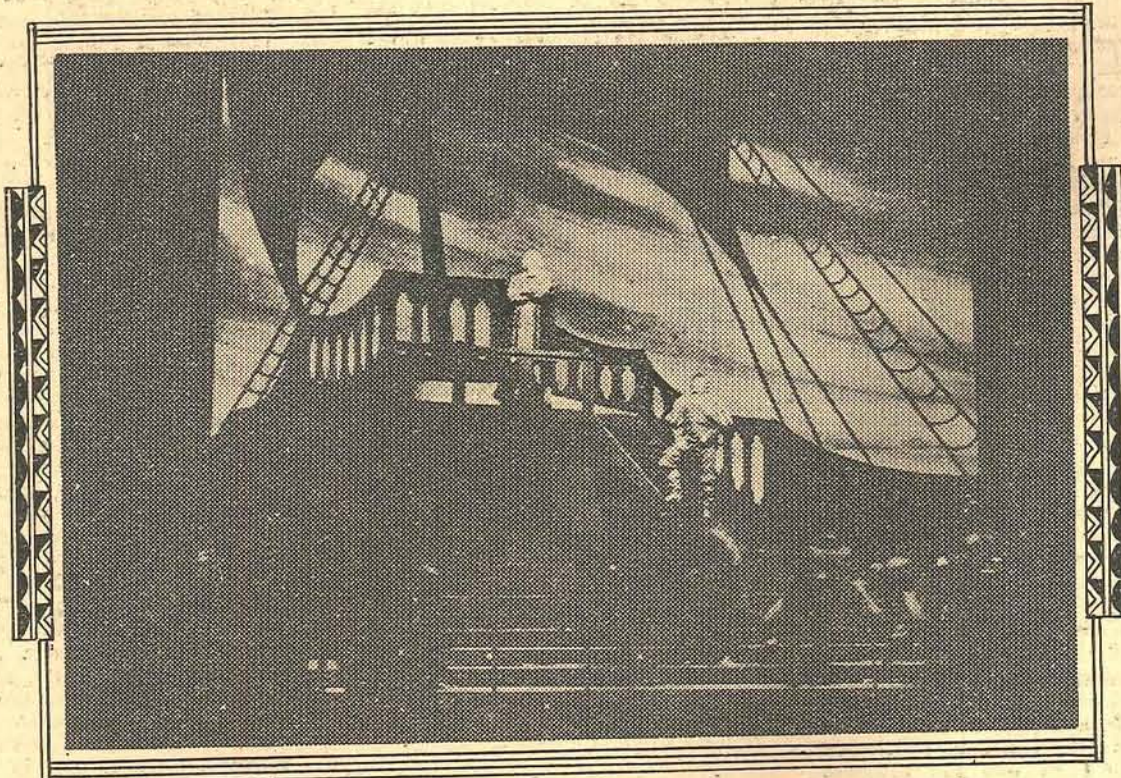
Finalmente, me dirigí al "Journal des Débats", vieja casa docta, cultivada, liberal, donde se recuerda aún que ya existía en el siglo XVIII, fecha en que el diario fue fundado, y no se olvida al XIX, siglo en que alcanzó su máximo brillo, su autoridad europea, en una Europa que no estaba "salvajizada". "Voy a Berlín..."—dije. Ya conocen ustedes mi discurso; de modo que no lo repetiré. El director me acogió bien y mi proposición fue aceptada.

★ ★ ★

He dado el salto de una a otra capital en una veintena de horas, franqueando las campiñas, los países del carbón, los del hierro, atravesando los ríos o corriendo con ellos; me dormí a la sombra de un gran bosque y, al abrir los ojos, vi la llanura prusiana, una de las más feas cosas que existen en Europa, una estepa mal convertida, a fuerza de ingenioso laboreo, en pobres hierbajos y

POR
DANIEL
HALEVY

(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1930

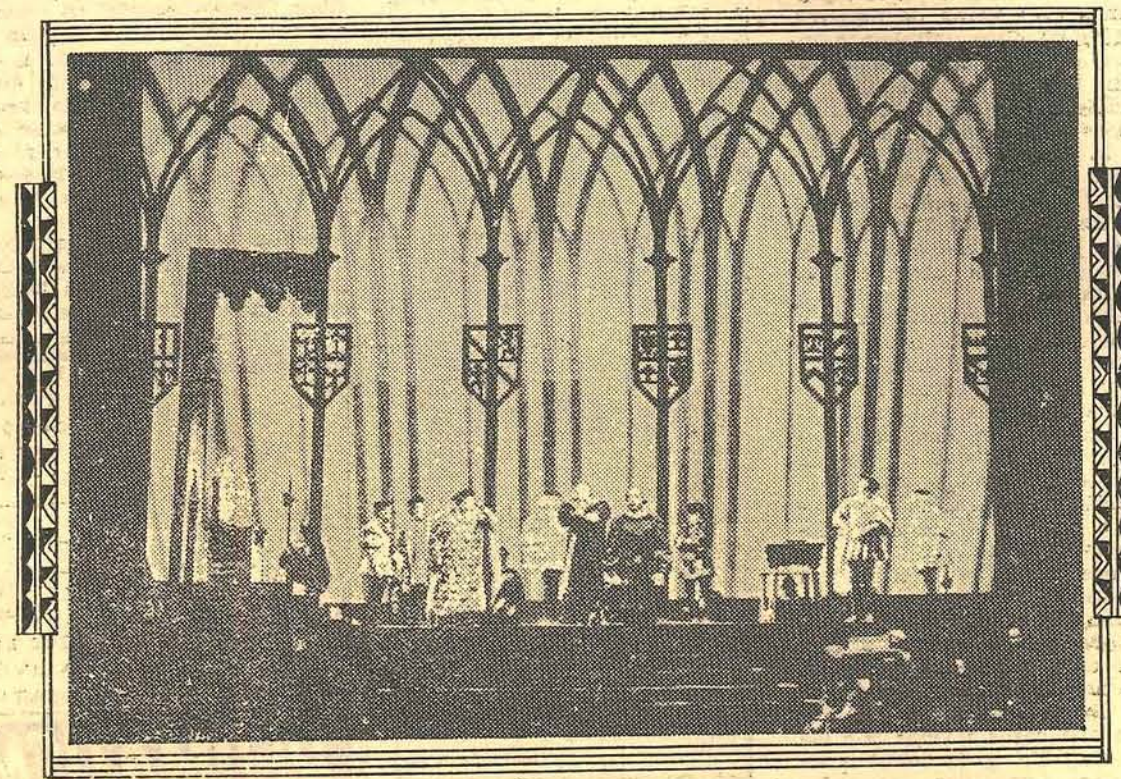


Una escena de la ópera "Cristóbal Colón", con libreto de Paul Claudel y música de Darius Milhaud, que no hace mucho se estrenó con éxito en Berlín

en campos de patatas. A ella se mezcla súbitamente la lepra de un arrabal y luego las fábricas, las casas alineadas, y pronto la vista en todas direcciones es limitada y encerrada por esa otra cosa horrible, esa deplorable invención del mundo moderno, una gran ciudad. Pero no debo maldecir de ésta: tiene buenos teatros y la música perfecta encanta sus veladas.

De paso, había releído las dos recientes obras de Claudel y debo confesar que había vuelto a encontrar en ellas aquello mismo de que pretendiera distraerme, es decir, la política. No la política con que me habían amenazado los directores de diarios parisienses, sino otra mayor y más noblemente inevitable. No es extra-

Otra escena del mismo drama musical, representado por los actores del Linden-Oper



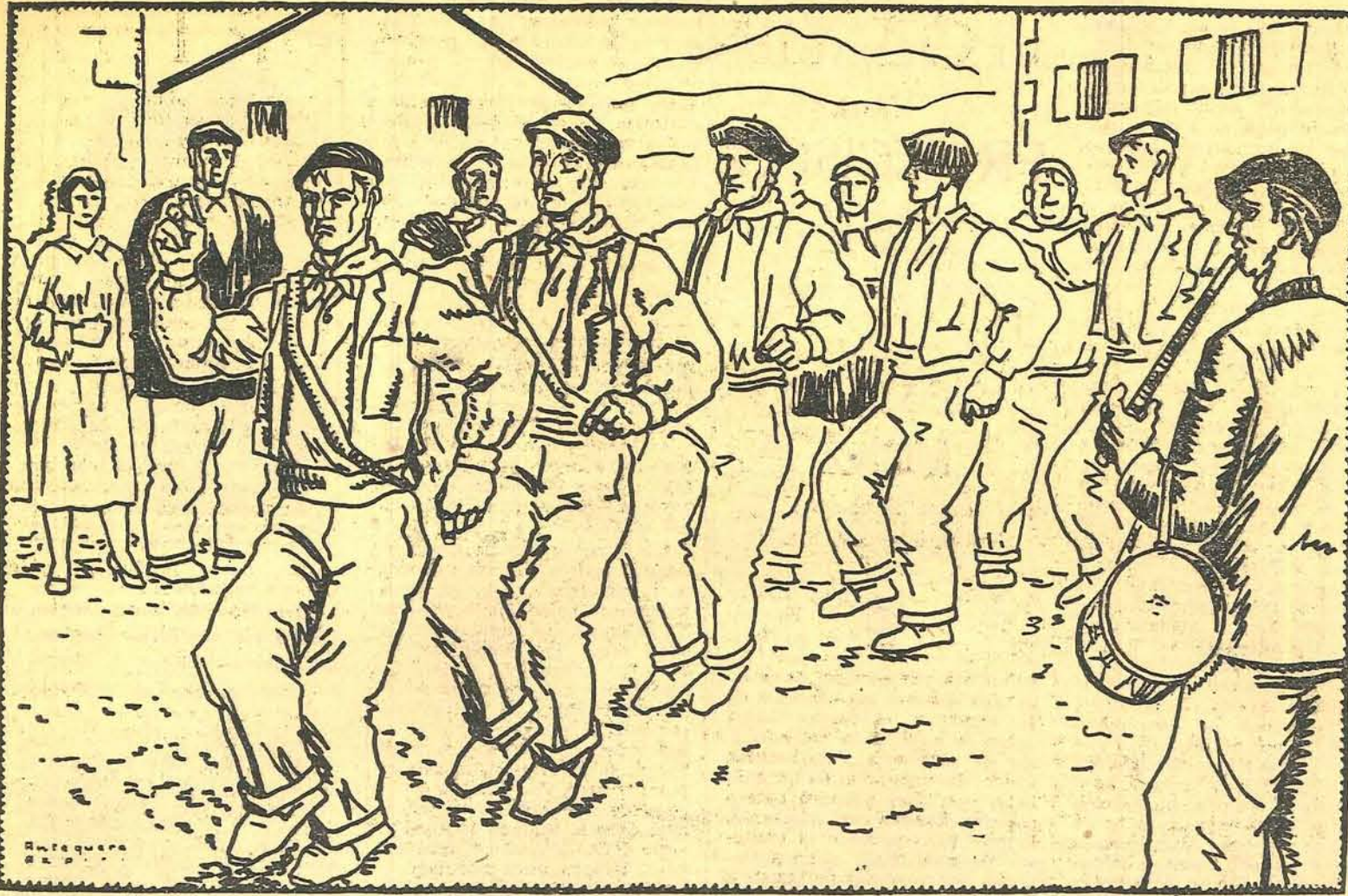
ño que nuestro gran poeta católico, paseado después de la guerra en todas direcciones por las obligaciones de su carrera, haya sido profundamente sensible al tumulto mundial. Claudel es diplomático y ha representado a Francia no muy lejos de la Argentina, en el Bra-

viado lejos, como ya dije, y a todas partes llevó consigo el manuscrito, ya que no encontraba el tiempo y la holgura necesarios para reanudar y acabarlo. En 1923 estaba en Tokio. Entonces — ¿quién se acuerda? — hubo un temblor de tierra que hundió las casas y aplastó a los seres; Claudel escapó dificultosamente del desastre. En cuanto a sus papeles, los perdió todos; el poema que había trabajado tanto desapareció. Pues bien, he aquí lo inesperado, lo maravilloso o, si gustáis oírlo así, el milagro providencial. En junio de 1914, en el monasterio belga, un joven monje entusiasta había pasado tres noches copiando en secreto el manuscrito que le fué confiado; sorprendido por la invasión y, antes de huir, encerró su copia en una caja de hierro, cavó un hoyo y escondió allí la caja; en 1918, una vez concluida la guerra, y al volver al monasterio, su primer cuidado fué buscar el escondrijo. ¿Qué alegría! Nadie lo había descubierto: la caja, los papeles estaban allí. Claudel, que seguía en Tokio, afectado por la pérdida experimentada, recibió una carta de Europa escrita por un desconocido. El desconocido era el joven monje; confesaba su indiscreción, narraba la historia. ¡A través de cuántas aventuras había sido salvado el manuscrito! Claudel respondió con una exclamación de gratitud, de júbilo, un resplandeciente "Aleluya". Será hermoso leer algún día esa carta.

Este "Aleluya" lanzado sobre un mundo destrozado es el grito profundo de sus obras recientes; en cada una de ellas lo oigo. A través de las peripecias de las cuatro jornadas de "Le soulier de satin" (son demasiado largas y variadas esas peripecias para que yo las cuente: ocupan diez vidas ardientes y cubren toda la extensión de nuestro Globo), se eleva y vibra ese "Aleluya". Lo mismo sucede a través de "Cristóbal Colón", ese poema que voy a escuchar en Berlín. Narra la historia de un hombre que tiene la vocación de la Tierra, del Globo. Claudel lo dice: "La Humanidad que es menester reunir, la obra de Dios que es preciso rematar, esta tierra que Dios te ha dado, como la manzana en el Paraíso para que tú la tomes entre tus dedos (1), eso es tu padre y tu madre". El instinto de Cristóbal Colón ha adivinado el peso, la trascendencia de un continente en el horizonte de los mares, lo mismo que una mujer adivina un sentimiento en el alma de aquel a quien ama.

Colón ha partido, Colón ha triunfado, ha puesto su planta en ese mundo nuevo; al menos en algunas islas de ese mundo, encontradas y estrechadas como una mano en la noche. La magnitud de su descubrimiento despierta remolinos que su fuerza no consigue dominar: Colón está perdido, es ahogado, cae en la miseria. Pero no duda y no lamenta nada. Todo lo que había emprendido termina mal: los pueblos indígenas son degollados. ¿Qué importa? "Yo he venido para descubrir el mundo, no para arrancarle a sus sufrimientos", dice Colón—. En lugar de los pueblos degollados son traídos de África los hombres negros, reducidos a la esclavitud y arrojados en los barcos como bestias. Colón no decae ante esa visión. Y dice: "No solamente habré hecho necesaria al mundo América, sino también África". Necesario por el sufrimiento, si es que no hay otro medio. Desde cierta altura no hay diferencia entre un grito de dolor y un grito de júbilo. "¡Aleluya!": Colón se ha

(Continúa en la pág. 34)



MAÑANEIO—

La discreta madrugada limpia el espíritu como las aguas del río sacuden la modorra física, estirando los miembros y dando a la cara una expresión fresca, más optimista y renovada.

Unos cúmulos-nimbos densos forman el marco que encuadra la zona tersa de azul, que presenta el enigma de una predicción meteorológica.

Despreciadas ya las aguas que los tubos de estaño adocenaron en el paso de sus inspidos conductos, sujetas al control del contador y sometidas a la tiranía caprichosa del grifo, no hay razón para no preferir después el césped hirsuto del prado a la silla de anea o de bazar de muebles, apoyada sobre el muro desconchado que nace en los sillares rojizos, como baztaneces, de la casona.

El escudo del valle de la fachada está cubierto por un negro paño, pregonando el duelo —un poco artificioso— del inmueble, por una desgracia que afecta al alma solariega, muy remota y carambolescamente.

Los niños con sus retozos hacen vibrar la luz filtrada por entre las ramas tupidas que sombrean la pradera del mercado. Sus voces valen por todas las emisoras de radiotelefonía, y los golpes secos, seguros, maestros, que se oyen hacia el frontón de blé próximo, adquieren sonoridades de valor propio, sólo competidas por el gorgojo y piolar de los infinitos pajarillos que trinan por las ramas y que, cuando callan, un sencillo aire silbado tenuemente por vuestros labios es suficiente para precipitarlos en un nuevo coreo, ya insuperable.

Un mugido seguido de otros avisan del paso bovino hacia la aguada del río, allí mismo, junto al puente de Elvetea.

Los golpes metálicos sacados a los cuantos rodados del camino, desiguales y a veces resbaladizos, describen la figura del campesino, quizá contrabandista que marcha con su caballo hacia la montaña.

La boina puesta de almohada; el dorso sobre la hierba todavía rociada; las piernas dobladas en ángulo, y los brazos llevando las manos a cruzarse sobre la cabeza, permiten ver todo sin mirar y oír todo sin escuchar. Hasta que una voz hace levantarse y acudir hacia

la casa, donde ya el desayuno humeante inaugura el día oficial.

UN TAXIMETRO PUEBLERINO—

Los pueblos navarros como éste, vitalizados por la plata de sus hombres, fecundadores de América, y por una considerable colonia veraniega atraída por lo pintoresco y salutar de su ambiente, pueden permitirse el lujo de mantener un servicio de taxímetros "sin parada", y cuyos contadores de metraje recorrido no son mecánicos, sino de ojo humano y propietario de cada vehículo.

En uno de estos coches tan limpios como tratante en día de feria, se traslada el curioso escudriñador de matices al pueblo aledeño y montañés, y, cuando un frenazo irregistrable por el cinematógrafo sonoro, se detiene ante el prado de Lamiarrita que sirve de cancha en los partidos de largo, unas docenas de ojeadas satisfacen su afán informativo, desgastando lo inédito de la externa personalidad recién llegada.

EL JUEGO DE LARGO—

Bozate, a la derecha, con su caserío desparramado en un gesto algo aduareño, muestra los vestigios de una humildad a que varios siglos llenos de prejuicios le trajeron. La franja gris de la carretera de Errazu deja ver en su cruce con la de Arizcun, el paso de una enorme mole roja que sube resoplando bajo el bochorno, llevándolo dentro a los viajeros que se dirigen al último pueblo baztanés, ya en la raya de Francia. En la misma T que forman las dos carreteras, varios tricornos de charol y unas gorras cuarteleras, grises, con un barboquejo absurdo, departen amigablemente en su círculo gris y autoritario.

A lo lejos, por encima de la cañada que forma al correr el Baztán, retozón y claro, Azpilcueta se siluetea, pavoneándose un tanto de la prestancia que le da la perspectiva desde Arizcun.

En el prado, entre miles de margaritas maltratadas por las blancas alpargatas de los jugadores, éstos se sofocan lanzando y deteniendo la pelota con sus guantes bien curtidos, de cuero. Los saques y los restos forman la cadena de quince que apasionan a los espectadores que han interesado alguna traviesa. El botillo pétreo, en el extremo del campo, hace saltar la pelota que sale

disparada por el guante, y cada vez que un restador la detiene, el tanteador canta y coloca sobre el suelo la rama fresca y frondosa marcando la raya que hay que superar.

Las muchachas, rezumando madurez, se animan con voces canoras y alegran el paisaje cubierto de velos grises de tormenta próxima, con los colores vivos e hirientes, pasados de Francia por los novios contrabandistas y, algunas veces, carabineros.

El partido, interminable para el no conocedor, se suspende para poder comer, y ser continuado por la tarde. El ánimo colectivo no resplandece con ese bullir majestuoso del juego de rebote.

JANA (1)—

En la posada no hay nadie. Arriba en el primer piso una taberna sugiere — en remota semejanza — la idea del bar con que las casas a la moderna reciben al visitante. La penumbra que llena la casona refresca el ambiente, ahuyentando al bochorno.

Es preciso esperar todavía. Aunque el apetito haya hecho acto de presencia, no hay más remedio que aguardar; en este día de San Juan, santo patrón, nadie debe comer solo en el pueblo. Llega el primero. El guarda jurado baztanés, que representa la coacción municipal del Valle. Es hijo de la casa, afable y de clara inteligencia. Llega otro. Un viejito reidor y simpático, lleno de cortesía rústica. Es el "echejaun". Se presenta un tercero. Es un "mutil", espigado y recio, hecho de acero; un "dantzari" que tomó parte en la Semana Navarra de la Exposición de Barcelona, y que constituye excelente reclamo para el Pueblo Español, pues según él, cuando estaba debajo del arco de Maya dice que "talmente creía estar en el Baztán".

Siguen llegando. Ahora es un pamplonés, yerno de la casa, activo, listo y negociante, de mirada sagaz y llena de ansias de conocimientos. Luego otro comensal ajeno a la casa, y el último, claro, es el barquillero. Ha estado esperando afuera, apurando el último momento, dejando que los chiquillos enredasen con la rueda aleatoria, a cambio de las monedas más democráticas y de unas máximas estilizaciones de la canela.

La mesa se rodea de comensales, llenos de humilde ritual. Por qué estas nobles gentes

TARACEAS FIESTA DE SAN JUAN TEXTO E ILUSTRACION DE ANTEQUERA AZPIRI

(Para LA NACION)

SAN SEBASTIAN, julio de 1930

que no me conocen, me conceden el sitio de honor a la diestra del "aitona"? (2).

Jamás hubiese pensado que el pollo pudiese prestarse con diferentes aderezos, a llenar la necesidad de presentar un respetable número de platos en un menú de día patronal. Se habla de costumbres, de tradiciones, de aviación... ¿Parece inadecuado este último tema? Pero se habla de aviación y también de la Exposición de Barcelona...

La comida es para hombres solos. Las mujeres se dedican al yantar en la cocina. Sirve

la mesa una muchacha delicada de rasgos, rubia, hija de la casa, que añade un jalón confirmativo más en el concepto de bien dotada estirpe, que comienza a formarse cuando el primer familiar se sorrete, inadvertidamente, a vuestro juicio.

MUTIL DANTZA (3)—

En la taberna, las blusas negras se inflan con el entrar precipitado y torpe de los mozos, llenando en más de lo efectivo el recinto. El lápiz empieza el rasgueo de la superficie blanca y rectangular que presenta, impoluta, el cuaderno de apuntes. El cubo bien aparejado del palacio de Goyeneche va surgiendo esquemático a la izquierda, presentando su muro recién enjalbegado, con su escás trazado por la brocha apelmazada de negro de humo y cola. Las casas de enfrente aguzadas por las dos vertientes de sus tejados; esta otra, muy volada, enseñando su esquina que sirve de embocadura a la composición.

Los codazos de los "mutilos" colaboran en los arabescos involuntarios, que adornarán el dibujo con valores insospechados. Una mano fina evita la continuación de una resistencia vigorosa contra la asfixia y salva la obra, conduciendo al artista a un piso más alto. Además, la rubia delicada, que corresponde a la mano fina, habla mientras la "mutil dantza" con su hilera de mozos, presididos por los mayordomos que cruzan sus pechos con cintas de los colores nacionales de España, van trenzando la cuerda, haciendo y deshaciendo nudos de un lazo corredizo, que a más de un "americano" le recordará la Pampa.

Cuando la última chica del grupo de espectadores esta ya esquematizada, se cierra el cuaderno con sus pastas de retor. Hay una cordial despedida, unos saludos en la plaza, y un regreso a pie hasta Elizondo para poder sobrellevar el sólido condumio, en el que ha puesto su sello indeleble el sacrificio de tanto volátil inocente, sometido a las más variadas presentaciones culinarias.

A los primeros pasos, Arizcun ha desaparecido de la vista, quedándose allí, fatalmente, con su barrio de Bozate, con su convento, con su caserón de Goyeneche y con aquel otro de Ursua, que recuerda a su bizzarro antepasado, asesinado por la soldadesca ambiciosa como él, pero sin su nobleza, en las tierras de Nueva Granada.

FIN DEL DIA DE SAN JUAN—

Y con los pies descalzos extendidos sobre el "hierbin" que no tardarán en hollar las pesuñas del ganado vacuno de la comarca, en el próximo día de feria sabática, aguarda el ánimo a que la noche traiga nuevas apatencias de un dormir reparador, sin insomnio, recio, campesino.

- (1) Jana = La comida.
(2) Aitona = Abuelo.
(3) Mutil dantza = Danza de mozos.

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN PLANO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

El noventa por ciento de los indigentes se ven en la miseria por culpa de su desobediencia o por ignorancia de las leyes de la vida, sobre templanza y ahorro.

GUARDE

algo cada mes! Sea previsor. La riqueza es consecuencia de la práctica del ahorro. ¡Abra usted una cuenta! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 o/o de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

EL CENTENARIO DE FRANCISCO JOSE

1830 — 1930

POR

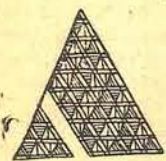
SIGMUND MUNZ

(Para LA NACION)

VIENA, julio de 1930



Francisco José, el emperador de los tristes destinos, en un curioso retrato que le presenta vistiendo la indumentaria de los campesinos tiroleses



UNQUE hubo todavía en Austria, después del fallecimiento del emperador Francisco José, ocurrido en noviembre de 1916, otro monarca de la dinastía de los Habsburgo, es indudable que la personalidad del anciano monarca, que reinó durante casi 70 años, eclipsó de tal modo a su último sucesor que, aparentemente, el emperador Carlos no vive ya en el recuerdo de nadie. Ha sido olvidado, lo mismo que lo fue el último emperador de Roma, Romulus Augustus, cuya personalidad recuerda la historia tan sólo como un diminutivo, un Augusto empujado. No quiere decir esto que el emperador Carlos, cuyas excelentes condiciones morales no pueden ser siquiera discutidas, aparezca hoy ante la posteridad con los mismos caracteres deleznales que las del último emperador de la Roma Occidental. Pero, en cambio, puede decirse que el emperador Carlos pertenecía a algo así como la familia de Tántalo, es decir, el último de los atrevidos. Sobre él cayó la maldición del gran crimen de la guerra mundial. Falleció, como un pobre desterrado, en Funchal (Madeira). Y, como si ello no bastara, el recuerdo de su personalidad va borrándose cada vez más. Quien visita hoy Austria y su capital, Viena, recibe la impresión que los Habsburgo han desaparecido hace siglos del escenario histórico. Y, sin embargo, sólo faltan de él hace apenas una década. Ninguno de sus contemporáneos los recuerda ya. La tradición monárquica carece de un solo dirigente político representativo, y únicamente por piedad se detienen aún algunos viejos servidores de la Corte Imperial ante el Panteón de los Capuchinos y observan respetuoso silencio ante el panteón que guarda los restos de tantos emperadores, un tiempo señores del mundo.

El emperador Francisco José no puede desaparecer tan fácilmente de la memoria. Llevan su nombre muchas construcciones monumentales de la Ringstrasse, la vía triunfal de Viena. Un nombre tan íntimamente ligado a acontecimientos históricos de importancia mundial, que sólo puede escapar a la vista de un ciego. Cuando el siglo XIX tocaba a su fin, había en los tronos de Europa más de una personalidad venerable: en primer término, el Papa León XIII, la reina Victoria de Gran Bretaña y el rey Leopoldo II de Bélgica. En ese mismo círculo se destacaba también entonces el emperador Francisco José, quien al comienzo del nuevo siglo contaba ya en su haber

con un gobierno de más de cincuenta años. No es que fuera un genio. No era un político de la talla de León XIII, ni un perito en finanzas de la categoría de Leopoldo II, quien logró hacer de un pequeño Estado paragonable un imponente imperio colonial. Ni siquiera poseía, como la soberana británica, el conocimiento de la enorme utilidad de las reformas políticas constitucionales. Y, sin embargo, era una personalidad. Se destacaba por su caballerosidad y su enorme experiencia. Cual pocos otros monarcas, había sufrido ya como hombre desgracias terribles: su hermano, el emperador Maximiliano de Méjico, fué ejecutado en Querétaro en 1867; su hijo, el príncipe heredero Rodolfo, se suicidó en 1889, en Mayerling, cerca de Viena, y su esposa, la emperatriz Elisabeth, mujer de extraordinaria belleza, perdió la vida en Ginebra en 1898, víctima del atentado criminal de Lucheni. Y, cerrando esa cadena de tragedias, el destino reservaba aún al anciano monarca un nuevo dolor: el asesinato de su sobrino y heredero del trono, muerto en compañía de su esposa en Sarajevo, en 1914. Pero no sólo como hombre, sino también como monarca, sufrió Francisco José los mayores contratiempos. Apenas había ascendido al trono, a fines de 1848—era un joven de 18 años de edad y sucedía a su tío Fernando, hombre de carácter débil, que se dejó guiar en el Gobierno por el conde de Metternich—, cuando se vio en la necesidad de participar activamente en dos campañas militares. La primera fué llevada contra la incipiente Italia y la segunda contra Hungría, donde había entonces estallado una terrible revolución. El joven monarca terminó con buen éxito las dos campañas. Para luchar contra los húngaros recurrió a la ayuda del zar Nicolás I de Rusia, y en la batalla de Vilagos, en 1849, sucumbió el movimiento revolucionario encabezado por Kossuth, después de haber sido destruidos también los ideales de la joven Italia por el fuerte brazo del general Radetzky, en la batalla de Novara.

Pero la ayuda de Marte debía abandonar muy pronto al joven monarca. En 1859, Austria fué derrotada en Solferino y Magenta por las fuerzas de Cerdeña, aliadas con Napoleón III, y tuvo que ceder a Italia la Lombardia. Siete años después, el imperio de Francisco José sufrió una nueva derrota ante el arte político de Prusia y la fuerza de las armas de los Hohenzollern. Después de la batalla de Sadowa, y no obstante haber conseguido las fuerzas austriacas la victoria en las batallas de Custozza y Lissa, contra las tropas italianas, tuvo Austria que ceder la dirección de los Estados alemanes a Prusia, y Venecia a Italia. El poder de las armas de Austria había sido derrotado por la inteligencia de Macchiavelli, encarnado simultáneamente en Bismarck y Cavour.

En verdad, la desgracia quiso que el emperador Francisco José tropezara ya como joven monarca contra los dos más grandes genios políticos de Europa, y que se hiciera al mismo tiempo enemigo de ambos.

Gran parte de las energías del emperador y de su Gobierno fué consumida por la lucha contra las tradiciones nacionalistas, lucha que el Emperador emprendió tanto fuera como dentro de su propio país.

En el año 1866, cuando Austria ya había cedido a Prusia la dirección de los Estados alemanes y a Italia la región de Venecia, la pugna con las tradiciones pareció haber llegado a su fin. En efecto, un año más tarde, el Emperador se reconcilió con el pueblo húngaro, que le nombró su rey, y cuando Alemania inició en 1870, bajo la dirección de Prusia, la guerra contra Francia, el emperador Francisco José tuvo la

suficiente perspicacia para no prestar oídos a los consejos de su canciller, el conde Beust, quien le sugería la conveniencia de aliarse a Francia. En lugar de vengarse de Prusia, Francisco José preparó entonces una alianza con Alemania, la que tuvo primero el carácter de una triple alianza imperial, entre Alemania, Austria y Rusia, separándose posteriormente esta última, por disconformidad con la política de Bismarck, que culminó en el Congreso de Berlín. Alejada Rusia, la triple alianza se extendió a Italia. Con este pacto, la política austriaca estaba llamada a cumplir un período de tranquilidad, pues las aspiraciones de Alemania e Italia parecían hallarse satisfechas. Pero Italia seguía conservando sus ambiciones sobre Trento y Trieste. La Italia irredenta parecía haberse calmado, y no lo estaba realmente. Además, lo que obtuvo Austria en el Congreso de Berlín de 1878, es decir, la ocupación de los territorios de Bosnia y Herzegovina, que anteriormente habían estado bajo la soberanía turca, no fué sino un regalo de Danae para el Imperio de los Habsburgo. Las dos provincias eran, por su religión, realmente mahometanas; pero por la nacionalidad de la mayor parte de sus habitantes, eran croatas, de modo que la obtención de los territorios provocó el disgusto de Rusia y Serbia hacia Austria. Especialmente el segundo de estos países protestó enérgicamente de que sus compatriotas cayeran así bajo el yugo de los Habsburgo.

En los días de la ocupación de las dos provincias turcas, en los que fué también sofocado fácilmente por el militarismo austriaco un conato de revolución, el poderío austro-húngaro parecía haber llegado a su punto culminante. Pero probablemente a esta anexión de las dos provincias se debió la destrucción del imperio de Francisco José.

Surgió nuevamente la posibilidad de una lucha de nacionalidades. Si en el trono de los Habsburgo se hubiera sentado en aquellos momentos un hombre de preclara inteligencia, quizá hubiese podido transformar a Austria-Hungría en una Suiza centro-europea, en la que fuera posible una armonía perfecta entre las distintas razas y nacionalidades. Ciertamente es más fácil mantener la unidad entre gentes originarias de tres grandes y cultas naciones, como son los alemanes, franceses e italianos, y formar con ellos una comunidad republicana como Suiza.

Seguramente se hizo más difícil reunir a gentes que pertenecían a las diez nacionalidades distintas que habitaban en Austria-Hungría: alemanes, italianos, checos, eslovacos, polacos, rutenos, yugoeslavos, croatas, húngaros y rumanos.

Eran principalmente los elementos eslovacos los contrarios a la monarquía austro-húngara, y trataban de socavar los cimientos de la vieja casa de los Habsburgo. En realidad, la administración alemana en Austria se mostraba poco tolerante con los elementos eslovacos y la húngara se comportaba en forma todavía más intransigente con los elementos eslovacos y rumanos.

Ello dió motivo a constantes quejas de las distintas naciones, que protestaban contra la sumisión que las administraciones austro-húngaras, la alemana y la magyar, habían impuesto a sus conciudadanos residentes en el imperio de Francisco José. Todo ello trajo por consecuencia que el imperio de los Habsburgo se asemejara más a una Macedonia centro-europea que a una Suiza de esa región.

En estas luchas de nacionalidades invirtieron sus mejores energías tanto los políticos austriacos como los húngaros. Y, además, se agregaban a ellas otros inconvenientes de carácter interno. El socialismo comenzó a golpear a las puertas del Imperio. El Emperador consultó el nuevo problema con sus consejeros, y éstos le sugirieron la conveniencia de aumentar cada vez más los derechos de que gozaba la población obrera. Cuando terminó el siglo XIX, Francisco José estaba incluso dispuesto a conceder al pueblo el derecho de voto parlamentario. Pero en Hungría las cosas tomaron otro aspecto. Los políticos locales se mostraron intransigentes a las pretensiones de la social-democracia y se negaron a conceder cualquier privilegio que pudiera transformarse más tarde en el derecho de voto. Se concibe que el descontento no tardara en ser mayor en Hungría que en Austria.

Como puede verse, pues, la situación en el Imperio se tornaba cada vez más delicada, porque los desórdenes internos ponían en serio peligro la integridad nacional, en el caso de tropezar el país con algún obstáculo serio en su política exterior. De ahí que constituyera un error tan grave la actitud asumida por el ministro de Relaciones Exteriores, Conde de Aehrenthal, en 1908, cuando resolvió substituir la ocupación provisional de las provincias de Bosnia y Herzegovina por una anexión definitiva de ambos territorios. Seguramente no reflexionó que la medida heriría aún más la susceptibilidad de los eslovacos meridionales, y que éstos no admitirían jamás la anexión de provincias—que etnológicamente y filológicamente pertenecían a Yugoslavia, en general, y a Serbia en particular—a una nación de tendencia más bien contraria a los serbios. Desde ese momento comenzaron a germinar las conspiraciones entre la población Serbia, llegando, finalmente, a preparar la destrucción del imperio de los Habsburgo. Ya en la década que precedió a la declaración de la guerra mundial se observaron frecuentemente conspiraciones, ya abiertas, ya latentes, entre los serbios, contra la doble monarquía de los Habsburgo, contando todos estos movimientos con la simpatía de la población eslovaca.

Mientras tanto, el Emperador se había transformado en un anciano, por más que sus hábitos de trabajador incansable y consciente de su deber le acompañaron hasta el último momento. Además, era el suyo un espíritu esencialmente pacifista, como lo demuestra la circunstancia de que pudiera conservar la paz durante casi medio siglo. Jamás hubiera pensado en llevar su país a una nueva guerra, de no haber succumbido a las insinuaciones de uno de sus más grandes militares, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Conrad von Hötzendorf, ante quien succumbió también, después del asesinato de los herederos del trono en Sarajevo, el ministro



La emperatriz de Austria-Hungría, cuya trágica muerte fué uno de los episodios que ensombrecieron la dilatada existencia de Francisco José

de Relaciones Exteriores, conde Berchtold. Sólo a disgusto el Emperador declaró la guerra a Serbia, pues se daba cuenta de que con ello acercaba el fin de su dinastía, que había gobernado en Austria durante más de 600 años. Con mayor disgusto aun declaró Francisco José la guerra a Italia. No llegó a comprender jamás cómo su aliado de tantos años había llegado a convertirse repentinamente en enemigo suyo. Fueron de amargas preocupaciones para el anciano monarca los dos años que transcurrieron desde la iniciación de las hostilidades hasta su fallecimiento. Durante todo ese tiempo Francisco José presintió con frecuencia el próximo fin del reinado de los Habsburgo.

El diplomático francés Paléologue relata en sus "Memorias de la emperatriz Eugenia", que el emperador Francisco José presintió el fin de su imperio muchos años antes de su muerte. Yo, en cambio, sostengo lo contrario. Francisco José estuvo siempre convencido de que su imperio resistiría a todos los ataques internos y externos, por los siglos de los siglos, y no cambió de parecer ni se llenó de pesimismo hasta que, a pesar de todos sus esfuerzos por conservar la paz, vio que todo el mundo se lanzaba a la guerra contra los poderes centrales. Desde ese momento, el anciano emperador estaba preparado para lo peor.

Su laboriosidad y sentido del deber no le abandonaron, sin embargo. En las primeras horas de la mañana, cuando aun era de noche, el viejo emperador solía sentarse en su escritorio, y sus ministros hallaron en él siempre a un colaborador activo, capaz de aliviarles la labor de sus distintos departamentos. Quizá, si su ánimo hubiera estado a la altura de su organismo y de su carácter, el anciano monarca hubiese podido interponer a tiempo en la senda del destino. Pero no estaba preparado para esa época, y la situación se tornaba cada vez más grave.

En la iglesia nacional austriaca de Roma, llamada "dell'Anima", en la que se encuentran los restos del Papa alemán Adriano VI, se lee sobre el sarcófago de éste el siguiente epitafio:

"Proh dolor, quantum profert in quae tempora cujusque virtus incidat". (¡Oh, cuánto depende del tiempo en que se manifiesta, la virtud de un hombre!).

Francisco José compartió la suerte de aquel Papa poco afortunado, que gobernara 400 años antes que él. No pudo el Emperador hacer frente a la época y a sus peligros. No obstante, merece la consideración y el respeto de la posteridad.

NOVEDADES TEATRALES EN MADRID

Por LUIS

(Para LA NACION)

UN DRAMA DE DON MIGUEL DE UNAMUNO, UNA OBRA DE BRIEUX Y UNA COMEDIA DE LOPE DE VEGA

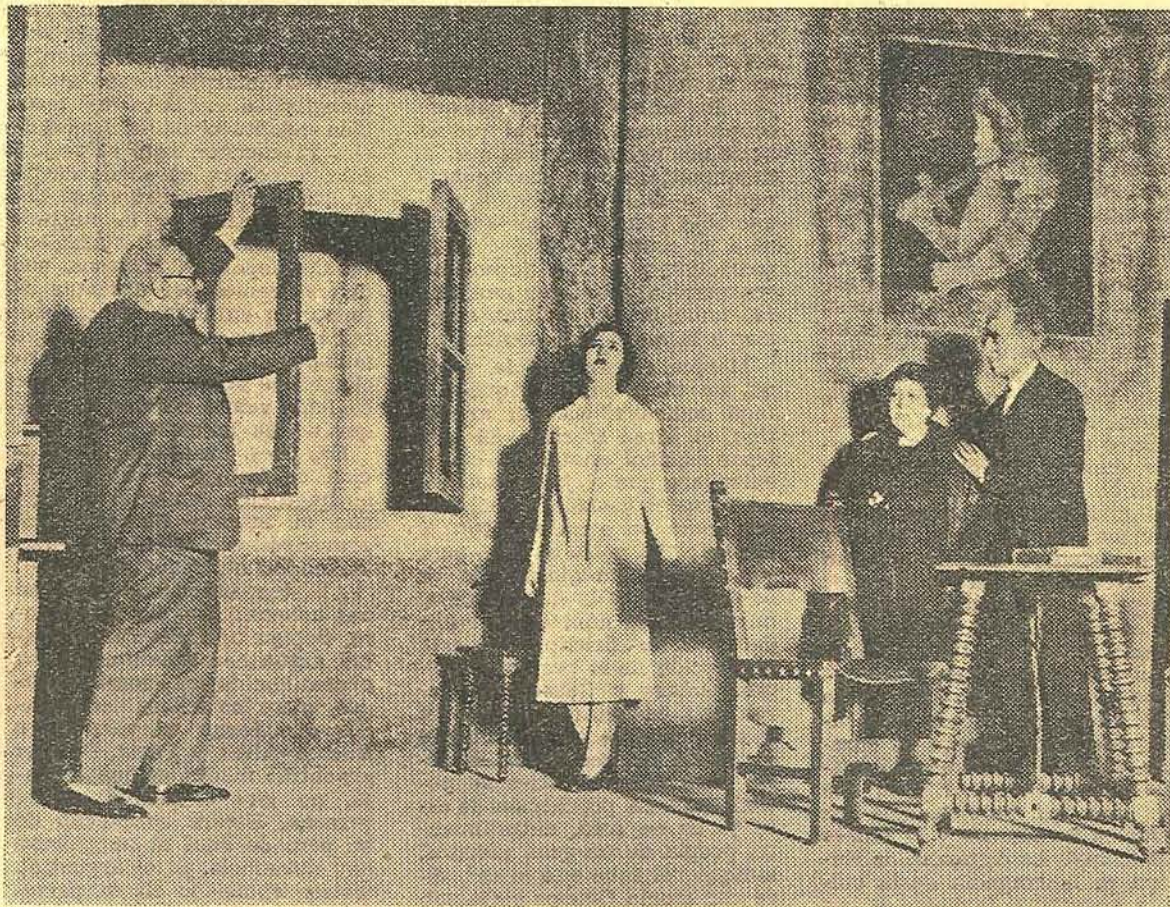
CALVO

MADRID, julio de 1930

A temporada de primavera sigue el curso apacible marcado por la temporada de invierno. Como novedades relevantes hemos visto la presentación de una actriz dramática mejicana, María Teresa Montoya, que ha conseguido reunir, en muy pocas veladas, los sufragios entusiastas del público y de la crítica madrileña, rendidos al esfuerzo físico y a la exuberancia temperamental de que hace gala esta eminente artista en su encarnación de las heroínas delirantes y trasnochadas de "La sombra", de Nicodemi, y de "Anfisa", de Andreief. Hemos asistido igualmente al debut de un actor—también mejicano—de muy diversas excelencias, Fernando Soler, cuyo universal histrionismo se acomoda, con perfección poco frecuente, a todos los géneros conocidos de nuestro teatro: la comedia mundana, el drama patético, la farsa ingeniosa, el sainete inane o caricaturesco y el grueso juguete cómico de normal uso y estrepitoso abuso en la escena española. Fernando Soler es actor de muy flexibles y estimables dotes, a quien Madrid ha acogido con calurosa simpatía. Concha Olona, actriz española más conocida y mejor reputada en América, y particularmente en la Argentina que en su patria, ha sido, en fin, otra de las novedades primaverales en lo que a comediantes se refiere.

Pasando al capítulo de las comedias, dos tan solo permanecen grabadas en nuestra memoria: "Sombras de sueño", de don Miguel de Unamuno, estreno auténtico, y "Pitusa", de Eugenio Brioux, transposición castellana de la celebrísima "Blanchette", surgida al mundo escénico por el año de 1892, en aquel Teatro Libre de Andrés Antoine, que removió y revolucionó las tendencias dramáticas francesas cuando Scribe, Sardou y Dumas iban camino de anquilosarlas definitivamente en el melodrama y la comedia novelesca. Ambas producciones—la nacional y auténticamente nueva, y la extranjera y encanecida—han constituido, con la deliciosa comedia de Lope de Vega "La moza de cántaro", el nervio de la breve temporada que la compañía de Isabel Barrón ha hecho en el Teatro Español, con el asesoramiento artístico del culto literato Cipriano Rivas Cherif.

"Sombras de sueño", de don Miguel de Unamuno, es obra escrita en el destierro, sobre una novela corta publicada en 1920 con el título de "Tulio Montalbán y Julio Macedo". En los años de su alejamiento de España, la obra dramática del glorioso escritor ibérico se ha acrecentado con algunas creaciones que, si no han llegado aún a conocimiento del público, desde la tribuna teatral ni desde la imprenta, han recorrido, en copias amorosamente difundidas, entre gente de pluma y admiradores apasionados de don Miguel. La compañía Ibero-Americana de Publicaciones anuncia para muy pronto un volumen del teatro inédito de Unamuno, y se dará otra vez el caso de que obras fundamentales de la dramática contemporánea pasen por la imprenta sin haber alumbrado en la escena y lleguen al público por el vehículo amoroso del libro y no por la humana encarnación plástica de los actores. Otro ha sido el caso de "Sombras de sueño", drama que los espectadores aclamaron frenéticamente la noche del estreno, pero que tuvo, en sucesivas veladas, muy limitado



Una escena del drama de don Miguel de Unamuno, "Sombras de sueño", estrenado en el teatro Español de Madrid

auditorio. Ni la descarnada estructura de esta obra, ni la viril, enjundiosa y limpia traza castellana de su diálogo son virtudes que el espectador medio de los teatros tiene costumbre de apreciar ni escuchar. Suele atribuirse de continuo, y con notoria frivolidad crítica, a los creadores de teatro—y don Miguel de Unamuno lo es en un grado que nadie alcanza hoy en España—, el defecto de impericia o desconocimiento de la técnica empleada generalmente por los dramaturgos; una técnica circunstancial, admitida ya y sancionada por el público habitual de los estrenos. Y no es raro oír a cualquiera de estos espectadores: "Muy bello, muy profundo y muy original. Todo lo que usted quiera, pero no me negará usted que esto no es ni puede ser teatro. Falta técnica y habilidad constructiva." En lo cual no dejan de tener su razón de espectadores. Don Mi-

guel de Unamuno desconoce, más todavía, desprecia lo que se llama en lenguaje de bastidores, de cómicos, comediógrafos y periodistas, técnica teatral, que es, por fuerza, de índole accidental y transitoria, creada por el gusto y la moda de una época y sometida, por lo tanto, a las mismas fluctuaciones caprichosas que sufren las damas en su atuendo.

La pieza de Brioux que hemos visto ahora, al cabo de treinta y ocho años de existencia universal, en el madrileñísimo Teatro Español, está realizada conforme a una técnica

"Pitusa", traducción castellana de "Blanchette", de Eugenio Brioux, estrenado en el Español, según la versión de Cipriano Rivas Cherif

que imperó universalmente sobre la literatura dramática de fin de siglo: la técnica del naturalismo. Observación estricta de la vida, imitación de la realidad, acumulación de sombras pesimistas; palabras de la calle, crudas, violentas, disonantes; un solo matiz, una línea recta y monótona. Y discursos. Discursos atropellados, apologeticos, catilenarios. Tesis jactanciosas y redentoras. El teatro como púlpito, subordinado a la realidad.

La técnica de Brioux y de todos los naturalistas pasó de moda. Vino luego el simbolismo: otra técnica. Vino el teatro poético: otra técnica. Y cada escuela ha traído debajo del brazo su manera y su estilo peculiares. En treinta años la corriente del teatro europeo ha cambiado de cauce con una frecuencia alarmante para aquellos que consideran la técnica como la panacea universal del arte dramático.



Don Miguel de Unamuno no aspirado siempre a hacerse una técnica—si es que la cosa es necesaria en el arte—, una técnica personal e intransferible. ¿Novelas? No. Nada de novelas. "Nivolas". Y se crea para su uso y divertimento un nuevo género literario. Lo importante es crear, y no géneros, sino hombres, ideas, pasiones, sentimientos. Sin técnica, que reduzca su tamaño. Don Miguel de Unamuno ha defendido, con apasionado discurso, la estética del descarnado, la tragedia desnuda, sin artificios de bambalinas ni retóricas librecas. Ante el pueblo y para el pueblo. Y en la plaza pública, si es posible, como en las fiestas teatrales del Siglo de Oro. Dando forma corporal, carne, hueso y sangre a una idea, a una pasión o a un sentimiento. Pero sin el tejido adiposo de la palabrería. "En un esqueleto—suele decir don Miguel—es donde mejor se aprecia la belleza del cuerpo humano."

Y desnudo, descarnado y esquelético es el último drama de Unamuno, en que un hombre, Julio Macedo, huyendo de sí mismo, de su proyección como personaje legendario, huyendo el hombre verdadero del personaje heroico que ese hombre y sus conciudadanos crearon, huyendo de Tulio Montalbán y de su pasado y de su historia, tropieza, en una isla solitaria, con una mujer que ha convertido a ese personaje, a Tulio Montalbán, en el ideal de su vida. Julio Macedo tiene, finalmente, que sucumbir, suicidándose como hombre de carne y hueso. Tiene que sucumbir al prestigio heroico del personaje que fué en la adolescencia. Al prestigio de Tulio Montalbán, exaltado en historias y pergaminos. "La historia mata a todos: a los que la hacen y a los que la contemplan. Al final desaparece la persona y queda la cosa." Y Tulio Montalbán, que llegó a verse como cosa, como héroe de historia, como personaje de leyenda, y quiso vivir como persona, cambió de nombre y de rumbo para ser hombre; se convirtió en Julio Macedo; y al comprobar en su nueva vida que la mujer amada ama en él, no al hombre, sino al nombre, no al Macedo de ahora, sino al Montalbán pasado, al de la historia de romance, mata al hombre. Porque matar el nombre es imposible.

La interpretación dada al magnífico drama unamunescos por la compañía de Isabel Barrón fué excelente, y loada por toda la crítica madrileña.

Los nombres de Unamuno y Brioux han alternado en los programas del Teatro Español con el imperecedero arte de Lope de Vega, cuya deliciosa "Moza de cántaro", escrita y representada en un corral madrileño cuando el poeta tenía setenta años y había dado mil quinientas comedias, sigue hoy tan lozana como hace tres centurias; muestra gloriosa de un ingenio perdurablemente joven y sin precedentes ni consiguientes en la historia del teatro.

NIZA QUEEN'S HOTEL

Bd. Víctor Hugo, Jardín,
100 habitaciones, 50 cuartos
de baño. Teléfono en
todas las habitaciones.
Dormir confort de lujo.
Restaurante y Grill Room.
Pieza y pensión: de 95 a
160 francos diarios (pesos
mín 10 a 17), con facilidad
para comer a la
carta sin pago de extras.
John Agid, propietario.

LOS ARGENTINOS SEGUN ORTEGA Y GASSET

III

héroes, ni creer que constituimos una gran nación. Es trabajar por ella, reconocer sus defectos y contribuir, cada uno en su esfera, a que se corrijan. No ama a su patria el que ocupa un cargo para el que no tiene competencia; o el que la desacredita, como mal gobernante o mal ciudadano; o el que sólo piensa en enriquecerse a su costa. Yo creeré en el patriotismo de los argentinos cuando vea prosperar una moral individual y política superior a la que ahora domina.

Merece comentario la página, un tanto insólita, que Ortega dedica al escritor argentino, al joven escritor. El profesor español anota con cierta extrañeza que el joven hombre de letras se considera a sí mismo como un gran escritor. Y agrega: "El no lo es aún, pero su persona imaginaria lo es desde luego, y lo que ve de sí mismo no es aquella su realidad, aun insuficiente, sino esta proyección de lo perfecto". Según Ortega y Gasset, ese joven está encantado con ese "sí mismo" que se ha encontrado y "ya no se preocupará en serio para hacer efectiva su posibilidad". La producción de este joven no será, naturalmente, propia de un gran escritor, aunque "él sabe que lo es", dice con ironía Ortega y Gasset. Por esta razón, solamente se preocupará del gesto, "y sin descanso adoptará el gesto que, a su juicio, corresponde a un gran escritor". Y termina la página: "De ahí que con tanta frecuencia los escritores argentinos comienzan siendo grandes escritores".

No he de defender al tipo definido por Ortega. Sé que el joven escritor argentino suele ser ignorante, impotente para producir y de una vanidad fantástica. Las pretensiones, generalmente injustificadas, de los escritores llamados de "la nueva sensibilidad" han sido tema de conversación cotidiana en el mundo intelectual porteño. Pero, ¿no cree Ortega y Gasset que este fenómeno ha sido universal? Lucio D'Ambra, conversando conmigo en Roma, me hizo una graciosa caricatura del joven escritor italiano. La misma vanidad, la misma pretensión, la misma ignorancia, el mismo desconocimiento de la vida allá que acá. Y los jóvenes escritores franceses, ¿acaso han dejado de decir alguna insolencia, reveladora de sus pretensiones, con respecto a las grandes figuras literarias de las generaciones anteriores? Y en España, ¿no ha ocurrido lo mismo? Por otra parte, el fenómeno no es de hoy, sino de siempre. Valle-Inclán se colocaba a la par de Cervantes. Aquí en Buenos Aires, en una conferencia, dijo: "Cervantes y yo..." Esto cuando no le ponía al creador del Quijote por debajo de él. Se cuenta que una vez le llamó "el imbécil de Cervantes".



MANUEL GALVEZ

Entre nosotros, aquella crisis del sentido de la jerarquía, de que ya hablé, contribuye a que el joven escritor no respete a nada ni a nadie. En una famosa encuesta realizada hace unos años, los jóvenes declararon, casi unánimemente, que no tenían maestros ni los necesitaban... Esto es también resultado de la ignorancia. El escritor aquí se forma solo, a golpes, si puede decirse. El escritor raras veces hereda el sentido de la cultura, ni tampoco se lo da el ambiente. Cosmopolitas, curiosos, nos diversificamos por distintas literaturas en lugar de concretar nuestros estudios a lo que más nos urge conocer. Hay muchacho de veinticinco años que ha leído veinte novelas rusas y que no ha hojeado el Quijote.

Es, pues, exacta la observación de Ortega y Gasset. Yo no hago sino comentarla. Apenas si intento disminuir su gravedad, recordando la universalidad del fenómeno.

¿Y ese narcisismo que se nos achaca? No. En este punto, Ortega no tiene razón. Habrá algún narcisismo entre los argentinos de las clases elevadas, entre los felices desocupados que pasan su vida entre Buenos Aires y París. Pero el argentino medio, el que trabaja, no vive extasiado en su persona. Estará satisfecho de sí, pero de aquí al narcisismo hay diferencia. Si el argentino viviese extasiado en su persona, este país nada produciría. Ortega viene a decir que el hombre de estas tierras no vive, por contemplarse en la imagen ideal que de sí mismo se ha formado. Pero no es cierto. El argentino vive, aspira y produce. No vive en lo espiritual, ni aspira a lo que debería aspirar. Pero produce más que cualquier otro hispanoamericano y aun más que el español. Estas cosas se pueden probar con estadísticas (1).

Y llegamos a la última observación merecedora de comentario.

Dice Ortega y Gasset que si él fuese argentino y, a pesar de serlo, lograrse dar a su vida un sentido de servicio o misión y, en algún momento, prefiriese denominar esta misión sin solemnidad, con desgaire cómico, diría que iba a dedicar su existencia "a la superación del guaranguismo". Y en seguida: "...en el guaranguismo se ocultan desviados los resortes mejores del alma argentina". Estas palabras y otras que es innecesario citar revelan que Ortega considera el guaranguismo como un mal general de nuestro país. Esta es la única parte de su ensayo que pudo ocasionar protestas agresivas. Veamos hasta qué punto es verdad.

El escritor español tiene un concepto exacto del guarango: el mismo concepto que se tiene en nuestras altas clases sociales. Lo define con admirable acierto, aunque pudo acentuar algunas de sus características. Para los que no conocen el término convenia establecer que mientras el cursi es modesto y se contenta con obtener un lugarcito, el guarango es vanidoso y quiere entrar a la fuerza, quiere violentar la notoriedad. Del mismo modo, mientras la cursilería es generalmente verbal y casi siempre inofensiva, la guaranguería se manifiesta en todos los actos de la vida y suele ser incómoda para los que tienen que soportarla.

El guaranguismo, o la guaranguería, como decimos nosotros, es sencillamente el resultado de la falta de cultura. No la cultura que dan los libros, sino de la cultura que se hereda: cultura de sentimientos, de modales. En los hogares de tradición raras veces aparece un guarango; y si el hecho ocurre, es la consecuencia del ambiente en que el individuo se ha formado.

Pero el guarango es la excepción. Tan poco frecuente es el guarango como el hombre distinguido. La mayoría de las gentes no son ni distinguidas ni guarangas. Ortega parece creer que, en literatura, la guaranguería consiste en producir ataques vacíos, meros insultos. Y no es así. El ataque incongruente revela estupidez o lo que se quiera; no es forzosamente demostración de guaranguismo. En literatura el guaranguismo se manifiesta más bien en el adjetivo y el verbo chillones, en el colorido de falso lujo. El guarango, en la realidad social, se exhibe con trajes harto claros en invierno, con corbatas estruendosas, y va por las calles con un aire dominador y arrogante, escasamente relacionado con el valor de la persona. La insolencia no es la guaranguería. No todos los insolentes son guarangos, ni todos los guarangos son insolentes. La democracia favorece el desarrollo de la guaranguería. Pero hay tres cosas que la combaten: la cultura por el libro, los viajes a Europa y la sociabilidad, cada día en aumento. ¿Ha aumentado el guaranguismo en los últimos años? No sabría decirlo. Han aumentado, sí, la insolencia, la vanidad, la arrogancia. Pero estas cosas, por malas que sean, no constituyen, precisamente, la guaranguería.

Para resumir, creo que Ortega y Gasset ha realizado un trabajo abundante en excelencias y, para nosotros, muy útil. Pero hubiera sido mejor el resultado sin la preocupación sistemática. Ortega y Gasset, lo mismo que Keyserling y en general los escritores alemanes, no se conforman con exponer modestamente sus observaciones. Necesitan de una teoría para cada pueblo, de una idea general que reúna a las distintas anotaciones, de una columna vertebral que sea el eje y camino real del ensayo. En nuestro caso, Ortega ha incurrido en un error inicial. Ha querido partir de lo que llama el empaque y reserva de los argentinos y de la dificultad de dialogar confidencialmente con el extranjero. Y ha querido hacer converger a esta observación todas las demás, de manera que, explicada ella, quedarán explicados los argentinos. Pero el error del punto de partida ha afectado a todo su ensayo. Conocer a los argentinos es ardua empresa. El cosmopolitismo es el mayor enemigo del observador extranjero. Es preciso aislar, en cada ejemplar observado, lo que pertenece a su raza originaria y lo que es en él verdaderamente argentino. Además, siempre cambiamos algo. Es evidente que cada día vamos siendo menos españoles, y que cada día nos alejamos más de los orígenes indígenas. Las influencias de los Estados Unidos se advierten desde hace unos diez o quince años, crecientes año a año, mes a mes. Las variedades humanas son mayores, sin duda, por la diversidad de orígenes y de influencias, entre nosotros que en las demás naciones. Encontrar al argentino medio, al hombre verdaderamente representativo de estas tierras, es obra laboriosa, que requiere mucho tiempo de observación. El argentino medio no es el hombre afrancesado de las altas clases. Y si los extranjeros suelen equivocarse al juzgarlos, es porque atribuyen un valor de representación o generalidad a lo que es individual o, a lo sumo, privativo de un pequeño grupo social o de una clase.

(1) Un ejemplo: dos vapores llegados el 22 de julio trajeron de Europa veinte millones de cartas. Este hecho revela una actividad comercial—no es de suponer que se trate de correspondencia familiar o literaria—harto poco compatible con el narcisismo.

CONSECUENCIA de todo lo afirmado por Ortega y Gasset desde las primeras líneas de su ensayo, es que el argentino

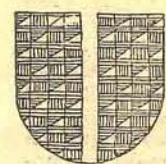
no se entrega con entusiasmo a cosa alguna. Frio, vanidoso, egoísta, dedicado a sí mismo, o, lo que es peor, a una ideal imagen que se ha formado de sí mismo, el hombre de estas tierras no se entrega "ni siquiera a los placeres". Ortega y Gasset llega hasta preguntarse si el argentino será un buen amante, si sabrá enajenarse, si tendrá vocación para amar. Siempre en un peligroso plano de exageración—un cincuenta por ciento más de la verdad—, realiza una observación interesantísima, tal vez la mejor de su ensayo, al inquirir si el argentino, más que en amar, no se complacerá en verse amado, "buscando así en el suceso erótico una ocasión más para entusiasmarse consigo mismo". Creo que los resortes que mueven al argentino son la audacia y la vanidad. Por vanidad es posible que el argentino sea un mal amante. Entre un amor verdadero y un falso amor que satisfaga su vanidad, el argentino preferirá lo segundo. También es probable que la superficialidad le impida entregarse por completo a un amor. El argentino es variable, inquieto, excesivamente curioso. Su falta de espiritualidad y de vida íntima cooperan a convertirle en un mediocre hombre de amor. En las relaciones amorosas el argentino dará importancia a lo sexual o, cuando más, a lo afectivo; poca a lo espiritual. Keyserling ha dicho, con gran acierto, que en el matrimonio argentino falta espiritualidad. Pero aun en lo afectivo el argentino suele señalarse poco. Pero no por lo que supone Ortega y Gasset, sino por vanidad, que es el mayor de nuestros males, nuestro defecto elefante. Un hombre joven, con algo del "homme a femmes", refiriendo amores con mujeres de escaso valor, agregaba: "para la estadística". Este es muy argentino y, por tal motivo, mucho más general de lo que pueda suponerse. Como es también argentino el caso de una señora que me decía: "Yo no sé... pero entre ver a mi hija soltera y trabajando y verla mal casada, creo que preferiría verla mal casada". Debe haber muchas madres argentinas que opinen como esta señora, buena madre, por otra parte, y excelente persona.

Pero esta escasa voluntad para entregarse con toda el alma a una cosa, sólo se manifiesta cuando tropieza con la vanidad. Sería exageración afirmar, como lo hace Ortega y Gasset, que el argentino no se entrega a nada. Pero este tema es casi el mismo de las vocaciones, que ya he tratado. Ortega y Gasset se repite en su ensayo y obliga a repetirse a sus comentaristas. Digamos, para terminar con este punto, que aquí, como en todas partes, hay pasiones, ya individuales, ya colectivas. Del mismo modo que el español se entrega a su entusiasmo por los toros, el porteño, ya que no todos los argentinos, se entrega a su afición por las carreras. Son pasiones equivalentes. Y también se entrega el pueblo, con bárbara pasión, al "football"; como en ocasiones se da con fiebre a la política. El número de asesinatos que jalanean cada campaña política pudo hacer pensar a Ortega y Gasset que aquí nos entregamos con interés a alguna cosa...

Esto en lo colectivo. En lo individual, cualquiera conoce aquí un centenar de personas que se han consagrado, por toda la vida, con pasión, a un solo objeto. Puedo citar los nombres de una cincuentena de es-

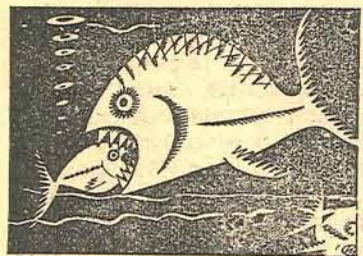
ACOTACIONES AL PROGRAMA

Paco Ayolas, un hombre que hace poco se fué de este mundo en edad temprana, y de quien he hablado alguna vez en estas mismas columnas, tuvo la idea de escribir una novela sobre motivos de la fiesta nacional. Al margen de su programa, mi desventura de amigo solía anotar todos los domingos, frases, sentencias, palabras, bosquejos de impresiones, larvas de capítulos de la obra que no llegó a acometer. El destino me hizo depositario de esos papeles y de ellos extraigo ahora estos fragmentos. Si mi torpeza reconstructiva no supo interpretar con fidelidad alguna frase trunca o algún signo de los que abundan en el relicario, que el gran espíritu ausente me absuelva, en gracia a la buena intención de mi recuerdo



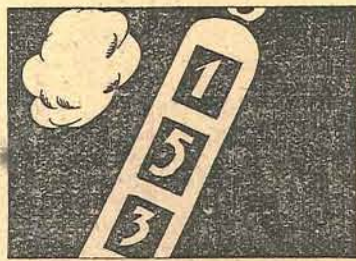
UNA de las trabas del desarrollo industrial de la Argentina consiste en la falta de especialización. El vigor del temperamento criollo lo hace prodigarse en una diversificación del esfuerzo. Por atender simultáneamente a la selección de sus planteles de vacas y al mejoramiento de la raza caballar, Fulano terminó en una especialización forzosa, y no precisamente en favor de las vacas. Por lo demás, cuando se dedicó exclusivamente a los caballos, las fuerzas útiles de Fulano estaban ya muy mermaidas. La diversificación lo había "secado".

Este es un problema nacional. Aquí le llamamos problema a cualquier necesidad de hacer. En esa denominación "ralentizante" reposa su cabeza cansada la abulia argentina. "Estudiaremos este problema"...

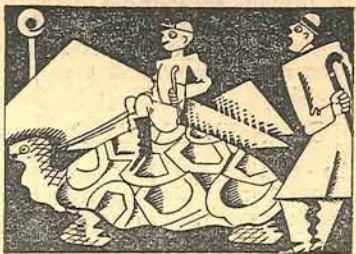


La justicia social en pos de cuya fórmula creadora viene agitando el ansia de los hombres desde las más remotas edades, es una simple cuestión de handicap. El turf ha resuelto en pequeño lo que la humanidad no ha sabido resolver en toda la vastedad de su campo. La mayoría de los handicaps humanos son injustos y ello proviene de que no haya handicappers responsables. Las más de las veces la asignación de peso es la obra de una conjuración urdida en la sombra por personajes que proceden con defensivo espíritu de cuerpo. Si en el turf ocurriera

otro tanto, el turf desaparecería. La sociedad no desaparecería, pero es toda ella una confusión de rencores y esperanzas.



El aficionado al turf se rige por un saludable sistema de convicciones que no son otra cosa que una voluntaria renuncia colectiva a una parte de la verdad individual, en obsequio de la verdad común erigida en ley. Ejemplo: la infalibilidad del juez de raya. Los carreteristas somos hombres de disciplina; tenemos el instinto del orden. Admiramos, como ocurre siempre, aquello que no tenemos: el orden. Estamos en aptitud de perfectibilidad, estado moral muy digno de loa. Por eso, cuando el comisariato mete mano en el marcador nos echamos a temblar: nos están hurgando el dogma.



Cuando Bushranger se presentó a disputar el premio Pueyrredón (actualizo con el nombre de Bushranger el caso, ya muy antiguo, comentado por Paco Ayolas), se dejó llevar por una generalización indebida y una absurda adaptación de principios constitucionales. Cualquier ciudadano puede aspirar a una banca en el Parlamento, pero de allí no se sigue que cualquier animal pueda pretender el lauro del Pueyrredón. Para aquello no hace falta sino que el sufragio universal lo quiera; en el otro caso el voto público sería adverso y tal vez unánime.



El grito de la multitud alentando a los caballos en un final de carreras es un espectáculo de trágica sinceridad. La multitud acepta una hipótesis que la denigra y que a lo mejor es una verdad absoluta, sin embargo.



El hombre ha conseguido captar la fuerza de las mareas, aprisionar la energía del viento, utilizar las ondas del éter y dirigirlas. La misma energía animica tiene en los espiritistas un laboratorio experimental del que pueden salir sorprendentes verdades futuras. No choca, pues, a la razón de nuestro tiempo, el supo-

ner que en la tensión de expectativa de una muchedumbre, haya, por vía de los nervios, una emanación de fuerza captable, reformable y dirigible. El día de ese prodigio, el ámbito del hipódromo será una fuente de energía capaz de poner en marcha una dinamo. Las hazafías de Leguisamo darían corriente continua; las del negro Acosta, alternada; y las de Orduna producirían a menudo un corto circuito.



En todo aficionado a las carreras hay un filósofo; una "fija" que a uno le den, aumenta de valor si alguien se la confirma, comienza a valorizarse si un tercero la ratifica y pierde toda importancia a partir de la cuarta ratificación coincidente. Y el proceso mental es éste: un zonzo puede estar en lo cierto; cualquier zonzo, no.



Las mujeres no deben ir al hipódromo sino como adorno. Las que juegan incitan a las fuerzas ocultas que determinan batacazos: las bonitas, porque merecen ganar siempre, sea cual fuere el sentido de su apuesta; las feas, porque no merecen ganar nunca. Las carreras son de suyo demasiado difíciles, para que todavía la mujer les allegue una causa más de resultados arbitrarios.

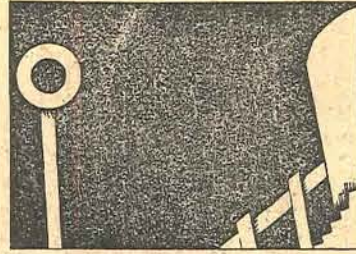


La función de los veedores está deprimida, desnaturalizada, por la fuerza de sugestión de un ejemplo clásico, desgraciadamente muy conocido: el del loro que murió por hablar sin que nadie le preguntara nada.



En las carreras la mala suerte y la buena suerte son una cuestión de ritmo. No es que en unas épocas uno vea todo con claridad y que en otras no vea nada. Uno ve siempre de la misma manera, con la misma limitada visión; lo que pasa es que le vienen rachas de sintonía directa y rachas de sintonía en la armónica, como se dice en el lenguaje de los radiófilos. En la radio, enfocando "off side" se oye mal, pero se oye. En las carreras, si la sintonización no es crítica se queda uno en la

vía; en vez de engranar la apuesta con el resultado, las dos ruedas dentadas no se conciertan: se traban. Un falso engrane trae la "panne". En esos casos no hay que forcejear. Lo prudente es hacerse a un lado del camino y dejar que la caravana pase. Como el de los automóviles, muchos otros "burros" de arranque suelen ser caprichosos: se truncan porque sí y porque sí se componen.



La comisión de carreras suele estar encima del juez de raya, en la parte alta de la garita. Habría que invertir esa colocación para crear la belleza de un símbolo. Los símbolos gobiernan la imaginación popular y hay, por desgracia y sin razón, mucha gente tentada a creer que el rayero está no más expuesto a que lo contradigan de arriba.



Cuando se vote como se juega, seremos un país muy bien gobernado. En las elecciones nadie vota para perder, sino para que el escrutinio lo declare comprendido en la mayoría. En 1916 ganaron los radicales porque todo el mundo sabía que iban a ganar. En 1930 perdieron porque la ciudad entera sabía que iban a perder. En este país se vota con un sentido deportivo y se practica el sport con una idea de selección. En las carreras, un impulso primo lleva a cada cual a contradecir la segunda cotización, que todos sabemos que ha sido escrita arbitrariamente pero a cuya sugestión no podemos substraernos. Le llevamos la contra a esa provisoria mayoría que no es más que un trazo de tiza, porque la conciencia nos dice que una voz de la mayoría no es generalmente sino una suma de desaciertos. El jugador desconfía de ella, analiza, se empeña en buscar la sinrazón de la razón pública. Frente a las pizarras, cada jugador es una individualidad en vigilante defensa de su criterio propio... Dios quiera que algún día se vote así. Habrá batacazos de vez en cuando, pero no quedará en el misterio, como no queda en las carreras, el nombre del crack de cada generación.

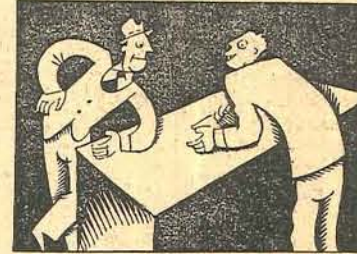


La cinta irrompible inventada por los ingleses es el monumento que perpetúa el fracaso del hombre como starter. Su inventor ha debido pensar de esta manera: puesto que no ha sido posible conseguir que todos los caballos salgan corriendo al mismo tiempo, tratemos de que todos queden igualmente parados. El largador ha quedado condenado a

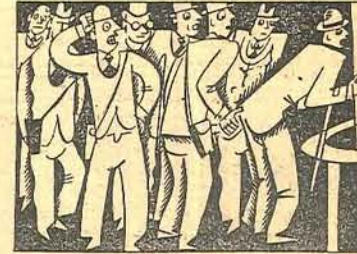
ejercitar una aptitud negativa. Y debe estarle agradecido a la máquina, que así trata de sacarlo bueno mediante el aprovechamiento de sus cosas malas.



Tres y dos es la apuesta típica de los amarretes.



El que hace una redoblona con más de tres caballos es un pródigo o un usurero. No puede haber término medio.



Cuando uno está ya embretado en el callejón de la taquilla, mira a sus acompañantes para ver qué cara tienen, qué pinta se trae la cofradía. Y en ese instante suelen acometerle a uno resplandores de clarividencia. ¡Si uno supiera obedecer a la voz interior que se subleva contra la posibilidad de que ciertos animales ganen en provecho de ciertos prójimos!... Y esto no falla. Cuando en una elección de candidato coinciden dos o tres difuntos con licencia (que todos tenemos entre nuestros conocidos del hipódromo), no hay Botafogo que valga. Lo que pasa es que uno quiere defenderse contra la superstición, sin caer en cuenta de que esa es también una superstición.

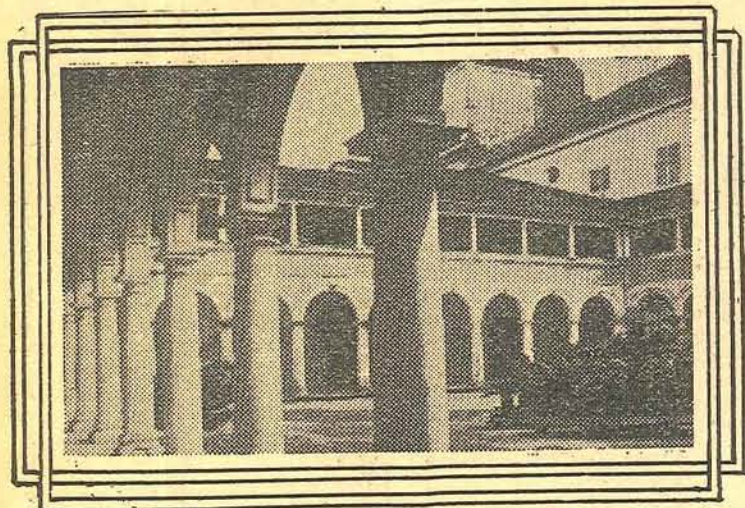


Cuando al cabo de un largo estudio elegimos un caballo, ese es el que nos parece más fuerte. Pero apenas guardamos las boletas, la fuerza comienza a decrecer. Pensamos entonces en "el otro", y decidimos espiarlo bien durante la carrera, puesto que es el llamado a degollarnos. Y en ocho casos sobre diez, la mejor colocación, la más cómoda y promisoría, es justamente la del otro. Parece cosa del diablo, y quién sabe si no lo es. Porque el diablo debe tener sus enviados especiales en el hipódromo. Así se explicaría por qué sigue viviendo — o hace como si viviera — tanto bicho humano que no sirve para maldita cosa.

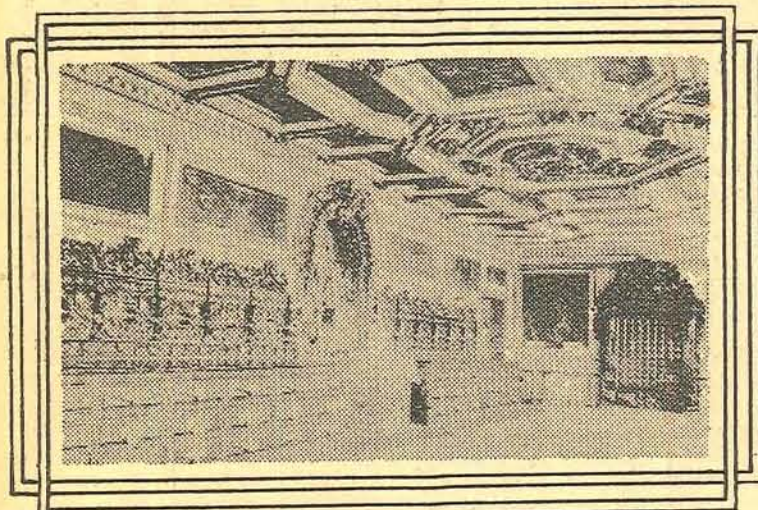
DINTY MOORE
ILUSTRACIONES DE
BARTOLOME MIRABELLI



Fachada principal de la iglesia de San Francisco



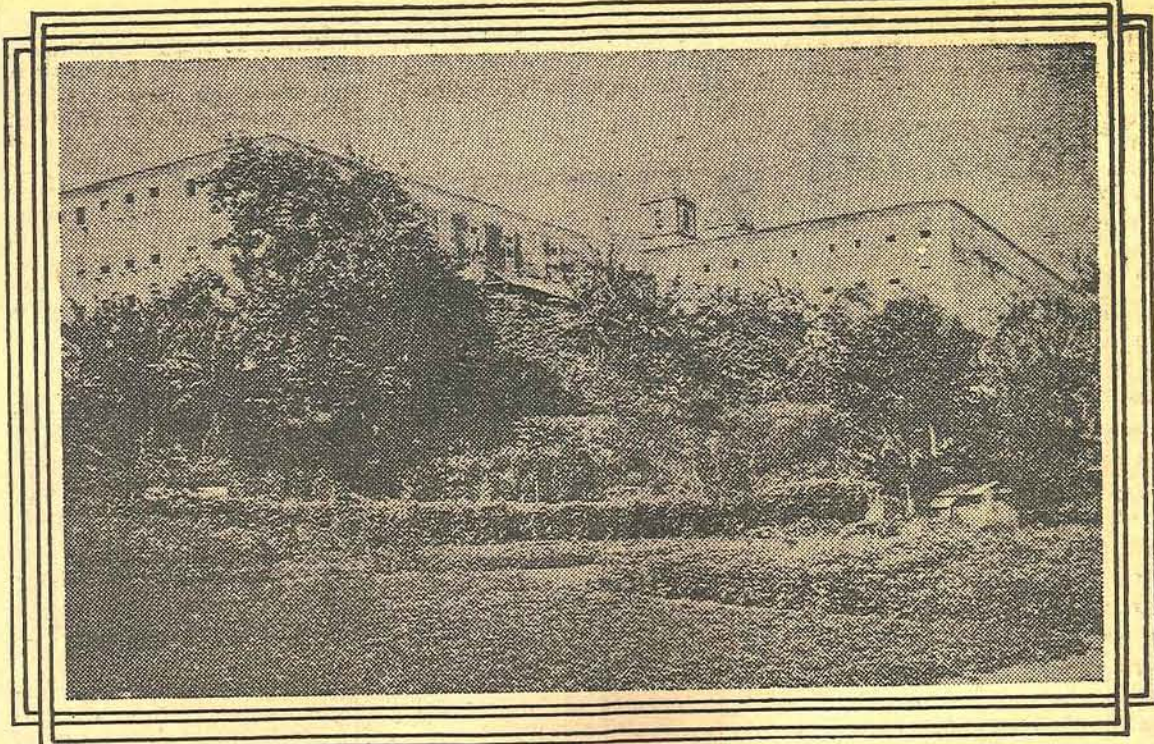
Claustro románico del convento de San Francisco, monumento colonial brasileño del siglo XVIII



Sacristia con muebles de jacarandá y pinturas de escuela bahiense



Biblioteca del convento, cuya ornamentación fué terminada el año 1751



Vista de conjunto y jardines del monasterio

PROSAPIA

El territorio poblado del Brasil, especialmente la extensa y sinuosa franja del Atlántico, está enriquecida con monumentos arquitectónicos del más alto valor, que afirman en suelo americano el genio de los portugueses. Ellos han demostrado al mundo, con sus proezas de navegantes, guerreros y pobladores de tierras vírgenes, que no hay pueblo chico incapaz de extraordinarias empresas que lo immortalicen. Portugal ha conquistado en este orden de ideas el galardón de gloria que ostentan las contadas y más ilustres razas del orbe.

El genio lusitano precisaba, para su expansión, horizontes más amplios que el de la tierra solariega; y cuando Europa se desangraba en luchas de fronteras, en contiendas de religión y en torpes predominios políticos, allá en el siglo XVI, los hidalgos de Portugal llevaban la fe de su idealismo a las islas de la Oceanía, a los remotos pueblos de Asia y a este suelo de la América fabulosa, entre el Amazonas y el Río de la Plata, que conquistaron, poblaron y civilizaron. La gloria de otros pueblos quedó fosilizada en la urna de los siglos, como esas momias que son apenas una imagen de la vida pretérita. La gloria de Portugal se immortaliza en vida y en realidad presente a través de la grandeza del Brasil, cuyo idioma, prosperidad y virtudes cívicas se unen con vínculos de raíz profunda al genio de los progenitores. Portugal no sólo difundió en tierra americana los ideales de libertad e independencia que la libraron del yugo europeo, sino que también dejó en las tierras de su dominio los fundamentos de un

Imagen de San Pedro Alcántara, obra del artista bahiano Ignacio da Costa. Siglo XVIII



... JOYAS • DEL • EL CONVENTO DE SAN

Por • ANTONIO • PEREZ •

arte propio, exuberante, lírico, equilibrado, lo que sería más que suficiente para perpetuar su nombre en la gracia y en el recuerdo.

ESPIRITU CREADOR

La semilla del barroquismo produjo flores milagrosas desde el golfo californiano hasta el límite conocido de las pampas platenses. Cada monumento aparecía como un glorioso himno de oro que interpretaba el sentido esencialmente panteísta del conquistador, el misionero y el indio sometido. La selva y la montaña eran veneros inagotables para la inspiración de los artífices. Por eso colocaban el símbolo de Dios en templos de maravillosa arquitectura. El granito de las montañas era materia dócil que se transformaba en encaje de símbolos, y la madera de las selvas se sometía al gusto de los artesanos para volver a adquirir en retablos y naves la complicada y laberíntica geometría de los bosques. El barroco es arte de interpretación, y convenía más que ningún otro a la grandeza del paisaje americano, puesto que es el que más acertadamente simboliza con su exuberancia de formas la magnitud y la abundancia.

Para afirmarnos en esta teoría consideramos suficiente analizar el conjunto arquitectónico de la iglesia y convento de San Francisco, verdadera joya colonial de Bahía, que rivaliza en esplendor y riqueza decorativa con la renovada y latente magia de los trópicos.

Si la antigua capital del Brasil careciera de este monumento, podríamos decir que la historia local estaría huérfana del eslabón que la une al genio lusitano. Y eso que otros ilustres monumentos artísticos embellecen la ciudad con su arquitectura genuina, su antigua prestancia y el tesoro de su carácter. Pero el convento franciscano concentra en su prodigioso conjunto todos los valores espirituales e ideológicos de la colonia. El alma portuguesa flota en resplandores tornasolados sobre las piedras del convento. Y es que la residencia franciscana, con su sencillez exterior, sus claustros sonoros y la riqueza fabulosa del templo, dorado y suntuoso como el canto épico de "Os Luisiadas", es una consecuencia rotunda del espíritu creador de aquellos hombres que vieron la vida como artistas y la vivieron como héroes.

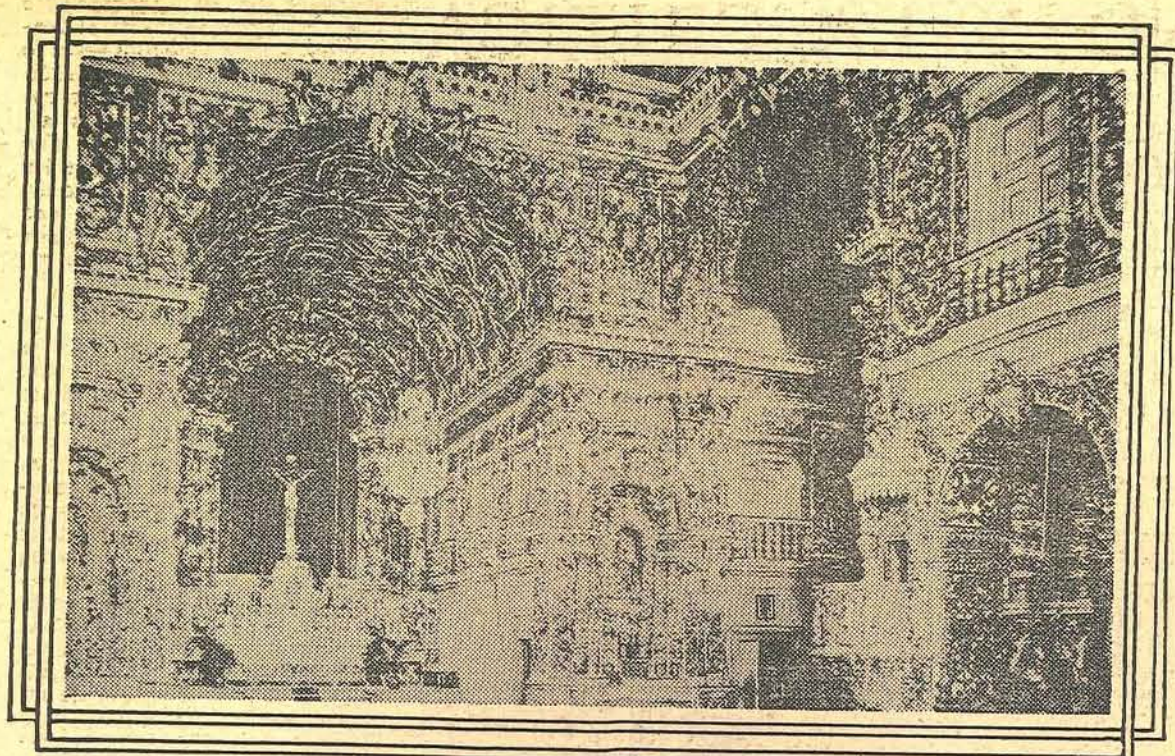
EVOCACIONES

Mis recuerdos de Bahía se

asocian sin querer al convento de San Francisco. Cuando enfrentamos, casualmente, la residencia, nos habíamos extraviado por el laberinto de un barrio desigual, de calles angostas flanqueadas por edificios uniformes, escalonados en pendiente. La brisa marina nos impregnaba de un fuerte hálito de algas soleadas, y la presencia de mujeres y hombres de color, que se cruzaban con nosotros, dábanos la ilusión de haber retrocedido a los tiempos del emperador Don Pedro del Brasil, cuando Bahía era corte de los Braganza y el viejo espíritu de la conquista renacía en el contraste de los linajes y la servidumbre. Ya no hay esclavos ni señores. La democracia ha igualado las clases y ha permitido que las razas antagónicas se mezclen y confundan en un solo tipo ciudadano. Pero el hombre de color sigue como en aquel tiempo, mostrando su carne de cobre bajo el sol de los trópicos; y todavía subsisten algunas casas blasonadas, algunos muros donde brilla el azulejo azul y blanco de las viejas manufacturas, algunos balcones saledizos con empaque de tribuna selecta, y algunas torres que afioran en la altura como avizorando la llegada, por la ruta del mar, de grandes y arrolladoras urcas.

Evocábamos en silencio la fundación de la ciudad en 10. de noviembre de 1549 por el gobernador general del Brasil Thomé de Souza en nombre del rey Don Juan III de Braganza, fecha en que se nombraron las primeras autoridades y se delimitaron los terrenos para la iglesia matriz, ayuntamiento, cámara, convento de misioneros, etc., y se designaba con el cargo de primer alcalde mayor a don Diego Moniz Barreto, conquistador y ascendiente de la familia portefaña de este mismo apellido.

La plaza mayor conserva en el transcurso de los tiempos su prestigio y su pátina. La rodean nobles edificios, y la preside el templo matriz con su fachada de grandes arcos y torres puntiagudas. Los árboles de pomposo ramaje dan al lugar un aspecto de claustro silencioso donde el recuerdo de las ceremonias solemnes subsiste prisionero en la atmósfera de su recinto. El lugar es eminente y plácido, pero cierra su perspectiva la selva misteriosa que tiende muros de sombra en el confin, y el ruido del mar



ARTE • AMERICANO • • • FRANCISCO DE BAHIA VALIENTE • DE • MOCTEZUMA

pone suspiros mágicos en los árboles y en la brisa.

LA IGLESIA

No recordamos el nombre de la plaza ni el de la rua lateral que conduce al templo franciscano. La fachada se descubre de frente, blanca y graciosa, cerrando la amplitud de la calle. Su carácter religioso no es acentuado ni puede adivinarse la riqueza interior por la sobriedad de las torres, cuadradas y severas, y la desnudez casi absoluta de los muros. Puede compararse el monasterio con el alma de sus fundadores: sencillo y amplio en su exterior, con vistas al mar y a las montañas desde sus cuadrados ventanales, con pórticos hospitalarios y de fácil acceso, pero guardando en la cáscara de su blancura los más bellos tesoros de idealidad y arte. Nadie sospecharía la riqueza y esplendor del templo franciscano, cuyas tallas doradas, imágenes, cuadros y azulejos, forman el más extraordinario conjunto de arte local que una ciudad americana puede ofrecer al viajero curioso. Porque conviene advertir que todo cuanto abarca la vista es obra de artífices bahienses, y que tanto los ornamentos como el estilo general de la residencia responden a la formación de un arte que se identifica con el espíritu de los hombres que trabajaron su materia. Estos eran hijos del suelo brasileño, y las concepciones de su inspiración denotan la influencia del medio en que actuaron. Las ornamentaciones son densas y relucientes de oro como los boscajes iluminados por el sol, y el tallado de las maderas cubre los muros blancos y los gruesos pilares, del mismo modo que las espumas del mar cubren de fugaces mallas geométricas el lecho de la costa.

La iglesia y el convento de San Francisco fueron empezados a edificar en 1686 por el padre guardián fray Vicente das Chagas en los solares donde cien años antes se había fundado la residencia primitiva. El templo se inauguró el 3 de octubre de 1713, aunque inconcluso, puesto que su ornato interior no fué completamente terminado hasta mediados del siglo XVIII.

La nave central, abovedada y armoniosa, está flanqueada por dos naves más bajas de cuatro arcadas cada una, que constituyen otras tantas capillas. El coro lo forman ricos sitials escalonados en tres cuerpos, todo de jacarandá con pies torneados y tableros de

talla suntuosa. Este trabajo fué dirigido por un monje de la orden Tercera llamado el Torneador, sin duda por su habilidad maravillosa en el arte de la ebanistería. Fué maestro de indios, y poseía un espíritu de humildad engrandecido por la nobleza de su arte. El magnífico trabajo del coro fué terminado en 1713.

El artesonado es también obra de mucha dificultad, y sorprende por su complicada geometría. Todas las puertas son de casetones a bastidor, todas las balconadas con antepechos torneados y todos los transparentes de la galería alta del más elegante y artístico dibujo.

La distribución de la luz es discreta, a punto de realzar con reflejos múltiples el oro de los retablos y capillas. Aquí observamos que el barroco brasileño se ha manifestado con toda pureza de formas y combinaciones decorativas, que sugestionan pero que no fatigan. Sobresale la disposición arquitectónica, clara y elegante, como se advierte en los tres arcos del crucero, a cuyo fondo se alzan los altares del Sagrado Corazón, Santa Ana y Nuestra Señora de los Angeles, donde los anónimos artistas de la obra, escultores, plateros, tallistas, marmoleros y doradores rivalizaron en inspiración, técnica y perfeccionamiento.

LOS ARTISTAS

Nombres ilustres en la historia artística de la ciudad colaboraron en la terminación del monasterio, dotándolo de obras que sorprenden por su realismo y su belleza. Bento Sabino, imaginero del siglo XVIII, está representado con dos esculturas de Santa Ana y Nuestra Señora de la Piedad, en talla policromada. Su contemporáneo y discípulo, Ignacio da Costa, es autor de las imágenes de San Antonio, Santa Ana, la Virgen de la Concepción, San Dimas y el espléndido San Pedro de Alcántara, considerado con razón como una obra maestra de escultura. Da Costa aprendió su arte con el célebre Félix Pereira, maestro de la escuela bahiense, cuyos trabajos más representativos se conservan en la Catedral, en la capilla de Ajuda y en el monasterio de Carmo.

Otras imágenes valiosas de la residencia franciscana se deben a Antonio de Souza Paranhos, Francisco Machado y Domingo Pereira, nombrado este último escultor de la casa imperial por cédula de Don Pedro I.

Vista de conjunto, con la capilla mayor, el púlpito y la puerta de entrada a la clausura

Una de las más veneradas imágenes es el San Antonio de Padua, obra del siglo XVIII, que ostenta la espada y las insignias de capitán, título que le fué concedido por el rey de Portugal Don Juan V.

La iglesia fué dorada en su totalidad por el maestro Severiano Alves de Souza, y la pintura de los techos son debidas al pincel de Franco Velasco, 1780-1833, y por fallecimiento de éste, terminados por Rodrigues Núñez, con ponderable estilo. Los paneles de la sacristía y capilla del Capítulo fueron ejecutados por Teófilo de Jesús, Joaquin da Rocha y José Rufino da Silva, hábiles artistas que aun hoy se les considera por su carácter de precursores y maestros de la escuela bahiense.

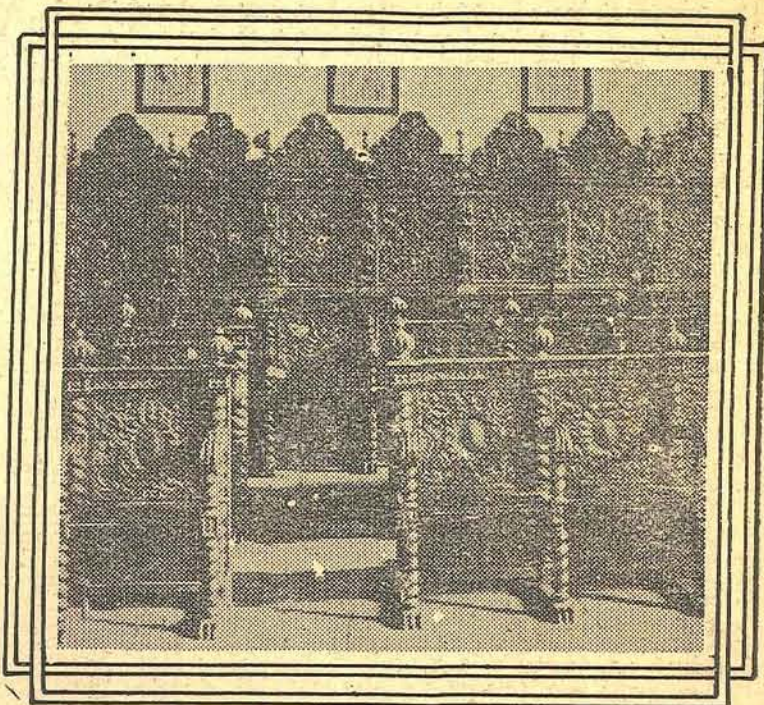
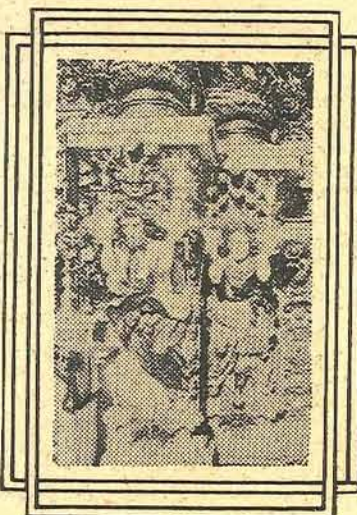
Entre los ornamentos valiosos que decoran la iglesia, destaca por su importancia la lámpara de plata donada por el capitán Antonio de Andrade, y que por su peso y tamaño, dos metros de altura, está considerada entre lo mejor que se conserva en platería del siglo XVIII.

Otro valioso detalle de ornamentación es la serie de azulejos con escenas monásticas que cubren las paredes de la portería y las alegorías del artista flamenco Otto Venio representando las glorias y virtudes. Estas características escenas, vidriadas en azul y blanco, fueron donación del mencionado rey de Portugal Don Juan V y cubren los muros del claustro bajo del convento.

EL MONASTERIO

Por circunstancias del momento hemos logrado penetrar la clausura. El hermano portero nos conduce por la crujía de la planta baja, donde las columnas de Cairu, base cuadrada, fuste romántico, chapitel simple, sustentan los arcos

Detalle de las esculturas del templo



El coro de madera tallada. Año 1713

simétricos y la profunda bóveda sonora. Puertas macizas de jacarandá se abren a nuestro paso. Unas salas son húmedas

y desnudas, sin ventanas ni tragaluces. Otras se enriquecen con el decorado barroco, tales (Continúa en la pág. 36)



Buenos Aires, París, Nueva York...
tres capitales de la moda mundial. El adorno femenino se crea en estos tres emporios de elegancia. Pero, podemos declararlo bien alto; tratándose de medias, corresponde a la mujer argentina el honor de la iniciativa. Su gusto es el que se impone al extranjero, porque siempre se anticipa en una estación. Las Medias de Seda "París" son la expresión de este gusto. Es lo que explica la preferencia que demuestran las damas por ellas.

VENTA AL DETALLE:
En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS
MEDIAS DE CALIDAD

para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores al por mayor:

LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273
STAUDT & Cía. S.A.C. — B. de Irigoyen 330

LENORMAND Y LA CRITICA

POR
OCTAVIO
RAMIREZ

HA llegado hace poco un libro de crítica sobre el teatro de Lenormand. Pertenece a Daniel Rops, escritor relativamente

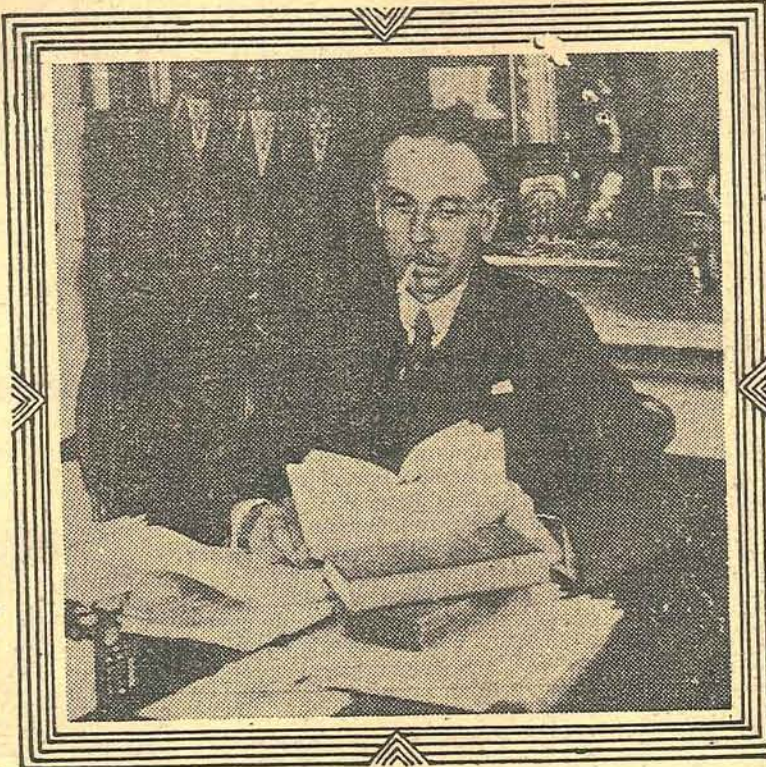
conocido en los círculos literarios franceses, y es una extensa monografía, que constituye hasta ahora lo más amplio y detallado que se ha escrito sobre la obra inquietante y vigorosa del autor de "Le temps est un songe". El volumen está formado por tres estudios, sobre tres aspectos esenciales en la producción de Lenormand, y los tres ensayos están ligados entre sí con relativo encadenamiento. Es un libro claro, ordenado de sencilla y transparente prosa, y una guía oportuna y fácil para entrar en conocimiento de este teatro que, pese a sus grandes y hondos valores, ha desconcertado un poco al público de Buenos Aires. Hace dos años se dió a conocer aquí la primera obra suya que se representaba en un teatro nuestro: "Le temps est un songe"; y la verdad es que si entusiasmó a algunos por sus austeros tonos y su novedosa expresión escénica, desconcertó a los más, que no la comprendieron más allá de su contagiosa atmósfera torturante. Ahora, la segunda pieza suya que se estrena en Buenos Aires, "Une vie secrète", que acaba de dar a conocer Francien, tampoco se puede decir que haya sido un éxito de público, ni que todos hayan estado comulgando con su dramática un poco morbosa, aun cuando tal vez haya sido ya más comprendida que la primera. Culpa en parte, de la elección de las piezas, que no son las más indicadas para dar a conocer a un autor, por fuerza desconcertante al primer contacto, como todo escritor audaz, personal y novedoso. Tal vez otro sería el concepto que nuestro público tendría ya formado de Lenormand si se hubiera empezado por sus dos producciones más accesibles: "Les ratés" y "Le simoun". Pero lo cierto, en una u otra forma, es que Lenormand empieza ya a interesar entre nosotros, si no al vasto público, que en París tampoco aun no ha conquistado, sí a un grupo de más despierta curiosidad in-

telectual, que entrevé, ya a través de su personal y un poco torturante sentido del teatro, la garra de un dramaturgo hondo, fuerte y nuevo. Su teatro todavía no se conoce aquí, y salvo una que otra excepción, aislada, en una u otra pieza, sin que la impresión, un poco fragmentaria, abarque el juicio, ya más amplio, de su obra total. Para entrar en contacto con ella y analizarla en sus elementos constitutivos, este libro de Daniel Rops tal vez ayude y facilite grandemente la tarea. Y, como un guía sencillo, que va buscando facilitar la iniciación por los caminos más accesibles, quizá resulte útil conocerlo como una visión clara y ordenada, del vigoroso y al primer contacto un poco extraño teatro de Lenormand.

♦ ♦ ♦

El crítico estudia separadamente tres elementos, que considera los esenciales en esta obra escénica torturante y jugosa: la inquietud, el carácter abstracto de los personajes y su relación con las teorías freudianas. Esa inquietud, que indudablemente late en todas sus obras y en casi todas sus escenas y que forma su atmósfera contagiosa y envolvente, el comentarista la va fraccionando, con equilibrada exposición, en varias y diferentes modalidades. Primero, su pesimismo, la tristeza, el desaliento, el desasosiego, la intuición de bancarrota y de tragedia que todos sus personajes llevan dentro, y que hace resaltar sobre todo en el desvinculado

protagonista de "Les ratés" y en la atmósfera fatídica de "La dent rouge". Luego la angustia metafísica, formada sobre todo por dos inquietudes: la muerte y el tiempo. La muerte, que a cada momento se es-



Henri R. Lenormand, una de las más discutidas figuras del teatro contemporáneo

tá viendo venir, que se teme y al mismo tiempo casi se desea, de la que es su más torturado exponente el protagonista de "Le temps est un songe"; o la incertidumbre desgarradora del más allá que se respira, como ahogante oxígeno, en "L'homme et ses fantômes"; y la impalpable realidad del tiempo, de la que también "Le temps est un songe", comenzando por el título, es la expresión más representativa. La inquietud moral, por la falta de brújula, por la carencia de una norma fija del bien y del mal que tienen sus personajes, y que no saben en realidad lo que deben o no deben hacer, como no llegan a saber nunca lo que les produce placer o dolor, tan mezclados están estos dos factores en una especie de voluptuosidad del sufrimiento, de lo que son expresiones más elocuentes "Les ratés" y "Le mangeur de rêves". Y abarcando todo su teatro, como fuente y como explicación de toda su inquietud, comprendiendo a casi todos sus personajes, la falta de voluntad, el resorte roto, que hace de este teatro, en todas sus obras, en todas las ya citadas, la negación del libre albedrío, donde la voluntad anulada, inexistente, es juguete de los factores físicos y sociales, que manejan a sus personajes como muñecos sin fuerza y sin brújula.

Pasa el comentarista en su segundo estudio a analizar el carácter común a todos o la gran mayoría, porque alguno escapa a la regla, de los personajes de Lenormand. Precisando el concepto general de que sus personajes son abstractos, determina la característica esencial de la abstracción, que reside en un "unanimismo", o sea en encarnar las fuerzas de la naturaleza en símbolos humanos. Realmente, es este el signo distintivo en casi todos los personajes de este teatro, que impresionan y penetra con la potencia de las fuerzas fisi-

cas. El protagonista de "Le temps est un songe" es la sugestión enervante, la inercia desesperada del agua quieta, como el de "La dent rouge", la fibra primitiva y salvaje de la montaña, como la Aiescha de "Le simoun" es la garra sensual del desierto africano. Los tres elementos geográficos en que puede vivir el hombre están ahí presentes en el teatro de Lenormand: el agua, la montaña y la llanura, que alimentan sus personajes con el soplo de la naturaleza.

Se ha dicho mucho que todo el teatro de Lenormand procede directamente de Freud. Fue ésta la primera impresión y el primer juicio que provocó la aparición, un poco sorprendente, de sus obras, nuevas y torturadas. Es, por lo demás, una afirmación que se ha hecho con mucha frecuencia alrededor de muchos autores de teatro y de novela. Todo lo que en literatura no se comprendía al primer momento y no se podía explicar con claridad se ha atribuido a la influencia del freudismo, como todas las acciones de los hombres — y de las mujeres — que no tienen una inme-

diata y lógica explicación se atribuyen a la fuerza perturbadora del subconsciente. Hay cierta razón para ello, ya que lo que es verdad en la vida debe serlo también en el arte que la reproduce; y es indudable que el subconsciente ha abierto no sólo un ancho campo a la experimentación científica, sino también a la observación humana; y que actitudes y sentimientos que parecían inexplicables hallan en él una explicación casi lógica. Concretándolo al caso de Lenormand, hallamos desde el primer momento una visible contradicción: la que se deriva de las declaraciones del propio autor y de lo que espontáneamente traslucen sus obras. Lenormand ha declarado textualmente, negando la estrecha relación que toda la crítica ha señalado: "Desgraciado del artista que quiera servirse del psicoanálisis, explotarlo y aplicarlo a sus obras".

Daniel Rops, de acuerdo con el autor, hace constar que Lenormand no ha trabado conocimiento con los libros de Freud hasta 1918 y que, por lo tanto, muchas de sus piezas que han sido escritas o planeadas antes de esa fecha, aun cuando hayan sido estrenadas y publicadas después, no podrían verosimilmente ser inspiradas en elementos que el autor desconocía. El mismo Lenormand, hablando de su propia obra, ha declarado que sólo un breve cuento, "Fidelité", y dos piezas, "L'homme et ses fantômes" y "Le mangeur de rêves", pueden, en cierto modo, acercarse a la teoría del subconsciente. Sin embargo, es innegable, y el crítico así lo reconoce, que muchas otras y muchos de sus personajes son de torturada e impulsiva textura freudiana, aun cuando el propio autor no los haya modelado con la vista fija en las experiencias del psicoanálisis, y así el crítico cita, además de las nombradas, "Le temps est un songe", con la desconcertante y perpetua contradicción de su protagonista, los personajes de "A l'ombre du mal", "Une vie secrète", con su músico extraño y morboso y, sobre todo, "Le

simoun" con su subconsciente pasión incestuosa. Todo el teatro de Lenormand, quíralo o no el autor, se halla inspirado en los casos científicos o recogidos en la vida casos similares, no cabe duda de que sólo el subconsciente mueve los flojos y torcidos resortes de los personajes de Lenormand, que podría ser, cualquiera de ellos, invaluable sujeto para una experiencia de psicoanálisis.

♦ ♦ ♦

El libro de Daniel Rops se presenta así como un estudio crítico muy estimable. Es claro, ordenado en su exposición, exacto en sus observaciones y constituye sin duda una valiosa síntesis del teatro de Lenormand, que permite concretarlo y detallarlo en sus diez piezas y en sus tan varios y a veces un poco enmarañados elementos, en la limitada extensión de un artículo. Así, pues, viene a realizar un provechoso cometido de divulgación, una iniciación fácil y accesible de un teatro hondo y vigoroso, pero original e intrincado. Sin embargo, y si analiza muy ciertamente en sus detalles, tal vez no transmita en toda su fuerza su formidable visión de conjunto. Por encima de todos los elementos citados hay uno que por su persistencia constante y su garra poderosa es la médula y el alma del teatro de Lenormand: el destino. El crítico lo ha visto, y aun lo ha señalado en varios párrafos, pero mezclándolo y aun poniéndolo al servicio de otros factores mucho menos esenciales. Señala su presencia, citando párrafos de Edmond Fleg, que hablan del "personaje invisible", que lo emparenta con Maeterlinck, pero aun aquí, al referirse al destino, lo encara más bien como inquietud del porvenir, que como fuerza ciega e inapelable. Lo destaca como una idea fija de "Le temps est un songe" y hasta transcribe esta frase de su protagonista: "No se modifica el porvenir, ni aun conociéndolo". Pero esta y otras citas sobre el tiempo con descarnado imperio de Cronos y de la fatalidad que parece que transmitirían el clima, el paisaje y la atmósfera, las encara el comentarista más bien como accesorio de estos elementos que como el amo que los maneja, absoluto e inapelable. En el destino escrito y ciego, en la fatalidad indesviable, ahí reside la potencia trágica del teatro de Lenormand. Todo su teatro completo podría sintetizarse en una sola palabra, colocada en su primera página, como fatídica y vigorosa inscripción: "Ananké"; el "Ananké" lapidario de los árabes, que de antemano ha grabado el dolor de la ruta que los hombres seguirán sobre la tierra.

Por eso al analizar el teatro de Lenormand surge la fatalidad como su primero, esencial y característico elemento. Y junto a ella los tres factores que están, sumisos, a su servicio: la constitución física y psicológica del individuo, débil, enfermo, sin voluntad, cuyos resortes herrumbrosos se han gastado apenas han empezado a funcionar; la influencia enervadora del medio físico en que se desenvuelve sobre todo "Le temps est un songe", "La dent rouge" y los tentáculos de la organización social que lo aprisiona; ejemplos: "Les ratés", "A l'ombre du mal" y también "Le simoun". Estos tres elementos tienen una grande y sobre todo una visible influencia externa, pero por debajo, a veces un poco oculto, pero siempre vigilante, está el destino, al que la conformación individual, la influencia física y la organización social sirven de ciegos y dóciles agentes. Estos no son, así, más que los ejecutores de la voluntad de aquél. Todo su teatro lo domina, lo envuelve la fatalidad, la fatalidad invisible, pero dueña, tirada por los tres elementos, sí; pero manejándolos con pulso imperioso en una loca carrera hacia la muerte y la tragedia.

Cada día renace su belleza
al contacto de la espuma del
Jabón Heno de Pravia

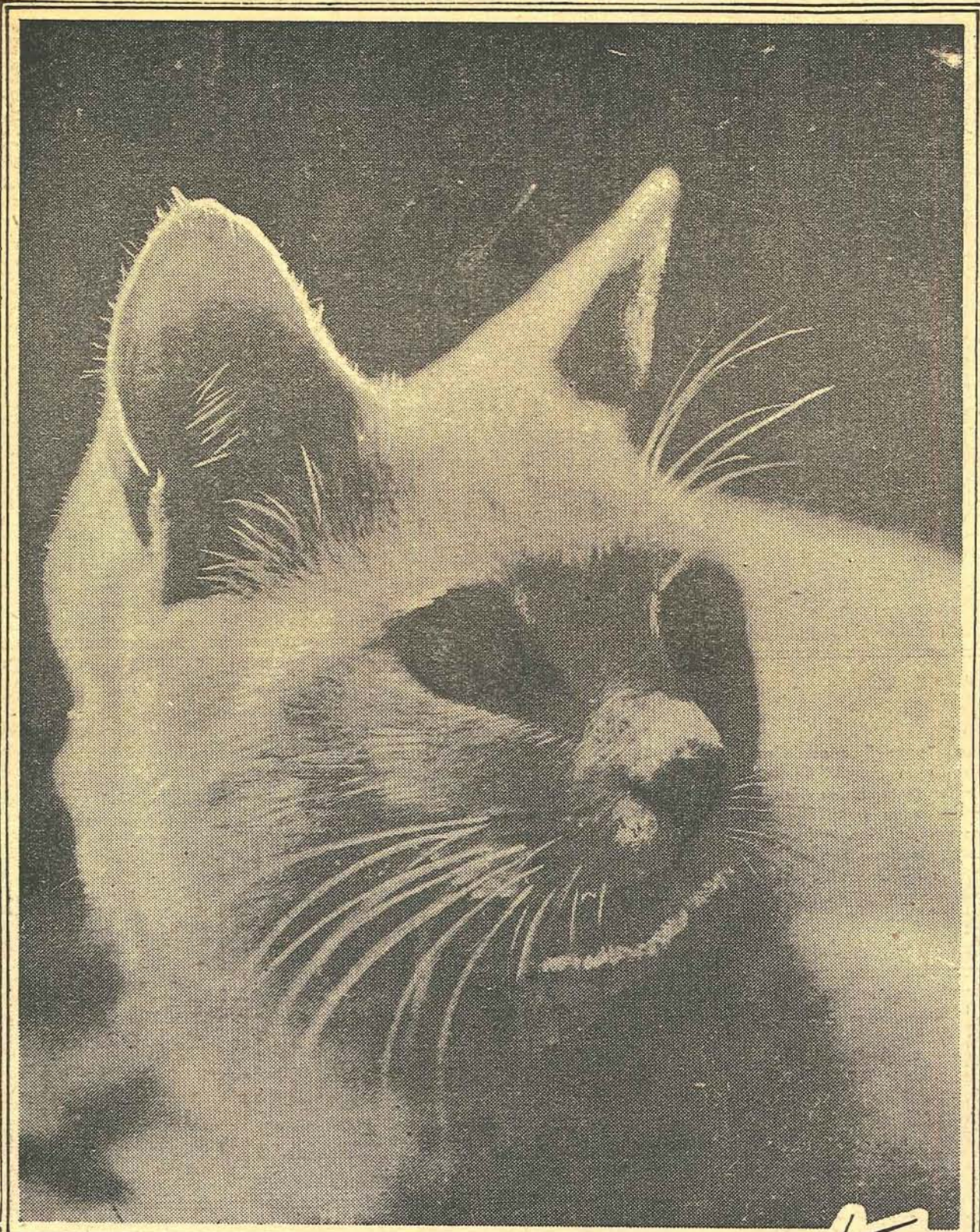
Rostro lozano, manos exquisitas,
cutis con suavidades de terciopelo,
juventud y belleza renacientes
cada mañana, son los resultados
del uso de este jabón puro,
fabricado con aceites finos de las
mejores calidades empleadas para
el consumo doméstico. El Jabón

HENO DE PRAVIA
deja libres los poros
y da vida a la tez.
Perfume inconfundible y único.

\$ 0,70

En Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República

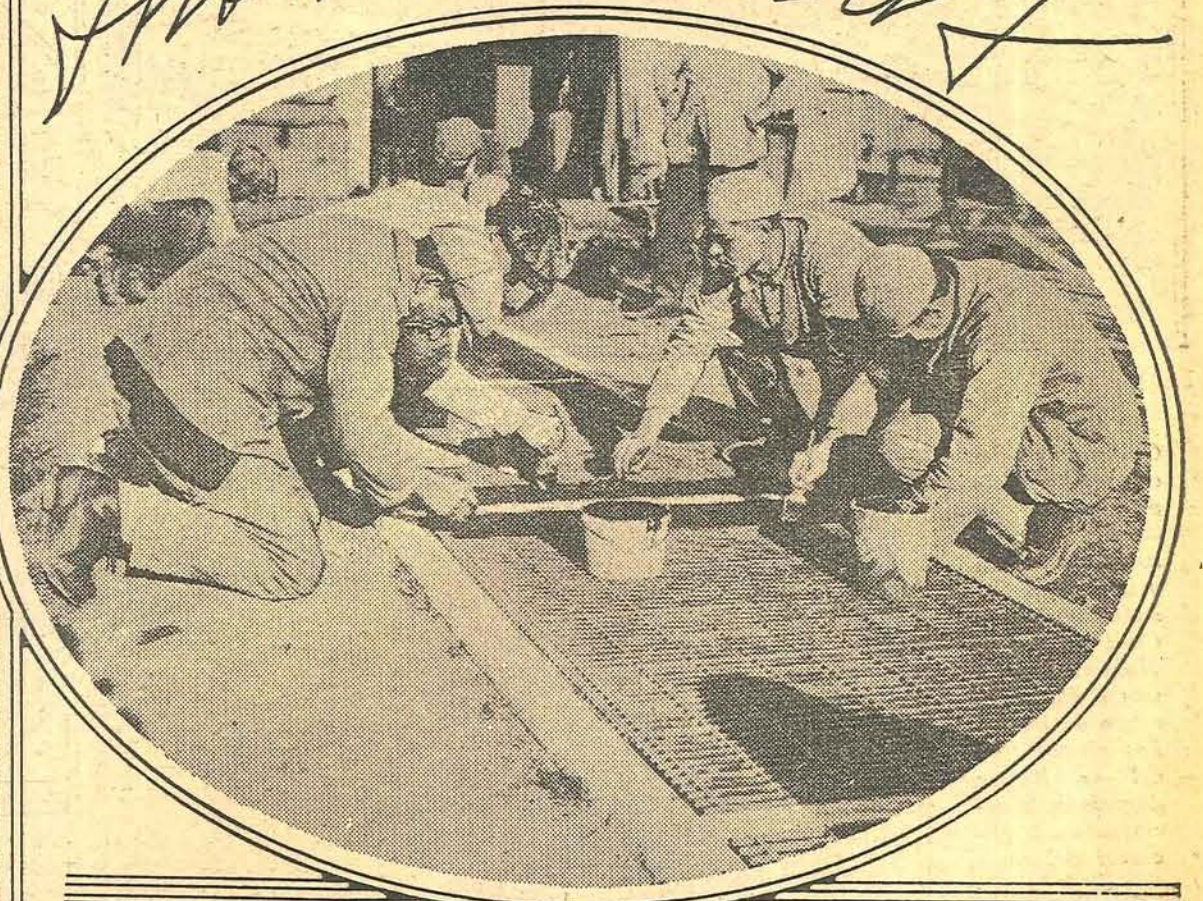
Perfumería Gal. - Madrid.
Sucursal en la Argentina
Mauro, 2010-14 - Buenos Aires
Proveedores de S.S. MM los Reyes de España.



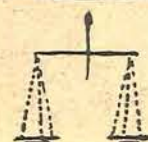
Alternando con los niños que alegran el paseo, las palomas de Palermo sacian su sed en uno de los surtidores instalados en el parque.

← EXPECTATIVA

Instantáneas



"QUIEN DA A LOS POBRES
PRESTA A DIOS"



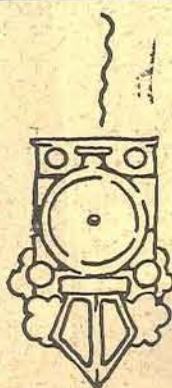
EN PLENA TAREA



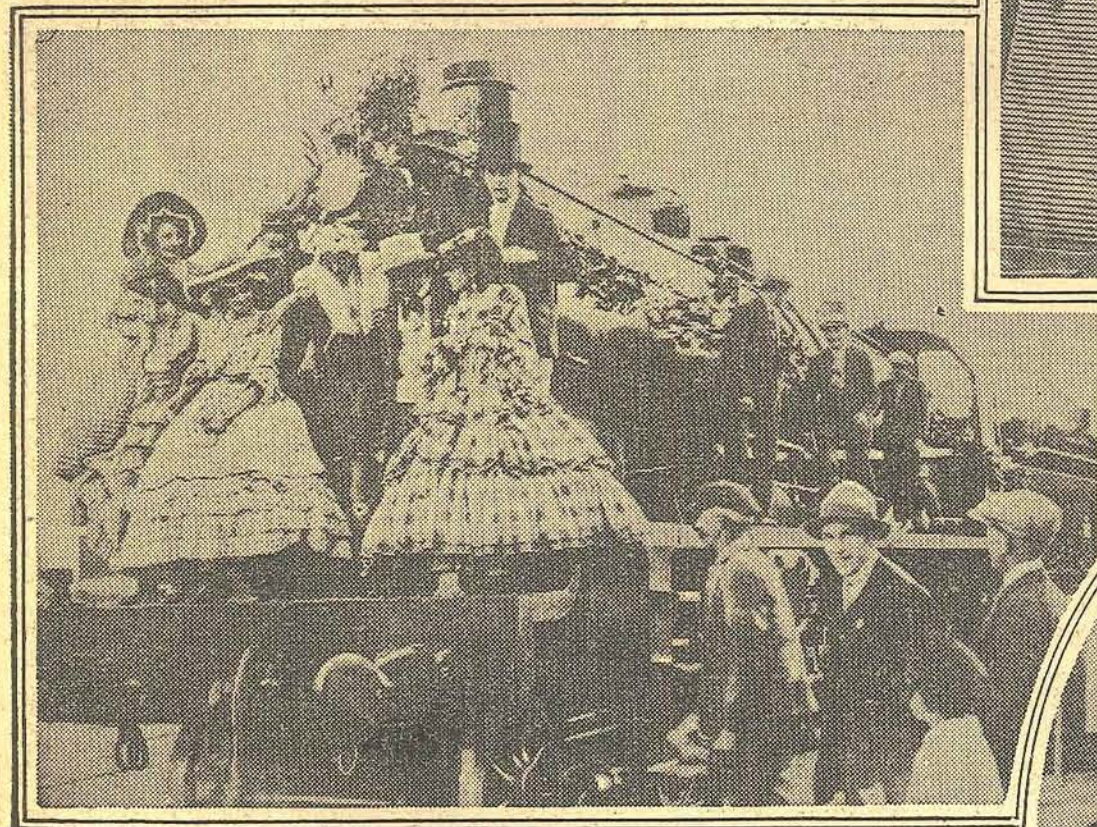
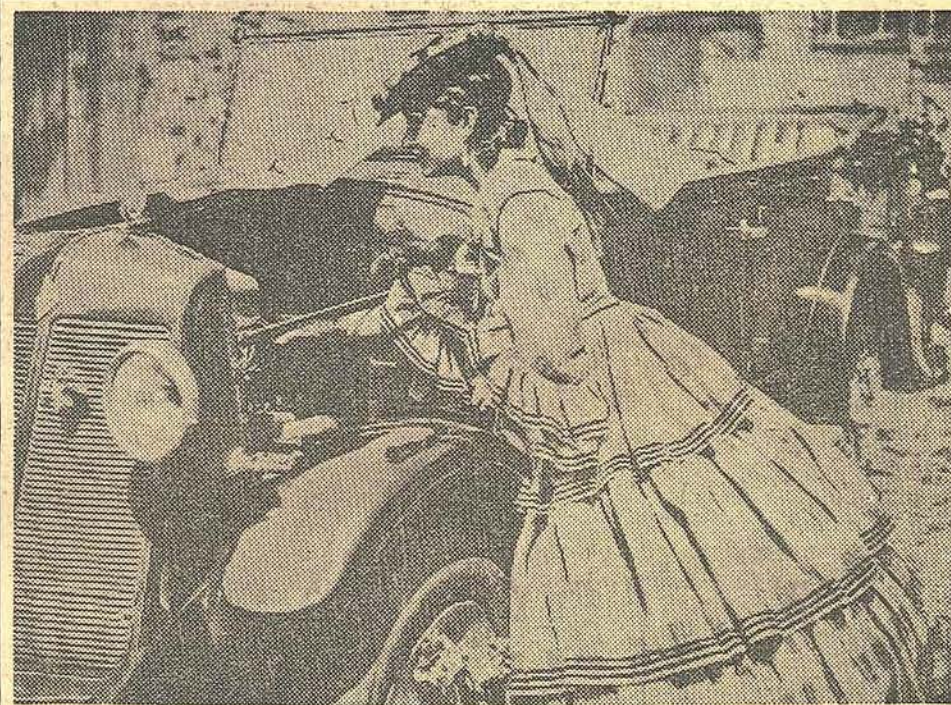
En ocasión de la fiesta que celebran anualmente en Saint Germain, los viajeros de comercio de París utilizaron el tren arcaico que circuló por vez primera en la línea el año 1837. La fotografía muestra a los alegres excursionistas, ataviados con trajes y uniformes de la época romántica, esperando la salida del convoy



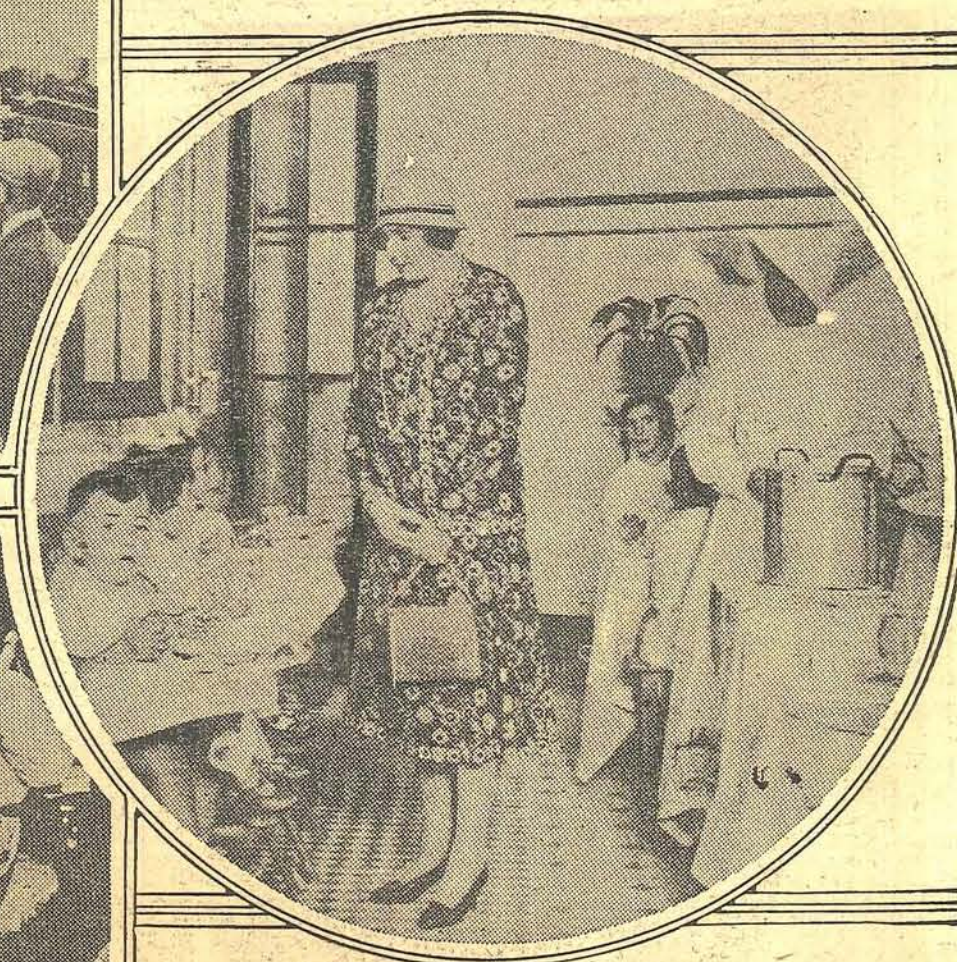
Detalle de los festejos realizados en Granville para conmemorar el mismo acontecimiento. Trajes antiguos y locomotora moderna



Una "panne" anacrónica durante el desfile de vehículos de todas las edades realizado en Granville en ocasión del 60. aniversario de la línea férrea París - Granville



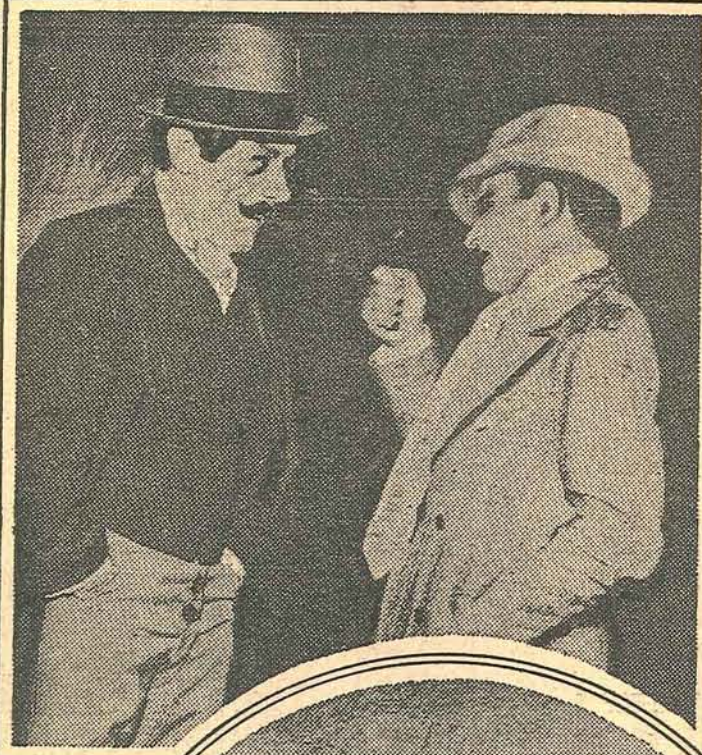
Coincidiendo con las bodas de plata del ex kronprinz de Alemania, un grupo de personalidades hizo a Guillermo de Hohenzollern una visita en su retiro de Doorn. Los visitantes del ex Kaiser después de la ceremonia tradicional del corte de leña



La reina de España visitando el Dispensario Antituberculoso de Madrid



De la vida teatral porteña



Paco Busto, Manuel Rico y Alfredo Camiña, que, a igual de los demás artistas que figuran en esta página, tomaron parte en el festival realizado en la Opera



Florencio Parravicini, "Pelagatti", de "Los disfrazados", acompañado por el maestro Jacinto Guerrero, Fernando Vallejo y Miguel Gómez Bao

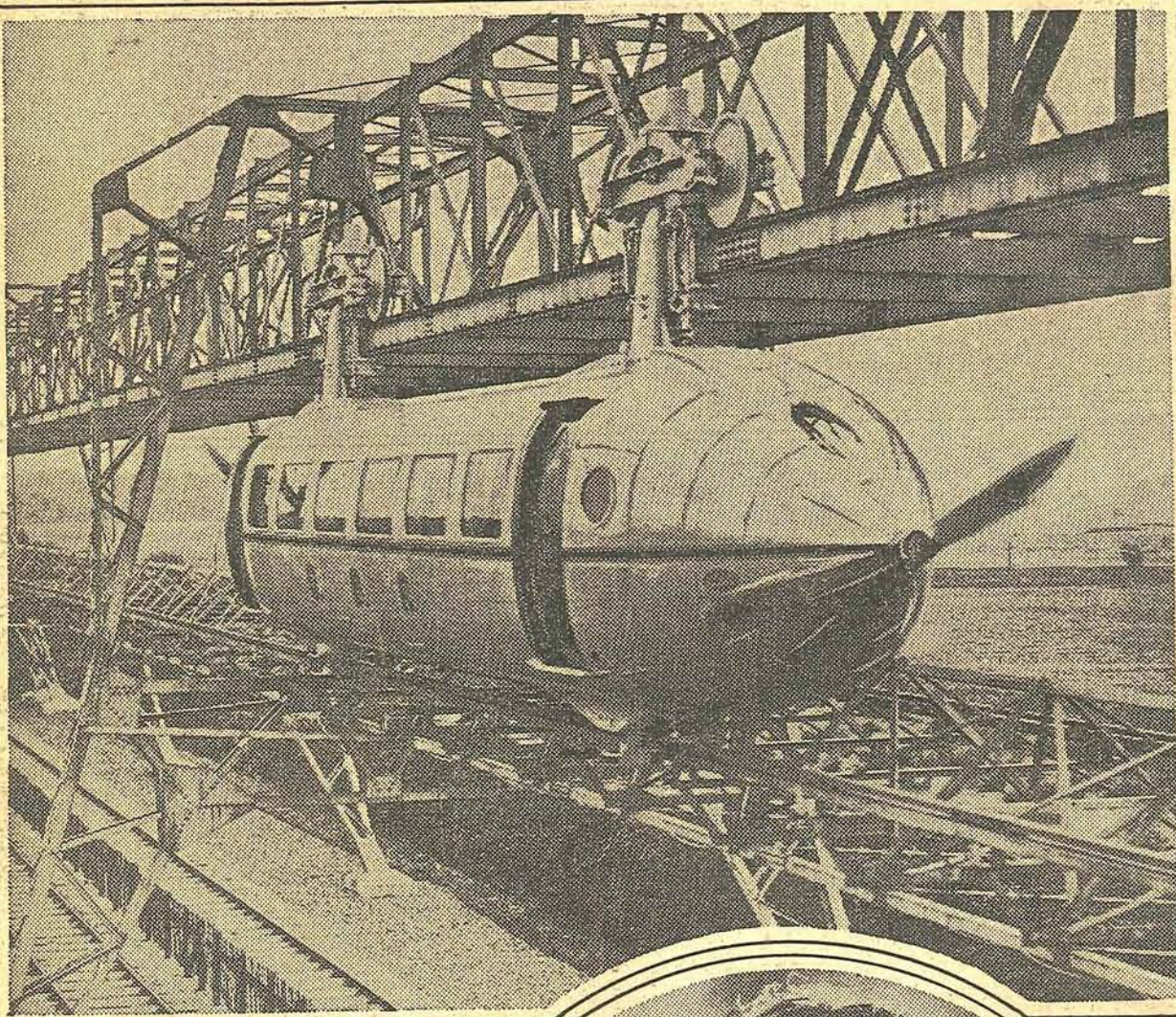
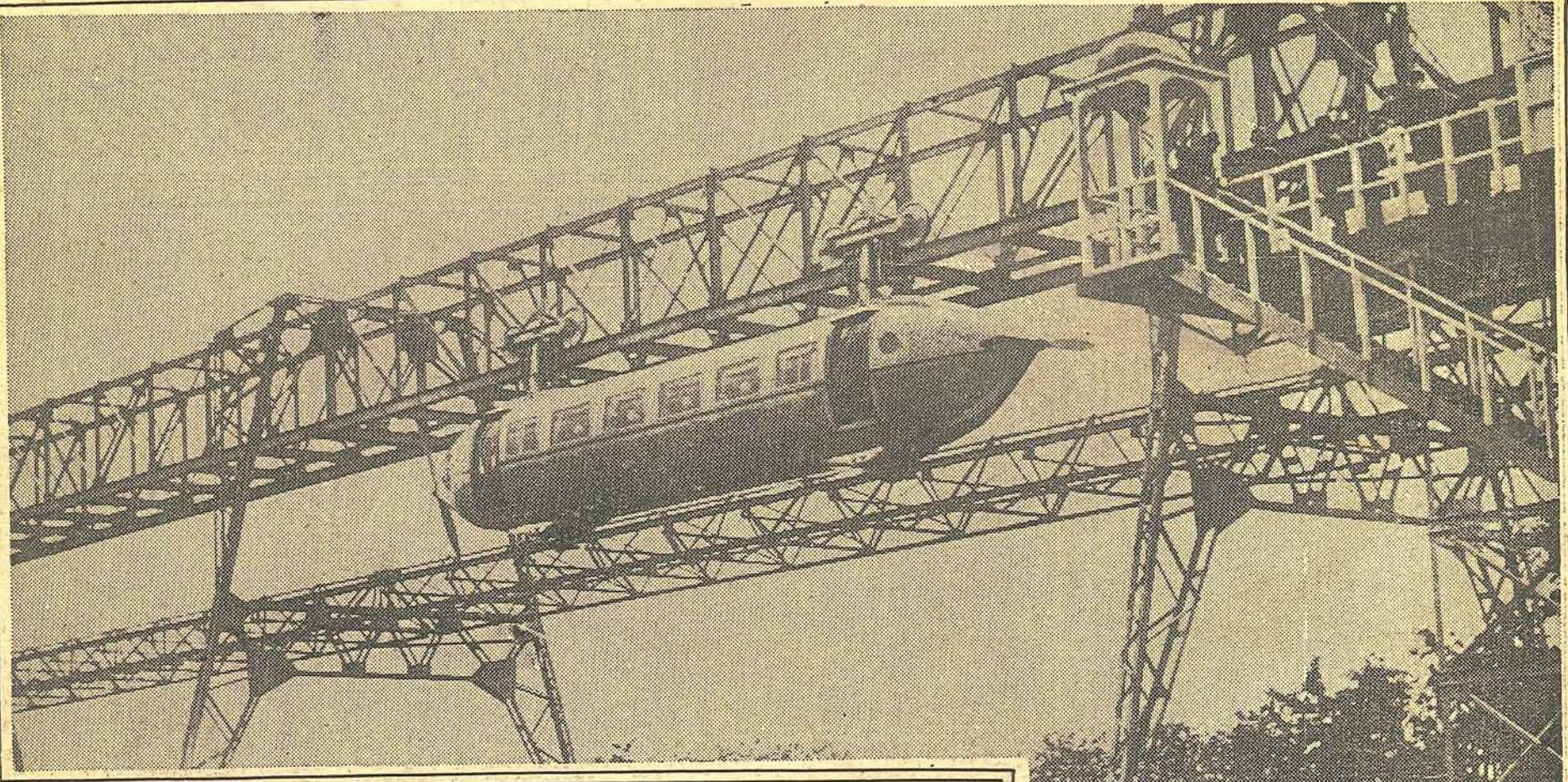
Luis Arata, "Machín" y Leopoldo Simari, "El vasco", de "Los disfrazados"



Desario Sáenz de Miera, "Susana", y Joaquina Carreras, "Oseta" de "La Perla de la Paloma"



Rosita Cadenas y segundas tiples de la compañía que actuó en el Onrubia, en el "Coro de las lagarteranas" de "El huésped del sevillano"



En Escocia está en funciones este nuevo medio de transporte capaz de llevar sus pasajeros a más de 200 kilómetros por hora. Consiste en una combinación, fácilmente explicable con la observación de las fotografías, de diversos elementos que permiten el desarrollo de esa velocidad

Miss Roberta Robinson, notable estrella de los escenarios norteamericanos, ha desdeñado varios contratos de teatros de Chicago para dedicarse al cinematógrafo



PARA LAS CANAS

COLORANTE ALSINA

Tonos perfectos y garantidos.
Preparación científica.
Dosificación prácticamente exacta.
Constituye una garantía sin igual.

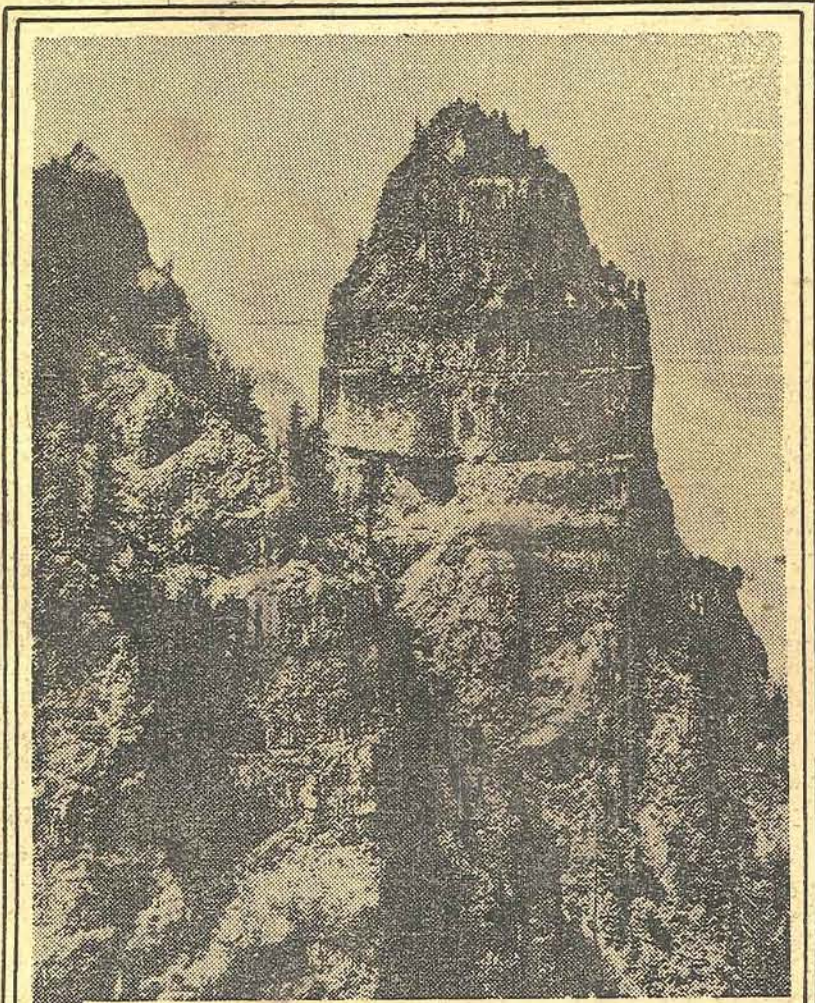
Para evitar falsificaciones, exija la caja cerrada.

Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50

Aplicaciones y Ventas
MAIPU 843
U. T. 21, Retiro, 0374

De entre los 7000 ejemplares expuestos en la exposición de aves realizada en el Crystal Palace de Londres, ha llamado la atención por su belleza este gallo americano

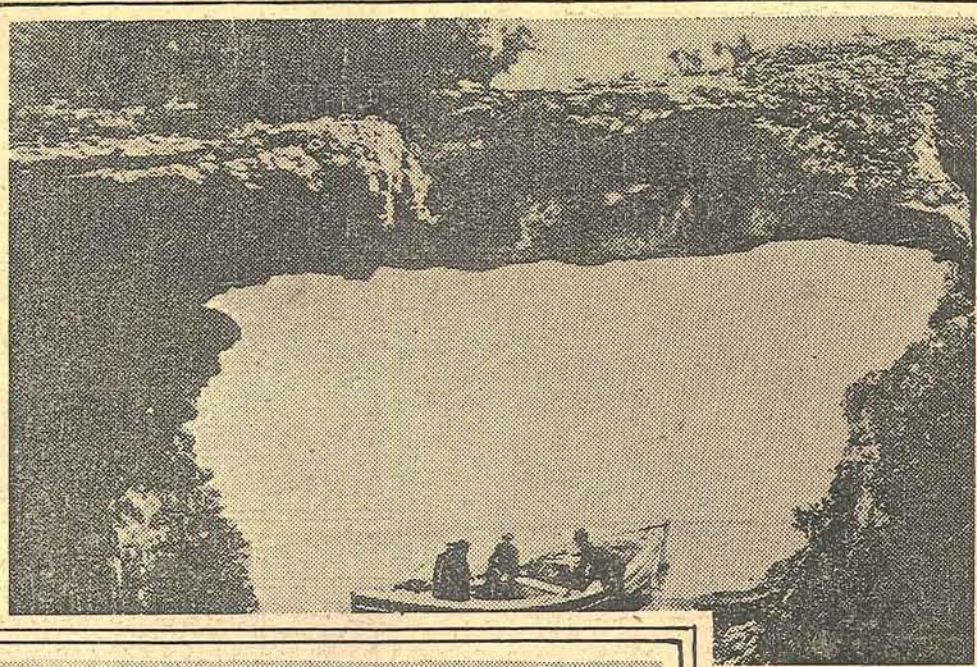
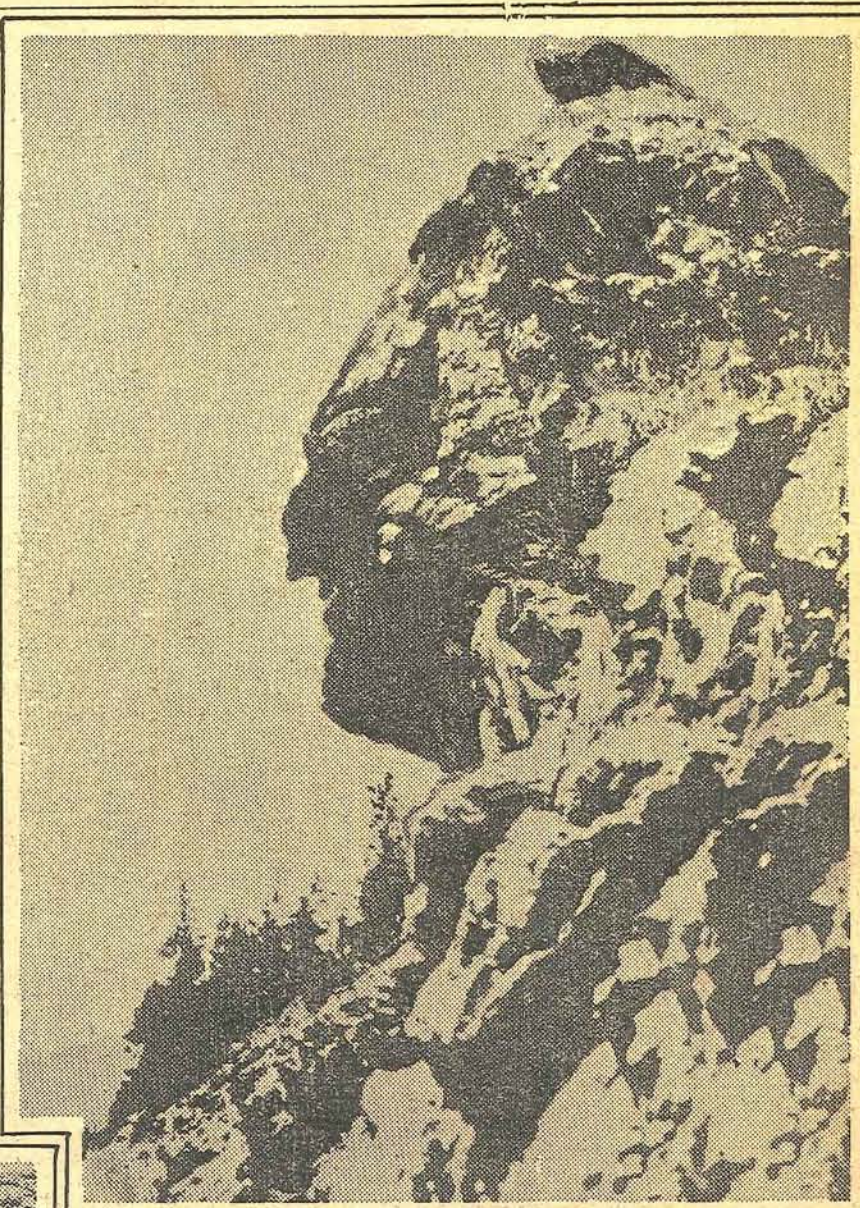
Caprichos de la naturaleza



En Oregon se alza esta curiosa roca, que se asemeja grandemente a la cúpula de San Pedro, de Roma.



En las sierras de Colorado, Estados Unidos, una roca de gran tamaño reproduce fielmente los rasgos de Cabeza de Flecha, caudillo de los indios Utes, establecidos en otros tiempos en aquella región



El puente de Tobermary, Ontario



"La Chimenea Roca" de Asheville, Carolina del Norte. Existe el propósito de utilizar esta atalaya natural para labrar en ella un monumento a la confederación norteamericana



Tan suave como la seda-exquisito!



Este NUEVO JABÓN Blanco

Unicamente los fabricantes del renombrado "LUX" con su experto conocimiento y amplia selección de materiales finos podían haberlo conseguido. Su delicado color, blanco marfil, la rica espuma, el fascinador perfume le dicen a usted que en éste tiene un jabón tan lujoso como el más caro que usted ha usado hasta ahora. Sin embargo es tan barato que puede usarlo diariamente. Y cuán suave conserva el cutis!

50 centavos la pastilla

LUX JABÓN de TOCADOR

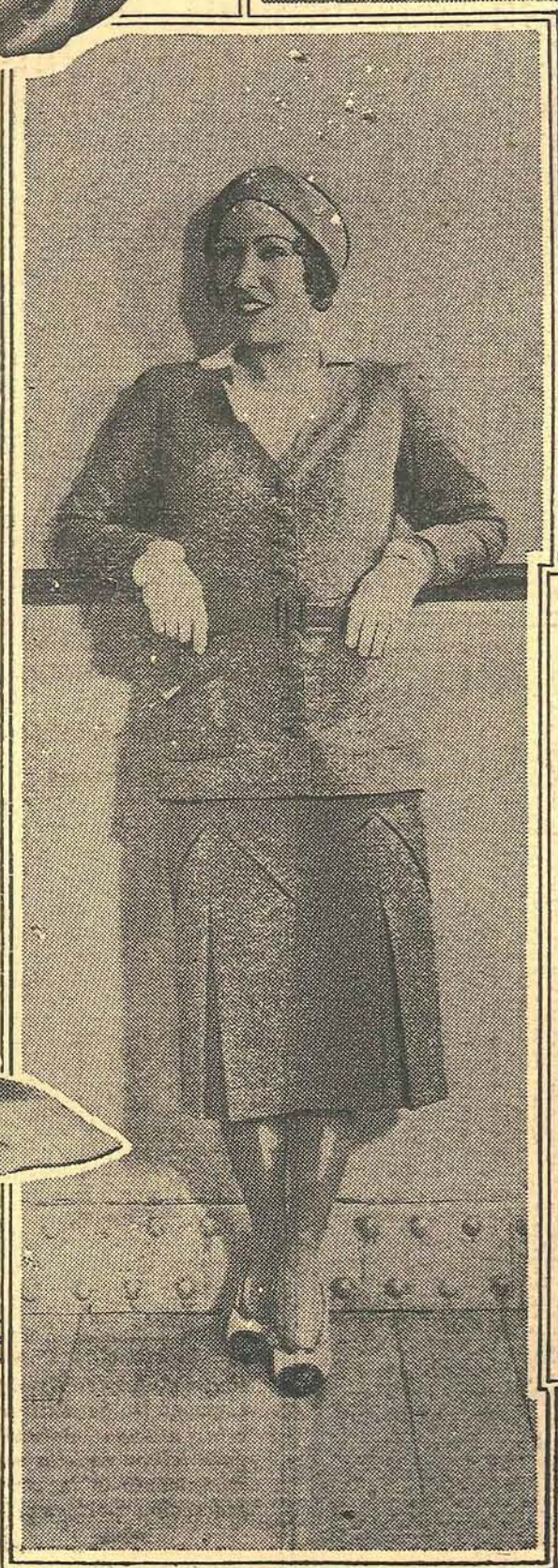
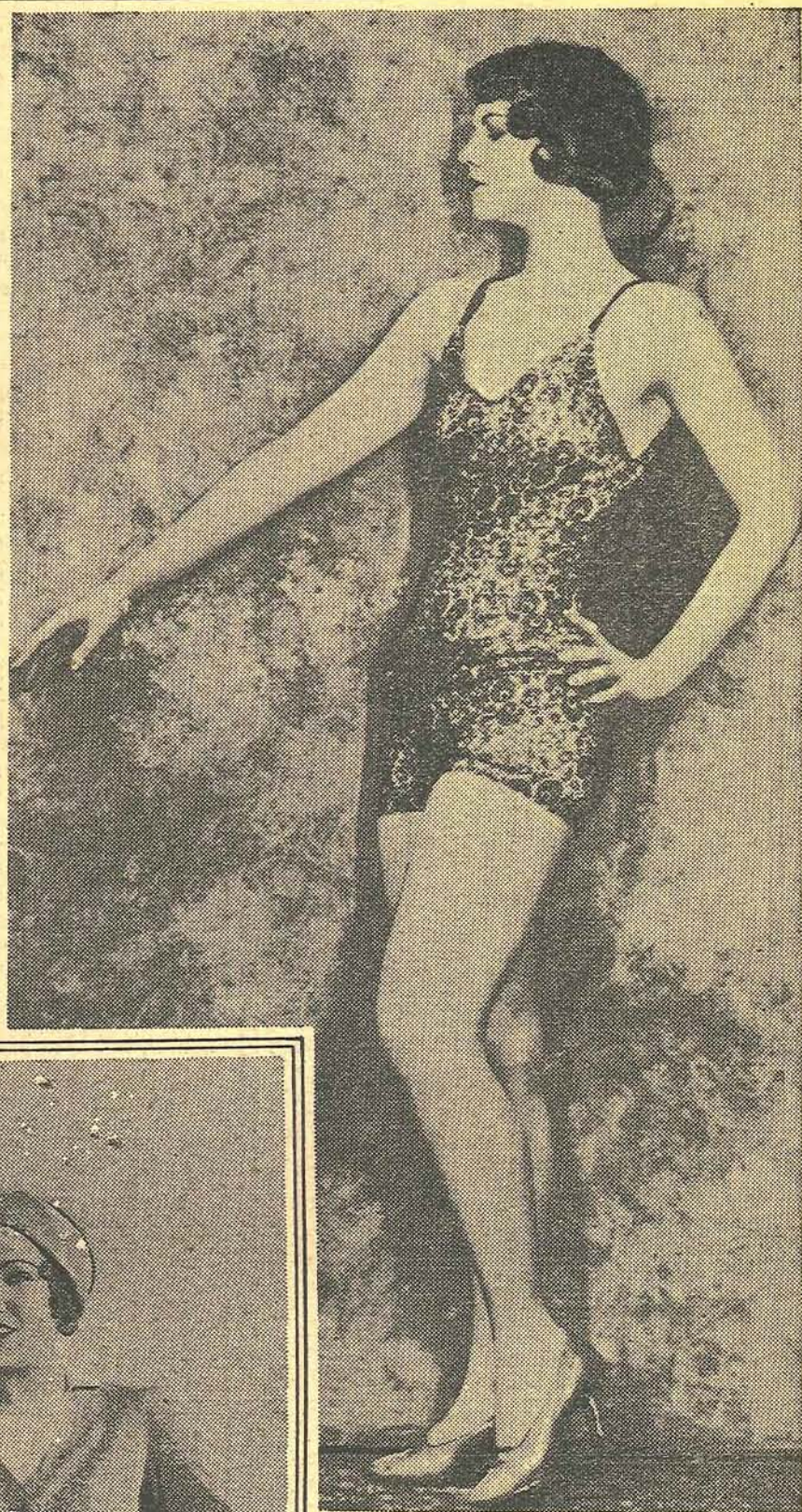
LEVER HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 70 - BUENOS AIRES

LTS 14



CAJA ERIC

EILEEN WENGEL



SON

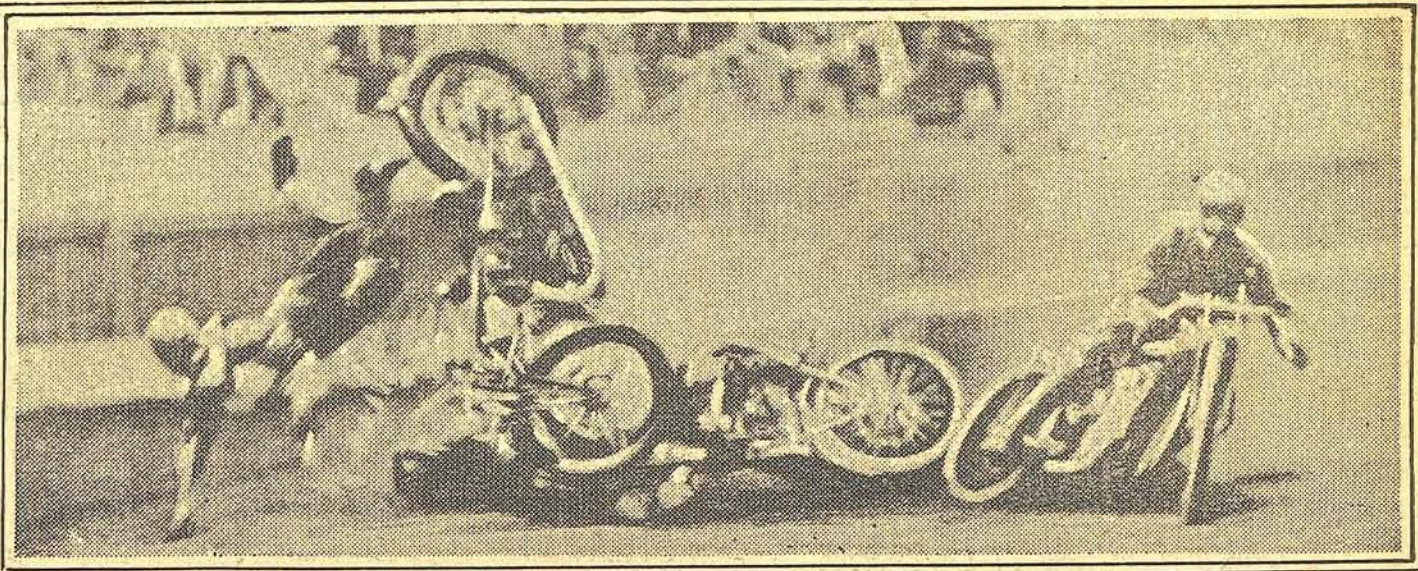
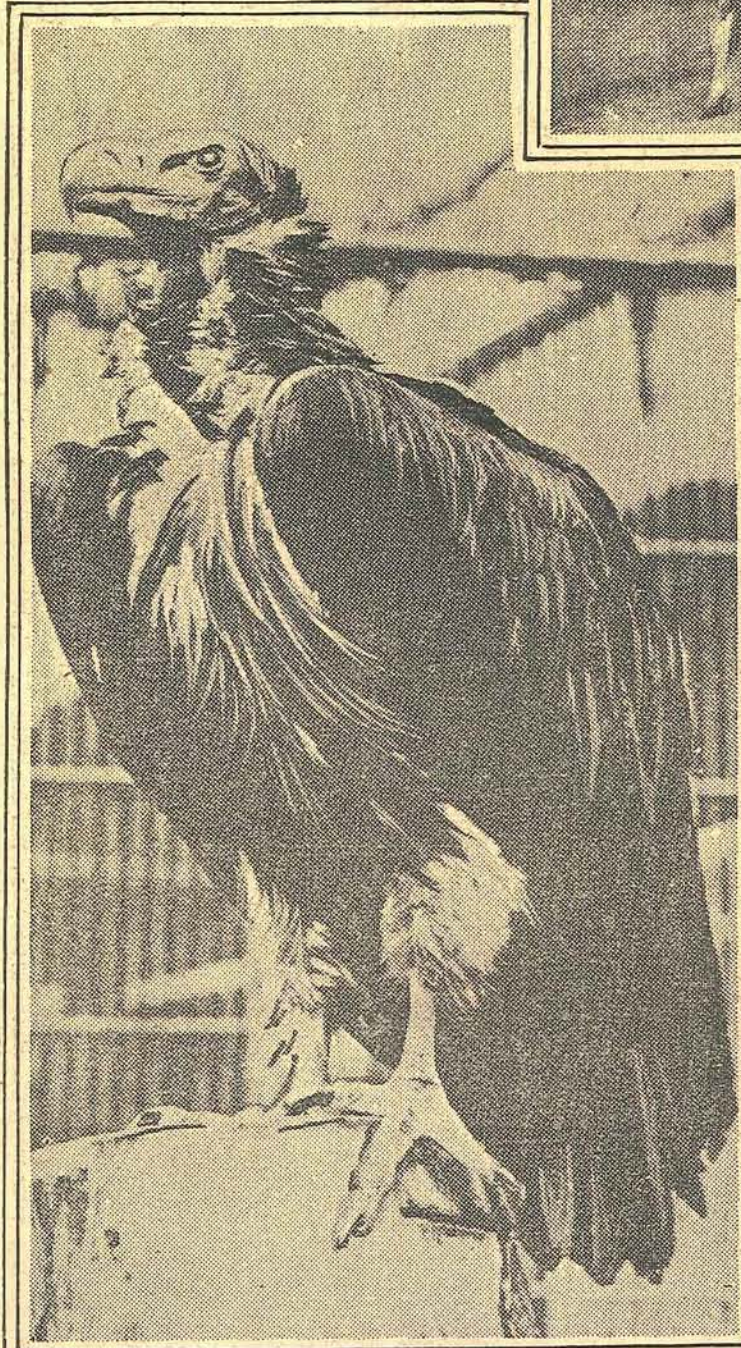


PATSY VANCE

En el King's Oak Speedway, de Loughton, se produjo un notable accidente. Tom Farndon, que llevaba su máquina a extraordinaria velocidad, fué a dar sobre la de Phil Bishop, que se hallaba en tierra. El corredor Willis complicó aún más el accidente



Una pose majestuosa del buitre del Jardín Zoológico de Londres



Librese de las preocupaciones para siempre!



Este plan le proporcionará oro, cuando sus cabellos comiencen a platear.

SUPONGASE que le dijéramos que con sólo enviarnos el cuponcito agregado más abajo, Vd. estaría dando el primer paso para librarse de las preocupaciones de dinero de una vez por todas. Supóngase que con sólo su contestación pudiéramos garantizarle las siguientes cosas.

- Darle a Vd. la certeza de que poseerá su casa dentro de 10 años;
- Darle a Vd. la garantía de que seguirá percibiendo sus entradas si llegara a incapacitarse para trabajar, sea por enfermedad o accidente;
- Darle a Vd. la seguridad de que sus hijos habrán de tener la educación que Vd. desea darles;
- Darle a Vd. la certeza de que en cierto momento podrá vivir despreocupado, como premio de sus propios esfuerzos.

¿Creería Vd. cuanto le estamos diciendo?

Sin embargo, todo esto es posible. Los anhelos de hoy son las realidades de mañana. Tan sólo con pensar en las cosas que Vd. desea realizar en adelante e iniciarse, con muy poco esfuerzo puede Vd. descansar despreocupado, ya que en cualquier forma habrán de realizarse sus sueños. Todo lo que Vd. debe hacer es llenar el cupón adjunto. El primer paso es su envío.

Le demostraremos cómo, tan sólo con hacer pequeños depósitos, puede tener las cosas que le señalamos al pie de esta página, y algunas otras. Lea esta lista. ¿Hay cosas que Vd. desea, no es cierto? Envíenos el cupón llenado, y además del consejo oportuno recibirá Vd. un obsequio útil. Esto no le cuesta nada. No contrae obligación ninguna. **HAGALO EN SEGUIDA.**

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. POSEER realmente su casa.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. REALIZAR el viaje a Europa que siempre deseó.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre

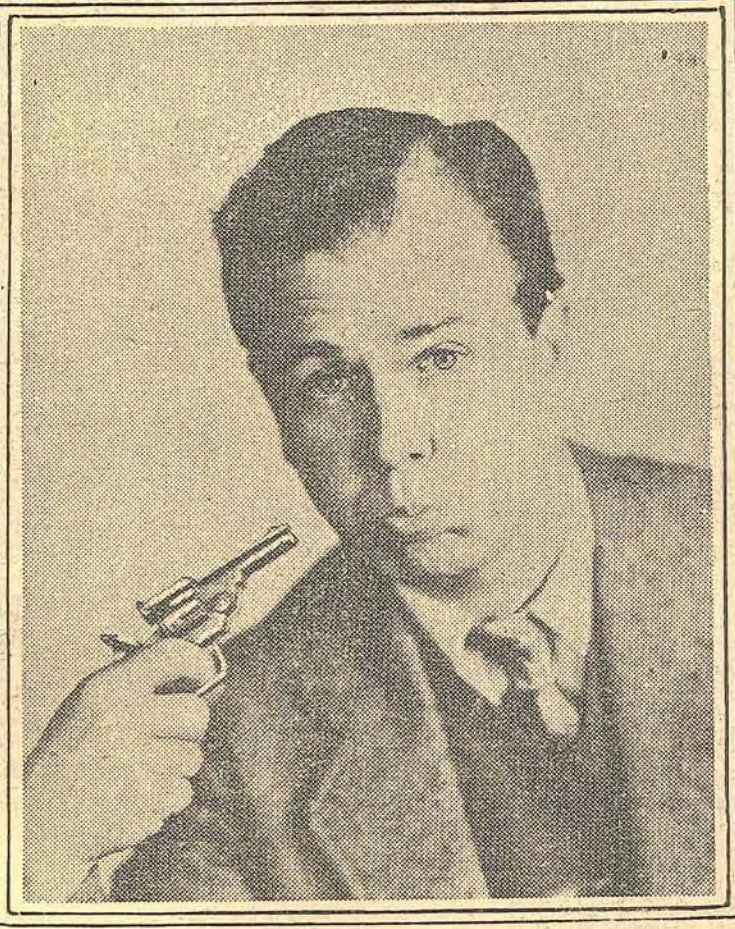
Calle

Ciudad

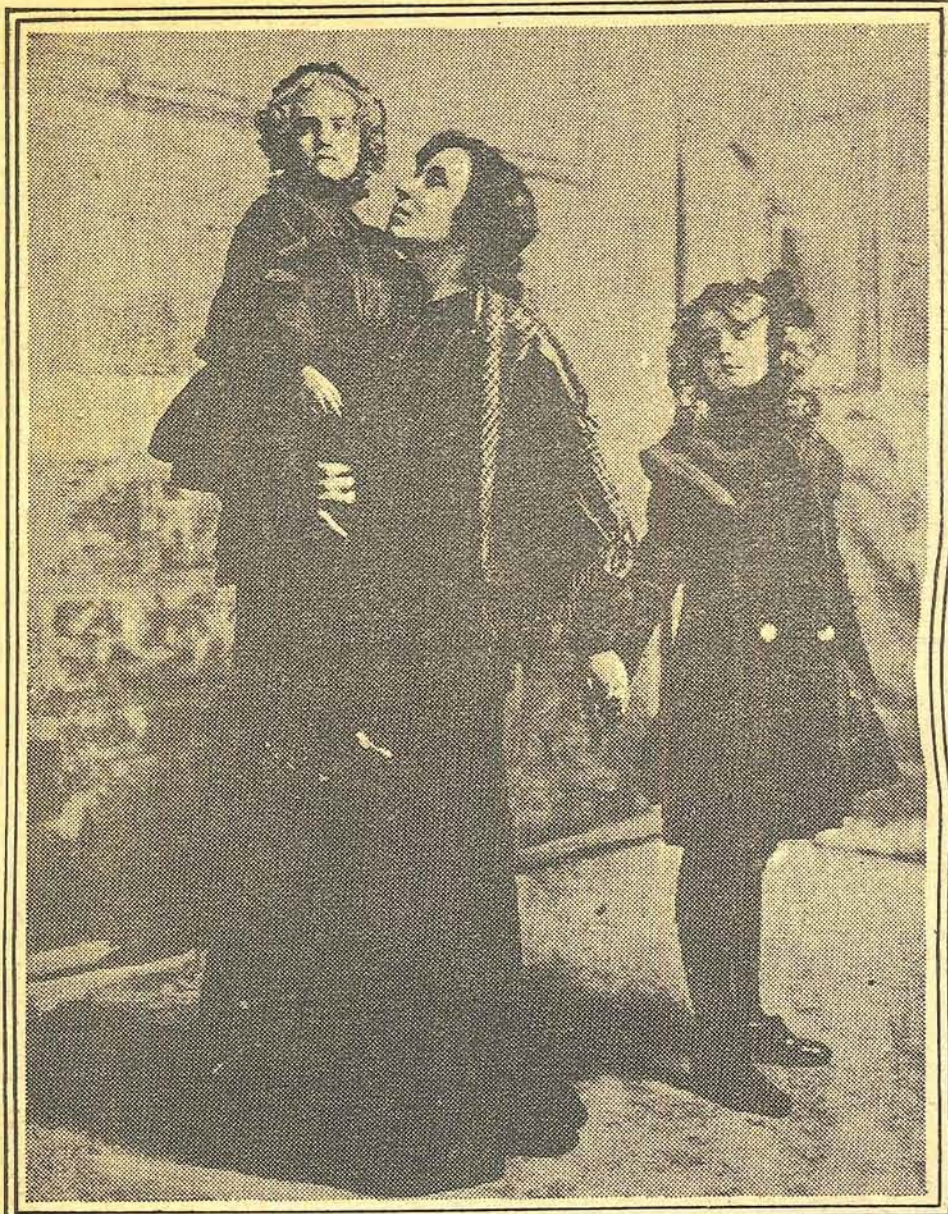
Provincia

Año de nacimiento

L. 12



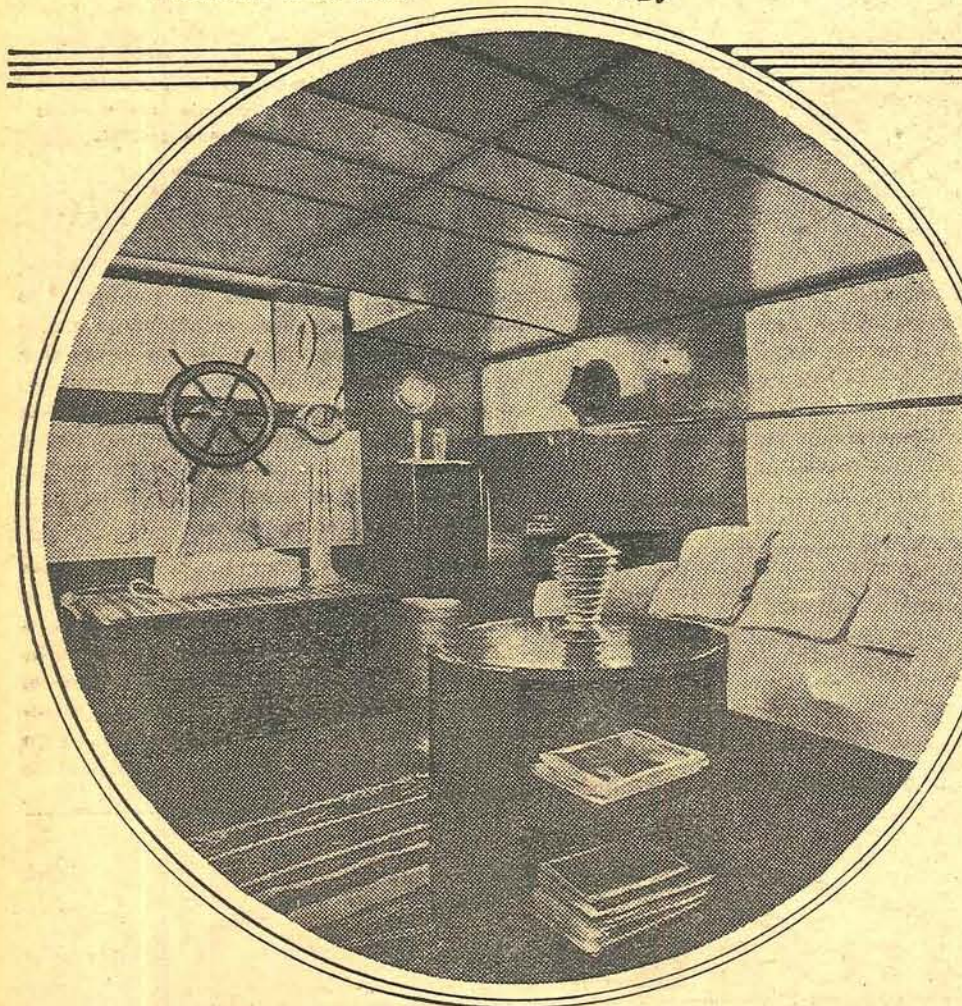
Regis Toomey toma las cosas demasiado al pie de la letra: abocándose el revólver.



Mary Robinson Gish y sus dos hijas Dorothy y Lillian, en 1900, cuando las hermanas Gish debutaron en el teatro



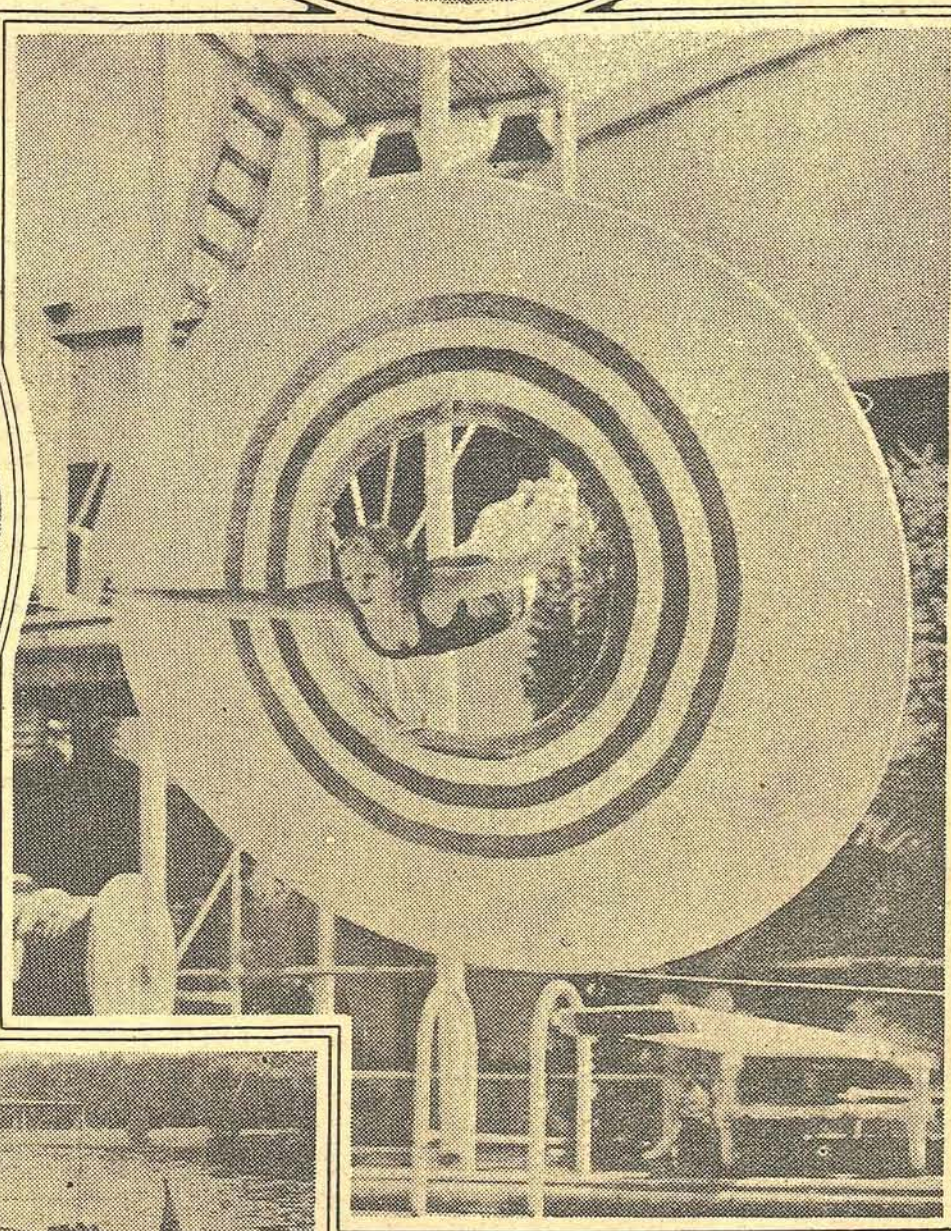
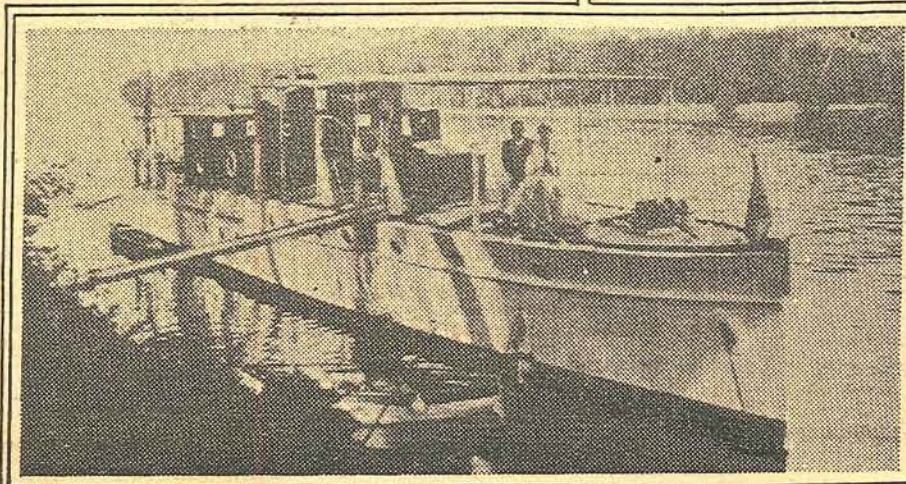
Lillian Gish, en la actualidad



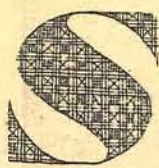
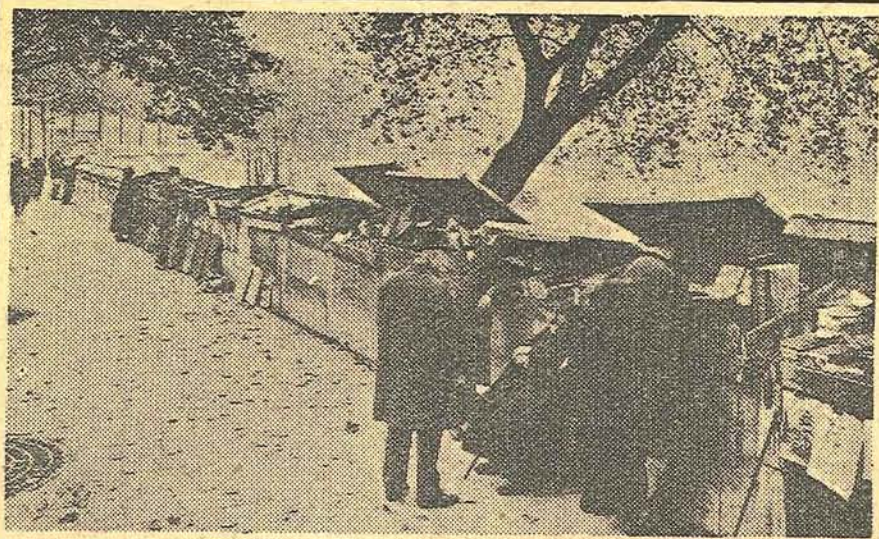
Aspecto interior del "deck" del yate Pampita, perteneciente al Sr. A. Vernier, editor de "La Temporada". Los cojines y el diván están recubiertos de lona



Exterior del Pampita. Se notará la línea más elevada de la borda, la chimenea plana y la supresión de los mástiles, que dan al yate una silueta muy moderna



Georgette Coleman, en un arriesgado ejercicio de natación



SIEMPRE es nuevo, si se escribe la fecha actual, el paseo por los malecones del Sena, cubiertos de libros, tapando

las perspectivas del agua y de sus barcos con el biombo de los toscos pupitres entreabiertos.

Cada peripatetismo por esa estrecha vereda a través de los años, dice un contraste más profundo con la vida y se desprende una lección más viva de sugerencias, proporcionándonos una intención de libros más audaces la contemplación de esos rimeros marginales.

Hace años, en el descubrimiento de esa pestaña profunda de la vida de París, pensamos que allí estaba escrito todo y abajábamos la cabeza, metiéndola en el cepo de los "secretares" entreabiertos, pero poco a poco hemos ido comprendiendo que lo que hay que decir no está escrito y que ese artificio debe ser sólo trampolín emulador de nuevas creaciones.

Necesitamos el estímulo y los rayos libresco que se escapan a esas buhonías de libros para enderezar futuros proyectos y dar al espíritu consistencia. Es muy saludable para la mente ese paseo respirando librerías.

Tiene algo de fondo de farmacopea antigua, ese fondo de la mochila de los malecones, y hay como una botánica seca, salitfera, majada por el tiempo y mensurada por las estaciones, que es verdadero emoliente de la inspiración.

Es un equipaje que dejamos arrumbado y traspillado en todas las despedidas y nos encontramos curioso pero integerrimo al volver cara a la misma estación.

Los libros han ido adquiriendo vida monstrual en ese encierro en cofre de sala de barco, y los encuadrados en cuero tienen vida de grandes ratas maliciosas, con escapadas a la noche por las alcantarillas de París.

Parece que todos esos libros con gesto de zapato usado y descascarillado hacen excursiones misteriosas para adquirir la erudición del subsuelo, la

más profunda erudición de la vida.

El pasar por ellos de la vida les añade lo no escrito pero entrepaginado entre sus hojas y se les observa como más llenos de experiencia que lo que a simple vista parece.

Ya no son los mismos libros que eran sino que han ganado en la prensa de sus cofres.

Ver nuestro tiempo en otros tiempos es uno de los mayores goces de asomarse al arte y lo convencional de las medianías retóricas evita esa contemplación en muchas obras.

En estos libros viejos entramos en el mismo reservado de la vida actual y al mismo tiempo sentimos con gozo superfluo y exquisito que son los muertos hace siglos los que viven en la recatada sala la fiesta de su amor.

Añadimos humanidad extravasada a la humanidad actual todo cuyo perímetro reconocemos, y añadimos intensidad a las cosas.

Tienen aire de baúles que nos dejaron en herencias que no llegaron a nuestras manos, cajones que tenían debajo de la cama unas viejas abuelas de todos.

Hay algunos puestos que no se abren nunca. Murió su guardador y propietario en su guardilla miserable y el candado permanece engatillado con el diente metido en la cuña hasta que no se sabe qué pueda suceder.

Quizá algún puesto cerrado está en litigio de herencias y no se abrirá hasta que le llegue su turno al pleito en el interminable cangiloneo de las Salesas.

También puede ser que el dueño de ese baúl a cuestas del pretil para siempre, espere que los libros se avejenten más y adquieran, como una bodega, el prestigio de más años, y cuando los saque un día todos sean incunables.

El derecho a cada puesto es un derecho tan antiguo y que concedió tan legendario Rey, que no hay quien revise la práctica de las librerías y pueda indagar en los tesoros que sobrenadan sobre el naufragio del tiempo.

Algún Moisés, único de otros cultores, ha sido salvado en esos herméticos flotadores re-

LAS MOCHILAS ESCOLARES DEL SENNA

POR

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION)

PARIS, julio de 1930

viviente aun, pues el libro es la momia mejor embalsamada, la momia que sigue viviendo.

Los libelos se van haciendo cocodrilos en esa sombra y los libros de amor se hacen más clandestinos en esa maleta inmóvil.

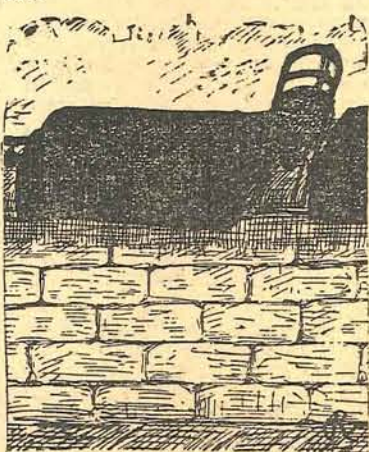
En los cajones que están junto a los puentes que son vistos por el revés por las gentes que avanzan por el puente, hay un reclamo en grandes letras amarillas en que se lee "Clásicos".

Y una tarde, junto al humorista Cami, he estado contemplando la entrada por una puerta abierta en lo bajo de ese anuncio, en que los que iban al "metro" parecían entrar en la condenación de los "clásicos" creyéndose tales.

—¡Cuánto clásico hay!—decíamos, riendo, al ver entrar tanta gente por la tétrica puer-tecilla.

Nunca reciben toda la luz y el aire esos mostradores de libros, por que apenas se entreabren, demostrando con ese gesto tímido que es recatado lo que ocultan y que sus goznes oxidados no pueden desperezarse demasiado.

Ya no se pasa ante las fauces abiertas de esos reservorios de libros con esperanza de grandes adquisiciones, sino sólo para repasar el relato de los títulos de los libros que por sí solos construyen una novela independiente, de fracaso literario con centelleos de éxito, con deseos de empujarse sobre lo trillado, con gritos de querer ser.



DIBUJO DEL AUTOR

Ahora hay unos bolsistas del libro que hacen el repaso de los malecones con dobles gafas sobre el caballete de la nariz, y cuando sus manos cogen un libro lo pinzan como un terrón con pinzas de garra.

Ni el mismo dueño del cajón sabía que estaba allí aquel libro, pues se había ocultado entre dos amigos con granjería de colegial para que no le vea el maestro y como tiene un precio antiguo escrito en una punta, tiene que dárselo por lo que está cifrado.

Estos hombres que guardan los puestos parecen eruditos venidos a menos, fracasados de poder entrar en ninguna academia o instituto y que cansados de leer se dedican a vender los libros que leyeron.

Su apariencia sugiere eso, pero es menester saber que el mejor vendedor de libros es el que no ha leído nada.

Tienen trajes especiales para el invierno como si fuesen la-

pones y encienden un brasero en la ancha suela de sus zapatillas. En verano toman aspecto de pescadores de caña y están atentos al cebo de sus libros, saliendo mucho antes que se dirijan a ellos en consulta quien ha picado de verdad.

Las viejas que salvaguardan algunos puestos tienen un aire erguido de escuchonas y como la mujer sabe cuál es la hora de la insinuación, ellas sorprenden el gesto de venirles a preguntar por el que se acaba de prender de tal libro amarillo o de tal estampa.

—Yo tenía unos grabados del siglo XVII—me dijo un día un amigo—y no me los quisieron porque no tenían mujeres desnudas... Eran unos filósofos.

Después de todo, comprendí el sentido alegre de esa exclusividad, gracias a la cual hay como una cenefa de galantería todo a lo largo del río.

El acto de todos los que se (Continúa en la pág. 33)

La Crema Hinds fortalece el cutis contra las inclemencias del tiempo, sin maltratar su juvenil tersura...

Noches de invierno heladas, inclementes. Cambios bruscos de la tibieza del salón al frío de la calle. Lluvia menuda, molesta, pertinaz. Vientos que cortan y envejecen el cutis... a menos que se le proteja. En esta época, más que nunca, precisa usar a menudo Crema Hinds.

Treinta años de uso han comprobado que la Crema Hinds no sólo fortalece el cutis y lo protege contra las inclemencias del tiempo, sino que le devuelve su juvenil tersura si ha dejado usted que por un descuido la pierda.

Si aún no conoce usted la Crema Hinds, ensáyela. Cuando vea lo pronto que rejuvenece el cutis... lo fresco y suave que lo deja... lo juvenil que lo conserva, la seguirá usted usando siempre.



CREMA HINDS



EL LUJO EN LOS TRAJES DE NOCHE

Por SILVESTRE DORIAN

LAS elegantes que hasta una o dos estaciones anteriores creyeron que París perdía su fama tan acreditada, se deslumbran ante el lujo y suntuosidad en los trajes de noche. Hay un verdadero entusiasmo en los modelistas. Cada casa se excede a sí misma, creando modelos que rivalizan con los mejores vestidos de cualquier moda anterior. Tanto en línea y sencillez co-

Modelo de Nicole Groult, en crêpe de Chine violeta oscuro con cinturón, volados y moño en tela imprimé. Traje de tarde de Worth, en crêpe de Chine gris

mo en belleza de concepción. Introduciendo la falda larga y el talle en su lugar, los creadores subrayan las líneas elegantes del cuerpo, dándoles una gracia tan sólo comparable a las líneas griegas.

En una reciente representación en la Opera me dediqué con especial interés a observar los trajes más lindos. Era inevitable que lo primero que llamara mi atención fueran los vestidos negros. En primer lugar, porque las más elegantes en París prefieren este color, y después porque el negro quedaba realmente soberbio sobre el conjunto brillante y magnífico del "foyer" de la Opera.

Entre los que llamaron mi atención había uno de sencillez clásica, en pesada faya taffetas. El cuerpo era de una línea en forma de V adelante; la espalda escotada ajustaba a la figura y la falda amplia salía un poco más arriba del talle normal, cayendo en ondas redondeadas que se abrían al hacer las curvas. Este traje sencillo hasta la austeridad, lo amenizaba un precioso collar de diamantes y esmeraldas.

Otro traje negro lo llevaba una joven que usaba el pelo, de un color muy negro, peinado liso hacia atrás. El busto, con el escote de la espalda en forma de V, era en taffetas, estirado hasta formar un cinturón ancho que hacía un moño a un lado. La falda amplia en chiffon y taffetas se adornaba con dos grandes aros de tul con borde dorado. Una angosta cadena de oro en la garganta y una pulsera de oro completaban el motivo dorado del traje. También tenía este mismo motivo en los zapatos.

Y por último vi un traje negro en chiffon con caídas ondulantes hasta el suelo. Pero fué su tapado lo que más me fascinó. Era de un corte de líneas alargadas hasta las rodillas, y lo sorprendente eran sus mangas-jamón, saliendo abullonadas arriba del codo, como las de 1890; el tapado era en azabache. La piel de zorro que rodeaba su rostro le imprimían el "cachet" de 1930.

Traje de tarde de Paul Poiret, en chiffon flexible a lunares gris y blanco

La ELEGANCIA FEMENINA

EL SECRETO DEL BIEN VESTIR CONSISTE EN EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

Por ITEB

EN estos dos últimos años, especialmente en el pasado, se han escrito y repetido muchas cosas acerca de la influencia femenina en la moda. La palabra "femenina" se presta a falsas interpretaciones, y se traducen por pliegues y volados aquello que significa simplemente líneas curvas.

Hay tipos para quienes los modelos ultrafemeninos parecen creados especialmente, así como los sombreros de alas caídas, las capelinas y las faldas con volados. Estas personas estaban en desventaja durante el reinado de los trajes sport, y la moda actual les ha brindado la oportunidad de manifestar recién su personalidad.

Nadie más que yo expresa su adhesión al ultrafeminismo en materia de trajes, pues considero que nada puede ser más encantador para la mujer, pero asimismo comprendo que no es para todas las figuras.

Si alguna vez debiera considerarse el tipo antes de adoptar un modelo, es en el momento actual. Significo con esto que nadie debe estar al margen de la moda, sino elegir entre los diversos estilos el que conviene a su tipo.

En una recepción a la que asistí recientemente, encontré a una elegante, a la que he admirado a menudo por su distinción y buen gusto. Siempre que la he encontrado anteriormente estaba vestida con sobriedad y con colores suaves, que le imprimían un aire de rara distinción. Pero al verla de nuevo no pude comprender la razón de su extravagante atavío. Llevaba un traje en chiffon azul celeste con mangas cortas abullonadas, que terminaban con volados; el mismo volado fino rodeaba sus caderas, y es de imaginar el efecto ridículo que hacía sobre su silueta alta y nada delgada.

Ese mismo traje en una mujer pequeña, aunque no fuese joven, hubiese sido de un efecto muy bonito. Si esta elegante de que he hablado quería usar tonos pálidos, hubiese debido elegir un gris delicado, y en vez de ridiculizarse con esas mangas ingenuas, debió adoptar la moda tan en boga de la capa, guardando una línea alargada y sobria.

Es necesario estudiar lo que cada persona debe usar

Si se quiere estar bien vestida, ante todo es necesario estudiar bien su tipo. Esto se ha repetido tanto, que ya resulta pueril el decirlo. Y mientras se vacile entre los diferentes estilos de la moda actual, creo necesario grabar bien este principio.

Si se tomara la costumbre de clasificar los trajes al verlos en las colecciones donde se exhiben hasta veinticinco modelos, dando a cada traje el tipo y estilo de la persona que le correspondiera llevarlo, creo que se aprendería mejor para juzgarlo al probarlo luego una misma.

También es cierto que algunas personas pueden llevar cualquier modelo. Están en el término medio por su colorido y figura y son muchos los trajes que les sentarán. Quienes ten-



Modelo de Paul Poiret. Saquito corto en muaré negro; traje en encaje negro. Traje de Lucien Lelong en tul oscuro, con volados y bertha

gan un colorido y una figura originales, tienen un verdadero problema entre manos. La seguridad del éxito, una vez resuelto éste, está en aparecer con mayor elegancia que la otra a quien cualquier indumentaria atavía.

Debe asimismo considerar la elección de un peinado interesante e individual y poner un cuidado especial en elegir los polvos y el rouge, que subrayarán su tipo. Con mucha frecuencia, aun no siendo una belleza, con la atención e inteligencia que pone en su toilette puede crearse una reputación de elegancia y personalidad, cuyo secreto ella sola conoce.

Si cada persona dedicara más tiempo en decidir el tipo que le corresponde, es seguro que estaría siempre correcta.

Si existe un secreto en el bien vestir, éste consiste en estudiar la personalidad en la moda que la subraya y en exhibirla.

EL ESPIRITU MODERNO

Por MOLINEUX

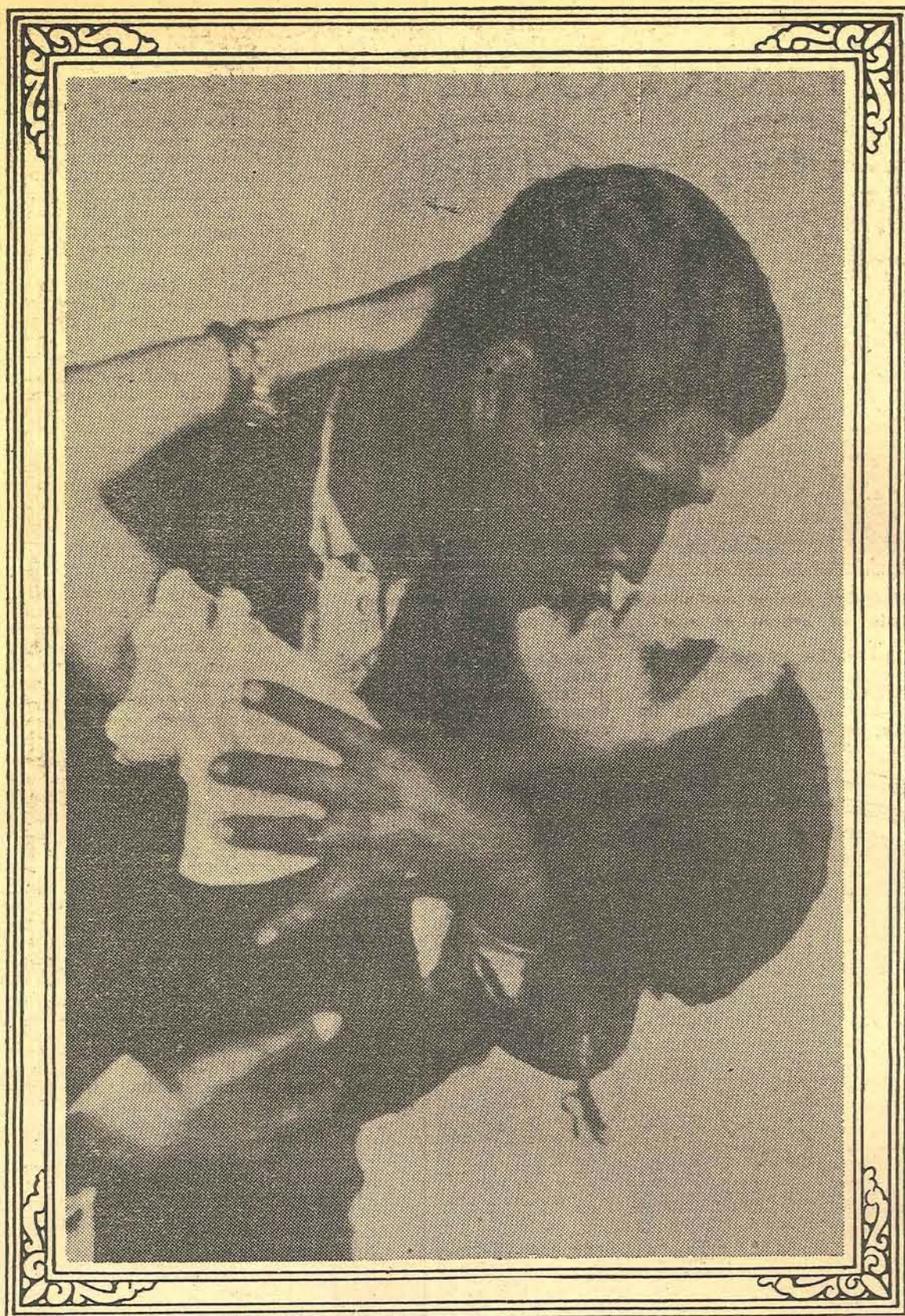
MI reciente colección es un verdadero reflejo de la vida moderna, y toma su fuente de inspiración en la actividad del espíritu actual. La mujer del presente vive en un mundo totalmente distinto al de épocas anteriores. La presente es una nueva era, con una nueva moda y también forma nueva de expresión. Un período de enorme vitalidad, caracterizada por movimiento y una especie de electricidad en el ambiente. La moda femenina representa siempre una de las fases artísticas de cada época. La excesiva variedad en la vida moderna trajo la necesidad del traje adaptable a cada momento y ocasión.

El traje sport, práctico por excelencia, tuvo su momento en que se usaba para casi todas las horas del día y hasta de la noche. Pero como lo práctico resultaba aquí reñido con la elegancia, no se concibe ya ir a un té o a una comida en esta indumentaria, y el criterio moderno para la adaptabilidad femenina ha adquirido otra responsabilidad, con sus correspondientes complicaciones.

La adaptabilidad moderna se

Modelo de Paquin, en soie rosa con hombros formando mangas





La actriz argentina Mona Maris en una escena de la película hablada en español "El precio de un beso"

CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, julio de 1930.

TREINTA y cinco libras menos!, y luciendo más, la antigua Mary Miles Minter de hace algunos años, la rubia actriz ha vuelto a Hollywood después de un largo paréntesis en las tareas cinematográficas, hecho a raíz de los acontecimientos que sucedieron a la tragedia del director Desmond Taylor. La bonita estrella de las películas silenciosas se encuentra lista para enfrentar de nuevo las cámaras y hacer su debut frente a los "mikes". Mientras Mary estaba preocupada con su método de reducción y los cuidados de una experta masajista, también lo estaba con sus diarias lecciones de declamación y canto, y a este respecto, una de las mejores profesoras de canto de la colonia atestigua con su autoridad, que Mary será una de las revelaciones próximas en las películas sonoras. Si esto

es verdad y la actriz puede mantener el peso normal requerido para el "screen", no veo que haya ninguna razón por la cual no pueda volver a las películas. Miss Minter es joven todavía y a pesar de su larga ausencia de la pantalla, el público continúa recordándola y deseando verla en aquellos papeles de campesina y chica traviesa que tan a la maravilla representaba.

Los Jolson han llegado a la conclusión de que es imposible para gente casada ser enteramente felices estando separados. Ruby Keeler Jolson es una de los astros que decoran a Broadway y sería pedirle demasiado que abandonara su brillante carrera artística a favor de la casa. Al Jolson es demasiado inteligente para sugerir a la diminuta bailarina una cosa semejante, y así fué que, cuando llegó el momento del regreso a Hollywood de los esposos Jolson, el actor ofreció galantemente a su Ruby el "rol" principal femenino de su nueva producción sonora, en la que, como es de suponerse. Al nos hará sentir unos pares de flamantes canciones especialmente compuestas para el actor por Irving Berlin.

A miss Zelma O'Neil, estrella de los teatros de Broadway y

próxima a hacer su debut frente a los micrófonos y las luces Kleig, le fué pedido por el departamento de publicidad de la empresa que tuviera a bien dar a los periodistas algunos datos biográficos de su persona y, al mismo tiempo, les pusiera al corriente de sus éxitos en el teatro. Pero he aquí que miss O'Neil, deseando dar por cumplido cuanto antes el pedido de sus superiores y evitar las "interviews", al primer periodista que se le presentó, y sin que éste tuviera oportunidad de hacerle alguna pregunta, le contó su verdadera y simple vida, tanto la artística como la privada. Al otro día la colectividad íntegra — incluso la empresa contratante — no salían del asombro que les había causado al leer en cierto diario las revelaciones hechas al periodista por Zelma O'Neil. Eso de que toda una luminaria del teatro y la pantalla hubiera relatado fríamente la pura verdad de su vida, de buscarse un motivo no se le encontraba. ¿Acaso Zelma O'Neil como estrella ignoraba la etiqueta y respeto propio que se debe a sí misma toda luminaria del "silver screen"?

La simpática Zelma decía que de telefonista de un pueblito de Ohio, a doce dólares por semana, había pasado a corista de vaudeville en los teatros más pobres y peor concurridos de Chicago y ciudades del Middle West; luego a corista de compañías de revistas. En Nueva York actuó en papeles más o menos importantes y con más o menos éxito (Zelma cree que

EL SEPTIMO ARTE

pesados los más y menos, los menos inclinarían la balanza). Pero su tenacidad, esfuerzos, amor al estudio y la práctica diaria, hicieron que poco a poco fuera progresando en el teatro cómico hasta llegar a representar papeles importantes. Luego llegó a ser primera actriz y finalmente elevada a la posición más alta a que pueda aspirar todo artista del cinematógrafo y del teatro. ¡Estrella! Pero ¡qué contraste tan grande con las damas que forman la ilustre colectividad artística hollywoodense! Todas descienden de alguna antigua rama aristocrática! Princesas, duquesas, marquesas, condesas, hijas de generales o almirantes o de millonarios, pero que no reciben dinero por querer ellas por sí solas bastarse a sí mismas; o hijas de venerables familias que fueran ricas y que estarían hoy muy bien y cada heredero gozando de una gran fortuna si el abuelito no se hubiera metido en un "gran negocio de acero" donde perdiera hasta el último cobre. Para muchas estrellas el reciente pánico de Wall

Street les ha venido admirablemente bien; el asunto del abuelito o del padre que pierden toda la fortuna ya estaba demasiado gastado, y por suerte la baja en la calle del Oro, neoyorquino, es lo que hoy está más de moda; ahora los abuelitos y papacitos son los que jugaban grandes cantidades de dinero en la Bolsa. También Hollywood está plagado de chicas "distinguidas" procedentes del aristocrático Park Avenue, de Nueva York, que hablan "slang" por las esquinas de una boca torcida, sello característico de la "aristocracia" del bajo fondo del Bowery neoyorquino y copiado por los antros de las ciudades populosas de la Unión, y chicas que no pueden decir dos palabras sin tener que decir una mala.

La diminuta Zelma con la sincera historia sobre su vida real, produjo verdadera sensación en los círculos de Hollywood. Miss O'Neil, en la vida privada, es la esposa de un joven estudiante de medicina, quien, además de estudiar mucho, tiene que concurrir diariamente a su trabajo. Y no satisfecha con haber dicho que se ha casado con un muchacho pobre, pero lleno de ambición, Zelma se ha permitido la libertad de revelar al periodismo su vida real.

Hollywood, con sus abuelitos postizos, sus manufacturadas biografías y su aire general de sintetismo, se ha quedado perplejo.

¡Mujeres tan francas como Zelma son peligrosas!



Hay muchas medias bonitas... pero

rara vez se fabrican de calidad duradera al mismo tiempo que módicas de precio. Por eso es por, lo que las nuevas medias Holeproof, de seda pura, están ganando adeptas entusiastas día por día. Porque cada uno de los nuevos colores y cada uno de los nuevos estilos, a cual más exquisito y seductor, constituye una combinación de verdadera belleza, con la nueva ventaja de una mayor duración.

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cucillas y con el talón de última moda.

Medias Holeproof

(pronúnciese "holpruf")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZZORNO CASTRO Y CIA, Rincón 739.

PRIMITIVOS ESPAÑOLES PEDRO BERRUGUETE

SERÍA hora, tal vez, de encontrar palabra que comprendiese a pintores tan dispares entre sí como los significados aun por el vocablo "primitivos", sin referirlos, precisamente, al siglo XVI, único sentido que hoy puede darse a la expresión. Muchos de esos pintores son tan exactos, acabados y perfectos como los que vienen con Rafael y le continúan. Los estudios de historia artística han descentralizado la evolución del género, como en el urbanismo viviente los antiguos núcleos de población han quedado, a menudo, fuera de los verdaderos centros del tráfico.

Surge esa denominación de "primitivos" en tiempos que profesaban la creencia, aun sin necesidad de formularla, de que los comienzos de la pintura no eran sino un camino de perfección hacia el arte del pintor de Urbino. A él se dirigían o de él partían todos los intentos y ensayos, todas las realizaciones y mejoras, si cabe hablar de mejora en obra de belleza, siempre definitiva.

Colocado así en el centro histórico del desarrollo de un arte, se comprende que los anteriores a él se llamaran como se llaman: "primitivos". Pero Rafael no resume la multiplicidad de valores, de aspectos, de propósitos que se advierte en los pintores del siglo XV o en los más antiguos. Venerado siempre por su genio pictórico, ha dejado de ser, tiempo ha, considerado como representante de un dogma inflexible, según el cual lo anterior es imperfecto y lo posterior sólo puede ser perfecto cuando le sigue.

Pero tiene la ventaja ese vocablo de que ya nos sitúa en el tiempo, aunque sea de manera vaga, a los pintores. De manera tan vaga que, si quiero hablar hoy de un pintor hispano singular entre los que aun llamamos primitivos, se le ve casi como contemporáneo de Rafael. Muere, en 1506, cuando el maestro de las Estancias daba al mundo sus obras maestras.

Pedro Berruguete, primitivo español, es uno de los artistas más personales del naciente arte patrio, aunque se haya abierto a todos los influjos que en sus días lo atravesaban y forjaban. Educado, probablemente, en el gusto, tan difundido en Castilla, de los maestros flamencos, visible en sus agrupaciones y sobre todo en la expresión plástica de sus tipos, admite el más flexible gusto de Italia, por donde viaja y en donde lleva a cabo obras de significación, si es cierto que trabaja en Urbino con Melozzo da Forlì, como parece asegurarlo. Aquel "Pietro Spagnuolo" de que hablan los textos, como siglo y medio después Ribera y Velázquez, al pasar por Italia no se limita a recibir, sino que también da; y los historiadores del arte pictórico señalan huellas suyas en trabajos ajenos, quizá en mayor escala que rastros de influencia extraña en su propia manera.

Las lecciones que Berruguete ha escuchado las funde en su verdadera y fuerte personalidad de tal modo, que no se le confunde con nadie. Otros pintores de su tiempo gozan tal vez hoy de mayores atractivos entre los amigos del arte; están, si vale un momento la expresión, inadmisibles en términos absolutos si de arte se trata, más de moda. Así Bartolomé Bermejo, en quien se anuncia el patetismo que ha de dominar las artes españolas en su época más viva, en el siglo XVII, y hace sonar ya la nota con que nuestros imagineros barrocos llegarán a con-



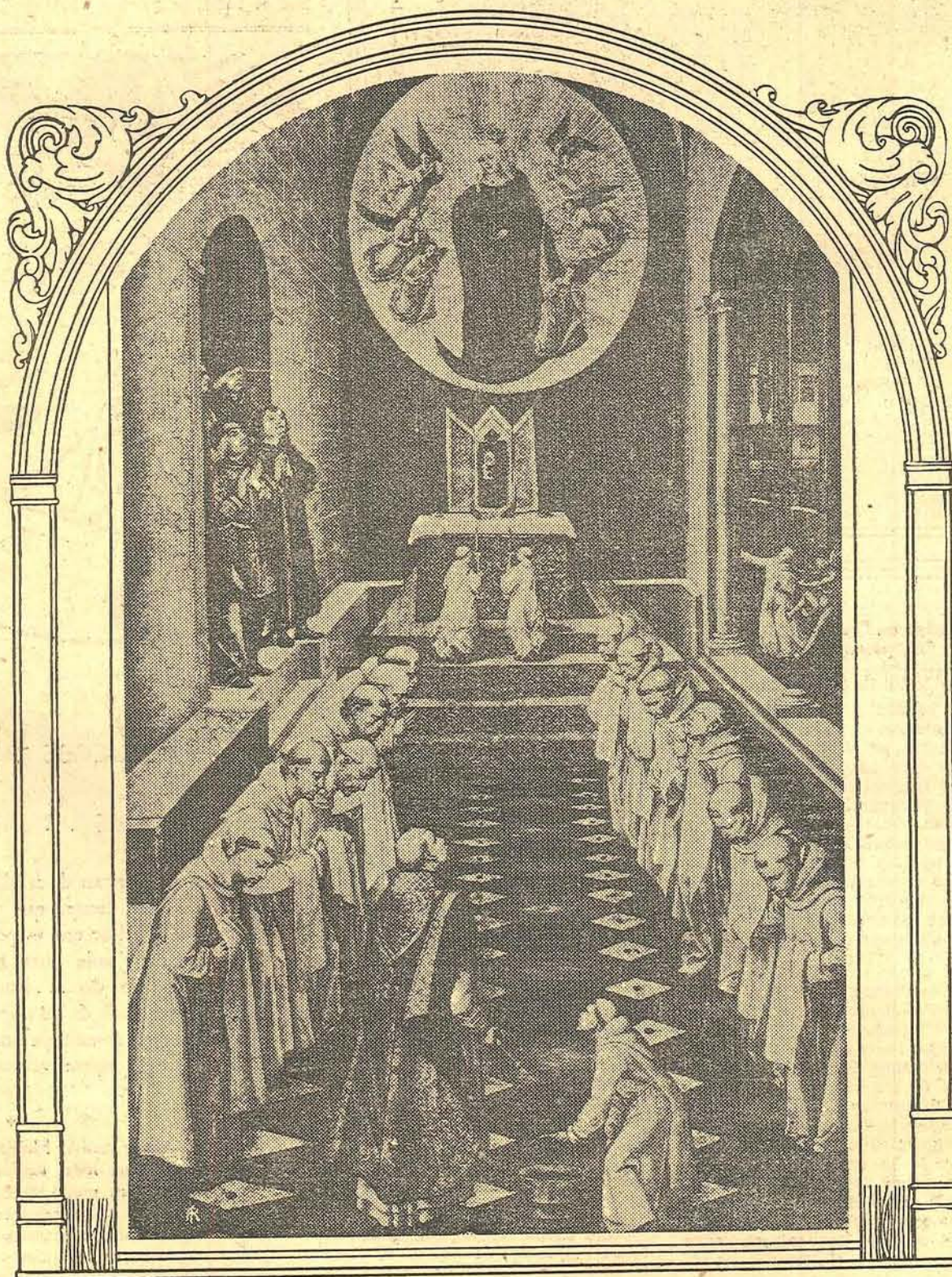
Tres de los cuadros de Pedro Berruguete que se custodian en el Museo del Prado y en los cuales se manifiesta en toda su belleza el arte admirable del gran primitivo

mover el corazón impresionable de las muchedumbres.

Berruguete posee, como ningún otro pintor de España antes que él, como muy pocos en

un muchacho, Napoleón, sobriño de un cardenal, caído del caballo al borde de un precipicio. Vemos el episodio de la caída, en el fondo del cuadro,

y en su grupo principal, la familia implorante y el ademán de Santo Domingo de Guzmán, taumaturgo, de cuya mano recobra el mozo su aliento per-



PEDRO BERRUGUETE
Aparición de la Virgen. Museo del Prado

ENRIQUE
DIEZ-
CANEDO

(Para LA NACION)
MADRID, julio de 1930

los tiempos sucesivos, un arte de vivacísima eficacia: el de la narración. Al contemplar sus tablas del Museo del Prado, referentes a la vida de algunos santos de la orden dominicana, seguimos con todo pormenor el relato que los pinceles del gran castellano, con líneas y colores en lugar de palabras, desarrollan ante nuestros ojos.

He aquí la resurrección de

dido. He aquí los malhechores que asaltan a San Pedro mártir, en los linderos de un bosque, cuando viaja con un compañero de religión. Huye fray Domingo, flaco de ánimo, perseguido por uno de los sayones, mientras otro, derribado y malherido el santo, le hiere por la espalda mientras él escribe con sangre en el suelo su protesta de fe. He aquí una repre-

sentación imponente: un auto de fe, presidido por Santo Domingo de Guzmán. El inquisidor con sus asistentes y secretarios, con esbirros y hombres de armas, asiste a la ceremonia. Dos relapsos van a ser quemados vivos y ya las llamas empiezan a subir por sus miembros. Y otro juicio de Dios, en que también el fuego decidirá, destruyendo, bajo el ademán indicativo del mismo santo, los libros perversos de los albigenses.

Todo visitante del Prado se siente atraído por estas pinturas, si se quiere anecdóticas, pero tan certeras en sus agrupaciones y caracteres. Las cabezas, por ejemplo, del cuadro últimamente aludido, son formidables de sentimiento y de vida, así las interesadas en la destrucción de los libros heréticos como la de aquel albigense que contempla, ileso en el aire, el libro del santo, y las de los verdugos que arrojan volúmenes al fuego o lo atizan y remueven con su horquilla.

Si se tiene en cuenta que Pedro Berruguete fué el pintor del convento de Santo Tomás de Avila, en los días de mayor poder de aquel gran inquisidor Torquemada, cuyo nombre es tan representativo, estos cuadros adquieren un valor preciso de documento, que acrece su interés.

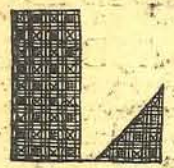
Mas el que de todos pasma y suspende, colocándose de pronto en la categoría de las obras maestras, es aquel, puramente lírico, sin episodio ninguno, en que San Pedro mártir, hincado de rodillas y juntas las manos ante un altar, sostiene con el Crucifijo un diálogo místico, en palabras latinas grabadas sobre el oro estofado del fondo, de boca a oído, en lengua latina: "Por ti, Señor, inocente padezco", clama el santo. Y el crucificado responde: "Y yo, Pedro, ¿qué hice?" Coloquio que podría ser traducido en verso por el Verlaine de "Sayesse", y que da, por adelantado, el sentido que van a extender los libros místicos y ascéticos de que tan pródigas se han de mostrar las letras españolas en el siglo que con Berruguete comienza.

Y para dar esa efusión lírica, Berruguete se ha valido de los elementos indispensables, tratando la figura postrada del religioso con una monumentalidad pocas veces igualada hasta él. Su trazo tiene toda la seguridad, su volumen toda la fuerza de una escultura. Diríase que, así como en las escenas de "La Celestina", también de aquellos días, se contienen, por una parte, hecha jugo, la experiencia de los últimos tiempos medievales, y por otra los gérmenes de la novela y del teatro, así en Berruguete se dan pintura y escultura un supremo abrazo.

La obra de Berruguete es muy escasa en piezas que nos permitan apreciarla en cantidad; pero las tablas del Prado, el retablo Mayor de Avila—en uno de cuyos tableros la imaginación popular quiere ver, a distancia, combinando varias figuras, como una cara gigantesca inclinada sobre el altar, cara de rasgos que pudieran ser, en raro ilusionismo, los del pintor—, otros restos de retablo pertenecientes a aquella catedral misma y distintas obras de propiedad particular, todo lo cual apenas basta para consolarnos de la pérdida de sus pinturas murales toledanas, nos dan la evidencia de un pintor cuyo primitivismo, si lo hemos de admitir, es todo savia y fuerza, y en el que se halla hasta cierta ruda elegancia.

Pedro Berruguete es la flor bravia de la pintura castellana en tiempos de los Reyes Católicos. Y todavía, no bastándole una vida para labrar belleza, dió con su hijo Alonso Berruguete, el escultor, otra vida más al arte de España.

LA BOINA VASCA



A boina vasca conquista el mundo por su sencillez. Todavía no se sabe quién la trajo a nuestro país (si la trajo alguno) o si floreció en nuestro país espontáneamente como un hongo azul o como el medio huevo de Colón. Pero el caso es que Valmaseda y Tolosa lanzan la boina sobre los continentes y remachan con boinas todos los cráneos.

Primero fueron los deportivos de todo el mundo los que la adoptaron alegremente. Luego, los demás.

Se lee en un periódico de Francia:

"El 'birrete' vasco se apodera de París. No puede soñarse nada más práctico ni más económico. El 'birrete' vasco está a punto de 'devenir' el 'sombbrero' nacional".

Hombres y mujeres...

La pena es que se haga perder a la boina su sencillez rústica y su maravillosa simpleza. Las mujeres empiezan a emboinarse con crochet y con "american bar" y con pelotones de colores. En su vulgarización, la boina pierde sobriedad y se hace planista y estrepitosa.

Pero es la boina; nuestra boina de higo, ratonil en su rabo, la que se hace universal.

Y la boina vasca es ya la boina esperanto.

¡OH, CES ESPAGNOLS...!

Un pequeño viaje a Bayona me recuerda que el más grave defecto de que nos acusan los franceses es el de la estrepitosa.

Para un francés, un español es un individuo que grita su idioma. Que lo desgarrar. Que habla con berbiquí.

LOS PEQUEÑOS TEMAS EPISODICOS

Cuando en un escenario de París se trata de imitar a una andaluza, la artista encargada del mantón y de la peineta cree conveniente lanzar terribles alaridos para lograr el éxito geográfico.

"Las españolas tienen una voz desagradable", se atreve a escribir Paul Morand en su "Invierno caribe".

En realidad, estamos altos de tono frente al nivel sonoro de Francia. Esto se observa en los cafés de más allá del Pirineo, a partir del delicioso Café Farnier de Bayona, todo dorado y todo lleno de cortinas de espuma.

Los españoles entramos en esos cafés como altavoces. Y es que no nos damos cuenta de que en Francia apenas se juega al dominó, y que cuando se juega al dominó nadie pretende romper los veladores con el "seis doble". El francés cree que hay que jugar al dominó acostando las fichas sobre el mármol, suavemente; el español apedrea la lámpara del cadáver de su tiempo perdido.

En Francia, pues, no es imprescindible dialogar por elevación sobre el fragor de la metralla.

—¡Oh, ces espagnols...!

A ese grado de reproche nos conduce la creencia de que solamente los enfermos tienen derecho aquí a la comodidad y a la cortesía del silencio.

IMPERMEABLES

Algunas muchachas usan unos impermeables de un verde líquido, de un verde mar, de un verde acuario. Van envueltas en océano escenográfico para no mojarse.

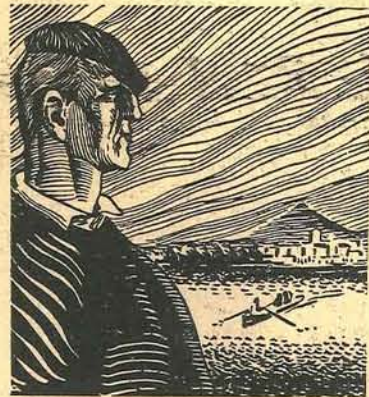
El mismo impermeable transparente es amarillo a veces, y

entonces las muchachas presumen un poco de "lobo de mar" y un poco de "barrendero antiguo" y otro poco de caminar bañadas en barro de bustina.

Y es hasta rojo a veces ese impermeable. Entonces parece que está hecho con cristal de eclipse, con mica para el virafijador, con celuloide del "film" "Incendio en un pozo de petróleo de Pensilvania".

LOS "TALKIES"

La gente se alarma y asegura que "todo el mundo ten-



drá que saber inglés dentro de poco", porque Norte América es por eso, por eso precisamente, por lo que ha inventado los "talkies".

Creemos, sin embargo, que con saber inglés no se adelantará gran cosa, porque hemos observado que los que saben inglés no entienden los "tal-

JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)

BILBAO, julio de 1930

kies" tampoco. Deducimos que hay que haber nacido norteamericano, o inglés por lo menos, para entender los "talkies" en inglés.

Porque hay dos lenguas inglesas. Hay el inglés de ellos y el nuestro. El nuestro es un inglés consolador que se entiende. No cabe duda que es mucho más universal que el de ellos. El de ellos es un inglés impenetrable, lleno de nieblas patrióticas.

Los franceses piden inmediatamente "talkies" franceses. Pero nosotros, menos comarcas, pediríamos inmediatamente "talkies" en ese "inglés consolador" en el que nos entendemos todos, pero con el que apenas podemos evolucionar por los "Lyons" de Londres o por los "Childs" de Nueva York.

Porque, en el fondo, los que no saben hablar inglés son ellos.

DIVERTISSEMENTS

Erudición:
Homero y Julieta.
Pablo y Virgilio.
Daíz y Velázquez.
Definiciones:
Divorcio.—Cirugía sentimental.

Palomilla para traje.—Clavícula suplente.

SOMBREROS DE PAJA

En todo Bilbao—durante el verano—, tres, cuatro, cinco sombreros de paja. Hace años eran miles y se estrenaban casi todos el 2 de mayo con el traje claro y con las botas amarillas.

No nos lleva a la melancolía, sin embargo, esta fidelidad al fieltro. El sombrero de paja tiene una frialdad de es-

camas y una dureza de armadura. Es, además, caudalístico, y eterniza ese gesto de idiota episódico que nos rebota a todos el espejo de la sombrería cuando compramos el sombrero nuevo.

Brutalmente franco, va ofreciendo en su tostado la partida de nacimiento. Es más tapa que sombrero, y su independencia se nos antoja un poco irritante; el óvalo de ajuste mantiene su rigidez en cualquier cráneo, sin claudicar ante ninguna fantasía de bóveda. Es fresco porque no coincide; pero es tembloroso por la misma causa. Su eclipse nada tiene que ver con las cabezas de "excentrico musical" o en forma de guitarra que de ordinario perfora el conformador, mestizo de sombrero de copa y de máquina de escribir.

Tres, cuatro, cinco sombreros de paja... Ya es bastante para ofrecer la única emoción que puede ofrecer la paja arquitectónica. Que es la emoción—cuando se lleva encima y hay que saludar—de buscar el supuesto pliegue de la copa con un dedo, olvidándonos de que no nos corresponde saludar por elevación, sino por palanca.

¡Como si lleváramos encima un sombrero con mango!

Y ni un solo jipi-japa, en todo Bilbao. Este alarde de buen gusto nos permite realizar observaciones interesantes cuando vemos uno.

Pensamos que ha llegado un barco de La Habana.

Pensamos—si el jipi-japa se prolonga con un guardapolvos—que pronto resonará en La Casilla la música torrencial de los "tiovivos", con sus cerditos y con sus caballitos "a la broché".

Pensamos que ha llegado, en viaje de turismo, el anuncio del papel Bambú.

LAS MOCHILAS ESCOLARES DEL SENA

(Continuación de la pág. 29)

inclinan sobre esas estampas es de quienes asoman el ojo por la cerradura de una alcoba del siglo XVIII y viesen lo que pasa en un lecho de cortinas.

Ante la misma escena repetida en numerosas estampas, se piensa: "¿Tan estreñidas eran las damas de aquella época?"

En algunos de los negros armarios se ha establecido el miniaturista guardando entre cristales los medallones que cuelgan del pecho del tiempo.

Ahí ya no se toca, sólo se ve y se ve como en fondo de sarcófagos con ventanita.

Los que aman las miniaturas se esperan un largo rato a con-

templar las que se ofrecen en el fondo del baúl de los abuelos.

Los coleccionistas de corazón buscan sólo las miniaturas que les recuerdan sus antepasados, consultando en una extraña y profunda afinidad retrospectiva qué parecidos tienen parecido con los parecidos que llevan de algún modo troquelados en su alma. Por eso a veces el coleccionista entra en trance febril y corre a su casa, si no tiene dinero, para adquirir a ese caballero o a esa dama que le reconocen desde la ultratumba y en los que se reconoce él mismo.

Candelabros, teteras de un Sèvres pálido, pañuelitos de encaje perdidos en el mismo maelcón dos siglos antes por damas que iban a las Tullerías, broches, sortijas, medalleros, todo lo perdido en los jardines

de antaño, se aglomera en las vitrinas que han renunciado a los libros, faltando a la ley cuyo texto se perdió, pero en la que es indudable que estaba declarado taxativamente, que sólo se permitía que los mercaderes ocultasen la perspectiva del río por tratarse de noble mercancía de los libros.

Si sigue así la inundación del bibelot, pronto será una feria de futesas la noble feria de los libros, y el enemigo distractor que es el bibelot reaccionará contra su abstracción virtuosa de lo impreso, virtuosa siempre, aunque diga galanterías o herrejas, pues por todos los libros se va a Roma, a la Roma ideal que no está en Roma, a una Roma con letras muy mayúsculas y de la que la otra ha tomado el nombre.

Hay que defender este ce-

menterio de libros, última orilla de la otra Grecia que fué París, pesebrera de filósofos, sitio en que rumiar tejuelos, fichero en que pensar ante los libros escritos, los que no se deben escribir y los que se deben escribir, siendo también archivo de pesquisiones para la policía que persigue a los malos poetas.

Grandes almejas negras esos pequeños chiscones, no se atreven a abrirse demasiado porque están hechos a la lluvia larga de los otoños, los inviernos y las primavera de París y prefieren esa timidez en el entreabrirse de siempre a tener un día de claro sol contra muchos de agua que borre sus páginas, que puntee sus letras.

Como contravención a la misma ley intelectual que ha consentido hacer puesto permanen-

te del libro la ideal balastrada para los ociosos, hay también algunos puestos que aguardan al coleccionista de sellos, al maníático que gusta en mezuquina insistencia lo que el libro amplía, con anchos horizontes. Son esos cajones con sellos como tajones con telarañas en que caen los filatélicos.

Y la historia de estos libros debía acabar en que el Sena, en un momento de sus crecidas, lo arrebatase todo y se los llevase flotando, cumpliendo un amplio cometido de extensiva cultura realizada por la naturaleza, yendo todos los tomos a ilustrar las afluencias del río capital, quedándose en los pueblecillos que viajan en flotante biblioteca circulante, por primera vez en la deriva sobre las aguas otra cosa que cuadros ilegibles.

LA CARA DE LON CHANEY

(Continuación de la pág. 7)

comandante. Del aparador se sirvió una copa de vino añejo, que apuró y paladeó alzando un ángulo de la venda. Y, más entonado con ese licor, murmuró:

—¡Se da buena vida este bombero!

Pasó a la pieza siguiente. De la pared pendían un retrato al carbón del comandante Cuadrado y varios diplomas que atestiguaban el ejemplar arrojo del mismo para apagar los fuegos. En la mesa escritorio se diseminaban algunas cosillas aprovechables. Después haría un inventario prolijo, revisando cajones y carpetas. Por lo pronto, incorporó a la bolsa de hule un pisapapeles que afectaba la forma de un casco de zapador.

Caminó, cauteloso, pues es muy frecuente, a lo menos en las cintas cómicas de corto metraje, que quienes andan por las alcobas oscuras aprisionen el dedo gordo de cualquier pie en la guillotina de una

trampa de ratones. Ese percance no lo sufrió Antolín.

Abrió, forcejeando, la puerta de la habitación contigua. Un vaho de aire húmedo y pestilente, como debió brotar de la tumba de Tutankamón, lo obligó a retroceder unos pasos. Desde el umbral lanzó el disco escrutador de la linterna. Allí estaba la cama, envuelta en la cándida nube de un mosquitero, más allá un sofá y encima una maleta y un lío de mantas. En el velador brillaba un reloj de oro y un revólver niquelado. Y entre el revólver y el reloj se descubría un manojito de billetes de cien pesos.

Antolín se sintió hipnotizado por un descubrimiento al margen de sus previsiones de ladrón nocturno. Sus ojos y su linterna se proyectaban, fijos, en esos papeles amarillos. Se apoderaría —dijose— solamente de una porción del dinero. Renunciaba —¡así eran, en el fondo, de delicados sus sentimientos!— a perjudicar en una medida absoluta al comandante, que harto hacía ya franqueándole, con su ausencia, el acceso a su casa y a sus aposentos.

Avanzó un paso, y la ráfaga impura que se filtró por el

género de su venda lo hizo toser. Y al toser, el foco revoloteó por los muros y el techo y finalmente fué a pararse en un ángulo de la habitación, no revelado hasta ese momento al visitante.

Notó de pronto Antolín que su sangre se congelaba y que los cabellos se erguían en su cráneo, como proceden con sus personajes los dibujantes de historietas norteamericanas. Hubiera huido velozmente si sus pies no se le tornillarían en las tablas del suelo.

No era para menos. Antolín veía al comandante Cuadrado bien sentado en un "Morris", con su casco de hojalata y sus pomposas botas de charol. El convulso temblequeo de la linterna arrancaba extraños fulgores a la botonadura de la chaquetilla militar. El yacente miraba al intruso con unos ojos dilatados y negros, y reía, luciendo los dientes y las muelas, con una risa descomunal y tácita. Era una cara monstruosa, aterradoramente; la cara de Lon Chaney en "El Fantasma de la Opera".

El pánico agarró a Antolín como el tigre a la presa vencida. Pensó que el comandante se alzaba del sillón para ata-

carlo y apretarle la garganta; y la linterna se escapó de sus manos y las tinieblas cegaron sus ojos. Entonces recobró el aliento para exhalar un gémido de angustia; y en un esfuerzo supremo logró despegar las suelas de las tablas del piso y lanzarse a una carrera desenfrenada y enloquecida. Rebotó contra los muros y contra los muebles, cayó y se levantó y, por último, enhebró la abertura de salida. Cerró la puerta de calle y se alejó, la frente lastimada por la arista de una pared, y el hielo del misterio y del espanto en el corazón.

Se derribó, vestido, en su cama, murmurando con desconuelo y convicción:

—Soy un inútil... No sirvo ni para ladrón... Cuando ya tenía al alcance de la mano el fruto de mi trabajo, todo lo eché a perder la cara de Lon Chaney; una visión de enfermo del estómago. Sólo he ganado en esta nochecita un susto y... un pisapapeles. ¡Brillante operación!

★ ★ ★

Los diarios publicaban días después esta noticia:

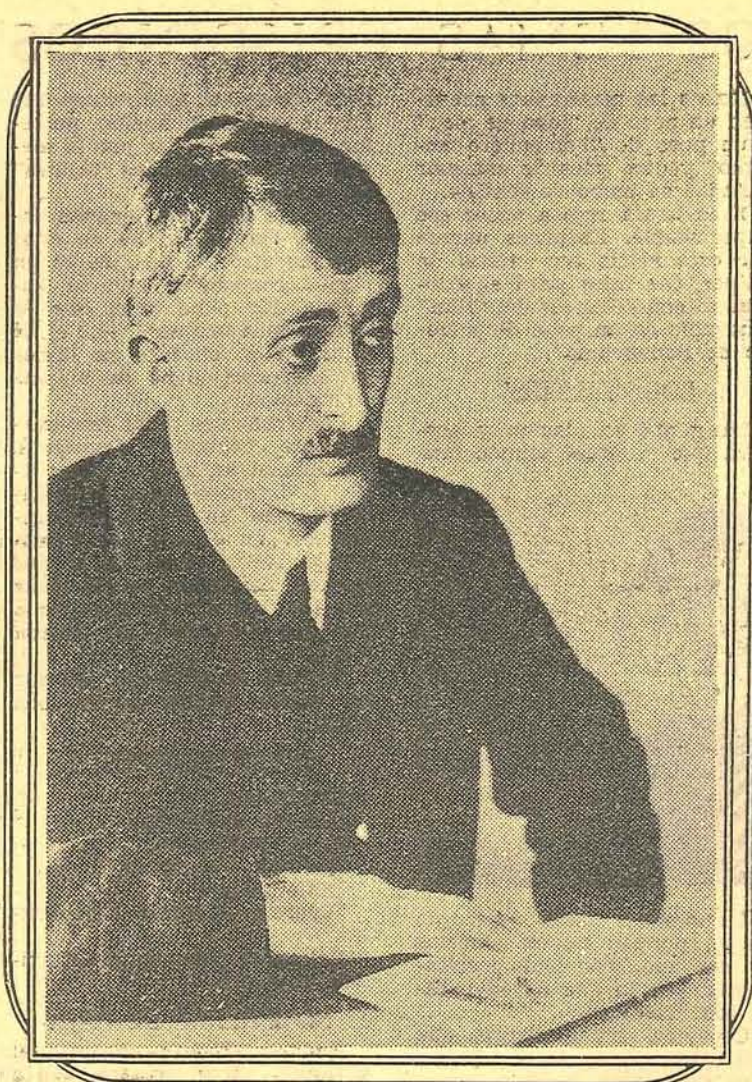
"Suceso extraño: Entre los

vecinos de la casa del comandante jubilado de bomberos señor Cuadrado, arraigó la creencia de que dicha finca estaba poblada de fantasmas. La idea la originaron los ruidos insólitos que hace algunas noches oyeron los asistentes a un velorio, en la vivienda paredaña. El barrio se alborotó. Debíó la policía intervenir y allanar la casa. En un dormitorio se hizo un hallazgo sensacional. El esqueleto del comandante Cuadrado reposaba en un sillón de brazos, vestido de uniforme. Es evidente que el meritorio servidor del Estado falleció de improviso, hace un año, en momentos de ultimar sus preparativos para un viaje de recreo a las sierras de Córdoba. En el mismo lugar se encontró una linterna y una ganzúa, útiles de "escruchantes". Nuestros más sagaces detectives desechan la hipótesis de que hayan entrado ladrones, pues en un sitio muy visible, sobre el velador, había una estimable cantidad de dinero, un reloj de oro, un revólver y otros objetos codiciados. El difunto comandante no deja herederos. La Justicia de Instrucción ha tomado cartas en el asunto".

Por JOSEPH MARTIN

PARA muchos observadores extranjeros de las actuales costumbres británicas, la conservación del cargo de Poeta Laureado parece una curiosa anomalía en un país democrático. Mientras tantas cosas del Viejo Mundo están siendo rápidamente barridas por los modernos inventos, y mientras las antiguas creencias y convencionalismos sociales experimentan alteraciones increíbles, resulta algo sorprendente el que el tal cargo exista aún. Pero así es el carácter británico. Hay ceremonias diversas que siguen todavía practicándose corrientemente, y cuyo significado no se comprende apenas si se las considera desde el punto de vista moderno, pero que se mantienen por el hecho de que el inglés, fuertemente conservador por naturaleza y enraizado en lo profundo de un pasado rico en hazañas, aprecia en su valor la fuerza y la estabilidad que una tradición viva proporcionan a cualquier pueblo.

Hubo una época en la que el título de Poeta Laureado era conferido por las universidades, y también oficialmente, a los poetas distinguidos. Posteriormente llegó a adquirir la significación de cargo vinculado a la Casa Real. El puesto fue realmente creado en Inglaterra por Carlos I a favor de Ben Jonson, en 1617, pero ya antes la Corona había prestado apoyo a los poetas en formas diversas, lo cual no era, después de todo, más que una renovación de la antigua costumbre según la cual los trovadores y los poetas formaban parte de la Corte del Rey. Eduardo III asignó una pensión a Chaucer, y la reina Isa-



John Masefield, célebre escritor inglés que durante buena parte de su vida llevó una existencia pobre y errabunda, y a quien no hace mucho se designó para suceder a Robert Bridges en el cargo honorífico de Poeta Laureado de Gran Bretaña

bel otra a Spencer. El título se vio confirmado más sólidamente aun en 1670, al ser conferido a Dryden por "Patente de Letras" con una pensión anual de treinta libras "y una pipa de vino de las Canarias". En su calidad de funcionario

de la Corte, el Poeta Laureado tenía que componer poesías apropiadas a las ocasiones de celebrarse ceremonias de Estado, pero Wordsworth estipuló antes de aceptar el honor, que habría de eximirse de tal obligación. Tennyson, en cam-

JOHN MASEFIELD POETA LAUREADO

bio, no opuso dificultad alguna en confeccionar versos de circunstancias. Desde entonces ha sido reconocido, sin embargo, que el título se confiere al poeta exclusivamente por su obra anterior, y que no comporta el deber de ajustar su musa a la crónica del día.

La muerte de Robert Bridges dejó el cargo vacante, y el interés suscitado por el problema de la designación de sucesor demostró patentemente cómo el público británico se preocupa hoy del justo reconocimiento del mérito poético. Robert Bridges era un consumado artista literario, pero sus primeras obras no se vieron apreciadas por la mayor parte del público. Resultaba quizá demasiado lato para ser popular. Los gustos populares fueron, sin embargo, mejorando incesantemente, y antes de la muerte del poeta, el número de sus lectores había aumentado de modo considerable. Su última obra, un poema épico titulado "The testament of Beauty", fué la más extensa, la más cuidada y—en opinión de muchos de sus mejores críticos—la más excelente de todas. Se ha vendido profusamente.

Su sucesor, John Masefield, se diferencia grandemente de él en muchos aspectos. Robert Bridges no conoció nunca la falta o la necesidad de cualquiera de los bienes que la vida exige para el estudio y el refinamiento. John Masefield, en cambio, ha tenido que hacer frente a las más duras pruebas de trabajo físico, adversidades y sufrimientos. Nacido en Ledbury hace cincuenta y cinco años, se hizo a la mar como grumete, pasó a bordo varios años en calidad de simple marinero y fué luego vagabundo en los Estados Unidos. Sirvió durante algún tiempo de mozo

de "bar" en Nueva York. Pero en todo el curso de su vida errante soñó con la belleza cada vez que la halló a su paso y ansió poseer la capacidad de expresar esta belleza en prosa y en verso. Luchó en Londres dos o tres años sin estímulo apenas. Su firme voluntad de vencer le impulsaba, empero, por sobre todos los obstáculos, y los editores terminaron por reconocer su talento.

Al principio, Masefield escribió dulces baladas y poemas líricos sobre el mar. Tuvieron ellos especial atractivo para las pocas gentes que entonces apreciaban al poeta. Pero su verdadera entrada en el mundo literario se realizó en 1911 con un poema narrativo: "The Everlasting Mercy". Las interjecciones y la audacia sin rebozo de la obra impresionaron desfavorablemente a muchos oídos delicados de aquellos días. Siguió al poema una serie de otros, también narrativos, en los cuales el vibrante, humano y realista poeta presentaba los amores, los odios, las penurias, los sufrimientos y las luchas de la gente misera. Pero hasta en el más ruin de sus personajes halló siempre, para cantarles, una chispa latente de divinidad. "En la impureza y en la escoria, en el polvo y la hez de la tierra". Cantó, asimismo, la bravura del mar y la vida salvaje de muchos de los hombres que lo acompañaron en sus viajes, y también cantó la gloria de los campos y las colinas y la vida sencilla de los campesinos.

Por encima de todo, John Masefield se revela hondamente inglés en su obra. Y su designación, de acuerdo con la vieja fórmula placentera de "Poeta Laureado de la Corte de Su Majestad", ha complacido a todo el país.

CRISTOBAL COLON EN BERLIN

(Continuación de la pág. 12)

salvado; salvado por amar la Tierra, ese Globo que Dios creó y lanzó al espacio. Quizá ese misterio trágico parezca a algunos inaceptable, intolerable. Yo encuentro en él una eficaz grandeza. Otorga un sentido a la historia más severa. Si nos aflige alguna nueva prueba guerrera a alemanes y franceses, resulta concebible que, tanto en Berlín como en París, simultáneamente, se represente la tragedia de este Colón que ama y ensangrienta al mundo, que lo ensangrienta sin dejar de quererlo, sin faltar a la vocación divina.

★ ★ ★

Berlin. Heme aquí sentado en la butaca de orquesta—a cambio de la cual he dejado París—en la sala clara y elegante que Federico el Grande hizo construir aproximadamente en la misma época en que el arquitecto Luis edificaba nuestro Teatro Francés; y heme aquí todo ojos, todo oídos.

Nada de telón echado. La escena está abierta, muy sombriamente puesta y las colgaduras oscuras se prolongan hasta más allá de la orquesta, velando los palcos; por todo adorno, doce cirios encendidos. ¿Trátase del entierro o de los funerales de un mundo? Todo va a suceder en ese fúnebre sumidero, que me asombra un momento. Pero el espectáculo es grandioso. La orquesta se anima súbitamente; los hombres, las mujeres vestidas con sayales, y formando un largo cortejo, invaden la escena por el fondo; aparecen los heraldos de armas, los príncipes, los monjes encapuchados y les sigue el Explicador.

Todo este mundo ocupa su puesto: los coros sobre los estrados que continúan hasta por encima de la orquesta y llegan hasta el mismo público. El Explicador abre un abultado volumen sobre un pupitre. "Vais a escuchar—comienza—la historia de Cristóbal Colón". Los coros responden con un murmullo, con un canto de llamamiento y de espera. Se abre la sombría colgadura al fondo y, bajo un cielo que atraviesan las nubes—hermoso acierto cinematográfico—se ve surgir, a ras del horizonte, un globo que gira y lleva la marca de los continentes. Hendiendo los cielos, una paloma vuela y vacila por encima de ese globo... Los cantos son emocionantes, muy hermosos, y el espectáculo resulta arrebatador.

Detallo todo esto para dar a los lectores una idea de la atmósfera y de la estructura del espectáculo. El Explicador ya no se mueve. Narrará la historia de Colón en pocas frases muy breves, casi como un exhibidor de linterna mágica que habla a los niños; advertirá a los coros y al público (todo es uno, ya que el coro es el público animado y parlante), les introducirá en las escenas líricas, en el desfile de los seres y de las imágenes que van a ocupar la escena y la pantalla. Allí abajo hay un gran modelo; quizá lo habréis identificado; son las Pasiones de Bach, animadas por el movimiento y la decoración moderna. Erigido el marco, imaginad la continuación: Colón solitario, obsesionado por visiones de humanidades, de mundos desconocidos; tales visiones son proyectadas en la pantalla y yo pienso que queda mucho por hacer para que ese instrumento fotográfico sea capaz de evocar los sueños.

Colón en la Corte de España. En este punto hay una serie de escenas de gran vigor que fueron aclamadas por el público berlinés. Isabel la Católica, la protectora de Colón, su plegaria, y siempre ese rumor, ese resposno de los coros que casi nunca se calma. El embarque de los marinos de Colón: cobres, ritmos y gritos, asombroso desfile. En fin, la alta mar, la angustia de la tripulación y la paloma que lleva en su pico una hoja. La escena ya no es más que una inmensa decoración de follajes; esa decoración se entreabre y sobre la pantalla aparecen las carabelas de España arribando a una orilla. Y en fin, Colón, Colón solo, tremolando y plantando sobre la tierra nueva el estandarte blanco y la cruz roja... Colón solo, he dicho, y he dicho mal, porque siempre están los coros presentes, activos, y su canto al mundo nuevo es una especie de himno, de plegaria, de encantamiento.

Toda esa primera parte fué aclamada. Es digna de Claudel y no defraudó a los que pensaban que de Darius Milhaud podían esperarse grandes cosas. En cuanto a la interpretación, fué maravillosa.

Después de la vocación, la Pasión: segunda parte. Aunque contenga muy hermosos trozos es menos feliz. No es que el texto, el poema, flaquea. Este, al contrario, posee un raro vigor. Me falta espacio para resumirlo y quizá le ha faltado también al músico. Un diálogo tan concentrado, tan cargado de pensamiento no resuena bien en un recitado. Quizá sería mejor que fuese dicho, en lugar de ser cantado o, aun pronunciado, articulado en el límite del canto, y comentado por los coros de un modo lírico, como lo son las palabras evangélicas

en esas Pasiones de Bach a las cuales todo recuerda aquí. Quizá esta obra tan rica, tan nueva, plantee todavía más problemas de los que resuelve y pague por un exceso de pensamiento y también de imágenes.

¡Cuántas cosas hermosas contiene aún! Colón, preso entre grilletes, confía en su soberana. Se dirige hacia ella y encuentra un cortejo fúnebre. La protectora ha muerto y Colón ya no puede esperar nada. De aquí pasamos al Paraíso, con Isabel la Católica transfigurada. El Paraíso es siempre una peligrosa aventura para los seres vivos. Uno solo estuvo acertado: los Campos Elíseos en el "Orfeo", de Gluck. Y la razón de ese éxito es bastante clara: en los Campos Elíseos un ser vivo pasa, lleva su inquietud y gracias a ella respira.

Me parece que hubiera sido preferible apresurarse, tomar por lo más corto para llegar a la aclamación, al coro final y triunfal. El coro—lo confesaré—me decepcionó un poco. No sentí estallar en él el triunfo. El triunfo, por lo demás, falta al acto entero. El más hermoso pasaje funeral que en él se encuentra consiste en los funerales de una santa y no se le oye bastante.

Creo que ello depende de varias fallas mezcladas. Falla del compositor, sin duda, y falla también del director escénico. Al punto que los alemanes la han llevado, la postura escénica es un arte verdadero. El espectador se siente atraído por sus aspectos y no puede substraerse a ellos. Ya he señalado desde el comienzo ese acento fúnebre que me había sorprendido. Lo he vuelto a encontrar con demasiada frecuencia.

Paul Claudel, en un estudio

reciente sobre el drama lírico, ha lamentado que Wagner hundiese sus héroes y su universo en una especie de sueño nostálgico. Ahora bien; los directores escénicos de la Staats Oper han sumergido el Cristóbal Colón de Claudel, la España de Claudel, y a Claudel vivo, en ese mismo sueño nostálgico donde este autor lamenta que Wagner se haya complacido. ¡Qué error! Todo es claro en esta obra. Está el Océano ("Océano, es bueno respirarte, es bueno estar contigo..."), está la Tierra. ("Ah, no creeré nunca que esta tierra redonda no sea una cosa considerable..."). Por encima de las certidumbres terrenas están las certidumbres, más vibrantes aun, de la fe. La misma tragedia es una indirecta proyección divina y resplandece de luz. Esta irradiación, esta disipación de certidumbres que condensa el genio de Claudel yo no la he experimentado en el decurso de la segunda parte donde debía desbordar.

La primera parte, en cambio, sigue siendo emocionante, completa. Deseo que este drama de la Vocación y del Descubrimiento sea un día representado ante vosotros en Buenos Aires.

VARIEDADES

JULIETA tenía sólo catorce años cuando conoció por primera vez a Romeo.

—La manteca fué empleada por los hebreos y los griegos más antiguos. Los romanos la usaron como remedio y para ungüentos.

—El reptil más grande que existe en el mundo es el cocodrilo de agua salada, que habita en el sur de Asia y en Australia. Mide alrededor de diez metros de largo y es un temible devorador de personas.

MI VIDA POR LEON TROTZKI

CAPITULO XX



MALLABAME en Nueva York, la ciudad prosaica y de la leyenda del automatismo capitalista, cuya arquitectura es un triunfo del cubismo, y cuya filosofía moral el culto del Omnipotente Dólar. Me impresionó en sumo grado, por expresar más que ciudad alguna del mundo el espíritu de nuestro tiempo.

Paréceme que corren más leyendas acerca de mi vida en los Estados Unidos que sobre mi estada en cualquier otro país. En Noruega, donde apenas estuve de tránsito, periodistas fecundos en recursos me hallaron limpiando bacalao en una fábrica de conservas; y en Nueva York, donde viví dos meses, la prensa me atribuyó una serie de profesiones sucesivas a cual más fantástica. De haberme ocurrido todas las aventuras que me adjudicaron los periódicos norteamericanos, esta autobiografía sería probablemente mucho más amena de lo que es; pero el amor a la verdad me obliga a desilusionar a mis lectores de Norte América.

Mi sola ocupación en Nueva York fué la de socialista revolucionario, y como la ejercía en los días anteriores a la entrada de los Estados Unidos en la guerra en pro de la "democracia" y de la "libertad", las autoridades norteamericanas la miraron con peores ojos que el comercio clandestino de bebidas alcohólicas.

Redactaba artículos, dirigía un diario y hablaba en mítines obreros. Estaba ocupado constantemente y me sentía completamente a gusto. Pasaba muchas horas en una de las bibliotecas de la ciudad, estudiando la organización económica del país. Me impresionaron las estadísticas que mostraban el aumento de sus exportaciones durante la guerra. Eran una verdadera revelación. Indicaban a ojos vistas la futura intervención de los Estados Unidos en el conflicto así como su posición decisiva en el mundo, al terminar aquél. A la sazón escribí varios artículos y di unas conferencias al respecto. Desde entonces el problema de "Los Estados Unidos frente a Europa" convirtió en el centro de mis pensamientos y todavía sigue siendo el foco de mi atención, pues no hay cosa de mayor importancia para la comprensión del destino futuro de la humanidad.

En la mañana de mi desembarco en Nueva York escribí en el periódico ruso "Novy mir" ("Nuevo Mundo"):

"Dejé a Europa bañada en sangre, lleno de honda fe en la revolución venidera, y desembarqué en este "Nuevo Mundo", ya en su plena adultez, libre de ilusiones "democráticas".

Diez días después, en un mitin de "bienvenida" internacional, dije:

"El fenómeno económico resaltante es que Europa se hunde en la ruina sobre los propios cimientos de su sistema económico, en tanto que los Estados Unidos se enriquecen. Y yo, que aun debo sentir como europeo, no puedo menos de preguntarme angustiado, mirando con ojos envidiosos a Nueva York: ¿podrá Europa capear el temporal? ¿No se convertirá en un gran cementerio? ¿No se trasladará aquí, a los Estados Unidos, el centro de gravedad económico y cultural del mundo?"

Y todavía hoy, a pesar del progreso de la "estabilización" europea, aquella pregunta vuel-



ve a plantearse, con todo su peso.

Leí periódicos rusos y alemanes en diversas partes de Nueva York, en Filadelfia y en otras ciudades del Este. Mi inglés en aquella sazón era aún más pobre que hoy, de modo que no podía pensar en dar conferencias públicas en esa lengua. A pesar de esto, he visto en la prensa numerosas alusiones a mis fogosos discursos pronunciados en inglés. Sin ir más lejos, hace pocos días me aseguró el director de un diario de Constantinopla, que me había oído uno de esos presuntos discursos, siendo él estudiante universitario en Nueva York. Confieso que no tuve ánimo para responderle que era víctima de su imaginación, ¡lo cual bastó para que al día siguiente repitiera en su diario aquella fantasía, con todo lujo de detalles!

Nos alojamos en un barrio obrero y compramos mobiliario de acuerdo a nuestro plan de instalación. Nuestro departamento, de diez y ocho dólares por mes, tenía comodidades no soñadas por el obrero europeo: luz eléctrica, estufa de gas, cuarto de baño, teléfono, ascensor para subir objetos y cajón de basura para enviar los desperdicios abajo. Con estas cosas Nueva York "compró" a los chicos. El teléfono fué pronto el eje de su vida. Nuestro portero era un negro. Mi esposa le pagó una mensualidad adelantada, pero no obtuvo recibo porque el casero se había llevado, la víspera, el libro de recibos para verificar las cuentas. Al trasladarnos al departamento dos días después, supimos que el negro había desaparecido con los alquileres pagados por varios inquilinos. Y nosotros le habíamos confiado además del nuestro, varios enseres, ¡júzguese, pues, de nuestra alarma! Era mal comienzo.

Pero todo estaba intacto. Al abrir la caja de madera que encerraba nuestra vajilla, hallamos el dinero del alquiler, cuidadosamente envuelto en un papel. El portero sólo se había llevado los alquileres de los inquilinos a quienes dió recibos legales: no quiso saquear al casero, ni tampoco estafar a los inquilinos. Sujeto verdaderamente delicado. A mi esposa y a mí nos conmovió mucho su consideración para con nosotros y lo recordamos siempre con gratitud.

En este menudo incidente creí advertir considerable significado sintomático; me pareció que se acababa de alzar ante mis ojos una punta del velo impenetrable, que es el

Un viejo de hinchados ojos y sucia barba escarbaba en una pila de basura, hasta que...

problema del negro en los Estados Unidos.

La Unión Norteamericana preparábase a la sazón febrilmente para la guerra. Como de costumbre, los pacifistas eran los mejores auxiliares de esa política. Su hueca palabrería sobre las ventajas de la paz remataba siempre en la declaración de que apoyarían la guerra "en caso necesario". Bryan era el jefe de esa escuela de agitación "pacifista". Los socialistas actuaban de segundos violines de su orquesta, pues bien sabido es que los pacifistas miran la guerra como un mal sólo en tiempo de paz.

Después de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, el coro de los jingoístas fué haciéndose cada vez más atronador, sin que lograsen perturbar su armonía los tenores pacifistas ni los "falsettos" socialistas. He presenciado el mismo fenómeno en Europa, de suerte que la movilización del patriotismo norteamericano no era cosa nueva para mí. Registré las diversas etapas de esa movilización en mi diario e hice consideraciones acerca de la estupidez máxima del género humano, o sea su obstinación en no aprender en la experiencia ajena. Por entonces presencié la siguiente escena, desde el balcón de mi oficina de director:

Un viejo de ojos hinchados y sucia barba gris escarbaba en una pila de basura, hasta que al cabo halló un pedazo de pan. Intentó romperlo con las manos, en seguida con los dientes y por último contra el borde de la pila. El pan fosilizado resistió todos los ataques. Entonces, echando en torno suyo una mirada furtiva, tal vez de temor o de vergüenza, escondió el pan en su saco y se marchó, por la calle de San Marcos. Este pequeño incidente ocurrió el 2 de marzo de 1917, y no era en modo alguno contrario a los planes de las clases dirigentes. Había que hacer inevitable la guerra y los pacifistas tendrían que apoyarla.

Uno de los primeros amigos que encontramos en Nueva York fué Bukharin, que acababa de ser expulsado de Escandinavia. Amigo nuestro desde nuestra estada en Viena, nos acogió con su característica exuberancia infantil. Aunque la hora era avanzada y nosotros estábamos todavía fatigados del viaje, Bukharin insistió en llevarnos a mi esposa y a mí a ver una librería. Tal

EN NUEVA YORK

fué el comienzo de una estrecha amistad que siguió creciendo hasta convertirse en adhesión de Bukharin a mí y que se intensificó todavía más hasta 1923, en que de pronto se trocó en el sentimiento contrario.

Bukharin es una viña que necesita recostarse en algo, que precisa el apoyo y sostén de alguien más fuerte que él. En tal condición, conviértese meramente en un "médium" de las palabras y los actos de esa persona; pero al "médium" no se le puede dejar solo, ni descuidar un momento. De lo contrario, cae bajo el influjo de otra persona, aunque las ideas de ésta sean exactamente lo contrario de las de aquélla; y convertido mañana en instrumento de la última, pondrá tanto celo en atacar a la primera como lo puso la víspera en defenderla.

Jamás tomé a Bukharin muy en serio. Le dejé entregado a sí mismo, es decir, a los demás. Muerto Lenin, se convirtió en el "médium" de Zinoviev y luego en el de Stalin. Mientras escribo estas líneas me cuentan unos amigos que ahora pasa por una nueva crisis y que nuevos flúidos, que yo ignoro, le penetran.

También se hallaba a la sazón en los Estados Unidos la señora Kolontai. Viajaba mucho y no la traté a menudo. Durante la guerra sufrió una evolución extremada hacia la izquierda y pasó sin transición de las filas mencheviques a la extrema izquierda de los bolcheviquistas. Su versación en las lenguas extranjeras y la virtud llamada "temperamento", hacían de ella un agitador eficaz. Sus opiniones teóricas siempre adolecieron de cierta vaguedad. Durante su estada en Nueva York nadie era para ella bastante revolucionario. Estaba en correspondencia con Lenin y le tenía al corriente de lo que ocurría en los Estados Unidos; pero como todos sus informes pasaban por el prisma de su extremado "izquierdismo" de momento, le comunicaba forzosamente una perspectiva deformada de los acontecimientos norteamericanos.

Uno de los temas de sus cartas a Lenin referíase a mi actividad. Las respuestas de Lenin constituyen copiosa prueba de la información errónea que le suministraba la señora Kolontai. En su campaña contra mí, los epígonos no han vacilado en hacer amplio uso de esas manifestaciones de Lenin, por más que él las desautorizara posteriormente. De vuelta a Rusia, la señora Kolontai adoptó desde el principio una posición de extrema izquierda, no sólo frente a mí, sino frente al propio Lenin. Dió más de una batalla contra el régimen "Lenin-Trotsky", sólo para rendirse graciosamente, luego, al régimen Stalin.

El partido socialista norteamericano estaba sumamente atrasado en ideología aun en comparación con nuestro "social-patriotismo" europeo; no obstante, el presuntuoso prurito de superioridad de la prensa norteamericana, que a la sazón era todavía la prensa de un país neutral, hallaba eco hasta en el seno de aquel partido. Hombres como Hilquit dábanse aires como de una especie de Tíos Sam socialistas, que esperarían el momento crítico para entrar en Europa a zanjar las diferencias de las diversas fracciones de la Segunda Internacional. El socialismo norteamericano me hace reír todavía hoy. Los inmigrantes europeos, que en sus viejos tiempos en la madre patria habían desempeñado algún papel en el movimiento, a poco de llegar a los Estados Unidos perdieron en la vorágine en pos de la fortuna, las pocas ideas y los postulados teóricos que llevaron consigo.

En los Estados Unidos hay

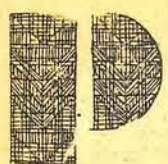
una vasta categoría de médicos, abogados, dentistas, ingenieros y otros profesionales, afortunados o semiafortunados, que reparten sus valiosos ocios entre conciertos de astros musicales europeos y el Partido Socialista norteamericano. Su bagaje político se compone de los retazos y deshechos que recogieron en sus días de estudiantes. Como casi todos poseen automóviles, son invariablemente elegidos en todos los comités, subcomités y delegaciones principales del Partido Socialista. Estos hombres, ávidos de honores mezquinos, imprimen carácter al socialismo norteamericano. Para ellos, Wilson tiene más autoridad que Marx. En realidad son nada más que variantes de Mr. Babbitt, que completan sus diversiones dominicales, después de dar caza al dólar en el resto de la semana, con adiposas conversaciones sobre el futuro de la humanidad.

Esas gentes viven en pequeños clanes nacionales, en donde la solidaridad ideológica sirve principalmente para encubrir sus vínculos comerciales. Cada clan tiene su jefe, que suele ser el Babbitt de mayor cuenta corriente en el banco. Son excesivamente tolerantes para con toda laya de ideas, mientras éstas no amenacen su autoridad tradicional y menos aun —¡librelas Dios!— su prosperidad personal. El Babbitt de los Babbitts es Hillquit, caudillo ideal de semejante socialismo. Mi primer trato con ellos bastó para infundirles odio inextinguible contra mí; mis sentimientos para con ellos, si menos violentos, no se inclinaron hacia la simpatía. Pertenece a dos mundos diferentes. En mi opinión, eran la parte más podrida de aquel mundo que mi misión me mandaba combatir.

Entre los hombres de la generación más vieja, descollaba mucho Eugenio Debs, a causa del pequeño fuego inextinguible de idealismo socialista que ardía en su pecho. Revolucionario sincero, pero romántico y predicador, no caudillo político, era fácil presa de hombres muy inferiores a él. La mayor hazaña de Hillquit fué el conservar a Debs en su ala izquierda sin romper su camaradería de negocios con Gompers, que se hallaba en la derecha. Personalmente, era Debs un hombre encantador. Solía abrazarme cuando nos encontrábamos, y he de mencionar que el viejo no pertenecía a los "secos". Cuando los Babbitts me declararon el bloqueo, se abstuvo de participar de éste y se mantuvo aparte, contristado.

A mi llegada, me incorporé a la redacción del diario ruso "Novy Mir" ("El Nuevo Mundo"), en donde trabajaban, además de Bukharin, Volodarski (más tarde asesinado por los social-revolucionarios cerca de Petrogrado), y Tchudnovski, que fué herido cerca de Petrogrado y después muerto en Ucrania. El referido diario se convirtió en el centro de la propaganda revolucionaria internacional. En todas las federaciones nacionales del Partido Socialista había gente de habla rusa; por otra parte, muchos miembros de la federación rusa hablaban inglés. De este modo, las ideas del "Novy Mir" se abrieron camino entre los trabajadores norteamericanos, con gran desazón de los mandarines, que empezaron a intrigar y a chismorrear contra el advenedizo europeo que sin entender la psicología norteamericana, trataba de inculcar sus fantásticas teorías en la mente de los obreros norteamericanos.

En breve, la lucha cobró mayor acritud. Se expulsó inmediatamente de la federación rusa a los "probados y experimentados" y a los "meritorios" mandarines. En la federación alemana, el viejo Schluter, director del "Volkszeitung"



DOCOS son los jugadores que conocen exactamente el valor de un fallo o semifallo, al punto que de él se valen para argumentar erróneamente en favor de declaraciones fantásticamente malas.

"¿Cómo quiere Vd. que no aumente mi declaración, si tengo seis piques por As. Rey y estoy fallo a corazón?" Pero, compañero, si Vd. no tiene una baza que acompañe sus triunfos. ¿Y el fallo no vale nada? Y ese es el error, el grave error en que incurre la mayoría. Este señor pretende desdoblarse sus triunfos en dos valores diferentes: uno como triunfos y otro como fallos. Los triunfos no pueden hacerse dos veces: arrastrando y fallando. Seis triunfos en una mano no pueden representar y realizar más de seis bazas, haya fallo o no lo haya.

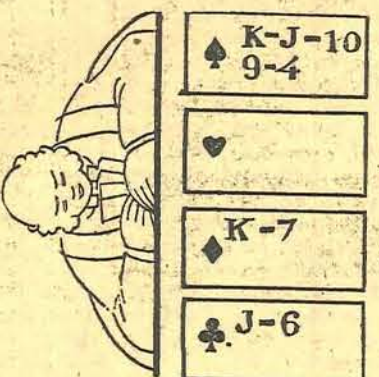
Diré más. Hay manos en que un fallo constituye una debilidad, y muchas contras se ganan por el hecho de haber descubierto, oportunamente, el fallo o el semifallo del declarante, forzándolo a debilitarse desde un principio.

El fallo en la mano del declarante sólo resulta eficaz cuando posee fuerzas colaterales, efectivas y realizables una vez agotados los triunfos, y es éste el solo caso en que un fallo puede valorizar esa mano. Cae de su peso que resulta equivalente a fuerzas colaterales una declaración informativa del compañero, que puede rellenar claros de la mano del declarante y hacer fácil la utilización del fallo o semifallo.

Voy a presentar una mano comprometida a una obligación aparentemente factible y que pierde su contrato obligada por

BRIDGE POR LEON CASABAL

los contrarios a fallar desde un principio.
Sur — Piques: A-K-Q-J-10-9
Corazones: K-Q-J-7

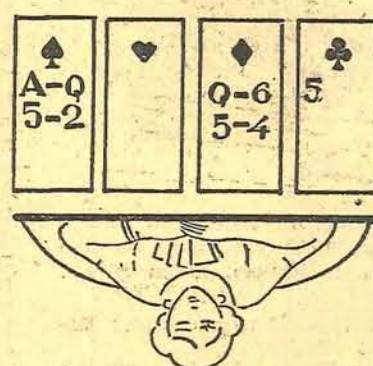
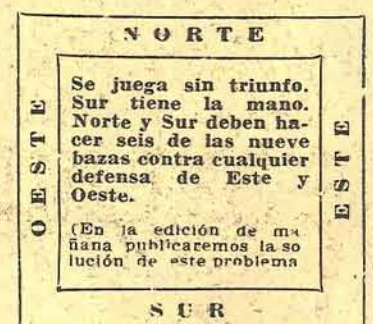


Diamantes: ninguno.
Tréboles: K-Q-J
Norte — Piques: 7
Corazones: 10-9-3
Diamantes: J-8-7-5
Tréboles: 10-8-7-4-3

Este — Piques: 2
Corazones: 8-6-5-4-2
Diamantes: A-10-4-2
Tréboles: 9-6-5

Oeste — Piques: 8-6-5-4-3
Corazones: A
Diamantes: K-Q-9-6-3
Tréboles: A-2

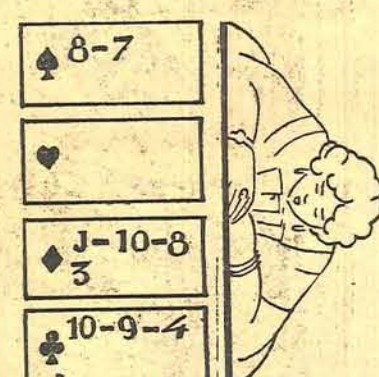
Sur, obligado por el remate, contrata cuatro piques. Oeste tiene la salida y juega diamante. Resulta evidente que la necesidad de fallar perjudica y destruye el juego de Norte y Sur, que no podrán cumplir su contrato. Es verdad también que este ejemplo resulta un



caso extraordinario, pues rara vez se presentará una distribución de cartas tan rara, pero lo expongo a fin de demostrar cómo un fallo en la mano de declarante puede resultar una debilidad. Son innumera-

EL VALOR DE UN "FALLO"

bles, y podemos observarlo en la práctica diaria, los juegos que se pierden debido a la necesidad de fallar prematura-



mente con la mano del declarante.

El peligro de las declaraciones informativas, a base de pocos triunfos, es precisamente el palo corto y débil de la mano del declarante, descubierto por contrarios hábiles y capaces de saber utilizar esa ventaja.

Lo que debe resultar de una positiva utilidad para el declarante es el fallo o semifallo a un palo, que no sea triunfo, en la mano del "muerto". Ello puede ser durante el remate una razón de peso para aumentar la declaración del compañero siempre que se posea ayuda normal en triunfos. Y hago esta salvedad, porque de otra manera no es posible utilizar

con éxito ese fallo. Se entiende por ayuda normal en triunfos el poseer tres cartas del palo declarado por el compañero. Dos pueden valorizar alguna vez un fallo, pero no un semifallo. Con menos de la ayuda normal exigida no debe, pues, considerarse utilizable un fallo. Con más, la ayuda es extraordinaria. Veamos un ejemplo de un "muerto", aparentemente pobre, y que un fallo, con ayuda normal en triunfo, lo transforma en utilísimo, no sólo por las bazas que reporta, sino por las entradas que de ello resultan bien aprovechadas por el declarante.

Sur — Piques: A-Q-J
Corazones: K-Q-3
Diamantes: A-K-Q-10-5
Tréboles: K-Q

Norte — Piques: 8-6-5-4-3
Corazones: ninguno.
Diamantes: J-7-6-3
Tréboles: 10-8-7-4-3

Este — Piques: K-10
Corazones: A-10-7-6-5
Diamantes: J-7
Tréboles: A-6-5-2

Oeste — Piques: 9-7-2
Corazones: J-9-8-4-2
Diamantes: 8-4-2
Tréboles: Q-J

Sur ha rematado cuatro diamantes. Oeste tiene la salida y juega corazón. El fallo del "muerto", no sólo representa para Norte y Sur tres bazas, sino también tres entradas que facilitarán grandemente la acción del declarante. Sur hará, sin duda alguna, seis bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.

El fallo del palo declarado con el adversario tiene más valor aun, si ello es posible, que otro cualquiera, dado que con ello se evitan bazas seguramente perdidas, mientras que puede esperarse que en los palos colaterales el compañero posea fuerzas.

y amigo de Hillquit, perdía paulatinamente influencia, en provecho de Lore, el director más joven, que era uno de los nuestros. Los letones estaban completamente al lado nuestro. La federación finlandesa se nos acercaba. Progresábamos bastante en el seno de la poderosa federación judía, que contaba con un imponente edificio de catorce pisos, donde editaba diariamente 200.000 ejemplares del "Forward" (Adelante), y que transcendía necesariamente a socialismo sentimental pequeño-burgués, siempre pronto a traicionar la causa. Menos fortuna tuvimos entre los norteamericanos propiamente dichos, cuyo socialismo era sumamente débil, lo cual hacía en extremo vacilante nuestra ala izquierda. El diario socialista, publicado en inglés con el título de "The Call" ("El llamamiento"), seguía un rumbo de hueca neutralidad pacifista. Decidimos fundar un semanario marxista militante. Los planes estaban ya listos, cuando los interrumpió el estallido de la revolución rusa.

Después de un misterioso silencio telegráfico de dos o tres días empezaron a llegar noticias del movimiento revolucionario de Petrogrado, noticias confusas y caóticas, que conmovieron a los diversos grupos raciales de Nueva York, que esperaban y que apenas si se atrevían a esperar. La prensa norteamericana perdió casi los estribos. Reporteros, editoriales asaltaban la redacción del "Novy Mir". Durante breve tiempo, nuestro diario fué el foco del periodismo neoyorquino. Llamaban incesantemente al teléfono directores de periódicos y de agrupaciones socialistas pidiendo informaciones.

—Un cable de Petrogrado dice que se ha formado un gabinete Gutchkov-Miliukov. ¿Qué significa esto?

—Significa que mañana habrá un gabinete Miliukov-Kerensky.

—¿Verdad? ¿Y después?

—Después... que nosotros mismos formaremos gabinete.

—¿Lo dice usted de veras? Este diálogo u otro semejante repetíase docenas de veces. Casi todos aquellos a quienes yo respondía en la forma referida pensaban que bromeaba. En todos los puntos de Nueva York, efectuábanse entretanto, mítines de proporciones inusitadas y extraño ambiente. La noticia de que la bandera roja había sido izada sobre el Palacio de Invierno, arrancaba por doquiera tempestades de aplausos. No ya los inmigrantes rusos, sino sus hijos que apenas sabían diez palabras de ruso, acudían a esos mítines a respirar el extraño aire nuevo de la libertad rusa.

Mi familia me veía sólo contados momentos; pero en casa, su vida era normal. Mi esposa estaba formando su nido. Los chicos hacían amistades: una de las mejores fué la del chauffeur del médico. La esposa de éste se hizo muy amiga de la mía, llevó a pasear a los niños y se mostró muy amable. Para mis hijos era, sin embargo, una mortal como todos. En cambio, el chauffeur era un mago, un titán, un superhombre. El motor obedecía el menor movimiento de sus manos. Sentarse a su lado les producía dicha inefable. Cuando paraba el coche a la puerta de una confitería, los niños preguntaban a su madre, sorprendidos e intrigados: "¿Por qué no viene a tomar té con nosotros?"

La capacidad de adaptación de los chicos era ilimitada. Habíamos vivido en un barrio obrero de Viena, de suerte que, además del ruso y del alemán, conocían el dialecto vienés. El Dr. Alfredo Adler observó más de una vez que hablaban el vienés lo mismo que un conductor de ómnibus. Cuando fueron a la escuela en Zurich tuvieron que adaptarse al dialecto local, pues en los grados escolares inferiores de allí se estudia en realidad el alemán como lengua extranjera. Nuestro repentino exodo a París les

obligó a zambullirse en el francés y lo hablaron con soltura a los pocos meses. Más de una vez envidié su facilidad en esa lengua. Estuvieron en España y a bordo de un barco español un mes escaso, pero tan breve tiempo bastó para que aprendieran muchas palabras y expresiones españolas.

Finalmente, a los dos meses de ir a una escuela de Nueva York pudieron también expresarse en inglés. Luego, después de la revolución de febrero, fueron a la escuela de Petrogrado; de suerte que su vida escolar ha sido sumamente fragmentaria. Olvidaron las lenguas extranjeras con la misma facilidad con que las aprendieron, pero hablaban el ruso como extranjeros. A menudo advertimos la curiosa circunstancia de que sus frases rusas eran traducciones literales del francés en punto a estructura, por más que a la sazón no fuesen ya capaces de construir una sola frase en francés. Así, la historia de nuestras andanzas por el mundo se inscribió en el cerebro de nuestros hijos como en las tabletas de un palimpsesto.

Cuando telefoneé a mi esposa desde el diario que había estallado una revolución en Petrogrado, el menor de nuestros chicos estaba en cama enfermo con difteria. Tenía nueve años, pero hacía tiempo que sabía que la revolución significaba amnistía, regreso a Rusia y mil otras cosas buenas. Dió un brinco y se puso a bailar sobre la cama, celebrando la revolución. En aquel instante empezó su convalecencia.

Estábamos ávidos de embarcarnos en el primer vapor que zarpase. Corrí a los consulados en busca de documentos y visas. La víspera de embarcarnos el médico permitió al convaleciente que saliera a dar un paseo. Cuando el chico se marchó, mi esposa se puso a arreglar las valijas. ¿Cuántas veces lo había hecho! Pero el niño no volvió al terminar la media hora que se le concedió

para su paseo. Pasaron luego tres horas de ansiedad. Yo estaba en el diario. En eso sonó el teléfono de nuestro departamento y mi esposa contestó.

Llamaban desde un puesto de policía del otro extremo de la ciudad, y oyó ella la voz de Serega, que decía "¡Soy yo!" El chico había aprovechado la única oportunidad que se le ofreció de despejar un problema que le inquietaba: saber si había una calle 1 en Nueva York. Vivíamos, si mal no recuerdo, en la 164; pero ocurrió que el muchacho se extravió y, tras mucho preguntar a los transeúntes, fué conducido al cabo a un puesto de policía. Afortunadamente, recordaba el número de nuestro teléfono.

Cuando, una hora después, mi esposa y mi hijo mayor llegaron al puesto de policía, fueron recibidos cordialmente como viejos amigos. Serega, radiante de felicidad, jugaba al

ajedrez con los policías, y para ocultar su confusión a los funcionarios, mascaba goma a dos carrillos como sus nuevos amigos. Pero hasta ahora recuerda el número del teléfono de nuestro departamento de Nueva York.

Sería gran exageración decir que logré conocer Nueva York. Me mezclé mucho en los asuntos del socialismo norteamericano para ello. La revolución rusa llegó demasiado pronto. Lo que tal vez tuve tiempo de captar fué algo del ritmo del monstruo llamado Nueva York. Marché a Europa con los sentimientos del hombre que apenas ha echado una ojeada al interior de la fábrica donde habrá de forjarse el destino de la humanidad. Y me consolé pensando que algún día volvería a verla, esperanza que todavía no he abandonado.

(Continuará)

JOYAS DEL ARTE AMERICANO EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE BAHIA

(Continuación de la pág. 19)

como la sacristía, suntuosa de artesanos, tallas y espléndidos muebles embutidos. La sencillez monástica de la comunidad realza en este ambiente de esplendores artísticos. Un aroma de incienso se funde con los otros aromas que se desprenden de los árboles del jardín, corpulentos y de obscura floresta. Las palabras del hermano portero son precisas en la naturalidad de su relato. Por la gentileza de este fraile sencillo hemos desentrañado la memoria de los artistas, el valor de las obras y el mérito del monumento. Y para que no sospechemos veleidades comodidades en la vida monástica, nos hace ver la pobreza del refectorio, la humildad de las celdas y el carácter meditativo y severo que preside las

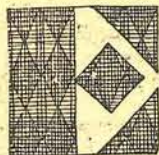
ordenanzas. Sólo en la biblioteca volvemos a sentir el aliento de arte que se respira en el ámbito de la iglesia y otras dependencias del culto. Este recinto ofrece la originalidad de su conjunto, decorado y ornamentado al gusto barroco. Las estanterías ocupan los cuatro frentes del salón, con divisiones talladas, zócalo con repisa y montantes de ostentoso relieve. El artesonado forma casetones rectangulares, y un altar de talla preside en el centro con su frontal y pilas decorativas. Libros de teología y de historia dan la nota sapiente a este interior creado en 1751, que conserva el carácter de época, y que fué desde los orígenes del monasterio lugar de meditación y estudio para los predicadores franciscanos. No recordamos haber visto en toda América otra sala de la época colonial más típica y completa en sus detalles constructivos. Es un modelo genuino del arte americano, y en este sentido merece la observación del viajero.

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

LA FILMACION DE "MONSIEUR BEUCAIRE"

POR

NATACHA
RAMBOVA



N el mes de noviembre se dispersó el grupo feliz que había se reunido en el castillo de Hudnut. María regresó a su casa

en Milán, y Rudy y yo nos embarcamos para los Estados Unidos, después de dar por terminada nuestra gloriosa jira. Realizamos varios otros viajes al extranjero, pero ninguno de ellos tuvo el encanto del primero que hicimos juntos.

Después de regresar a Nueva York, pasamos unos cuantos meses muy felices. Nuestra larga lucha con la Famous Players terminó finalmente con un arreglo, gracias a los buenos oficios de Max Steuer, nuestro nuevo abogado. Al cabo de un año y medio de litigios penosos y de una ausencia forzosa de la pantalla, se permitió a Valentino que volviera a actuar.

De acuerdo con las condiciones del arreglo final, fué cancelado el contrato por un plazo de tres años, y en cambio, Rudy se comprometió a trabajar en dos películas finales para la Famous Players, una de las cuales sería "Monsieur Beaucaire". Las dos debían filmarse en el Este, en el estudio de Astoria, en Long Island, y me tocaría a mí desempeñar el papel de directora artística, encargada de la elección de trajes y decorados.

La filmación de "Monsieur Beaucaire" tuvo un resultado feliz. Bebe Daniels fué la protagonista femenina, desempeñando el papel de una princesa francesa y, por cierto, que Bebe es una criatura encantadora. Rudy y yo la estimábamos mucho. Lowell Sherman desempeñó el papel de rey y Doris Kenyon el de lady Mary. Formábamos un grupo de gente alegre, donde todos congeniaban.

Sidney Olcott dirigió la película, y lo hizo en forma excelente, con la única excepción de las escenas de amor, que al principio fueron, de puro infantiles, ridículas. Sidney tenía la manía de las cintas de argumento sencillo, como "Little Old New York", y otras por el estilo, que había dirigido con éxito. Le gustaban los héroes juveniles, y durante las escenas amorosas entre Rudy y Bebe, no cesaba de advertir a cada momento:

—¡Ahora, Rodolfo, una expresión más infantil!

Cuando finalmente vimos esas escenas de amor en la sala de proyecciones, descubrimos que Bebe y Rudy parecían unos verdaderos colegas. Dicho de otra manera, las escenas resultaban insoportables.

Las dos figuras principales convinieron en que aquello debía enmendarse. Después de todo, M. Beaucaire no era un chiquillo, sino un cortesano del siglo XVIII, y la princesa no era una niña de corta edad, sino una dama acostumbrada a los galanteos.

Tanto Rudy como Bebe es-

tuvieron de acuerdo conmigo en que las escenas de amor deberían ser filmadas de nuevo, pero ninguno de nosotros quería ofender a Sidney explicándole el verdadero motivo de nuestra resolución. So pretexto de que las vistas habían salido mal, decidimos tomar las escenas de nuevo, y Rudy, Bebe y yo acordamos un código especial de señales. Me colocaría yo detrás de la cámara, y cuando el ardor de M. Beaucaire empezara a enfriarse, le advertiría lo siguiente: "¡Ahora, Rudy, una expresión más infantil!", lo cual, de acuerdo con nuestro código, significaba: "Hay que dar muestras de más fervor romántico". Gracias a este ardid, las escenas de amor resultaron verdaderamente emocionantes.

Más tarde, cuando los entrometidos, que no nos podían dejar en paz, trataron de malquistarnos a Rudy y a mí, adjudicaron todo esto como un argumento en mi contra. El "manager" de Valentino le hizo notar que si yo le quisiera de verdad, nunca me hubiera prestado a dirigir sus escenas de amor con otra mujer, y especialmente con una persona tan atrayente como Bebe Daniels.

Es claro que todo lo que hacía yo estaba mal, a juicio de los empresarios de Valentino. Como directora artística siempre insistí en que se respetaran hasta los detalles más meticulosos, sobre todo en lo concerniente a los trajes históricos. Antes de que empezara la impresión de "Monsieur Beaucaire", Rodolfo y yo realizamos apresuradamente un viaje a París, a fin de estudiar los trajes y el ambiente del siglo XVIII en Francia. Los productores protestaron contra este gasto adicional, alegando que el público, de todos modos, no notaría la diferencia, y que el dinero y los esfuerzos empleados serían inútiles. Pero más tarde, cuando se pasó la película y los críticos elogiaron calurosamente su belleza artística, se olvidaron de la persona que había estado a cargo de su dirección. Todo el mundo se atribuyó, en largas entrevistas concedidas a los periódicos, el

éxito de la presentación artística de la obra.

Al mismo tiempo, el rumor de que era yo quien "usaba los pantalones" en casa, que con el tiempo se hizo famoso y provocó muchas rencillas, empezó a circular en la prensa. Los periodistas habían advertido que Rudy me consultaba a mí siempre que ocurría alguna dificultad durante la filmación de una película. Lo cierto es que él tenía confianza plena en mi habilidad y en mi buen gusto, y quería que las cosas se hicieran como yo deseaba. Pero muy pronto empezaron a aparecer caricaturas en los periódicos, en las cuales se me presentaba a mí como el amo, con pantalones, y a Rodolfo como un niño que cumplía mis órdenes. Esto le dolía mucho, porque se trataba de una creencia general, y porque era un hombre orgulloso y sensible.

Una de mis tareas más delicadas consistía en mantener la paz entre Rudy y los periodistas. Constituía un cebo fácil para cualquier reportero a causa de su agresiva locuacidad y de carecer por completo de tacto y diplomacia. Al verse frente a un cronista, decía en el breve tiempo de cinco minutos lo suficiente para plantear complicaciones durante varios años y para que ocurriera una nueva ruptura entre él y los dirigentes de la industria cinematográfica. No sentía ninguna simpatía por Will Hays, ni se cuidaba de ocultarlo; además, le gustaba explicar detalladamente la forma en que se habían aprovechado de él los dirigentes de la Famous Players. Así, pues, en cuanto le veía conversar con un caballero o con una dama de la prensa, me acercaba en seguida, para tratar de cambiar el tema de la conversación. Esto no contribuyó a hacerme muy popular. Por lo contrario, los rumores acerca de mi carácter autoritario circularon más profusamente.

De modo que, a pesar de que la filmación de "Monsieur Beaucaire" tuvo un resultado feliz, desde muchos puntos de vista, comprendo ahora que llevaba dentro los gérmenes de

futuras disidencias, y que constituyó el principio del fin de toda la paz doméstica y la felicidad que Rudy y yo habíamos comportado.

Los malentendidos empezaron a producirse a causa de la intervención de personas que creíamos amigas nuestras, pero que se condujeron como nuestros peores enemigos. Al principio, sólo parecían piedras colocadas en el camino, que nos molestaban poco, pero no tardaron en convertirse en verdaderas montañas que no podíamos escalar, por no tener las fuerzas ni la paciencia necesarias para ello. Cada vez envenenaron más nuestras almas y destruyeron nuestra deliciosa intimidad, hasta que por fin fueron la causa de la ruptura de nuestro matrimonio. Y sólo entonces los intrigantes se declararon satisfechos.

Pero antes de explicar detalladamente estos acontecimientos y sus resultados desastrosos, quiero referirme a nuestro segundo viaje al extranjero, que fué breve pero rico en incidentes.

Mientras los escritores del estudio seguían redactando el argumento de "Monsieur Beaucaire", Rudy y yo, como dije más arriba, nos dirigimos a París para elegir los trajes y preparar el ambiente de la película. Como se aproximaba la Navidad, decidimos pasarla con mis padres en la Riviera. Rodolfo se embarcó para Europa diez días antes que yo. Permanecí en Nueva York con el fin de revisar los detalles financieros del contrato y firmarlo. Rudy no quería tratar esos asuntos; no los entendía, ni le interesaban.

Llegué al castillo de Hudnut en la víspera de Navidad, precisamente a tiempo para presenciar un incendio provocado por Rodolfo al tratar de prender la vela colocada en la parte más alta de la copa de un enorme árbol de Navidad que, en honor nuestro, había sido adornado magníficamente en la sala baja.

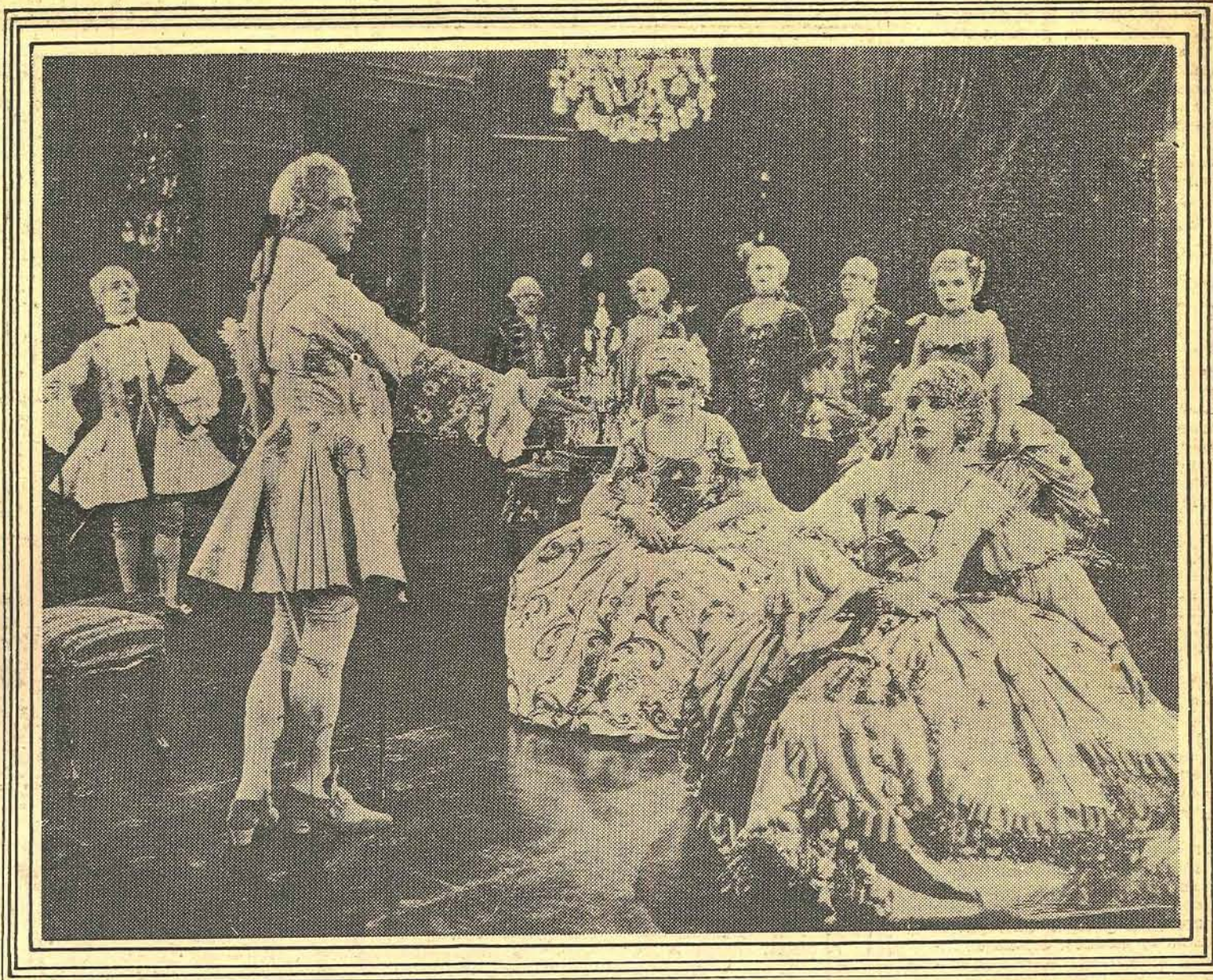
Por fortuna, la casa era toda de piedra, y las llamas no se propagaron. Alguien tuvo la presencia de ánimo de pro-

Una escena de "Monsieur Beaucaire", película que constituyó un éxito en la carrera artística de Rodolfo Valentino

poner que nos dirigiéramos todos al piso alto, donde, con una manguera corta, baldes, cacerolas y cuanto sirviera para contener agua, logramos, finalmente, extinguir el incendio. Las tapicerías y gobelinos de mi madre se ahumaron algo, pero no quedaron destruidos. Mi tía, con su acostumbrada calma, llegó hasta el extremo de salvar algunos de los regalos colocados en el árbol. Rudy se mostraba muy apenado, y mi madre, que le adoraba, no le dirigió el menor reproche.

Valentino había llevado de Nueva York una máquina de proyección, a fin de que mi madre y el tío Dickie pudieran ver sus películas, sin tener que esperar a que llegaran las primeras remesas a Europa. Con su acostumbrada extravagancia, había elegido una máquina igual a la del Capitol Theatre, de Nueva York. Llegó en varias partes, en un camión. Diez hombres fueron empleados para trasladarla a casa, y otros tantos para armarla. Se contrató a un perito cinematográfico de Niza, pero el joven francés sabía muy poco acerca de la complicada máquina norteamericana. Las figuras aparecían en la pantalla cabeza abajo, o tan grandes, que las personas parecían decapitadas y sin pies, cosa que no agradó al protagonista de la obra. Después de maldecir a todos los mecánicos extranjeros, Rudy desarmó la máquina para armarla de nuevo. Pero antes de que terminara la tarea llegó el momento en que debíamos regresar a los Estados Unidos. La exhibición particular de las cintas se postergó para el verano siguiente.

Valentino convirtió una de las tres habitaciones del castillo en un laboratorio para revelar fotografías, y, según opinión de los peritos fotógrafos, era aquella la instalación mejor equipada de Francia. Rudy tenía centenares de cámaras fotográficas, grandes, peque-



fias y medianas. Solía pasar horas enteras sacando fotografías, haciéndonos posar a nosotros, sólo para descubrir, después, que había dos o tres fotografías en la misma placa. Pero Rudy siempre insistía en que se trataba de un defecto de la cámara, y salía apresuradamente a comprar otra. No es extraño que muriese como vivió, cargado de deudas.

CAPITULO XV

Una visita a España

UNA vez terminada la "filmación" de "Monsieur Beaucaire", a principios de la primavera, Rodolfo se dirigió a la Florida en compañía de un muchacho francés amigo suyo, mientras yo permanecía en Nueva York para preparar los trajes y el decorado de la nueva película: "El diablo santo".

Tropezamos con grandes dificultades hasta encontrar el argumento apropiado de esta segunda película nuestra para la Famous Players. Finalmente, después de mucho buscar, elegimos la obra de Rex Beach, titulada: "El extremo de la cuerda". Rudy estaba encantado con el argumento, en la forma como le fué presentado originalmente. Se trataba de una revolución en la América del Sur, llena del color, del interés y de las situaciones dramáticas que habían caracterizado a "Los cuatro jinetes". Además, el tema central era una guerra, y creíamos que la película tendría mucho éxito.

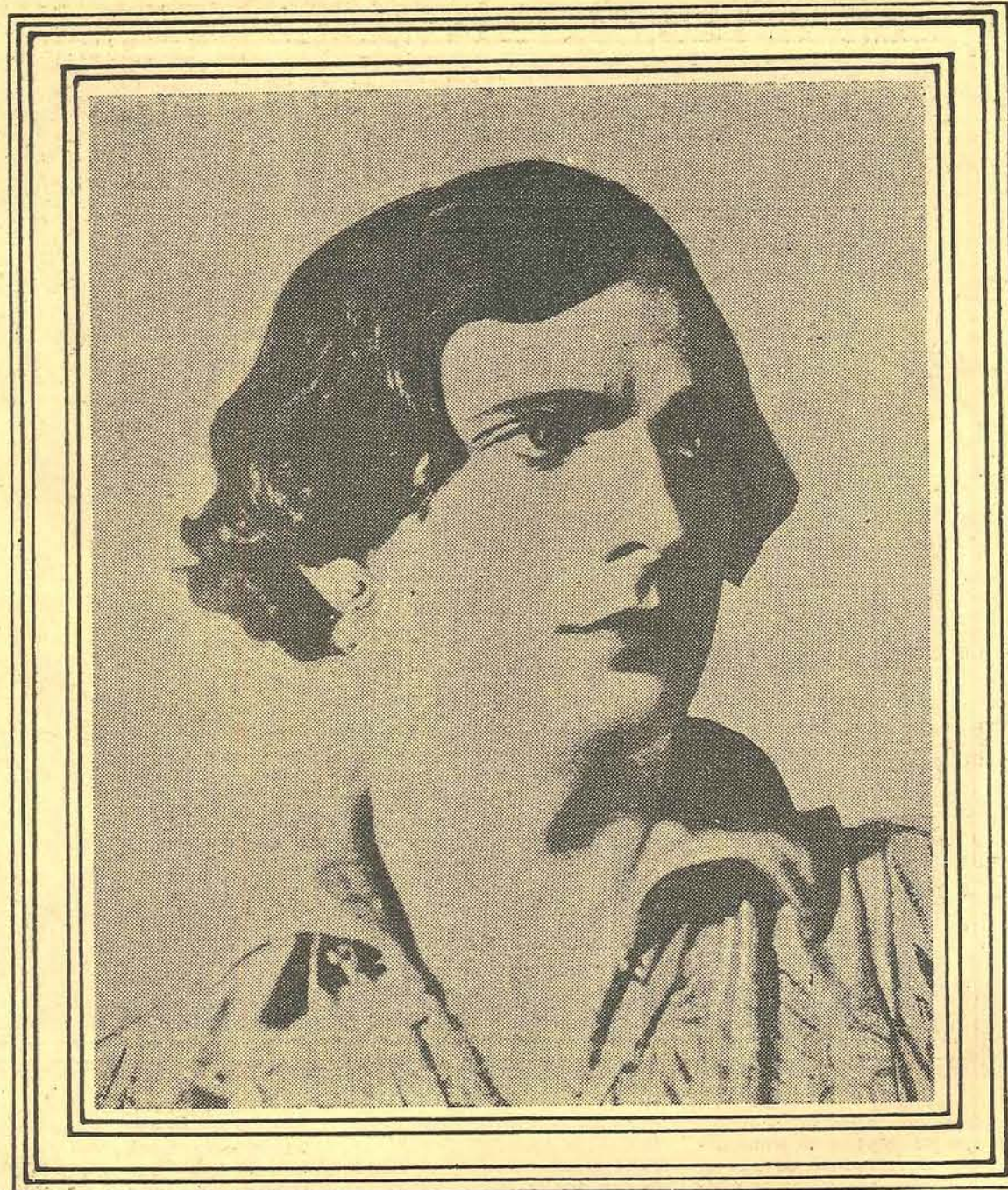
Pero después de aceptar y pagar la obra, los directores decidieron súbitamente que, por razones de política internacional (o de gastos), debían eliminarse todas las referencias a la guerra. En otras palabras: se amputó el tema principal de la obra. Quedaron solamente unos cuantos incidentes fragmentarios, hilvanados en un argumento pobre, y se decidió dar a la producción el nombre de "El diablo santo".

Protesté francamente contra esa mutilación de una obra buena, porque quitaría todo el interés a la película, y predije que sufriría un fracaso. Pero mis objeciones no fueron tenidas en cuenta, y con el objeto de no provocar nuevas complicaciones, decidí guardar silencio. Era la última película de nuestro contrato con la Famous Players, y no queríamos enredarnos en más pleitos. Haríamos cualquier cosa con tal de no alterar la paz.

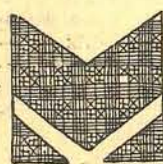
Cuando se exhibió la película, fui culpada del fracaso que sufrió. Aseguraron que había sido yo quien eligió la obra, y era inútil recordarles que ellos la habían mutilado. Pero en esa época ya me había acostumbrado a cargar con todas las culpas. Me acusaban de sacrificar a Rudy a mis propias "ambiciones egoístas", y de querer convertirme "en una potencia en la industria". Mi conciencia podría acusarme de muchas cosas, pero nunca de perseguir ese fin despreciable.

Deseábamos que Nita Naldi desempeñara el papel de heroína con Rudy en "El diablo santo", pero cuando lo propusimos a la Famous Players, se negaron a acceder a ello, alegando que Nita había engordado demasiado para poder representar un papel en una película. Se lo dijimos así a Nita, quien se echó a reír, declarando que había engordado a propósito, porque no eran de su agrado los papeles que le asignaban.

Como sabíamos que Nita era capaz de hacer cualquier cosa por Rudy y por mí, incluso renunciar a sus "spaghetti", propuse a la Famous Players encargarme de hacerla reducir de peso para que le permitieran trabajar en la cinta. Me contestaron que sí, con tal de que rebajase unos quince kilogramos, cosa que, por otra parte, no les parecía humanamente posible. Nita tenía un temperamento verdaderamente latino. La felicidad, para ella, consistía



MI MAYOR EMOCION ANTE LA CAMARA



La mayor emoción ante la cámara ocurrió durante la filmación de "Night Ride", mi última película para la

Universal, en la que desempeñaba yo el papel de un reportero de diario amenazado de muerte por una banda criminal. Por extraña coincidencia, encarnaba al victimario un viejo amigo mío: Edward G. Robinson, condiscípulo mío cuando niños, en la escuela de arte dramático de Nueva York.

La escena se desarrollaba en un automóvil que, en una no-

che de lluvia, corría vertiginosamente por una calle mojada. Robinson, el asesino, me llevaba prisionero en el interior del coche. El director, que era John Robertson, deseaba que la escena resultase todo lo real posible. Y resultó, en verdad.

La cámara iba colocada en el asiento del conductor y el vehículo se deslizaba a toda velocidad sobre el pavimento, resbaladizo como un espejo. Patinaba el automóvil de una a otra esquina, describiendo

JOSEPH
SCHILDKRAUT

la ambición de desempeñar su papel en "Peter Pan". En realidad, estaba todo convenido para eso, cuando intervino sir James Barrie, negándose a permitir que caracterizara el personaje favorito de su creación. Lo cierto es que el asunto era entonces objeto de muchos comentarios. Y durante los largos intervalos entre la "filmación" de las escenas, Nita solía sentarse en medio del "set" de Gloria con la falda levantada hasta las rodillas y un aire muy inocente, mientras pretendía estudiar un libro en cuyas tapas había escrito "Peter Pan" con grandes letras negras.

—No queremos que nuestro Rudy caiga en las garras de una vampiresa—solía decirme.

Con esta película terminó nuestro contrato con la Famous Players, y Rudy se encontraba nuevamente libre para poder trabajar en otras dos contratadas por J. D. Williams y la Ritz Co. Como primera obra queríamos utilizar "Captain Blood", de Sabatini, pero mientras Mr. Williams discutía sus valores escénicos, otra persona adquirió los derechos de la "filmación". En consecuencia, escribí una obra parecida a "Captain Blood", aunque con

violentos zig-zags, y nosotros teníamos la evidencia de que íbamos a volcar de un momento a otro o a chocar contra el primer obstáculo que surgiera a nuestro paso.

La velocidad del coche aumentaba y los zig-zags se hacían más intensos. No pensábamos apenas en los papeles que debíamos interpretar. Y respiramos, recomfortados, cuando la escena terminó y nos vimos sanos y salvos.

Siempre recordaré las peripecias de aquella noche, que me proporcionó la mayor de las emociones experimentadas frente a la cámara cinematográfica.

un argumento algo diferente, en la cual Rudy debía desempeñar el papel de un príncipe moro del siglo XIV. Con su afición hacia todo lo oriental, hubiera encarnado el personaje en forma soberbia. Presenté el argumento a la consideración de Mr. Williams. Después de leerlo, lo mostró a muchos escritores de Nueva York, y las críticas fueron muy favorables. No aparecía yo como su autora, porque ello habría bastado para que fuese objeto de toda clase de censuras. Finalmente, Mr. Williams convino en comprar la obra por diez mil dólares y en permitir a Rudy que desempeñara el papel de protagonista en ella, con el título de "El halcón".

Nuevamente pedimos permiso para que Nita Naldi desempeñara el papel de heroína. Con sus grandes ojos negros y sus facciones orientales, tenía una belleza exótica que la capacitaba perfectamente para ello. Cuando marchamos al extranjero, con el fin de comprar trajes para la nueva cinta, pedimos a Nita que nos acompañara, por lo menos en parte de nuestro viaje, a fin de que pudiera estudiar el ambiente histórico del Viejo Mundo.

Mientras Rudy y yo recorriamos Sevilla y Granada, Nita permanecía en París, pero nos reunimos en el mes de octubre para realizar una jira por el distrito de Turena y visitar los famosos castillos del Loira. Las bromas de Nita nos impedían tomar las cosas en serio. En los comedores de los hoteles su voz estridente se oía sobre todas las demás, mientras contaba toda clase de anécdotas y chistes. Por debajo de la mesa la acosábamos a puntapiés en las espinillas, porque la mayoría de sus chascarillos eran de color demasiado subido para referirlos en público. Pero Nita continuaba su cháchara, siendo el blanco de todas las miradas. Su notable belleza llamaba más la atención que su charla.

Llegamos a Chaumont una mañana, al mismo tiempo que un grupo de turistas de la Agencia Cook. Todos los ojos se clavaron en Nita. Mientras la gente la devoraba con la vista, exclamó súbitamente:

—¡Mimi, mi querida Mimi! ¿Dónde está? ¿Se ha perdido la princesita china!

Los turistas corrieron en todas las direcciones en busca de la princesita, y al cabo de un rato Nita anunció que la había encontrado levantando de entre un montón de flores un perrito negro, mojado y tembloroso.

Rudy visitó atentamente los castillos de la época del Renacimiento. Quería comprarlos todos. Le llamó especialmente la atención el de Chambord, el más grande e imponente, que tiene más de cuatrocientas habitaciones. Incansable y entusiasta, nos hizo correr por las galerías y las habitaciones húmedas y frías hasta el punto de caer extenuadas. ¿Cuánto le gustaría ser el propietario del castillo! Con su imaginación volcánica llenaba las habitaciones de huéspedes y organizaba partidas de caza y banquetes dignos de Francisco I.

—Pero, Rudy —le advertí, tratando de calmar su ardor—, vivimos en tiempos modernos. Aquí no hay calefacción ni criados. Solamente para conducir a los invitados a sus habitaciones necesitaríamos tres mucamas y un "valet" en cada piso...

—No hay necesidad de preocuparse por nada de eso—contestó Rodolfo—. Si diéramos a cada huésped una vela, una guía de la Agencia Cook, una bolsa de agua caliente y una botella de whisky, ¿qué más podría desear?...

Pero, entre todos los países europeos que visitamos, el que más encantó a Valentino fue España, y sobre todo Granada, con su Alhambra, y Sevilla, con su Alcázar y sus corridas de toros. Cuando partimos, hubiera podido escribir un Baedeker del país, porque desplegó una actividad incansable para verlo todo. Como hablaba el castellano perfectamente y se adaptó en seguida al ambiente, en todas partes era tomado por español. El banquero a quien Rudy presentó su carta de crédito con muchas sangrías, no quería creer que era italiano hasta que Rudy le mostró su pasaporte.

Por suerte, llegamos a Sevilla cuando un famoso torero exhibía sus habilidades en presencia de la familia real. Yo no quería ir a presenciar la corrida; me parecía que el espectáculo no me agradaría, pero terminé por acceder, y al contemplar el arte desplegado por el matador, olvidé todos mis prejuicios contra las fiestas de toros. En cuanto a Rudy, se entusiasmó tanto que no se acordó de sacar películas de la escena, y tuve que asirlo de un brazo para que no saltara al ruedo: estaba loco de entusiasmo.

—¡He terminado para siempre con las películas!—exclamaba—. ¡No salgo de España! ¡Seré torero!

Y tomó la cosa en serio, insistiendo sobre el mismo tema durante toda una semana.

Como es natural, hicimos nu-

(Continúa en la pág. 45)

EL PALPITO NO ERA MALO, O TRISTE HISTORIA DE UNA "VACA"



HISTORIETA MUDA POR DANTE QUINTERO

UN VIEJO CONDADO PIRENAICO



cal, ya que de hecho no había allí más señorío que el de los condes de Pallars.

Se conoce la cronología de aquellos condes, si bien son algo oscuros los hechos allí ocurridos durante los primeros siglos, caracterizados especialmente por luchas contra los estados vecinos por disensiones causadas por los enlaces matrimoniales de algunos de aquellos nobles soberanos. Al conde Arnaldo Roger, en el siglo XIII, le vemos formar parte de la liga de nobles catalanes que se confederó y alzó contra el rey Pedro II, el Grande. Estando todos los confederados reunidos en Balaguer, la capital del vecino condado de Urgel, llegó el Rey y les puso cerco. Llevaba tres mil caballos y cien mil infantes, cosa desusada en aquel tiempo, y "con cinco trabucos, que llamaban brigolas, muy grandes, de día y de noche, con piedras combatían los muros y casas de aquella ciudad", dice una vieja crónica. Los cercados, después de defenderse bravamente y por largo tiempo, hubieron de capitular y fueron llevados presos a diversos castillos del reino, con grillos y cadenas y con buenos guardas. Una vez puesto en libertad aquel conde de Pallars, D. Arnaldo Roger, casó con la Princesa griega Láscaris, de cuyo matrimonio nació Sibilia, que llevó también vida muy accidentada.

El último Conde de Pallars fué Hugo Roger. Era entonces Rey de Aragón y Cataluña Juan II, de mala memoria, tercero de los miembros de la dinastía castellana que se había apoderado de aquella Co-

Ruinas del castillo de Mur, residencia de los antiguos condes de Pallars (Siglo XI)

nal. Después de una lucha de doce años hicieron las paces Cataluña y el Rey, pero del perdón general dado quedó exceptuado el Conde Pallars.

Llegado al trono Fernando el Católico, Hugo Roger se negó a reconocerle y continuó la lucha contra él. Dice el famoso cronista aragonés Zurita que "fué de las cosas más señaladas de aquel tiempo la porfía y pertinacia de D. Hugo Roger, que estuvo tan endurecido y obstinado, que ni los adversarios del rey D. Juan, ni los buenos sucesos y venturas, ni después la grandeza a que llegó el Rey su hijo le pudieron reducir a su obediencia".

Nueve años duró aquella épica lucha, sostenida con tanto denuedo y obstinación por un solo hombre contra el poder real. Ora con valedores, ora sin ellos, vencido unas veces y otras vencedor, cada día se presentaba más firme en lo que uno llamaban su rebelión y él su justicia. No le faltaban recursos con la vecindad del Rosellón y Cerdania y siempre que había de ausentarse de sus

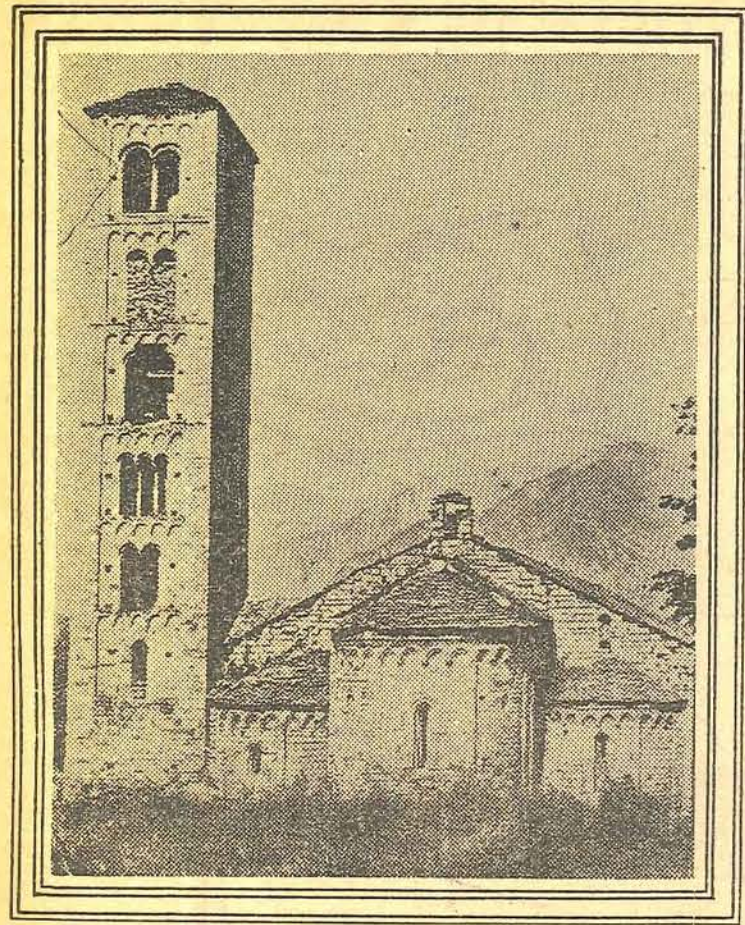
estados para pasar a Francia, en demanda de socorro, lo hacía sin temor ni recelo, pues dejaba al frente de ellos a su esposa Catalina, mujer de ánimo varonil, como él decidida y esforzada, como él inquebrantable en su decisión de tener alzados contra el Rey los pendones de la casa de Pallars. En 1491, caídos ya en poder del Rey casi todos los castillos de aquel territorio, rindió la Condesa el de Valencia de Aneó, último que le quedaba, y pasó a unirse con su esposo en Francia. El Rey profirió sentencia declarando traidores a los condes de Pallars y confiscando todos sus bienes. El conde Hugo Roger siguió luchando contra Fernando el Católico, a las órdenes del Rey de Francia,

primero, y después en Nápoles. Allí cayó prisionero, en 1503, y llevado a España, fué encerrado en el castillo de Játiva, donde acabó sus días.

Así terminó la vida del último Conde de Pallars y así terminó la independencia de aquel territorio que, desde entonces, forma parte de la Corona de España.

Cinco siglos van transcurridos desde entonces, cinco siglos que para aquel país pasaron en vano. El antiguo condado de Pallars, después de aquella tragedia, pareció haber quedado encantado, como los mágicos castillos de los cuentos de hadas, y las mudanzas que el mundo experimentó durante este tiempo no lograron penetrar en él, tanto que al amanecer el siglo XX, seguía siendo un rincón medieval, del que la civilización parecía haberse olvidado. La misma resistencia que opuso a dejarse dominar la opuso después a dejarse hollar por las vías de comunicación y por las modernas costumbres. La muralla que forman los altos picachos que lo circundan parece infranqueable; y tal como antes defendió la independencia del país, defendió después su paisaje y su carácter y los inmensos tesoros que su subsuelo guarda.

Pero también en esta otra lucha fué vencido. Y como un día hubo de rendir su altivez y su independencia, hoy ha de rendir sus tesoros y sus encantos. Las máquinas de desfonde, con los ingenieros y las brigadas, van avanzando a través de aquellos montes, como un día avanzaron por allí los ejércitos castellanos, y las estrechas sendas tantas veces recorridas por los altivos condes de Pallars al tratar de sus caballos, se van convirtiendo en anchurosas carreteras y en vías por donde el ferrocarril correrá rauda. Y pronto aquella Arcadia feliz, la de los bosques vírgenes, la de los rebaños placidos, la de las aguas cantaninas, la de las iglesias románicas, oirá el silbato de los trenes y el roncar de los automóviles; verá cómo abren por mil puntos su vientre para arrancarle el hierro y la hulla y los demás productos que guarda, y contará con balnearios espléndidos y hoteles elegantes, y un mundo cosmopolita—de sportsman y mineros, de turistas y de negociantes—, hará que el campesino pallarés, con su típico vestir y con su habla incontaminada, vaya pasando a ser un vago recuerdo histórico, como lo son ya hoy las interesantes figuras de aquellos condes que parecen legendarios.



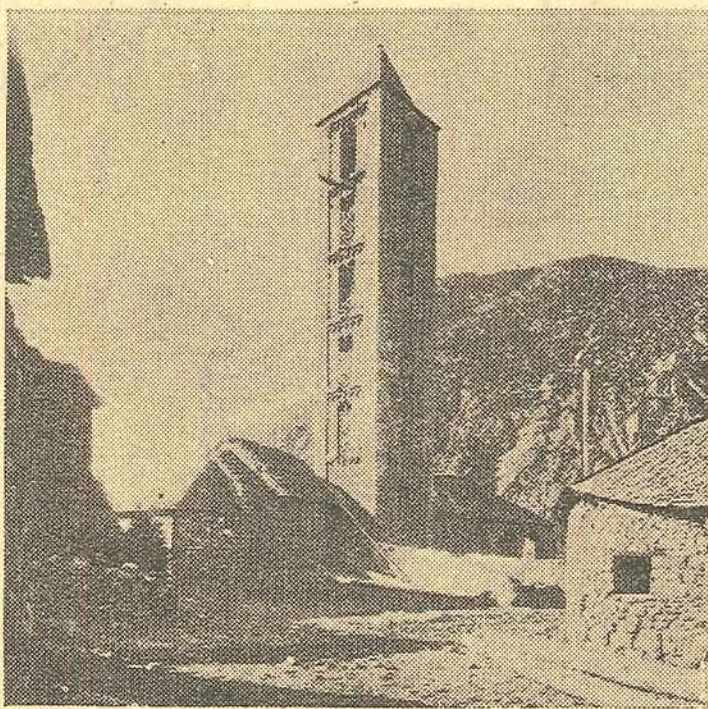
Iglesia de Tahull, poblado de 230 habitantes, con su campanario gigante (Siglo XII)

panarios de sus iglesias. Son éstas, por lo general, de escasa elevación y pobres de ornamentación arquitectónica; sus cubiertas son de pizarra, con pendiente pronunciada para que no se estacione en ellas la nieve. Pero, en cambio, sus campanarios pueden calificarse de gigantes, por la altura extraordinaria que tienen, que forma gran contraste con lo pequeño que es el poblado y con la poca altura de la iglesia. Son unas recias torres cuadrangulares, que tienen seis o siete plantas o pisos y que parecen desafiar a los alterosos picachos que los rodean.

Impresiona, igualmente, la decoración interior de los ábsides de algunas de estas iglesias. Es una notable policromía, de aspecto bizantino, en que los temas son desarrollados en fajas horizontales. La riqueza del colorido y la valentía de la composición contrastan con la pobreza ornamental que en los demás órdenes campea en aquellas iglesias.

Fuera del orden religioso, el monumento más notable de aquel país era el castillo de Mur, hoy en ruinas. Era la residencia habitual de los condes de Pallars y estaba muy próximo al Cenobio del mismo nombre, que era el lugar donde aquellos condes recibían sepultura. Era un castillo sin foso, por estar rodeado de precipicios; tenía la forma alargada de una gran nave y su alta y robusta torre, de más de diez y seis metros, estaba dividida en cuatro plantas o pisos.

El condado de Pallars, de hecho, fué independiente hasta fines del siglo XV. Bien es verdad que había reconocido el dominio eminente o el señorío directo de la casa real de Aragón y Cataluña, pero ésta era más bien una dominación nomi-



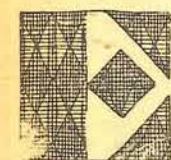
Iglesia de Erill, poblado de 80 habitantes, con su campanario gigante (Siglo XII)

rona, y padre de Fernando el Católico, el que casó con Isabel de Castilla, formando así la unidad hispana. Cataluña se había levantado en armas contra dicho Rey y el Conde de Pallars, Hugo Roger, fué nombrado jefe del ejército nacio-

J. VALLES
Y PUJALS

(Para LA NACION)

BARCELONA, julio de 1930



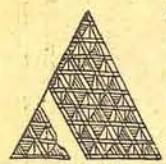
N la parte más alta y más accidentada de Cataluña, la que está engarzada en el agreste Pirineo, la más alejada del mar, existe un delicioso rincón que conserva todo el encanto medieval. Hasta ahora no llegaron allí los caminos ni ninguno de los adelantos de la moderna civilización. Muchos de sus habitantes, los que no traspasaron nunca la barrera de altos montes que lo circundan, no conocen todavía ninguna clase de vehículos, ni siquiera los más rudimentarios. Aquel territorio está formado por distintos valles, entre picos de nieves perpetuas, que alcanzan altitudes de más de tres mil metros. Es un remedo de la Arcadia feliz, de la civilización primitiva. Es un pueblo que se abrió a la vida intensa antes que muchos otros, que tuvo su historia accidentada e interesante y que en el siglo XV quedó estancado, como fosilizado, no habiendo desde entonces andado un paso más.

Los moros, cuando invadieron la Península Ibérica, no pudieron llegar a aquel paraje. Los francos, cuando persiguiendo a los moros se establecieron en la parte norte de Hispania, tampoco penetraron allí. Como en un estuche mágicamente cerrado, aquel pueblo se conservó virgen de invasiones.

Llamóse aquel territorio el Pallars, de donde tomó el nombre el principal río que lo cruza: el Pallaresa. La forma política que adoptó desde antiguo fué la de Condado independiente. Constituíanlo muchos poblados y caseríos, que viven todavía hoy, con su aspecto tosco y primitivo. Y destacaban gran número de monumentos religiosos, testimonio de la fe de aquellos tiempos. Ya en la segunda mitad del siglo VIII existía un monasterio en Gerri, y durante los siglos IX, X y XI se desarrolló allí de tal modo la vida monacal, que fueron en gran número las abadías, los conventos y las colegiadas que se erigieron en aquellos parajes. Quien quiera conocer un poco a fondo la arquitectura románica no puede prescindir de los monumentos religiosos del antiguo condado de Pallars, que si son sencillos, primitivos, de una rusticidad casi salvaje, tienen, en cambio, una pureza de estilo que encanta.

Lo que más llama la atención del que visita aquel país es la altura que tienen los cam-

LA HISTORIA DE AMOR DE UN CAZADOR



L romper el día, la tropa de antílopes abandonó el bosque vecino al río. No se sentía viento alguno. El aire era fresco, el pasto exuberante que tapizaba la selva virgen, resplandecía bajo el rocío. La llanura se extendía hacia el Este, partiendo de la maleza de junto a la corriente de agua. A esa hora, antes de que el sol aclarara el contorno de las colinas de Burrah, la planicie semejava un tranquilo lago sobre el cual unas franjas horizontales de niebla flotaban inertes en el aire inmóvil.

Luego el sol tomó altura y las colinas marcaron sus olas azules en la línea del horizonte; las nubes y la niebla habían desaparecido. El llano semejó una vasta extensión de cobre caliente, manchado de esmeralda en las partes en que la fuerte lluvia caída hacia dos noches, había hecho crecer nuevo pasto de la dura y recocida tierra.

En uno de estos parches verdes, muy lejos, en dirección al centro del llano, pastaban las gacelas. Desde Oriente llegó una brisa fragante, suavemente perfumada con el olor de las mimosas y acacias. Mientras comían las gacelas, volaban la cabeza en dirección al viento; el viejo macho era el que se hallaba más lejos, hacia el Este. Entre bocado y bocado alzaba la cabeza y escudriñaba el horizonte con sus penetrantes ojos, examinando el aire en busca de cualquier síntoma de peligro. Cuando miraba hacia el Oeste, a favor del viento, su mirada se hacía más aguda; en ese rumbo el sentido del olfato no le servía de nada, y debía contar tan sólo con la vista y el oído.

Pero no vio ni oyó nada. Sólo cuando sus ojos volvieron de nuevo hacia el Este, y bajó la cabeza para comer, tuvo la impresión de que Choo-i acababa de levantar su delgado y ágil cuerpo pocos centímetros sobre el nivel del pasto, y se acercaba con la astucia de una serpiente.

¡Ah! Era realmente astuto, Choo-i, el Chitah (1).

Habían pasado cuatro horas desde que sintiera por primera vez el olor de las gacelas en la maleza vecina al río. Esto lo excitó mucho. Durante un momento había aspirado el sutil y exquisito perfume de los antílopes a través de sus dilatados narices, y a duras penas pudo contener su violenta emoción. Calmándose de repente, empezó a seguir a sus víctimas, pero sin apuro. Había aprendido demasiado bien el arte de cazar para apurarse.

Llevaba ya tres horas de arrastrarse como una culebra tras de la tentadora huella.

★

El viejo antílope pastaba apartado del resto de la tropa, a unos veinte pasos. Doscientos pasos más allá alzabase un mechón de hierbas altas; allí se encontraba Choo-i. Pero a seis pasos nadie que hubiese detenido delante de esa maleza, habría podido distinguir algo en ella. El Chitah permanecía tan quieto, que su respiración parecía el movimiento que el viento imprimía al pasto; tan quieto que si uno hubiera visto su cuerpo entero, hubiera creído que estaba muerto. Pero en sus ojos había un brillante y húmedo destello, y detrás de ellos, en la mente, una ferocidad sólo igualada por la astucia que la dominaba.

Esos ojos miraban fijamente al viejo antílope, y sin paramientos en el resto de la tropa, los antílopes más jóvenes y sus crías.

El antílope comía. Si lo hubiese querido Choo-i hubiera podido arrastrarse hasta otra mata, pero no se movió. Rápidamente el vigia levantó la cabeza y empezó de nuevo su urgente reconocimiento del llano. El resto de la tropa, como previendo por instinto el peligro, dejó también de comer y miró en la misma dirección. Pero Choo-i no sentía la menor confusión ante estos semblantes desconfiados. No hizo esfuerzo alguno para esconderse; por el contrario, levantó de repente su cabeza y expuso a la vista todo su pecho. Un minuto después hubiera sido difícil decir cuál

se movía más ligero, si el viejo antílope o el mismo Choo-i.

★

Ningún antílope en el mundo corre más ligero que el guepardo. Ninguno lo hace de la misma manera. En el primer minuto espantoso del descubrimiento, las patas traseras del antílope se aflojaron, pero se endurecieron luego, como si un poderoso resorte de acero hubiera saltado debajo de ellas, y su cuerpo fue volando por el aire, saltando un arbusto tan alto como un hombre, tocando la tierra diez pies más allá, y brincando nuevamente, no tan alto, pero más largo; comienzo de una serie de esos brinco a grandes trancos, que a nada se parecen tanto como a un hombre saltando.

Sin embargo, si la fuga del antílope fue instantánea, lo mismo fue la de Choo-i. Lo mismo que su presa, pareció también proyectado por un poderoso resorte de acero, pero su trayectoria fue baja; no tenía ningún arbusto inmediato que evitar. Sus cuatro patas rozaban apenas la tierra y un minuto des-

POR

LEO WALMSLEY

ILUSTRACIONES DE JUAN CARLOS HUERO

recía un gallardete detrás de sus patas traseras, que se movían casi invisiblemente. ¡Prisa, presa! En cinco minutos había reducido a cien los doscientos pasos que lo separaban al principio de su presa. Ya podía oír la respiración pesada del antílope, y el ruido de sus patas al saltar sobre la dura tierra. Pero el antílope corría bien.

Su camino era casi recto; media milla más allá de la acacia de los rinocerontes, llegó a una corriente de agua, de tres metros de ancho. El fugitivo la pasó de un solo salto, pero no acababa de hacerlo, cuando Choo-i se preparó para un salto menos espectacular, pero no

ninguno de los que sus padres habían muerto. Con ojos que brillaban triunfalmente, lo examinó. El chitah olió la sangre que brotaba por sus arterias abiertas. No se le ocurrió comerlo; no tenía hambre. Su regocijo era puramente de cazador. Puso sus patas delanteras sobre el lomo del antílope y levantando la cabeza, miró hacia el Oeste, a un monte distante.

Y al hacerlo empezó a temblar violentamente: respiraba como si de repente el aire se hubiera vuelto insoportable de caliente.

El llano parecía de nuevo en paz. Los rinocerontes dormían tranquilamente bajo la acacia. La cebra había dejado de comer y exceptuando la tropa de antílopes que habían desaparecido y el marabú que ya no volaba en círculo sobre sus cabezas, todo, según hubiera creído un ser humano, estaba lo mismo que cuando empezó la cacería.

Pero no lo estaba para Choo-i. En ese momento comprendió que todo lo que contaba para

gro. Un hechizo parecía dominar a los dos. Fue la hembra la primera en romperlo.

Con un extraño y sordo grito que era casi un gruñido, se adelantó primero y luego se detuvo bruscamente. Un estremecimiento pasó por el cuerpo de Choo-i. Pero no era porque temiera un peligro, porque no había visto el motivo por el cual ella se detuvo; no había advertido la cuerda que ella tenía alrededor del pescuezo, y que la mantenía sujeta al árbol. Sólo vio el supremo objeto de su deseo, y de repente saltó hacia el claro del monte. Pero no había andado la mitad del espacio que los separaba, cuando sintió, de pronto, una fuerte resistencia en una de las patas. El chitah dio un fuerte tirón, pero descubrió que la pata estaba atada fuertemente. Tiró de nuevo y agachándose, mordió con rabia la delgada cuerda que lo retenía.

★

Durante los minutos que siguieron, Choo-i no supo lo que le pasaba. Primeramente oyó un grito que salía de entre el espeso follaje. Miró hacia arriba y vio la cara de un hombre, que lo miraba con ojos escudriñadores; como no tenía experiencia alguna de seres humanos, no lo reconoció, sin embargo, como tal. El grito se repitió por todos los lados en la selva y en seguida se produjo un espantoso estallido de gritos, tambores y palos que chocaban, haciendo un verdadero tumulto.

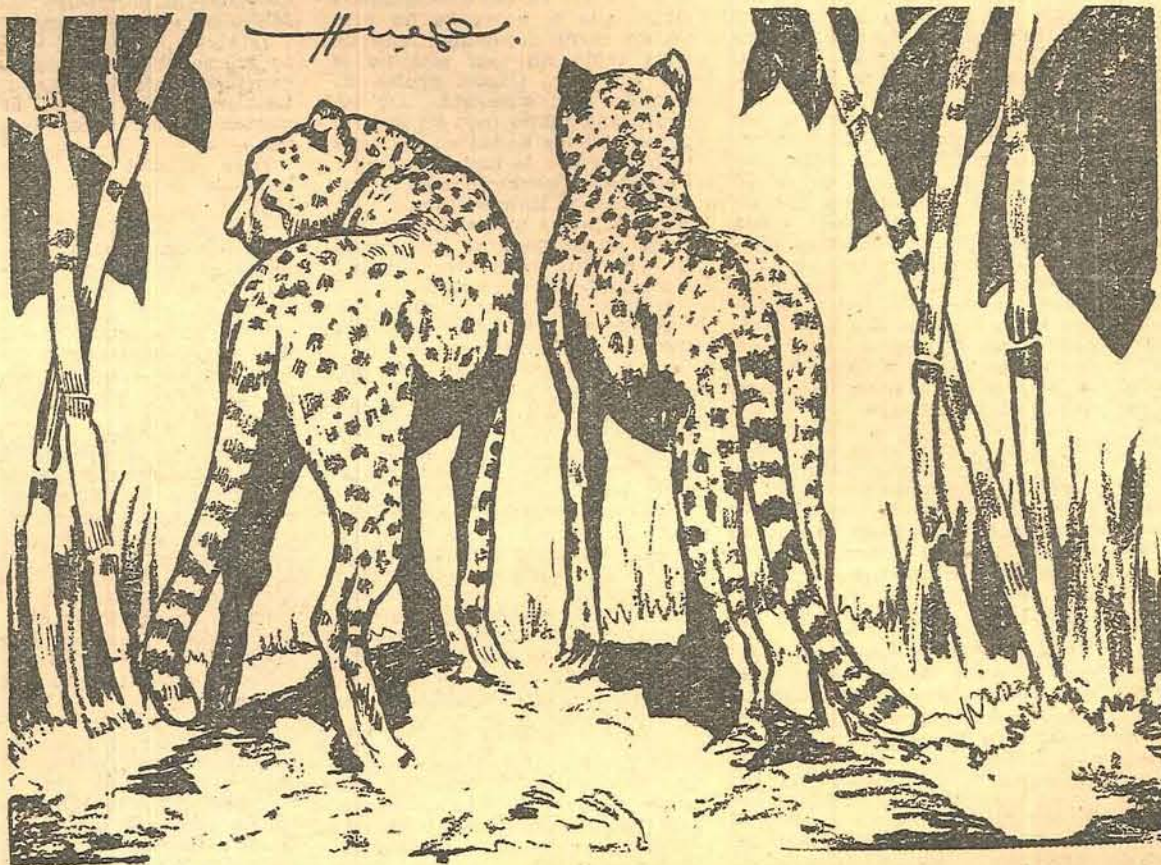
En trance de terror, Choo-i continuó mordiendo la sogá. Llegó a olvidar a la hembra; no la vio atada a su propia cuerda. Ni siquiera advirtió, con el creciente tumulto, el ruido que la sogá de la prisionera hizo al romperse. Cuando miró nuevamente para arriba vio dos espantosas y desconocidas criaturas que se adelantaban hacia él. Percatóse que eran enemigos y los mostró sus dientes en un gruñido salvaje, tratando en vano de saltar sobre ellos. Blandiendo sus palos, las criaturas se adelantaron hasta muy cerca de sus dientes, mientras al mismo tiempo, cuatro seres más avanzaban por el lado de la selva, a la derecha e izquierda de Choo-i. El animal se dio vuelta para hacer frente a sus atacantes, pero entonces sintió que otro grupo se adelantaba por el lado opuesto y giró el cuerpo nuevamente. Todo fue inútil; un minuto después tiraron una manta sobre su cabeza, cegándolo por completo. Los miembros que tenía libres fueron apresados y asegurados con sogas adicionales de cuero, y de repente fue arrojado sobre el suelo... Choo-i estaba prisionero.

★

Su terror fue indescriptible. La manta, asegurada alrededor de su cabeza, le impedía ver y la lana artificial ensució pronto sus dientes. Casi se asfixió. El ruido lo asustaba más que todo; los gritos, el ruido de los tambores y los golpes de los palos en el suelo. Sin embargo, en medio de su terror, Choo-i reconoció un sonido que tenía algo de calmante. Era una voz que él tendría que reconocer como la de su amo, una voz que debía temer, obedecer, y por fin amar, a su salvaje manera.

Si Choo-i no hubiera tenido los ojos tapados habría visto, agachado cerca de su cabeza, un hombre viejo, con una barba patriarcal, que usaba un ruinoso turbante sobre su cabeza y una manta más ruinoso aun alrededor de su cuerpo huesudo y encorvado. Llevaba en la mano un palo largo sobre el cual se apoyaba, mientras hablaba a su prisionero en dialecto regional.

—Vamos, vamos, cazador de antílopes, tranquilízate. No te vamos a matar. ¿No eres acaso un cazador? Tu manera de matar a ese viejo corredor fue realmente magnífica, para ser un chitah tan joven. ¿Acaso no te he visto desde lo alto de un árbol? ¿Acaso hubiera colocado esta trampa para ti con la hembra como cebo, si no hubiera reconocido tus méritos?... La hembra se nos ha escapado, pero tú vales más que doce de ellas... Calma ahora... Calma. Pronto vamos a soltar tus patas y marcharemos en triunfo a la ciudad del Sultán, mi amo; entonces empezará tu educación y, con el tiempo, cazarás todo



pués empezó a correr a grandes trancos, y los trancos de un chitah son tan rápidos como el viento.

Doscientos pasos separaban al cazador de su presa, cuando empezó la caza. Choo-i hubiera podido lograr que esta distancia fuera mucho menor, si lo hubiera querido. Pero semejante estrategia es para los viejos cazadores, no para los jóvenes. Para él, lo lindo, lo emocionante de la cacería era la caza misma, y la carne más tierna del mundo no le hubiera hecho disminuir en una yarda la distancia. ¡Oh! La dulce caricia de la tierra caliente bajo sus patas, el olor del antílope cada vez más fuerte en sus narices, la vista de ese cuerpo que saltaba delante suyo. El viejo antílope perseguido corría rectamente hacia el Este, en contra del viento, en dirección a una acacia a cuya sombra, una familia de rinocerontes se resguardaba del sol. Los pájaros blancos que picoteaban los bichitos sobre su lomo, volaron silenciosamente al acercarse el antílope. Prevenidos de esta manera los dos rinocerontes, se dieron vuelta rápidamente. Pero luego volvieron filosóficamente a su apacible sueño, antes de que el antílope los hubiera pasado; ni siquiera dedicaron una mirada a Choo-i.

Tampoco los miró Choo-i a ellos, como tampoco lo hizo a la cebra que huyó desalada, al presentir el peligro.

Nada le importaba a Choo-i. Si un león hubiera cruzado su camino no habría cambiado su propósito. ¡Prisa! ¡Prisa! Ningún animal, ningún cuadrúpedo en la Naturaleza entera puede compararse con el chitah, en una carrera horizontal, para una distancia razonable. Llevaba sus pequeñas orejas apretadas contra su cabeza. Su larga cola era una vara rígida que pa-

menos rápido. Cien pasos más y la distancia que los separaba era ahora inferior a cincuenta. En cincuenta pasos más llegó hasta diez y en ese momento el antílope con una mirada de terror, debió haber comprendido su situación desesperada, porque aumentó aún más su velocidad, pero sólo para disminuir, al llegar a un montecito espeso de arbustos. Advirtió que era imposible saltarlo, y torció hacia el Norte. Cien pasos más y llegaba a otro arroyuelo. Saltó, tropezó ligeramente, pero recuperó el equilibrio y ganó terreno en el espacio duro, casi sin pasto, que seguía.

Un minuto más tarde Choo-i estaba sobre sus talones. El antílope brincó nuevamente, pero Choo-i recuperó la ventaja del salto y siguió pisándole los talones. Y fue Choo-i quien saltó la vez siguiente; eligió el momento en que su víctima se preparaba para otro brinco. El chitah se proyectó con las patas traseras y cayó sobre las delanteras solamente, con la boca cerrada. No hizo ningún esfuerzo por morder. Su propósito era montar a horcajadas sobre el antílope. La maniobra tuvo éxito; su víctima tambaleó. Sin perder un instante Choo-i saltó al suelo y embistió al pecho del antílope, cerrando sus garras alrededor del cuello, y para colgarse de él y mantenerse así hasta que la víctima cayó cabeza abajo, rompiéndose el pescuezo con un ruido parecido al de un tiro de fusil.

★

¡La primera vez que mataba solo!

Choo-i había matado otras veces, pero con ayuda de sus padres.

Mas ahora, tanto el rastreo como la muerte eran cosa suya; el antílope era más grande y había corrido más ligero que

él en su existencia, iba a cambiar. Olvidó la caza: el trofeo cuya carne palpitaba aún bajo sus patas. Olvidó la existencia de sus padres. De un salto dio vuelta hacia el Oeste y tan velozmente como había cazado, echó a correr a través del llano, en una carrera recta hacia el monte vecino al río.

Pronto llegó a él. Había allí un sendero que conducía al invisible río. Lo siguió unos cincuenta pasos y entonces se internó en la selva virgen, andando paralelamente al río durante una corta distancia. De repente apareció al borde de un pequeño claro, en medio del bosque. Allí se detuvo, como si cada músculo de su joven y soberbio cuerpo, se hubiera transformado en metal inmóvil.

En la extremidad del claro, donde el monte empezaba de nuevo, había un árbol solitario con su tronco hueco. Frente mismo a él parada en un lugar donde daba el sol, se encontraba una chitah de la misma edad de Choo-i, pero más delgada. Ella permaneció inmóvil, con su cabeza levantada, y lo mismo que Choo-i, parecía moldeada en una substancia sólida, en postura de estatua. Pero sus ojos como los del Choo-i estaban radiantes. Ellos estaban fijos en los suyos, arrogantes, femeninos. Y Choo-i comprendió en ese momento que había encontrado lo que él, como buen cazador, necesitaba: una compañera.

Este fue para él un momento de éxtasis supremo. Sólo sentía una cosa; la presencia de la gueparda. Una multitud de olores desconocidos, de extraños y vagos ruidos, invadieron sus agudos sentidos. Cualquiera de ellos, en circunstancias ordinarias, lo hubiera hecho agachar hasta el suelo o correr hacia el llano a toda velocidad. Pero él no los sentía, no sentía el peli-

lo que quieras. Pero tienes que aprender a ser amigo, antes de que esto suceda. Debes dejar de ser salvaje; debes aprender a reconocer mi voz y obedecerla; hasta que suceda esto, tal vez tengas que sufrir.

¡Pobre Choo-i! A pesar de lo dulce e hipnótica que era la voz del hombre, él no tenía más sentimientos que los del dolor y el temor, y un deseo salvaje de sentirse libre. Tuvo esperanzas de ello cuando le soltaron las patas. Se levantó entonces, pero cuando se preparaba a correr, sintió dos ataduras en su lomo y abdomen, y el esfuerzo sólo le produjo dolor. Atadas a cada lado de una faja tenía dos sogas largas, que mantenían estiradas y bien aseguradas dos compañeros del hombre viejo, quien dió la orden de adelantar. Choo-i no se movió, pero fue obligado a hacerlo por las lastimaduras que le producían las sogas. La manta aun envolvía su cabeza, inutilizando sus ojos y sus dientes, y el tumulto general aumentó, aun cuando dejaron el río y se dirigieron por un sendero que conducía a la aldea.

—Es una belleza—gritaban los hombres que tenían las sogas.

—¿No viste sus dientes cuando gruñó? Me habrían arrancado la mano si la sogas se hubiera cortado en ese momento.

—Va a ser un espléndido cazador. El viejo Mahmud es muy ladino. Qué bien colocó la trampa. ¿Viste como la hembra rompió su cuerda? Y era una cuerda nueva. ¿Lo haría ella por ver mejor a nuestro prisionero?

—No, no; aprovechó la ocasión, corrió hacia la selva, desapareciendo como una flecha. A pesar de estar domesticada, prefería ser libre.

—Sin embargo, ella lo miró. Si éste recobrara la libertad, por Alá, que volverían a encontrarse.

¡Pobre Choo-i!, ya no pensaba en esa posición compañera que involuntariamente lo había atraído a semejante apuro. Cada músculo de su cuerpo le dolía. Su boca y su garganta le quemaban, y apenas podía respirar a través de la manta. Pero su mayor tortura era el ruido que hacían los hombres y que lastimaban sus órganos auditivos exquisitamente sensibles. Y, sin embargo, este ruido no era nada al lado del que estaba destinado a oír, antes de que aprendiera a reconocer y obedecer la suave voz de Mahmud.

¡Ruido! Es así como se adiestran a los chitabs para sport de los hombres. El chitab es tal vez el animal más fácil de domesticar entre todos los cazadores, siempre que sea separado de sus padres mientras se halle aún en la lactancia. Pero si de este modo es fácil amansarlo, en cambio resulta malo como cazador; ningún chitab aprende a cazar bien si no es enseñado por sus progenitores. Cuando conoce ya casi ese arte, cuando ha aprendido la técnica de su maravilloso salto, el momento preciso de hacerlo, la manera de precipitarse sobre la presa y agarrarse de su pescuezo, lo que queda por hacer, para el hombre que lo adiestra, es quebrar su espíritu salvaje de caza, curar su inmenso amor por la libertad y enseñarle a obedecer a una voz o un silbido, de manera que matando por voluntad a su dueño, soportará sus arneses, y lo mismo que el halcón, se contentará con compartir la comida.

Para dominar su espíritu de caza nada es mejor que el ruido, poca comida, poca agua y poco sueño; pero, sobre todo, ruido.

Choo-i recorrió las angostas y populosas calles de la aldea y pasó por la plaza del mercado. Hombres, mujeres, niños le gritaban al pasar. Perros salvajes, atraídos por el olor a carroña, corrían hacia él, ladrando y acercándose cobardemente a sus piernas, protegidas únicamente por los palos de sus captores. Lo llevaron a la casa del viejo Mahmud. Allí lo ataron entre dos camas de madera, en forma tal, que no podía sentarse ni acostarse sin que las cuerdas lastimaran su sensible piel.

Entonces, sin pérdida de tiempo, empezó su verdadero entrenamiento. Trajeron mujeres a su choza; mujeres viejas, que tenían voces ásperas como serruchos. Ellas se agachaban sobre su cabeza tapada, y hablaban, hablaban continuamente. Cuando una se cansaba, la otra tomaba su lugar. En su dialecto, que es muy expresivo, le gritaban las cosas más abo-

minables; le hablaban de los demonios, de los cocodrilos, de moscas hediondas, de animales que devoran sus propios hijos. Le echaban maldiciones. Le juraban que llegaría el momento en que le quitarían toda la piel, le quemarían los ojos con hierros candentes, le arrancarían las garras una por una y lo colgarían sobre un fuego lento por su propia cola.

Y después, por breves intervalos, se oía la suave voz de Mahmud, que hablaba a Choo-i como si realmente fuera un niño caprichoso, a quien estuvieran castigando para su bien.

—Mi buen cazador: no hagas caso de esas gritonas. Escúchame a mí, Mahmud, tu amigo y tu amo. Ponte contento. Pronto pasará tu aflicción; pronto te llevaré al Sultán, mi amo, y le mostraré qué manso eres, pues me seguirás como si fueras un perro, sin correas. Entonces iremos de nuevo al monte y encontraremos veloces presas, y tú las matarás como mataste al antilope... Tu boca debe estar reseca. Tus oídos deben estar aturridos con estos gritos. Agua, comida, descanso y el orgullo de una vida de cazador te esperan para cuando aprendas a saber quién es tu amigo.

Tres días y tres noches sin agua, alimento ni descanso, y una hora escasa de intervalo en esa infernal charla de mujeres, ¡cómo no sofocarían cualquier brio!

A cortos intervalos, en ese período de tortura, destapaban los ojos de Choo-i, de modo que pudiera ver la cara del viejo Mahmud, y asociara un par de hipnóticos ojos marrones a esa voz que era para él el único consuelo. En la mañana del cuarto día fue Mahmud quien acercó un recipiente con agua a su pobre boca hinchada, y fue también Mahmud quien arrojó un pedazo de carne fresca al suelo y le alforjó las correas para que pudiese comerla.

—¡Come, come, cazador! Pobre cosa es para un chitab tan valiente—dijo suavemente Mahmud—. Cómelo—prosiguió—y piensa luego, con tu pequeña cabeza, quién fue el que te lo dió. Piensa después quién te dará la próxima comida y la próxima, hasta que puedas volver nuevamente a la carne que tú hayas cazado...

Cuando Choo-i concluyó de comer y calmó su sed sintió que una mano se apoyaba suavemente sobre su lomo. Gruñó un poco, pero la mano no se movió. Los largos y suaves dedos se pasearon lentamente por su lomo, acariciándolo. Choo-i emitió el run-run de los gatos cuando están contentos, hasta que le pusieron de nuevo su capote, ocultando la débil luz que había en la choza. Esa noche no hubo charla de mujeres, y Choo-i durmió al lado de la cama de Mahmud, teniendo tan sólo atada una de sus patas, y una caperuza de género, ridículamente parecida a las gorras de noche de los señores viejos, que amordazaba a esos colmillos que hubieran podido atravesar el cuello de Mahmud lo mismo que si fuera una hoja de plátano. El espíritu salvaje del cazador estaba dominado.

Pasaron las semanas; Choo-i aprendió a conocer la voz de Mahmud, a obedecer esta voz, y alegrarse cuando la oía, pues todo lo que resultaba agradable en su existencia—la comida, la bebida, el sueño—estaba asociado en su mente al anciano. Todos los días lo sacaban a hacer ejercicio, teniendo únicamente una sogas atada a su cuello y un capuchón sobre su cabeza. Pronto no se le dió más alimento dentro de la casa. Era conducido a un espacio abierto, no lejos de la aldea, cercado por una empalizada llena de púas. De repente sus aguzadas narices sentían algún olor y toda su tristeza se evaporaba en una fiebre de entusiasmo, tirando como loco de sus correas. Entonces Mahmud le hablaba suavemente, le quitaban el capuchón de la cabeza, le sacaba el collar y el animal corría más ligero que el viento hacia los conejos o liebres que habían soltado en la otra extremidad del corral.

Al principio, con todos sus primitivos instintos excitados, peleaba furiosamente con Mahmud, antes que entregar su presa. Pero poco a poco comprendió lo tonto de este procedimiento, pues era seguido de castigos, mientras que si entregaba la res muerta, con buen modo, se le devolvía, como recompensa.

El salvajismo de Choo-i esta-

ba subyugado. Aprendió a comer de la mano de Mahmud, a dormir tranquilamente en su cama con su cabeza recostada sobre el pecho del anciano, y fiel como un perro, a gruñir furiosamente al acercarse un desconocido. En comparación con los primeros días de su cautiverio, sentíase feliz. Sin embargo, en el fondo de su corazón quedaban miles de recuerdos de la floresta donde había nacido y había crecido. La obscura y húmeda selva, cerca del río, la laguna donde él y sus padres habían bebido al amanecer, y algunas veces, cuando descansaba en la cama del viejo Mahmud en el silencio de la noche, una extraña inquietud que lo obligaba a incorporarse aullando tristemente, como si de su memoria se levantara la visión de aquella hermosa chitah hembra de otros días, que lo miraba con ojos radiantes, tal como lo había hecho en el instante de su primero y trágico encuentro.

Y ni siquiera lo consolaba la suave voz de Mahmud en semejante situación; tan sólo sus aullidos lograban calmarlo un poco.

Un día, después de haber sido llevado a su campo de ejercicios y de haberse puesto nuevamente su capuchón, Choo-i sintió que se acercaba un grupo de seres humanos; uno de ellos tenía un olor que no le era familiar. Choo-i gruñó. El extraño olor aumentó. De repente una mano tocó su lomo y peinó con los dedos su delicada piel, así como lo hacía Mahmud. Pero aquel contacto no fue nada suave, y Mahmud pudo conseguir apenas que el animal no diera un zarpazo al extranjero.

—¿Es éste mi nuevo cazador?

—preguntó el desconocido.

—Este es. ¡Oh muy poderoso!

—contestó Mahmud, con voz suave y deferente.

—¿Y su enseñanza es completa?

—Gran señor, es más manso que un perro, y sólo se siente desgraciado porque no le he dado una oportunidad para demostrar sus méritos. Está listo para cuando lo deseeis, ¡oh Sultán!

—Lo haremos dentro de tres días, ¡oh Mahmud!—respondió la extraña voz—. Que no coma carne hasta entonces; que esté hambriento y feroz, para que nos divirtamos más... ¡Salaam, oh Mahmud!

—Salaam, oh Sultán!...

★

La partida de caza era pequeña; se componía del Sultán (un árabe alto y de barba blanca con porte dominante y feroz), Mahmud y cuatro sirvientes. Todos montaban petisos. Pero a la sazón, entrada ya la tarde, Mahmud se había apeado, y mientras el Sultán y su comitiva permanecían descansando bajo la sombra de una acacia, él habíase adelantado furtivamente llevando a Choo-i hacia el borde de una abra verde, donde tres jóvenes antilopes machos estaban pastando.

Choo-i tenía puesto su capuchón.

Mucho antes de que Mahmud los hubiera visto, el animal había sentido la presencia de su presa. Había vacilado en esa emergencia como lo hizo en la mañana fatal de su captura, temblando de agitación, pero con una agitación más fría y calculada, debido a la privación de alimentos durante tres días. ¡Carne! El deseo de comer carne, lo consumía como un fuego. Dolíale el chupado flanco y se le hacía agua la boca. Y sin embargo no había apuro en su manera de andar, no tiraba de la cuerda mientras seguía al

viejo Mahmud a través del pasto ralo de la selva. Porque Choo-i conocía a su amo. Choo-i sabía que dentro de unos minutos le quitaría de la cabeza el capuchón, que empezaría de nuevo la caza, y que cuando ésta hubiera terminado, el viejo Mahmud le ofrecería su presa, pondría sus suaves dedos alrededor de su cuello, le hablaría con su manera suave, y le daría su recompensa.

¡Carne! ¡Podría haber en la vida algo más deseable! ¡Carne que él mismo había muerto, un poco de agua fresca, dada en el hueco de esas manos que él había aprendido a querer, y después el descanso y el sueño hasta la caza del día siguiente.

Cuando Mahmud se detuvo el corazón de Choo-i latió fuertemente, pero se echó obediente al pasto, y su cuerpo quedó tan inmóvil como la muerte. De repente sintió los familiares dedos andar por su pescuezo y subir hasta donde se ataba la sogas. Pero Choo-i no se movió. El cierre se abrió y un relámpago de luz penetró en sus ojos. Tembló violentamente. La luz aumentó y le quitaron del todo el capuchón. A través de sus pupilas Choo-i vio a su presa.

—¡Haiya!... ¡Haiya! —gritó Mahmud con voz ronca.

—¡Haiya!... ¡Haiya! —El grito fue repetido por los que descansaban bajo la acacia, e instantáneamente se oyó el repiqueteo de los cascos de los petizos.

Pero Choo-i no necesitaba ninguna orden. Ya había partido.

¡Carne! ¡Carne! El no tenía más pensamiento que eso. No eligió el mayor, ni el más rápido; eligió el que estaba más cerca, el que le ofrecía más pronto satisfacer su urgente necesidad. Y una flecha no hubiera podido correr más ligero los primeros doscientos pasos de la cacería.

¡Carne! ¡Carne!

Detrás de él venían los "ponies". El sirviente que cuidaba la montura de Mahmud había galopado hacia donde él estaba; de un salto el anciano había montado y ahora galopaba al lado del Sultán, delante de los otros, mientras este último gritaba de entusiasmo.

—¡Haiya! ¡Haiya!... ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Pero Choo-i no pensaba sino en su presa.

Esta no era tan veloz como lo había sido el viejo antilope de antaño; sus saltos no eran tan regulados, ni tan poderosos. Sin embargo, era muy ligero. La distancia que los separaba al principio era grande. Por casualidad o intencionalmente, él tomó un camino más difícil.

Sin embargo, cada movimiento de Choo-i le daba una ventaja. Ni siquiera se agitó cuando el antilope, tropezando con un lugar lleno de espinas, dió una vuelta dirigiéndose a la selva. Estaba demasiado preocupado en ganar terreno para oír el grito de Mahmud — un grito que él había aprendido a reconocer como el equivalente a "¡Rápido!"

Este ruido, y el del galope de los petizos eran confusos. Si Choo-i se hubiera dado vuelta no habría visto a su amo; pero esto no le importaba.

¡Carne!

El antilope había llegado al pasto alto, que bordeaba la selva. Choo-i no la veía. La invisible casi, pero palpable huella de su olor, era todo lo que necesitaba, y ésta se hacía cada vez más fuerte.

Choo-i llegó también al pasto alto. Sin ruido, veloz como la sombra de una nube, seguía la huella fresca. Llegaron a los árboles. La huella serpenteaba, pero el ruido de las pesuñas y el crujido de las ramas delante de sí, le bastaban. Atravesó directamente la selva que los separaba; vió el brillo del agua y simultáneamente, oyó un chapaleo y un confuso grito desde el llano: la voz de Mahmud que le ordenaba que atacara. Pero lo único que escuchó Choo-i, fué el chapaleo y el rápido vistazo que tuvo de la cabeza de la víctima al dirigirse frenéticamente hacia la orilla opuesta del río.

El chitah saltó hasta la orilla del río y sin la menor vacilación entró en el agua. La corriente era fuerte. El antilope siendo mejor nadador ganó un poco de terreno; trataba de subir a la orilla cuando Choo-i se encontraba aún en medio del río, y había desaparecido de su vista nuevamente, cuando trató

de tomar tierra. Pero el indiscreto olor permanecía.

Choo-i sacudió el agua de su piel mientras subía a la orilla y entró en la selva. Era la misma selva en la que él había cazado siendo un cachorro, la misma en la que él había abandonado a sus padres en su cacería de cerdos salvajes esa mañana memorable, la selva que él había anhelado apasionadamente.

Pero la emoción que sentía, no era por reconocer esos lugares. La huella lo llevaba en ángulo recto al río. El monte era allí poco más que una franja angosta. El veía ahora, delante de sí la ciénaga, el principio del llano, y en medio de éste a su presa corriendo aún.

Una distancia de cincuenta pasos los separaba en ese momento. Rápidamente descontó esa ventaja, y saltó. Saltó directamente a la garganta y cuando lo hizo otra vez, fué sobre un postrado y palpitante cadáver, del cual la vida había desaparecido con piadosa prontitud.

¡Carne!

Jadeante, con la boca bien abierta y la lengua colgando entre sus poderosos colmillos, Choo-i permaneció sobre su presa muerta. Pero no empezó a comer. Miró hacia el Sur. Desde la lejana orilla del invisible río, llegaba la voz de Mahmud, que le ordenaba que volviera. Escuchó entonces. Era la voz que él había aprendido a obedecer ciegamente: la voz que asociaba a todo lo que había hecho agradable su existencia, durante los meses de cautiverio, una voz que él había aprendido a temer y sin embargo a querer.

Ella lo llamaba, le ordenaba que no tocara la carne que él había muerto, que volviera inmediatamente. Si no obedecía, sería castigado. Si lo hacía tendría su recompensa: comida, agua para calmar su sed, tranquilo descanso y la agradable sensación de los dedos de Mahmud, acariciándolo hasta que se durmiera. La voz seguía llamándolo, amenazándolo, acariciándolo.

No se acercaba. El río era demasiado hondo para que Mahmud lo cruzara. La partida de caza del Sultán se había detenido en aquella orilla. Sin embargo, la voz subyugante parecía convertirse en algo tangible, algo como una sogas que se apretaba alrededor del cuello de Choo-i, conduciéndolo irresistiblemente de nuevo a su cautiverio. Lentamente la pasión murió en sus ojos. Descendió del cadáver y empezó a caminar cabizbajo y cansado en dirección al río.

★

Entonces de pronto, como si hubiera sentido una descarga eléctrica, se dió vuelta y miró con ojos brillantes hacia el llano; en la otra extremidad, acababa de aparecer una chitah que se dirigía lentamente hacia él.

Choo-i no se movió. Casi no respiraba.

La chitah seguía avanzando. Sus ojos estaban radiantes, como lo habían estado el día en que lo había atraído involuntariamente a su cautiverio; tenía la boca abierta y su lengua colgaba entre sus colmillos. Pero tenía un singular aire de complacencia.

Ella se adelantó hasta que llegó junto al cadáver. Entonces se detuvo, se agachó para olerla, y luego levantó de repente la cabeza y traspasó a Choo-i con sus ojos.

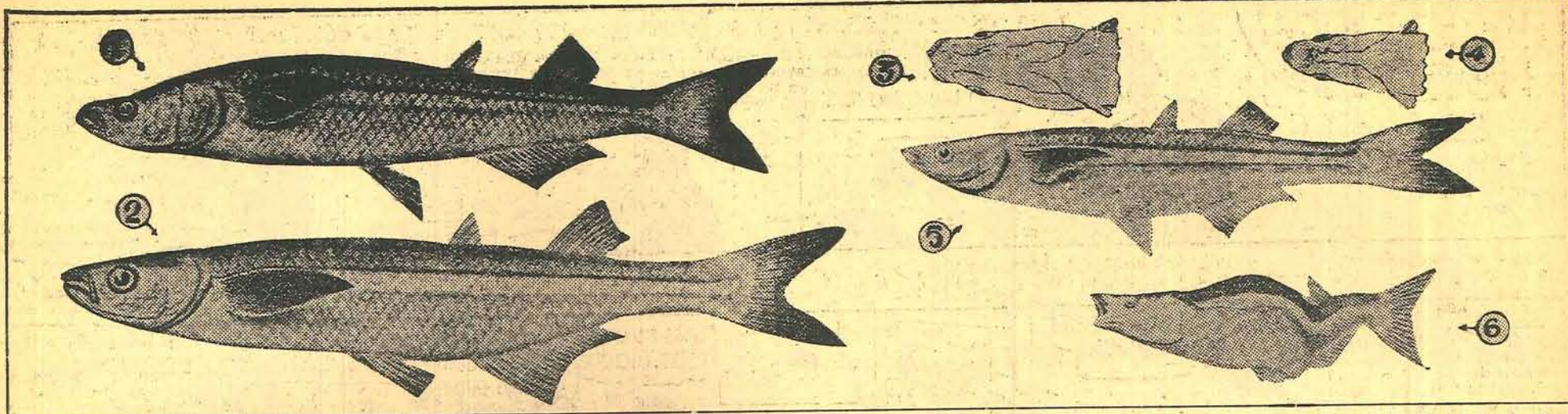
—¡Engoa! ¡Engoa hapa! ¡Engoa, Choo-i! —la voz de Mahmud llamaba suavemente desde el oculto río—. Vuelve a mí, buen cazador. ¡No toques lo que has cazado! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Pero Choo-i no se movió. Era como si no oyera esa voz que había aprendido a temer y a querer. Su encanto había desaparecido. La chitah lo miraba aún.

Repentinamente ella se movió y se adelantó lentamente, con confianza, hacia donde él estaba. Se detuvo frente a él. Adelantó su cabeza y lamio ligeramente su cara. Entonces con satisfacción y aire de triunfo se dió vuelta hacia el cadáver. Y Choo-i la siguió humildemente.

(1) Chitah, o guepardo, animal con semejanza de leopardo que los príncipes indios utilizan en sus cacerías de antilopes.





La pesca es tan antigua como la humanidad misma; no sólo de frutas se alimentaban los primeros hombres; la caza y la pesca se practicaban con preferencia, no como sport ni tampoco por negocio; se dedicaban a ello con el único fin de atender a su subsistencia. Los mercaderes, los negociantes en pescado, datan también de la era anterior a Jesucristo; según la Biblia, sus propios discípulos eran pescadores.

Como alimento del hombre, probablemente el consumo del pescado es anterior al de la carne de todo animal terrestre, cualquiera sea su especie. En todas las épocas se lo ha consumido en gran escala y, a pesar de ello, su existencia, su vida mejor dicho, es completamente ignorada para la generalidad.

Esto es lo que nos lleva a consignar a continuación, algunos argumentos de la humorística conferencia del profesor Fernando Lahille, sobre la vida de los pejerreyes, publicada en los anales editados por la Facultad de Agronomía y Veterinaria. La Universidad, en vista de su erudición, consideró de justicia otorgarle el título de "doctor honoris causa".

Luego de una amena introducción, el conferencista asegura que para estudiar bien un animal o una planta, el mejor método consiste en examinar primero su germen (el óvulo fecundado), y mostrar cómo se va desarrollando progresivamente, mediante un encadenamiento de causas y efectos tan inevitables como el que rige la naturaleza toda, desde el microbio hasta el hombre; desde

la extraordinaria pequeñez de un electrón, hasta la inmensidad del cosmos.

EL PEJERREY EN EMBRION

Los huevos del pejerrey se asemejan a una esfera cristalina muy levemente achatada, como la tierra en los polos. Miden, en general, 1,7 mm. por 1,6 mm., y como la pejerreina los deposita cerca de las orillas, la Naturaleza, para evitar que sean arrastrados por las corrientes, los ha provisto de largos filamentos viscosos, podría decirse de pequeños cables, por lo que pueden quedar sujetos en las plantas acuáticas.

Lo mismo que el pollito, el pejerrey comienza su desarrollo dentro del huevo, transparente como una salita de cristal; dentro de ella y como el pez se desarrolla y respira en el agua, no necesita llevar como el pollito, además de una bolsa de comestibles, un pequeño tanque lleno de agua, dentro del cual el avecilla se resguarda y experimenta su primera evolución. Tampoco necesita el pejerrey en embrión del aparato especial que requiere el pollito y otros vertebrados aéreos, que les proporcionan el oxígeno indispensable a la vida, mientras se desarrolla su respiratorio definitivo.

El sol — dice el doctor Lahille — padre celestial de toda vida, acaricia, sin embargo, debajo del agua al pececito, ya demasiado grande para la envoltura que lo encierra; de ahí que le dice: "Pobre huerfanito! Sal de tu prisión. No has conocido a tu verdadero padre, pero en la Naturaleza, tal accidente es bastante frecuente. No has conocido tampoco a tu madre, pero en lugar de ellos, seré yo quien te cuidaré. Pondré el brillo del oro en tus ojos y de plata refulgente

1: Pejerrey de agua de mar. —2: De agua dulce.—3 y 4: Formas de cabeza en los machos y en las hembras.—5: Pejerrey de Chascomús a su llegada del mar.—6: Pejerrey jorobado de la laguna del Monte

UNA GRAN FUENTE DE RIQUEZA LA CRIA DEL PEJERREY Por JOSE LUIS DOMINGUEZ

adornaré tus vestidos. Te llamarán el Rey del agua y daré para tus dominios todo el hermoso continente sudamericano, llamado al más venturoso y grandioso porvenir. Para ti poblaré el mundo acuático de encantos y de comidas succulentas, y por cualquier lado que dirijas tu mirada, verás mi cielo a tu alrededor, reflexionarás que, en definitiva, no hiciste sino pasar de un huevo infinitamente pequeño, a un huevo infinitamente grande".

¡Cuánta agua!, dice el pejerrey. ¡Cuánta arena y cuántos yuyos! ¡Qué horizontes sin límites! Me encuentro verdaderamente perdido, como un átomo en el mundo. ¿Por qué será éste tan grande?... No es, sin embargo, el momento de filosofar, y como tengo mucha sed de vivir, necesito resolver sin pérdida de tiempo este doble problema fundamental y apremiante: ¿Cómo voy a comer cuando haya agotado mis reservas nutritivas? ¿Cómo evitaré que otros me coman?

"MENU" DEL PEJERREY

De sus formas juveniles pasa a las adultas, procurándose así mejores medios para conseguir sus alimentos, adquiriendo a la vez mayor velocidad para huir de sus perseguidores. Sus dos o más hileras de pequeños dientes cónicos, levemente recurvados hacia atrás para no soltar la presa que hubieren alcanzado, van creciendo poco a poco, y para facilitar la captura de lo que él apetece, las maxilas y el hocico, casi inmóviles en el pejerrey recién nacido, se robustecen y llegan a proyectarse con rapidez hacia adelante. Para capacitar la forma en que un pejerrey se alimenta, no es sólo necesaria una inspección estomacal, sino que además debe tenerse en cuenta su edad y medio ambiente, es decir, si se encuentra en agua de mar, salobre o dulce, como también la estación del año, profundidad de las aguas, temperatura y varias otras circunstancias.

De un modo general — dice el citado conferencista — el pejerrey no quiere saber nada de vegetarianismo, y como cualquier vertebrado, experimenta apetito. El hambre, primera necesidad de todo ser, no requiere excitación especial, es espontáneo y se satisface con cualquier substancia alimenticia.

Es así como en los ríos y lagunas, el pejerrey da caza a las larvas acuáticas y a los insectos que caen en el agua. Los pejerreyes de mar son ictiófagos, principalmente; se alimentan, entre otras cosas, con anchos y también comiéndose los unos a los otros. En aguas dulces, se nutren de gusanos y moluscos y a veces de huevos de otros peces. Si no fuera así, y si todos los huevos de pejerreyes llegaran hasta el fin de su evolución normal, el mar y los ríos estarían pronto cuajados de peces. El apetito se revela en el pejerrey en una dolorosa manifestación cuando se le ve perseguir y engullir pececitos de su misma especie; el pejerrey busca su presa y la distingue por la vista, y no como otras especies, que para ello se guían por el olfato. Durante ciertos meses del año se suele encontrar en el estómago de algunos pejerreyes del Delta que visitan los juncuales, ciertas semillas, posiblemente de esas plantas ingeridas en la seguridad de haber sido confundidas con huevos de peces o con pequeños caracoles; son también muy aficionados a los camarones de agua dulce.

SU INDIVIDUALIDAD

El pejerrey, expresa el doctor Lahille, como en los demás animales de sexos separados, el individuo biológico no es ni el macho ni la hembra, pero resulta de la unión de ambos sexos. Tratándose de este pez, es difícil, salvo en la época de la reproducción, distinguir al pejerrey de la pejerreina, y las modas actuales de nuestra llamada "alta sociedad" hacen que esta dificultad no sea exclusivamente ictiológica. En general, el pejerrey macho es más esbelto que la hembra; su cabeza y su cola son un poco más largas, su hocico menos obtuso, su segunda aleta dorsal más elevada, su base es mayor y también más largos sus miembros inferiores.

Como en la especie humana, los caracteres sexuales diferenciales en el pejerrey son mucho menos acentuados en las formas jóvenes, existiendo entre los adultos algunas hembras con rasgos masculinos y viceversa. En la época de la reproducción aumenta el volumen del abdomen y la expulsión se opera en forma espontánea o por leve presión.

DOMINIOS DEL PEJERREY

"Ame — dice el conferencista — muera o emigre. Tal es la ley y las alternativas que el medio impone a los seres vivientes." El pejerrey puede desarrollarse tanto en las aguas saladas como en las salobres de los estuarios y de ciertas lagunas. En el mar frecuentan los fondos arenosos, permanecen en la zona costanera y no se internan en las profundidades. Viven también en las aguas completamente dulces de los lagos y de los ríos, que remontan a veces hasta grandes distancias, y sería de mucho interés poder investigar las verdaderas causas de estas migraciones y las modalidades de las mismas.

Según datos fidedignos, el pejerrey argentino penetra en

el Río de la Plata y en el río Salado en el mes de mayo y a veces desde fines de abril. En el río Uruguay suben hasta Concordia y en el río Paraná llegan en el invierno hasta el norte de Corrientes. En el Salado disminuyen notablemente durante el mes de octubre, ocurriendo lo propio en el mes de noviembre con los que pueblan el río Paraná, dirigiéndose hacia el mar a poca profundidad.

Una acción evidente del medio sobre el pejerrey se traduce por su coloración, la cual, a veces, basta para revelar la producción del pez. En las variedades y especies marinas del pejerrey el lomo es azulado, y existe arriba y a lo largo de la estola fuertemente plateada y de un brillo metálico, una faja angosta de color azul oscuro. La región ventral es blanca con reflejos nacarados, y es evidente que esta coloración desempeña un papel protector muy eficaz. Disminuye, pues, la visibilidad del pez en el mar para sus enemigos que le observan, así sea desde arriba o desde abajo. La forma, y también el tamaño del pejerrey, no proviene sólo de su edad, sino también del medio ambiente, como de su alimentación. Varios peces del Paraná, lo mismo que los de algunas lagunas, son algo jorobados, alcanzando apenas por tal defecto el tamaño reglamentario los de la laguna del Monte, por ejemplo; sin embargo, los de otras lagunas, los de la de Cochicó, para no citar otras, que colinda con la anterior, son de un tamaño mucho más grande.

EL PEJERREY PEZ DE PLATA, RESULTA PEZ DE ORO

Desde el punto de vista comercial, refiere el Dr. Lahille que, para tener una idea de la importancia económica de esta especie, basta indicar que el valor anual de su producción en el país sobrepasa a la suma de 2.500.000 pesos, y que, según un cálculo de la Oficina de Pesca, las aguas lacustres, en las cuales el pejerrey puede prosperar, alcanzan a la superficie de 80.000 hectáreas. Actualmente el término medio de producción de las lagunas es de 30 kilogramos por hectárea, y en condiciones muy favorables se considera que una explotación intensa podría proporcionar al año hasta 150 kilogramos por hectárea. En lo que a los ríos respecta, en el Paraná, por ejemplo, en cada lance de red, y siempre que el río se presente favorable, se pueden extraer de 25 a 30 kilogramos; sin embargo, en una laguna de la provincia de Buenos Aires, cuya ubicación no es del caso mencionar, se ha llegado a cobrar la suma de diez pesos por cada cajón de 50 kilogramos de pejerrey, razón que le ha llevado a calificar de pez de oro al pez de plata.

Estas especies se dividen en dos variedades: las de agua dulce y de agua de mar; entre las primeras se cuentan el pejerrey de Buenos Aires, el de Chascomús, el cuyano y el de San Luis, y entre las de agua de mar pueden citarse al pejerrey argentino, el del Plata, el charruano, el cercano de la Patagonia y de Madryn.

AL MARGEN DE UN CENTENARIO RECIENTE

(Continuación de la pág. 10)

continúa de lo bello, merecería transcribirse por entero. El circuito de todas las aguas le sugiere la imagen de toda vida y símbolo de la inmortalidad:

"Lo mismo que el hombre, considerado aisladamente, la sociedad en conjunto puede compararse con el agua que corre. A todas horas, en todos los instantes, un cuerpo humano, una simple millonésima parte de la humanidad, se rinde o se disuelve, mientras que por otra parte, sale un niño de la inmensidad de las cosas, abre sus ojos a la luz y se convierte en ser pensante".

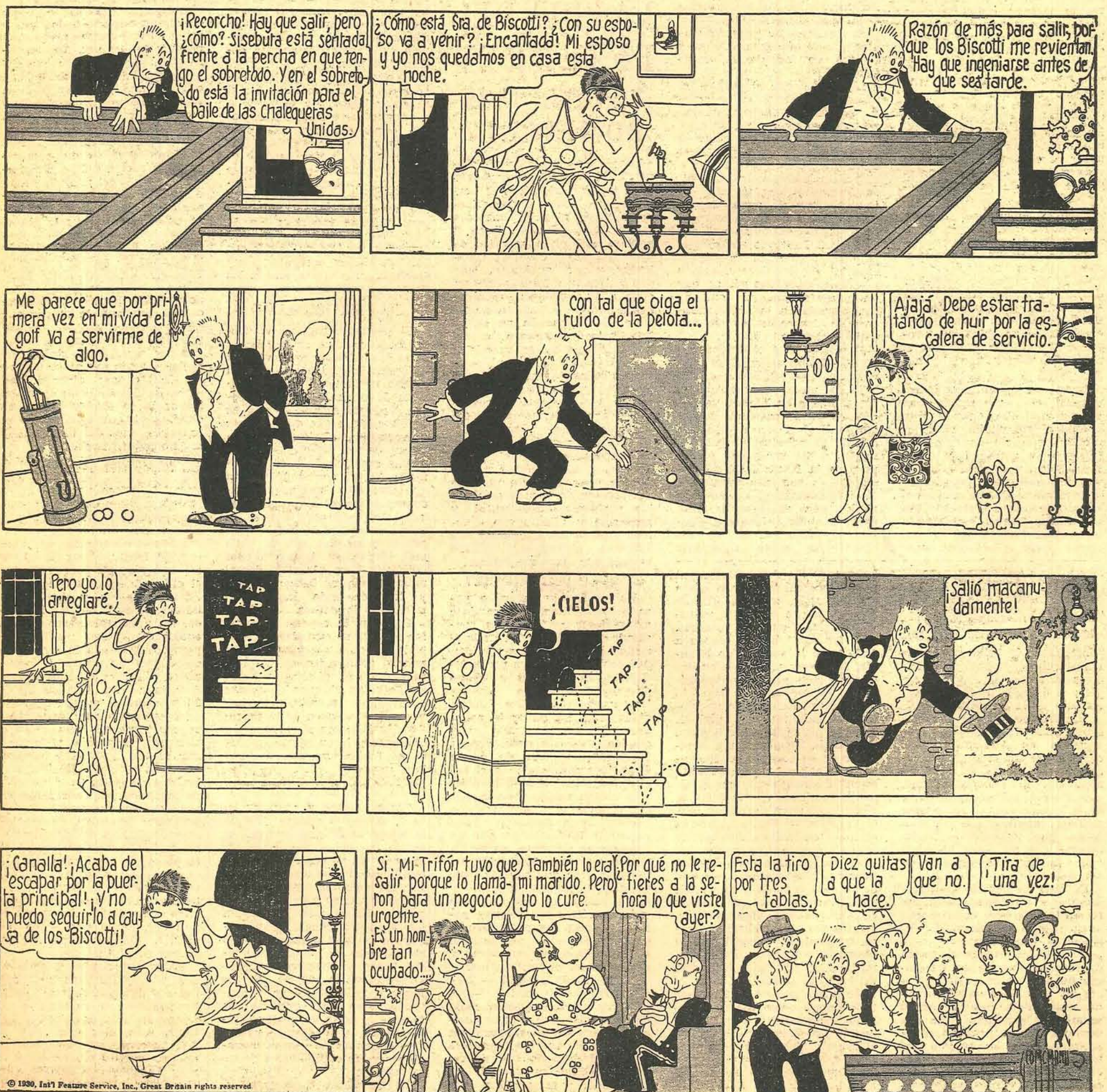
El libro ha llegado a su término. La impresión final me recuerda las que dejaron por largo tiempo las poesías tiernísimas de Tennyson.

¡Oh, cuánto se parecen en espíritu estos dos genios! El elogio del uno es hacer la apología del otro. La poesía del bardo inglés deja imperar en el ánimo una sosegada dicha que desearía uno se prolongara indefinidamente. La pasión rastrea, la voluptuosidad criminal, el malsano deleite jamás parecen haber turbado su serena alma de entidad superior.



TRETA EFICAZ

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



Tomad el juguete con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, por el sitio señalado con la letra N, y con los mismos dedos de la mano izquierda, sujetad la parte M. Mover ésta hacia arriba y veréis cómo el más alto de los dos hombres se quita su sombrero a tiempo que el otro se cubre. Al bajar la citada pieza, el movimiento es inverso. El primer esquema os muestra claramente la disposición de las diversas piezas. ("S" es un trocito de cartón destinado a mantener tirante, y en su sitio, a una gomita "R"). El juguete puede hacerse en cartulina, cartón o madera de escaso espesor, y las partes de que consta, deben pintarse separadamente, antes de armarlo.

PRIMEROS AUXILIOS

CASI todas sus compañeras se encontraban ya reunidas, cuando Juanita entró en la sala donde debían esperar a la señora examinadora. Durante toda la mañana, la joven había estado repasando los libros y ensayando toda clase de vendajes con sus hermanos y hasta con la hija del jardinero. Si alguien debía pasar en ese examen, tenía que ser ella, pues estaba convencida de que ninguna de sus compañeras había tomado la cosa a pecho. Después de una corta espera, que le pareció interminable, se abrió la puerta y apareció la doctora. Inmediatamente después hicieron pasar a otro cuarto a dos compañeras suyas.

Juanita sintió un ligero temblor en sus rodillas y estiró las piernas para ver si se le pasaba, pero seguían temblando. Decididamente estaba muy nerviosa. ¿Sentirían todas la misma ansiedad?

La puerta se abrió nuevamente y aparecieron las dos víctimas. Juanita observó la expresión de sus rostros.

—¿Qué tal? — preguntó a una de las niñas.

—Muy bien, contestaron las examinadas —. Muy minuciosa, pero simpática...

—¿Qué te preguntaron? — interrogó otra.

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

(Continuación de la pág. 38)

meras fotografías de los interiores y exteriores de los edificios antiguos, a fin de que nos sirvieran de guía para "filmear" la película "El halcón", y sobre todo de la Alhambra, que debía aparecer en la cinta.

Mientras yo adquiría objetos antiguos, Rudy compró toneladas de armas y un magnífico traje de torero que había pertenecido a un matador famoso. Entre las familias de los toreros existe la superstición de que las ropas de los héroes muertos deben ser destruidas porque traen mala suerte. En consecuencia, se pueden comprar magníficos trajes de seda con adornos de oro, que costarían una fortuna, por poco dinero, debido a esa creencia supersticiosa.

En España fué donde Rudy empezó a dejarse la barba que debía lucir en "El halcón". Al cabo de algunas semanas había crecido bastante y le prestaba un aspecto harto simpático. Al llegar a Nueva York causó gran sensación entre la gente del cine. Estaba más buen mozo que nunca.

Pero todos sus esfuerzos en este sentido fueron perfectamente inútiles. No se le permitió que luciera su barba en la pantalla. Sus empresarios le hicieron notar que a las niñas norteamericanas no les gustaría verlo con barba, y tuvo que afeitarse.

(Continúa)

—Me preguntaron qué haría con una persona que hubiera bebido un frasco de arsénico.

—¿Y supiste contestar?

—Sí. Creo que sí. A lo menos ella pareció aprobarlo.

—¿Arsénico?... ¡Arsénico!... — se decía Juanita —. Yo sabía también eso, pero...

La pobre niña no recordaba absolutamente nada.

Hicieron pasar a otras dos compañeras. Ella debía entrar con Delia. En realidad no la quería. Sus compañeras la llamaban la "Rata". Nunca había sido amiga suya... Qué mala suerte tener que entrar con ella; cualquiera otra habría sido mejor. Nunca sabía hacer los vendajes... Nada peor que una mala compañera, pues indisponía a la profesora... En fin, ya verían...

Cuando llegó el turno de Juanita, ésta se levantó como si fuera al cadalso, mientras Delia lo hacía sonriendo, llena de confianza en sí misma.

La examinadora era una mujer al parecer joven, aunque de cabello canoso, que sonrió amablemente, diciendo a Juanita:

—Vd. será la paciente número uno. Su compañera hará un vendaje para una rotura de clavícula.

Delia lo hizo admirablemente bien.

—Está bien — dijo la examinadora —. Sólo ha olvidado que la enferma debe, necesariamente, sentirse mal, teniendo la clavícula rota, de manera que conviene como primer medida hacerla sentar.

Juanita sonrió... ¡Delia no tenía ninguna imaginación!

Luego le dieron una supuesta hemorragia para que practicara otro vendaje. Esta vez el nudo no fué suficientemente apretado. Le hicieron una docena de preguntas, de las cuales sólo supo contestar la mitad. Entonces le llegó el turno a Juanita.

—La paciente tiene el húmero fracturado —; declaró la doctora —, atiéndala.

—¡Húmero! — Juanita nunca podía retener bien esos nombres latinos. Muy resueltamente se acercó al lugar donde se encontraban las tablitas para entablillar y eligió una como palo de escoba; luego, volviendo al lado de Delia lo colocó pegado a su pierna. La examinadora la observaba silenciosamente. Cuando la joven comenzó a vendar la pierna de su compañera, la doctora exclamó:

—He dicho el húmero. ¡No creo que la paciente tenga el húmero en ese lugar... Piense lo que hace...

Juanita sintió que su corazón estaba próximo a estallar. ¡Qué estúpida! ¿Cómo, no sabía acaso que el húmero era uno de los huesos de los brazos? Llena de confusión eligió entonces una tablita corta y empezó el vendaje. Perdió por completo la cabeza; levantaba y bajaba el brazo enfermo, olvidando que éste debía estar muy dolorido y ni siquiera atinaba a contestar las preguntas que le hacía la examinadora. Sólo pensaba en que todo eso era culpa de Delia y que ella no la podía ni ver.

—Bueno — dijo la profesora —. Ahora la paciente tiene una he-

LECTURAS INFANTILES

rida profunda en el antebrazo y sangra abundantemente. ¿Qué hará Vd.?

Juanita sabía muy bien eso y practicó con bastante habilidad un vendaje con torniquete. Pero llegó el momento de los venenos y tuvo la poca suerte de que le preguntaran precisamente el contraveneno para el arsénico. No recordaba absolutamente nada sobre eso. Se embarulló, dijo una cantidad de desatinos, hasta que la profesora declaró:

—Muy bien, Vds. dos tendrán que repetir el examen...

Mecánicamente, Juanita siguió a su compañera, retirándose del cuarto...

Qué injusticia — pensaba la pobre niña —. Después de haber estudiado tanto... ¡Qué injusticia!

—Juana Barra — agregó la profesora al leer las clasificaciones al día siguiente — tiene muy buenas notas, pero estuvo tan nerviosa durante el examen, que me veo obligada a aplazarla, pues si no se sabe dominar en un simple examen, es de suponer que menos podrá hacerlo frente a un caso difícil.

Sin esperar a que terminaran de leer la lista, Juanita se levantó y se dirigió hacia su casa, pensando durante el camino en su mala suerte. Cuando faltaban aún unas cuantas cuadras, sintió que llamaban pidiendo socorro. La niña corrió hacia donde venían las voces y vio en un camino transversal y poco frecuentado, una jovencita que le hacía señas de que se acercara. Al hacerlo, vio tendido en el suelo un muchacho de unos trece o catorce años, que parecía sin conocimiento.

—¡Por favor! — exclamó la jovencita —. Mi hermano se ha golpeado contra ese árbol y está desmayado. Yo no entiendo nada... No me animo para ir a pedir socorro. ¿Qué hacer?

Sin perder un minuto, Juanita se quitó los guantes y se puso de rodillas para examinar al herido. Este sangraba abundantemente por una herida profunda, situada en el brazo derecho.

—Alcánceme ese palito — ordenó con la autoridad de un médico, mientras desataba su corbata —. Es necesario detener esta hemorragia.

Con gran maestría hizo todo el vendaje y vio con profunda alegría que la sangre dejaba de correr, mientras sonaban aún en sus oídos las palabras de la examinadora... "menos podrá dominar sus nervios frente a un caso difícil". Ella se sentía perfectamente tranquila y comprendía que estaba operando bien.

El muchacho, que había perdido gran cantidad de sangre seguía sin conocimiento. Juanita estiró sus piernas, poniéndolo en una posición más cómoda.

—Tome la bicicleta — dijo a la hermana del joven que la miraba hacer sin decir nada —. Doble a la derecha, donde está esa casa con las ventanas verdes y siga hasta frente a la iglesia. Llame a la puerta de hierro de la primera casa a la derecha de la iglesia, y avise al doctor que ha ocurrido un accidente y que se apure en venir.

Mientras quedó sola, friccionó las piernas y los brazos del herido, que no tardó en volver en sí. Juanita explicó entonces que su hermana había ido en busca del médico y que quedara tranquilo, pues éste ya llegaría.

Entonces recordó que no era bueno dejar un vendaje tan apretado durante mucho tiempo... Si, podían venir entonces complicaciones muy serias. ¿Cuánto tiempo haría ya que estaba vendado? La niña aflojó poco a poco el torniquete y dejó que corriera un poco de sangre, apretándolo luego, después de un minuto.

Por fin sintió que venían en su ayuda. Sintió una gran alegría, pero no esperaba tener semejante sorpresa. En vez del doctor Jones se presentó la doctora que le había examinado el día anterior.

—¿Es Vd. quien ha hecho este vendaje? — Y ante la respuesta afirmativa de Juanita, exclamó:

—Pues la felicito de todo corazón. Le ha salvado Vd. la vida, pues tiene cortada la arteria femoral y habría muerto en unos cinco minutos. Le ruego me disculpe por haberla aplazado. Ha dado Vd. el más bri-

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El salero misterioso



Procúrese un salero de la forma que indica nuestro grabado y muéstrese al público que sale de él pimienta en polvo. Les será fácil convencerse de la verdad de su palabra.

Pues bien, anuncie que a una orden suya el mismo salero se encontrará lleno de sal. En efecto abriéndolo, podrán convencerse de ello.

El secreto consiste en colocar un cartoncito en la tapa del salero, de manera que éste dé realmente pimienta cuando se le sacuda, pero su contenido será indiscutiblemente sal.

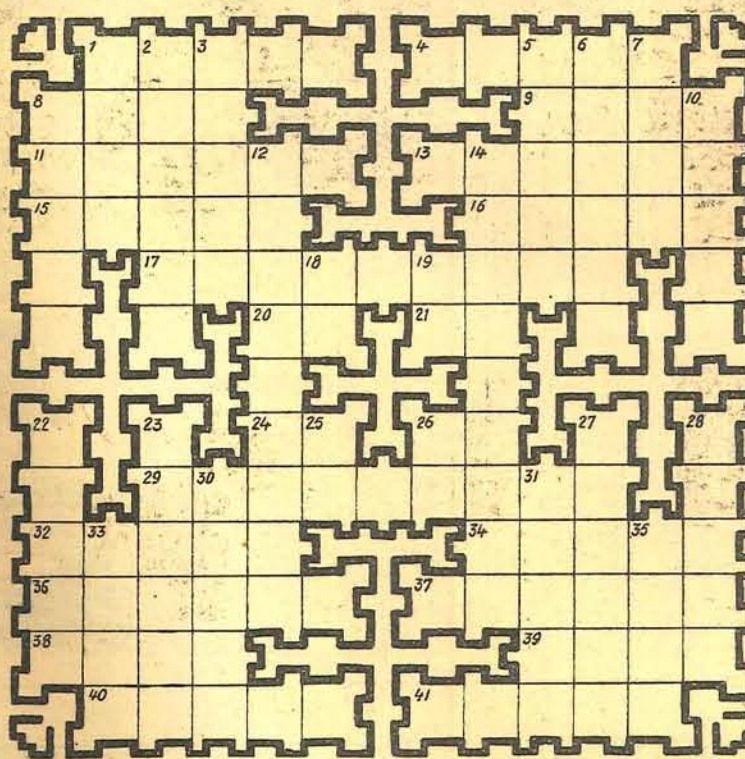
llante, examen y una vez que hayamos atendido al enfermo me dirigirá a pedir reconsideración para Vd.

EL CALOR DE LAS LEJANAS ESTRELLAS

ULTIMAMENTE se ha terminado la ejecución del termómetro más sensible del mundo, dedicado a medir el calor de estrellas distantes, que sólo pueden ser vistas con poderosos telescopios. Se han medido ya más de cien estrellas con este nuevo instrumento, llegando a la conclusión de que la temperatura de las estrellas no está en relación con su brillo.

Este termómetro pesa menos de la dieciséisava parte de un gramo y consiste en dos alambres extremadamente delgados que forman lo que se llama un termo par. Cualquier calor que llegue a ellos en el lugar donde se unen, causa una pequeña corriente eléctrica, que se mide en un galvanómetro muy sensible. La estrella más cálida, Betelgeuse, marca en el pequeño termómetro la dieciséisava parte de un gramo, pero se puede medir en él hasta la milésima parte de un gramo.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Dignidad, empleo, oficio.
4. Maroma que sirve para tirar las redes, llevar las embarcaciones desde tierra, y otros usos.
8. Galicismo por "provee".
9. Disco de color vario, en cuyo centro está la pupila del ojo.
11. Aplicase al estilo arquitectónico que dominó en Europa durante los tres últimos siglos de la Edad Media.
13. Sala o pieza principal de una casa.
15. Especie de cortadura que se les hace en las plumas a las aves de rapiña por no cuidarlas bien en punto a alimentos.
16. Cubran o cierren lo que está descubierto o abierto.

17. Oculta, reservada. Dícese de la doctrina que los filósofos de la antigüedad no comunicaban sino a corto número de sus discípulos.
20. Nombre de una consonante.
21. Pronombre personal.
24. Fantasma imaginario con que se asusta a los niños.
26. Interjección que se usa repetida para dar a entender que se ha caído en cuenta de algo que antes no se comprendía.
29. Fatigadas, acongojadas, consumidas de alguna penalidad, angustia o necesidad.
32. Familiarmente, moneda o dinero.
34. Lógica, física y metafísica.
36. Resalto que como refuerzo o como adorno suele haber en algunos edificios.
37. Persona que se dedica particularmente a la práctica y ejercicio de la perfección cristiana.

38. Barniz duro y brillante muy empleado por los chinos y japoneses.
39. Recen.
40. Insecto después de salir del huevo y antes de su primera transformación.
41. Dar segunda reja a las tierras de labor.

Verticales

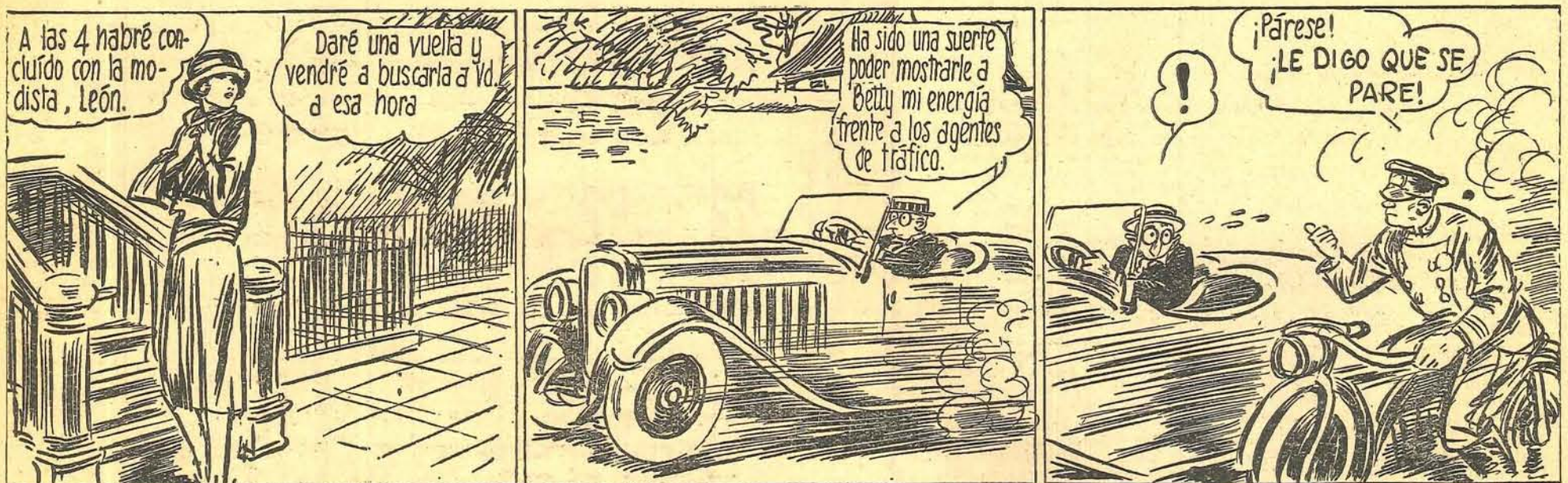
1. Armadura de la cama.
2. Infundan ánimo, valor o energía.
3. Espalda o parte opuesta de una cosa.
5. Río del Perú, que pasa por su capital.
6. Piezas de metal, cuyos dos extremos, doblados y aguzados; se clavan para unir o sujetar dos tablas u otras cosas.
7. Fluido que forma la atmósfera de la tierra.
8. Mueca o gesto.
10. Aplicase a la persona de especial virtud y ejemplo.
12. Figurada y familiarmente, se turbaba, agitábase mucho, desatentábase.
14. Compuestas, aseadas.
18. Aplicase a cierta regla de construcción especial que usan los dibujantes.
19. Nota musical.
22. Especie de empanada de masa de harina de maíz, envuelta en hojas de la mazorca de la misma planta, y cocida al vapor o en el horno.
23. Perteneciente a una nación o raza.
25. Artículo.
26. Forma del pronombre personal de segunda persona de singular, común a los casos genitivo, dativo, acusativo y ablativo.
27. Tejido grueso de esparto, juncos, palma, etc., que sirve para cubrir el suelo de las habitaciones y otros usos.
28. Gradúan el valor o precio de las cosas.
30. Componen en verso.
31. Arca grande.
33. Viento fresco y suave que sopla en las cuencas de los ríos y en las playas del mar.
35. Fin poesía, cielo.

BETTY

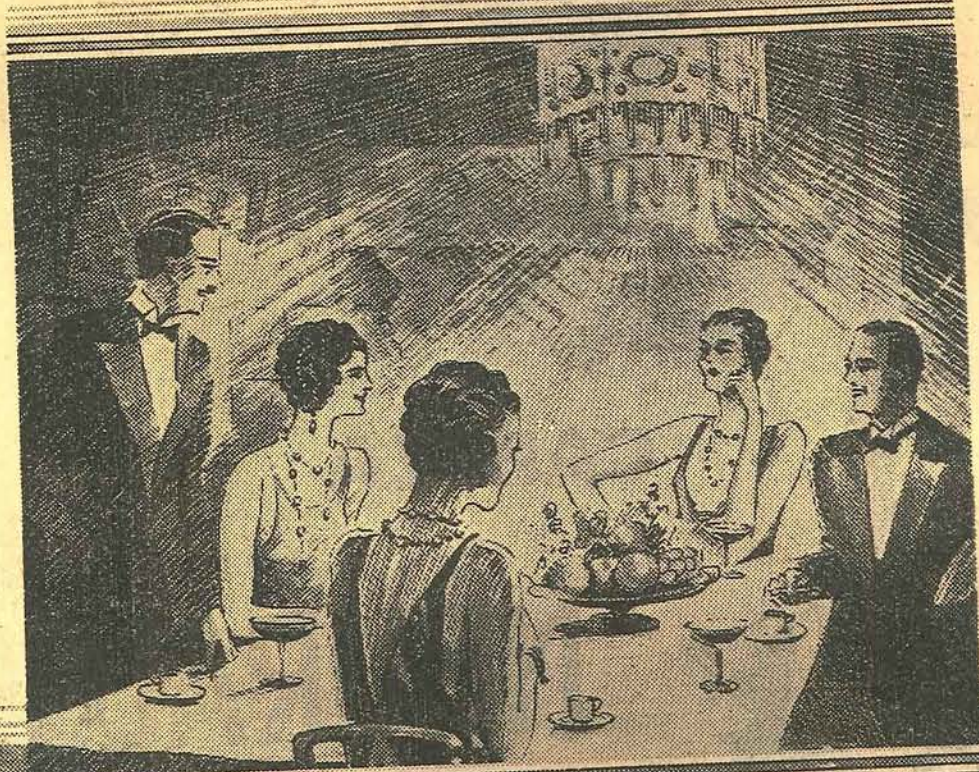
por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

HABIA MOTIVO



De lágrimas a sonrisas.



La reunión había sido todo un éxito. Al terminar, la dueña de casa, felicitada por la excelente comida y servicio perfecto, dijo:

“Imagínense que hace 24 horas me encontraba completamente sin sirvientes. Lo que sucedió es que anoche a las 8 menos 5, debido a un altercado en la cocina, la cocinera y la mucama me dejaron sola.”

“Estaba llorando al pensar que debía avisarles a todos Uds, confesándoles la necesidad de suspender la fiesta, cuando pasó Susana y me dijo:”

¿Por qué no telefoneas rápidamente a LA NACION, que mañana te pongan un aviso para una cocinera y una mucama?—

“Así lo hice, y hoy a las 9 me fué posible elegir mi nueva cocinera y mucama.”

“El resultado Uds. lo han visto.”

No hay duda que es un excelente servicio moderno el de “LA NACION”. Basta que Uds. llamen por teléfono a “Avenida 7001” y pidan “Avisos Telefónicos” para colocar cualquier aviso pequeño, sin más molestia.

Dolor de



MUELAS



CABEZA



OIDO

NEURALGIAS "GRIPPE" RESFRIOS

desaparecen inmediatamente
con

CACHETS FUCUS



cuya fórmula compensada es tolerada por los organismos más delicados, pues no afectan para nada el corazón, el estómago y los riñones.

"Veinte años de gran consumo lo atestiguan."

1 CACHETS FUCUS \$ 0.20
10 " " " 1.50

EN LAS
FARMACIAS

